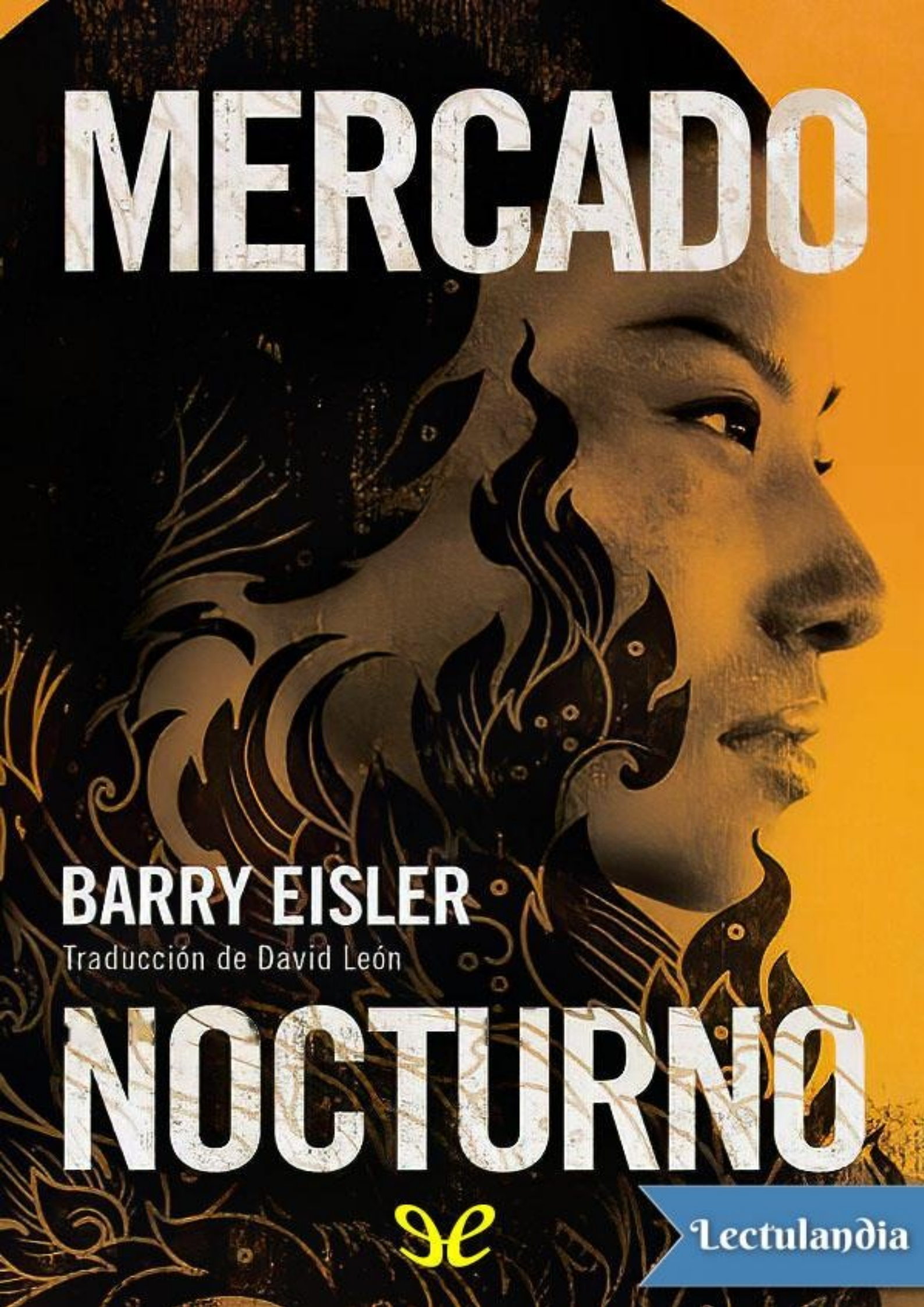




MERCADO

BARRY EISLER

Traducción de David León

NOCTURNO



Lectulandia

Livia Lone, inspectora de la sección de delitos sexuales, conoció de primera mano los abusos del tráfico infantil asiático. Así que su nuevo puesto en el cuerpo especial contra la trata de blancas supone una ocasión inmejorable para viajar a Tailandia y apresar a Rithisak Sorm, el último responsable del calvario que sufrió de niña. Pero una vez allí, Livia se verá obligada a trabajar con Dox, un antiguo francotirador que también tiene cuentas pendientes con el criminal. A pesar de sus enormes diferencias, ambos comparten un credo: cuando el derecho no sirve a la justicia, hay que hacer justicia de otra forma. El problema es que por el camino pondrán al descubierto una red que implica a las más altas esferas del servicio de espionaje estadounidense. Lo de menos será eliminar a Sorm. El verdadero reto será acabar con quienes lo protegen.

Barry Eisler

Mercado nocturno

Livia Lone - 2

ePub r1.0

Titivillus 26.02.2021

Título original: *The Night Trade*
Barry Eisler, 2018
Traducción: David León Gómez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

En memoria de Douglas C. Patt, comandante retirado del ejército estadounidense; hijo de Arthur y Helen; padre de Kara, Michael y Gavin, y amante esposo de Vivian, que tanto disfrutaba con estos libros y tanto hizo por mejorarlos.

Capítulo 1

Livia estaba calentando sobre el tatami de la comisaría central de la policía de Seattle cuando entró su teniente, Donna Strangeland, por la puerta de vaivén situada al fondo del gimnasio. A su lado iba un hombre corpulento con un traje gris de chaqueta tan suelta que bien podía esconder una pistola con pistolera de tamaño considerable. En una de las solapas llevaba prendido el distintivo que identificaba a los visitantes de las instalaciones, aunque por lo resuelto de su paso podría haberse dicho que eran suyas. «Del FBI», pensó Livia, a cuya memoria acudió, durante un segundo aciago, lo que había hecho al senador y a sus hombres en aquel hotel de Bangkok.

No, solo estaba pecando de paranoica. Si fuera por lo del senador, en ese momento estaría recibiendo la visita de toda una sección de agentes del FBI con su jefe y no de uno solo con su teniente. Además, cabía otra posibilidad: unas semanas antes, Strangeland había dicho algo sobre la creación, por parte del servicio de Seguridad Nacional, de un cuerpo especial contra la trata. A lo mejor era eso.

Strangeland y el visitante rebasaron al grupo de hombres que levantaba pesas en uno de los rincones y a los que estaban enfrascados en un partido de baloncesto de dos contra dos en el otro antes de detenerse en el centro de aquel espacio cavernoso. Los vio deliberar, pero el ruido metálico de las halteras, el chirrido de las zapatillas de deporte de los jugadores y la reverberación de su pelota al dar contra el suelo no le dejaban oír nada de su conversación. Entonces, la teniente miró a Livia y le hizo una señal para que se acercara. Fuera lo que fuese lo que había ido a hacer allí aquel fulano, era evidente que no pensaba anunciarlo delante de la clase a la que estaba enseñando Livia.

Ella asintió con un movimiento de cabeza y miró a las seis agentes que calentaban a su alrededor.

—Empezad con la defensa —les dijo—. Ya sabéis lo que tenéis que hacer. Proteger el arma y mantener la distancia. Escapar y poner más distancia de por medio. Desenfundar y vigilar el perímetro. Tardo un minuto.

Se dirigió hacia Strangeland y su acompañante, un hombre negro totalmente calvo con gafas con montura de plástico verde. Debía de mediar la cuarentena, rondaba el metro noventa y pesaría unos cien kilos. Se preguntó si de joven habría jugado al fútbol americano. Desde luego, tenía la constitución necesaria, aunque daba la impresión de que lo que en otros tiempos tuvo que ser puro músculo hubiera quedado cubierto por una capa de grasa, quizá por pasar más tiempo sentado a un escritorio que haciendo trabajo de campo. Al verla acercarse dejó asomar a su rostro la sonrisa radiante que, sospechaba, debía de utilizar para tranquilizar a sus interlocutores.

—Siento interrumpir —se disculpó Strangeland con ese acento suyo tan característico que delataba sus orígenes de Brooklyn y elevando la voz para hacerse oír por encima de los botes de la pelota y la música de los halterófilos—. Livia, te presento al agente especial Little, del servicio de Seguridad Nacional.

Livia lo miró sin decir nada. Si tenía intención de dejar que hablase ella primero, iba a tener que esperar sentado. Desde antes de ser policía sabía que la gente revelaba mucho más hablando que escuchando.

El agente especial ensanchó aún más la sonrisa, quizá en reconocimiento del aplomo de la joven.

—Livia Lone —dijo dándose por vencido mientras le tendía la mano—. Tenía muchas ganas de conocerte.

Se estrecharon la mano. Las de él eran grandes y fuertes, aunque no hizo por exagerar esto último ni por disimularlo, como sí habrían hecho otros a fin de hacer patente su superioridad, su postura respecto de la igualdad, etcétera. No pasó por alto que, al decir su nombre completo, evitaba tener que elegir entre «oficial Lone», lo que habría resultado demasiado respetuoso, y «Livia», familiar en exceso. También era probable que estuviese intentando crear una relación afable, pues todo buen interrogador sabe que no hay palabra más hermosa en el mundo que el nombre de uno. Había leído donde fuese que basta con acercarse a una persona y decir tres veces su nombre completo para hacer que sonría de manera inevitable^[1].

—¿Y usted es...? —preguntó Livia deseando ver cómo abordaba él aquella parte de la presentación.

—Benjamin Dixon Little, pero todo el mundo me llama B. D.

—Pues B. D.—Estudió la posibilidad de hacer un chiste con el hecho de que un hombre de sus dimensiones tuviera por apellido Little, pero pensó que lo más seguro era que llevase oyendo comentarios jocosos sobre tal circunstancia desde el instituto.

Strangeland miró a Little y luego a Livia.

—El agente especial Little ha venido a tratar contigo del cuerpo especial conjunto del que te hablé. No te he avisado de que venía porque yo tampoco sabía nada.

Livia percibió la reprimenda y Little también debió de captarla, porque repuso:

—Lo siento muchísimo. Las cosas están yendo con mucha más rapidez de lo que había esperado.

No era una gran explicación por haberse presentado sin llamar. Livia había hecho muchas visitas inesperadas a fin de hablar con un sospechoso o un testigo sin que tuviera tiempo para prepararse y lo cierto es que no le hacía ninguna gracia verse en el lado opuesto.

—Espero que no le importe —dijo—, pero todavía me queda una hora de clase. Si quiere, puede quedarse por aquí y observarnos o, mejor —añadió mirando a la teniente Strangeland con gesto de súbita inspiración—, ¿por qué no nos echa una mano? Normalmente nos acompaña uno de los SWAT para hacer de *uke*^[2], pero hoy nos ha dejado solas. Usted podría sernos de mucha ayuda.

La teniente Strangeland dejó escapar una sonrisa muy leve. Sabía que Livia quería mofarse de Little y, por supuesto, no opuso objeción alguna. De hecho, no era impensable que lo hubiera llevado allí con aquello en mente.

Little observó a las alumnas de Livia, que estaban practicando desde la posición de guardia tal como les había indicado. Las que se defendían del ataque estaban tumbadas boca arriba, envolviendo con las piernas a sus compañeras y protegiéndose las pistolas de adiestramiento de color verde chillón mientras atacaban a los ojos de su oponente, apartaban las piernas y se zafaban de ellas. El gimnasio se fue llenando de gritos de: «¡No se mueva!», a medida que se liberaban, desenfundaban y, apartándose, apuntaban a sus atacantes al mismo tiempo que hacían el gesto táctico de recorrer con la mirada la periferia en busca de más peligros.

—¿Qué es? ¿Una clase de defensa personal para mujeres? —preguntó Little por ganar tiempo.

—De tácticas defensivas contra un atacante más grande y pesado —respondió Livia—. Lo que le funciona en la calle a gente como usted no suele estar al alcance de una mujer de estatura media.

Durante un instante tuvo la sensación de que cruzaba el rostro de Little una expresión que no logró identificar. ¿Nostalgia? ¿Tristeza? ¿Desdén?

—No lo aprueba —dijo ella.

Lo que fuera que hubiese asomado al semblante de Little desapareció de pronto.

—Por supuesto que lo apruebo.

—Livia tiene una formación muy sólida en la lucha cuerpo a cuerpo —señaló Strangeland.

Little soltó una risita.

—Si esa es su manera de decir que fue campeona de lucha del estado de Idaho y suplente olímpica en la universidad...

Así que Little había hecho sus deberes y, además, quería que lo supieran.

—¿Usted sabe de...? —preguntó Livia.

El agente especial negó con la cabeza.

—No mucho.

Sabía que mentía, que *no mucho* quería decir «nada» o «un montón» y que era muy probable que fuese lo segundo.

—¿Y bien? —insistió ella.

Little miró a los del baloncesto.

—Me da la impresión de que será mejor que juegue con ellos.

Livia sonrió.

—Pero no se lo pasará tan bien ni por asomo.

—¡Ja! Debería excusarme diciendo que no tengo gi, pero sospecho que no dudarías en ofrecermelo uno. Además, ya veo que lleváis ropa de calle.

Livia se encogió de hombros.

—Por hacerlo lo más realista posible.

Se hizo una pausa y, al final, Little soltó una carcajada y se aflojó el nudo de la corbata.

—Está bien —dijo—. Supongo que no puedo negarme. Parece que está en juego el honor del servicio de Seguridad Nacional.

—A mí me encantaría poder quedarme —aseveró Strangeland—, pero tengo cosas que hacer.

Se despidió de Livia con una inclinación de cabeza que ella entendió como un: «Quiero saber con todo detalle de qué va esto». La inspectora le devolvió el gesto antes de que la teniente se diera la vuelta y se marchase.

Livia y Little se dirigieron a los tatamis.

—Tengo una buena noticia —anunció la primera. Las mujeres se separaron para mirarlos a los dos—. Os presento a B. D. Little, agente especial del servicio de Seguridad Nacional, que se ha prestado voluntario para ser nuestro *uke*.

Él les dedicó una de sus sonrisas.

—En fin, lo de «prestarse voluntario» es exagerar un poco, pero estaré encantado de echar una mano.

—Las armas, a aquella pared —dijo Livia señalando.

Él se dirigió obediente al lugar que le indicaba y se quitó la chaqueta antes de dejarla en el suelo. A continuación, hizo otro tanto con el cinturón, en el que llevaba la pistolera y los cargadores de repuesto para colocarlos encima de la chaqueta. Por último, se deshizo de la corbata y de las gafas y las puso con el resto.

—¿Navaja o similar? —preguntó Livia, sabiendo que no era infrecuente en su gremio considerar armas solo las de fuego y tener por herramientas los cuchillos.

Él respondió con un gesto negativo. «Este no patea las calles —pensó ella al ver confirmada su primera impresión—. Es de los que calientan el asiento delante de un escritorio». Little sumó su cartera, sus llaves y su reloj al montón antes de dirigirse al tatami.

—Ya está —declaró al detenerse a escasos pasos de Livia—. Estoy desarmado. ¿En qué puedo ayudar?

Su actitud amistosa casaba bien con su sonrisa. Livia dio por hecho que debía de servirse de ambas para hacer que lo subestimaran y se propuso no cometer tamaño error.

—A diario vemos casos de atacantes corpulentos que se abalanzan sobre un policía de menor tamaño con tanta rapidez que el poli ni siquiera tiene tiempo de apartarse o de empuñar su arma y acaba en el suelo o estampado contra una pared, lo que permite al agresor aprovechar su posición ventajosa. Lo que vamos a hacer es crear algo así como una pausa táctica durante la cual...

Sin que mediase palabra, Little se lanzó hacia ella como un liniero de fútbol americano resuelto a dejar para el arrastre al mariscal de campo del equipo contrario. Entonces, en algún lugar recóndito de la mente de Livia se oyó una voz gritar: «Eso era lo que pretendía él, lo que tenías que haber previsto...», pero ese clamor apenas llegó a registrarse en su pensamiento consciente, porque fue su cuerpo el que se hizo con las riendas de la situación. Se agachó al mismo tiempo que él la acometía y levantó la pierna izquierda para rodearle la cintura a la vez que colocaba el talón derecho en la entrepierna del agente, apartaba con sus brazos los de Little y le asía con fuerza el cuello de la camisa mientras ambos caían al suelo de manera aparatosa. El impacto fue durísimo, pero ella lo recibió con todo el cuerpo, en tanto que Little lo absorbió en gran medida a través del pie que tenía puesto

Livia en sus testículos. Gruñó de dolor, pero no dejó de aprisionarla con su cuerpo. Ella sacó el pie, le apartó la pierna de una patada y subió la suya para apresarle el cuello con una llave de estrangulamiento en triángulo. Con todo, no se había equivocado respecto de la experiencia de él, porque el agente especial reaccionó de inmediato y, colocando un pie a lo largo del trasero de ella, la atrajo hacia sí y se afanó en ponerse de nuevo en pie. La de levantarse para dejarse caer de nuevo era una táctica habitual entre los oponentes corpulentos cuando los sometían a un agarre, de modo que, antes de que lo lograra, Livia lo liberó, giró con la espalda apoyada en el suelo, apresó uno de los talones de Little con la palma de la mano y le pateó el trasero, usando el impulso hacia atrás de su rival para lanzarse hacia delante y quedar en cuclillas.

En ese momento, el movimiento táctico habría consistido en retroceder con rapidez para dejar cierta distancia entre ambos y sacar la pistola de adiestramiento. Sin embargo, Little había querido dejar claro quién tenía la sartén por el mango y Livia no pensaba dejar ninguna duda al respecto, de modo que, en lugar de apartarse, saltó hacia él y le plantó el pie derecho en la cara. La cabeza de su atacante giró y fue a estrellarse contra el tatami. Intentó girar para librarse de la presión, que era precisamente lo que ella pretendía. Le atrapó el codo izquierdo, le aferró la muñeca con la mano que le quedaba libre y se dejó caer sobre el suelo para proyectar hacia arriba las caderas y estirar hasta el límite el brazo del agente. Little dejó escapar un alarido e intentó volverse hacia Livia, pero el brazo que le tenía puesto ella en la cara y la pierna contraria, que le apesaba el pecho, no le dejaban ninguna opción. Ella apretó aún más la llave del brazo.

—¡Ya, ya! ¡Tranquila, tigresa! —gritó Little con la voz distorsionada por el pie de su oponente.

Livia mantuvo el brazo de él a un milímetro de la luxación.

—¿Seguro que no quiere que sigamos? —preguntó.

—No, no, no. Ya me ha quedado muy claro quién manda aquí.

—¿Va a ser bueno o va a intentar hacerme algún truquito más si lo suelto?

—Uno es estúpido, pero no tanto. Has ganado. Seré bueno.

Livia le soltó el brazo y se apartó rodando. Entonces, miró a su alrededor siguiendo el reflejo condicionado que la llevaba a comprobar que no hubiese peligro alguno en trescientos sesenta grados. Todas sus alumnas estaban sonriendo. Una de ellas, una antigua inspectora de delitos sexuales llamada Suzanne Moore, exclamó:

—¡Esa es mi profe! —Se puso a aplaudir y las demás la siguieron.

Little se incorporó lentamente para quedarse sentado, inclinado hacia delante por el dolor que sentía en la entrepierna y respirando con dificultad. Se frotó el hombro y asintió con un movimiento de cabeza ante el aplauso como diciendo: «Es verdad, me lo he buscado yo solito».

Livia levantó una mano con gesto agradecido y azorado al mismo tiempo.

—Está bien. Vamos a centrarnos. ¿Qué he hecho mal?

—¿No romperle el brazo? —propuso Moore y las demás se echaron a reír.

La profesora sonrió. Moore, además de ser una policía excelente, se contaba entre quienes la habían tomado bajo su protección en su época de novata.

—En serio. ¿Cuáles son nuestros objetivos tácticos?

—Proteger el arma y mantener la distancia. Escapar y poner más distancia de por medio. Desenfundar y vigilar el perímetro —respondieron todas al unísono.

—Exacto. ¿Y cuándo se me ha presentado la mejor ocasión de hacerlo?

—Cuando lo has tirado al suelo —repuso Moore.

—Correcto. Tenía la oportunidad perfecta. Si no lo he hecho, ha sido porque el agente especial Little, aquí presente, estaba empeñado en demostrar algo y yo he querido responderle de un modo que sabía que entendería. —Se oyeron algunas risitas, incluida la del mismísimo Little, antes de que prosiguiera—: Pero no confundamos lo que ocurre a veces en el tatami con las tácticas que hay que usar en la calle. El agente Little nos ha hecho a todas un favor al demostrarnos lo rápido que pueden lanzarnos al suelo desde la posición de guardia, sobre todo si nuestro atacante es más corpulento y fuerte. Sabéis que a mí me encantan los agarres, pero tened siempre presente que no os tenéis que ver en el suelo. Intentad levantaros siempre. Hoy, por lo tanto, vamos a practicar cómo pasar de la guardia al derribo, al gancho de talón y a la evasión. Agente Little, ¿contamos con usted?

Él hizo un gesto a medio camino entre la sonrisa y la mueca de dolor para contestar:

—Siempre que sea evasión y no otra llave de brazo, será un honor ayudar.

Durante la hora que siguió ejerció de adversario ideal para los entrenamientos, sabiendo en todo momento qué fuerza ejercer en función del nivel de pericia de su pareja. Sus movimientos confirmaron de nuevo a Livia que había acertado al pensar que su formación superaba la instrucción básica en la lucha cuerpo a cuerpo que se ofrecía en el ejército y en las academias de policía. En determinado momento, Moore intentó apresarle el brazo como había hecho su profesora, pese a que esta les había indicado que su objetivo

consistía en separarse y no en prolongar el enfrentamiento; pero su técnica no era tan refinada como la de Livia y Little contraatacó de un modo eficaz que libró a su extremidad de sufrir mayores daños.

Acabada la clase, la estratagema de Little había quedado relegada al olvido en gran medida para verse sustituida por cierto grado de respeto mutuo y gratitud. Las mujeres recogieron sus armas y sus botellas de agua antes de pasar una a una ante él para darle la mano e intercambiar cumplidos. Moore, que fue la última, asintió con un movimiento de cabeza al estrechársela y señaló:

—Ha tenido suerte de que mi pequeña estuviera hoy de buen humor.

Little sonrió.

—Sí, me lo había imaginado.

Moore le devolvió la sonrisa.

—Pues ahora ya lo sabe. —Tras una pausa añadió—: Gracias por ser tan buen rival durante el entrenamiento.

El agente flexionó el codo. Livia sabía que iba a estar varios días dolorido.

—Ha sido un placer. Al menos, lo será cuando me ponga un poco de hielo en este brazo.

La alumna soltó una carcajada y siguió adelante haciendo con cada paso que su calzado rechinase sobre la madera barnizada del suelo y resonase en aquellos techos tan altos. Los jugadores de baloncesto habían acabado su partido y se habían marchado, los halterófilos se habían ido también y, después de que Moore saliera por la puerta, no quedó en el gimnasio más sonido audible que el leve zumbido del aparato de aire acondicionado que tenían sobre sus cabezas.

Little volvió a doblar el brazo. Tenía la camisa empapada.

—Ha intentado rematar lo que empezaste tú. La he esquivado por los pelos.

Livia se encogió de hombros y le tendió una botella de agua.

—Fue una de mis mentoras. Hay que entender que intente protegerme.

Él agradeció el agua con una inclinación de cabeza y, tras desenroscar el tapón de la botella, apuró de golpe el contenido y respiró hondo al acabar.

—Como si lo necesitaras.

—De todos modos, no solo ha tenido suerte. Usted sabe de esto.

—No tanto como querría. Sobre todo, lo que aprendí en el equipo de lucha del instituto. Tendría que venir aquí más a menudo y apuntarme a tus clases.

—¿Desde Washington, D. C.?

—¿Y qué te hace pensar que vivo allí?

—Era solo una suposición. ¿No es de Seguridad Nacional?

—Además del FBI, el HSI es el mayor servicio de investigación criminal del Gobierno de la nación y tiene más de cuatrocientas oficinas en nuestro territorio y sesenta agregadas en ultramar. Ya conoces la labor que estamos llevando a cabo contra la trata.

Por supuesto que la conocía y saltaba a la vista que el agente especial Little era demasiado inteligente como para que pudiera hacerse la tonta con él.

—Está bien —contestó—. Entonces, ¿dónde está usted destinado?

Little sonrió.

—La verdad es que me paso la vida de un lado para otro.

Ella no respondió a sus palabras. Estaba claro que a aquel hombre le gustaban los juegos y sabía que no tenía modo alguno de ganar la partida que acababa de entablar. Lo mejor que podía hacer era no jugar.

—Siento haberte atacado antes —añadió él.

—No me cabe duda.

El agente especial dejó escapar una risotada.

—No me refiero solo a lo mal parado que he salido. Había oído hablar mucho de ti y quería verlo en persona.

—No sé qué habrá oído, ni lo que ha podido ver.

—Lo que había oído es que sabes defenderte más que de sobra y lo que he visto es que es muy cierto. También tengo entendido que prefieres actuar en solitario y, sobre todo, que resuelves los casos de los que te encargas.

—¿Y quién le ha contado todo eso?

—La teniente Strangeland, sin ir más lejos. Dice que eres la mejor investigadora de delitos sexuales que ha conocido. Claro que, en teoría, yo no debería revelar que lo ha dicho.

Sabía bien por sus informes de rendimiento que su superior la tenía en muy alta estima y cabía pensar que debía de haberla encomiado ante Little, pero también era posible que él estuviera mintiendo para no revelar otras fuentes.

—Y usted, agente especial Little, ¿a qué se dedica concretamente?

—Por favor, llámame B. D. Eso es precisamente lo que me trae aquí. ¿Hay algún sitio donde podamos sentarnos? —Flexionó el brazo lastimado y añadió con una sonrisa—: Si tiene cerca una máquina de hielo, mejor.

Capítulo 2

Dox sabía que tenía que salir echando leches de Phnom Penh, quizá hasta de Camboya. Aunque en el impulso del momento se había intentado convencer de que Gant no era más que un mierda, tenía que reconocer que tal vez estuviera tratando de buscar un motivo racional a las ganas de matarlo que había sentido. Analizando la situación en retrospectiva, empezaba a darse cuenta de que cuando se corriera la voz de que Gant había acabado con un tiro en la cabeza, posiblemente por obra del fulano al que Gant había mandado hacer lo mismo a otro, cabría esperar un contratiempo.

Conque se puso a caminar hacia el sur, guardando una distancia más que prudente con la Embajada de Estados Unidos, el lugar del que era de esperar que procediera dicho contratiempo, y compró al contado un teléfono móvil a un vendedor ambulante antes de doblar hacia el sudoeste en dirección al Mercado Olímpico, rodeado en todo momento por una legión zumbona de *tuk-tuks* y ciclomotores.

Eran las once de la mañana en Camboya y, por lo tanto, medianoche en Langley, pero sabía que Kanezaki trabajaba hasta tarde. Joder, ese chaval echaba más horas que nadie que conociera en la Agencia. ¿Cuándo pensaban darle una medalla? Claro que, si supieran que no era más que un antiguo tirador de precisión de los marines con cierta experiencia dotado de bastante encanto y un pasado un tanto oscuro, podía ser que en vez de eso le otorgaran una temporadita entre rejas.

Vagó de un lado a otro, sudando por la humedad tropical pese a llevar solo unos pantalones cortos y una camisa suelta y sin dejar de comprobar de vez en cuando los ajustes del teléfono en busca de una conexión de Internet que no estuviera protegida con contraseña. Cuando la encontró, en la acera situada delante de una cafetería ruinoso, se detuvo a descargar Signal, aplicación desarrollada por la Open Whisper Systems, y la configuró para hacer la llamada que quería, levantando de cuando en cuando la mirada para vigilar su entorno. El Mercado Olímpico era muy popular entre los turistas y, entre la multitud de lugareños, había cúmulos de extranjeros que facilitaban

bastante su objetivo de pasar inadvertido. Con todo, su metro ochenta y sus ciento quince kilos hacían siempre que atrajera más atención de la cuenta, sobre todo en Asia, donde su pelo y su perilla rubios tampoco ayudaban. A veces pensaba que quizá fuera mejor ocultarse a plena vista alzando la voz y comportándose como un verdadero texano, pero lo cierto es que dominaba la táctica, propia de los tiradores de precisión, de contener su energía y su presencia cuando lo necesitaba, de modo que, con independencia de su tamaño y cuanto pudiera rodearlo, lo normal era que nadie le prestase demasiada atención.

Cuando acabó de configurar el programa, se colocó a la sombra de una palmera cercana e hizo la llamada. La señal sonó una sola vez. Su interlocutor debía de tener el teléfono al lado de la cama o, lo cual era más probable, quizá no se había ido siquiera a dormir. Oyó la voz que tan bien conocía, despierta y profesional, decir:

—Kanezaki al habla.

Aquel americano hijo de japoneses tenía por nombre Tomohisa, aunque todos lo llamaban Tom.

—Buenas noches, amigo —dijo en español Dox, que a continuación añadió en inglés—: Me alegro de oírte.

—Yo también —repuso el otro tras una pausa.

—¿Me lees el identificador?

Al comienzo de la llamada encriptada, Signal proporcionaba un número a cada uno de los participantes. Si no coincidían, quería decir que había alguien escuchando la conversación. Kanezaki leyó el suyo en voz alta.

—Perfecto —respondió Dox—. Podemos seguir. Alegra saber que sigue habiendo alguna que otra manera de proteger la intimidad de uno en este mundo feliz que nos han montado.

—¿Por qué tengo la sensación de que no llamas para darme buenas noticias?

—¿Ves? Ahora vas y hieres mis sentimientos. Pensaba que oír mi voz ya sería para ti una buena noticia.

—Eso sí es verdad —contestó, Dox supuso que con una sonrisa—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Está bien, iré al grano, sobre todo porque tú ya lo has hecho y no quiero ser menos. Llamo desde Phnom Penh...

—¡Ay, Dios!

—¿Qué pasa? ¿No te gusta Camboya? La comida está buenísima y las mujeres son preciosas.

—Tenía que haberme imaginado que estarías metido en esto.

—¡Vaya! ¿Qué te han contado?

—Esta mañana hemos recibido un cable de la embajada de Phnom Penh. A un fulano le han volado la cabeza en un restaurante de la ribera del Mekong y el funcionario de las Naciones Unidas con el que estaba cenando dice que aseguraba ser un espía estadounidense. Sin embargo, según él, no llegó a decirle a qué organismo pertenecía ni tampoco han encontrado en su cadáver ningún documento que pudiera identificarlo. Así que la embajada ha cableografiado a toda la comunidad de los servicios de información para ver si trabajaba en alguna de nuestras agencias. De momento, nadie se ha pronunciado.

—¡Qué bonito, que os sintáis parte de una comunidad!

—¿Has llamado para hacer chistes o piensas contarme algo tú también?

—No sé por qué tienen que estar reñidas ambas cosas.

—Pues ya que has hecho una, te toca ponerte con la otra.

Para Kanezaki, la única moneda que movía el mundo en el que operaba era la información confidencial. Y, por lo común, no resultaba difícil explotar su ambición en este sentido, siempre que hubiera algo que ofrecer a cambio.

—Vale, vale. Resulta que sé que el muerto se hacía llamar Gant. Del nombre de pila no sé nada.

—¿Y cómo sabes eso?

—Pues porque así se presentó cuando contrató mis servicios. Me pidió que matara a un tal Sorm, Rithisak Sorm, que, según me dio a entender, es un famoso tratante de menores camboyano, pero cuando fui a hacer mi trabajo, me encontré con que ese «Sorm» era en realidad un tipo al que había visto esa misma mañana en el Raffles rodeado de un puñado de dignatarios extranjeros, que parecía el puñetero dalái lama y se veía a la legua que era un tío respetable.

—No me digas que eres capaz de saber una cosa así solo con ver a la gente.

En ese momento pasó una motocicleta con un tubo de escape de alta fidelidad que ahogó el estruendo de fondo de la gente y el tráfico. Dox esperó a que se hubiera alejado.

—A veces sí. De hecho, pequeñín, tú siempre me has dado buena espina, a pesar de lo sospechosas que resultan tus conexiones profesionales. ¿Me vas a decir que me equivoco?

—Ni por asomo.

—El caso es que cuando vi a mi objetivo tuve muy claro que había algo podrido en Dinamarca. Entonces, el bueno de Gant se sinceró y me dijo que, en realidad, el objetivo, el hombre que yo había visto, no era Sorm, sino un tipo de la ONU que quería llevar a juicio al verdadero Sorm por sus delitos, y que él tenía que protegerlo de la justicia pese a los turbios negocios que se traía entre manos, porque era no sé qué clase de agente de espionaje de Estados Unidos. Yo le dije adiós muy buenas y estaba a punto de montarme en la moto para irme de allí cuando, mira tú por dónde, me encuentro con que me están esperando en la oscuridad tres maleantes camboyanos con cuchillos. Por suerte (para mí, no para ellos) soy un tipo previsor y tomé una ruta inesperada, con lo que me hice con el factor sorpresa. A eso hay que sumarle que, a diferencia de aquellos tipos, yo tenía visión nocturna, de modo que el enfrentamiento tuvo un final feliz para el héroe de nuestra historia y uno no tan dichoso para los malos.

—¿Esos eran los cadáveres de los que hablaba la policía, muertos a tiros por una escopeta de gran potencia?

—Podría ser una coincidencia de cojones, pero yo diría que deben de ser los mismos. Había un cuarto, un chiquillo que habían comprado por cuatro perras para que vigilase. A ese lo dejé escapar.

—Y luego volviste y acabaste con Gant.

—¡Ya te digo! Somos mayorcitos para dejar que nos saquen de nuestras casillas con un acuerdo engañoso. Con no volver a hacer negocios contigo tengo bastante, porque sí, supongo que tenías que intentarlo y que podemos seguir con nuestra vida y dejar que el otro haga lo mismo. Pero ¿encima de liarme, contratas a unos notas para que me quiten de en medio? ¡Venga ya! ¿Cómo voy a tolerar un desplante así? En fin, el caso es que había pensado que lo mejor era llamarte para ver qué me contabas. Espero no haber hecho nada que pueda soliviantar los ánimos de nadie por la pérdida del difunto señor Gant, al que, con un poco de suerte, nadie echará de menos.

—Entendido. Pero, como te he dicho, por lo que sé, todavía no lo ha reclamado ningún organismo.

—Mira, hermoso, nos conocemos desde hace mucho y sé perfectamente cuando quieres que algo suene peor de lo que es.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

Dox tenía muy claro que Kanezaki lo había dicho con una sonrisa.

—Yo qué sé. Para sacar a cambio alguna concesión. No te estoy pidiendo que te pases las noches en vela investigando ni nada, pero no me vendría mal que, con discreción, averiguases algo. Ese funcionario de la ONU, el dalái

lama, se llama, por lo que me dijo Gant, Vannak Vann, aunque imagino que eso ya lo sabes.

—¿Y qué te hace estar tan seguro?

Otra vez percibió Dox la sonrisa tras sus palabras.

—Porque Vann es testigo esencial de un asesinato y la policía de Camboya ha tenido que tomarle los datos y compartirlos con la embajada. Mira, no quiero parecer maleducado, pero ahora mismo no estoy de humor para juegucitos.

Tras esto se impuso un silencio que Kanezaki rompió al fin reconociendo:

—Tienes razón, se llama Vann. Es el director de un cuerpo especial de la ONU llamado Iniciativa Mundial para Luchar contra la Trata, la GIFT, y yo lo conozco.

—¿Que lo conoces? ¿Y eso?

—No te hagas el tonto. ¿No sabes que tenemos fuentes de todo tipo?

Dox se detuvo a pensar. Si Vann fuera alguna clase de agente encubierto de la CIA, Kanezaki no habría soltado prenda. Tenía que tratarse de algo más informal, como un agente de acceso o simplemente un conocido de la profesión.

—Entiendo. El caso es que sospecho que el señor Vann sigue corriendo peligro y me gustaría ponerlo sobre aviso.

—Que conste que no me opongo, pero... ¿estás seguro de que quieres meterte más en esto, sea lo que sea?

—¡Si ya estoy metido hasta las cejas! ¿De verdad puedo meterme más? Además, me voy a sentir fatal si de aquí a una semana me entero de que alguien ha acabado el trabajo y yo, pudiendo hacer algo, me quedé de brazos cruzados. Piénsalo. Lo más seguro es que ese pobre inocente ni siquiera sepa que el objetivo era él. Seguirá pensando que se trataba de matar al bueno de Gant. Ni se le pasará por la cabeza guardarse las espaldas pese a lo que ha pasado. Y ya no es solo lo que tengo que contarle. ¿No tienes curiosidad por saber lo que puede contarme él a mí? ¿No quieres saber algo más de lo que se trae entre manos tu «comunidad»? Por no hablar ya de lo que están financiando con el dinero de tus impuestos.

Guardó silencio para dejar que meditase. Kanezaki no era ningún novato y, además, tenía que deber en parte el espectacular ascenso que había conocido en la «comunidad» a su capacidad para buscar agentes como Dox, fuentes de información y, cuando hacía falta, de acción. El dato secreto más insignificante le resultaba tan irresistible como a Dox una mujer de buen ver, o sea, que ya podía darse por vencido.

—¿Y qué es exactamente lo que intentas averiguar? —preguntó Kanezaki.

—De entrada, quién estaba detrás de Gant. Sabiendo eso, quizá podamos enterrar el hacha de guerra.

—¿Y qué piensas hacer? Porque ya te aviso de que si lo que pretendes es enterrarla en la cabeza de alguien, no voy a poder ayudarte.

—Eso dependerá de ellos. Alguien ha hecho un movimiento muy torpe que ha acabado con la muerte del bueno de Gant. Si están dispuestos a dejarlo así, yo también. Si no, se las van a ver con un problemita.

—Y tú también.

—Yo ya lo tengo, por lo visto. Por eso te he llamado.

Hubo una pausa, tras la cual dijo Kanezaki:

—Es interesante que se tratara de Sorm o, por lo menos, que se tratara de él en apariencia, porque Sorm era de los nuestros hace tiempo.

—¿Cómo que «de los nuestros»? ¿Cómo que «era»? Y, si no te importa que te lo pregunte, ¿no has tardado mucho en decirme que ya habías oído antes el nombre de Sorm?

—Lo siento, pero primero quería tener un poco más de contexto.

Dox no le dio más importancia. Había hablado demasiado sin apenas obtener información y Kanezaki se había aprovechado temporalmente de la situación, por el adiestramiento que había recibido y probablemente también por su propia naturaleza. En justicia, no cabía culpar a un hombre por actuar con arreglo a su condición natural. Lo único que podía hacer era recordar el error que había cometido para no volver a repetirlo.

Aguardó y, tras unos instantes, Kanezaki siguió diciendo:

—Sorm había pertenecido a los jemeres rojos. Empezó a trabajar con la CIA en 1979, justo después de que Vietnam invadiese Camboya y Estados Unidos empezara a armar en secreto a los jemeres como respuesta.

Gant sí le había dicho a Dox que Sorm había formado parte del Partido Comunista de Camboya. Al parecer, había mezclado no pocas verdades con sus mentiras, mecanismo que solía ser el modo más adecuado de hacerlas verosímiles. Con todo, por interesante que fuese ver confirmada la información, optó por hacerse el sorprendido. Kanezaki era un buen hombre, pero su profesión hacía que, en ocasiones, resultara difícil confiar en él.

—¿Un jemer rojo? —repuso en consecuencia—. Pero ¿qué edad tiene ese fulano?

—Era sobrino de Kang Kek Iew, conocido como *camarada Ducha*, el pez gordo que se encargaba de la red de cárceles y centros de interrogatorio de los jemeres.

—Con «interrogatorio» te refieres a tortura.

—Eso es. Sorm tenía quince añitos en 1975, cuando se hicieron con el poder los jemeres rojos, y diecinueve, cuando la invasión de los vietnamitas. Habla bien francés. Muchos de los cabecillas del Partido estudiaron en París y Sorm nació allí. La CIA no disponía entonces de mucha gente que supiera jemer y los suyos ascendieron a Sorm al puesto de intermediario en la provisión de armas por los lazos familiares que tenía con los mandamases y por sus conocimientos de idiomas.

—Pensaba que los jemeres rojos habían matado a todos los camboyanos que hablaban otras lenguas.

—Así es. Al parecer no se les daba demasiado bien detectar paradojas.

—Yo diría más bien *hipocresía*, aunque tienes razón. Así que Sorm era de los nuestros. Pero ¿por qué «era»?

—Lo despachamos cuando Vietnam retiró sus fuerzas del país.

—¿Y por qué? ¿Ya no nos hacía falta?

—Más o menos. Cuando los vietnamitas nos dieron para el pelo, teníamos tantas ganas de desquitarnos que no dudamos en colaborar con un régimen genocida para conseguirlo, pero después de que se retiraran, nos quedamos sin motivos. Una simple cuestión de coste-beneficio.

—¡Venga ya! Seguro que un tío como Sorm tenía un valor tremendo para los servicios de información hasta después de irse los vietnamitas. Sí, es verdad que se corre el riesgo de que salga a la luz que uno se está acostando con los jemeres rojos, pero llevábamos ya una década haciéndolo y yo diría que eso es lo que los economistas de moda llaman «coste hundido». No me lo estás contando todo.

—Tampoco me has dejado. Tienes razón, no se trataba solo de su vinculación en general con los jemeres rojos. Ya te he dicho que Sorm era sobrino del *camarada Ducha*, el primer dirigente del Partido al que juzgó el tribunal de la ONU de Camboya por crímenes de lesa humanidad y genocidio por su función de administrador del sistema de prisiones de los jemeres rojos. El mismísimo Sorm estaba al mando de la más famosa de todas, la de Tuol Sleng, donde ejecutaron a todos los presos menos a siete. De veinte mil.

—Hoy es el Museo del Genocidio.

—En efecto.

—Y el tal *camarada Ducha*, cuando lo juzgaron, ¿delató a Sorm?

—En efecto. Resultó que Sorm era peor todavía de lo que sabíamos. No se había dedicado solo a torturar y a asesinar. Su especialidad era la humillación sexual y la violación. Daba igual que fuesen mujeres u hombres, jóvenes o

viejos. Violaba a los padres delante de sus hijos y a los hijos delante de sus padres. Para él no había nada demasiado monstruoso.

—Por Dios bendito.

—Sí. Imagina lo que tiene que ser distinguirse por crueldad y sadismo durante cinco años de régimen genocida.

—Sin embargo, al parecer, no destacó lo bastante para disuadir a vuestra «comunidad» de usar sus servicios.

—Supongo, amigo mío, que te harás cargo de que tú mismo tampoco eres precisamente un angelito. Sabes que la mejor información secreta, de hecho, puede que la única que de verdad vale la pena, procede de gente abominable. Y Sorm, desde luego, tenía muchísimas perlas que ofrecer. Tenía una extensa red de contactos, era un agente de acceso excepcional y poseía información valiosísima de lo que estaba ocurriendo en el seno de varios grupos separatistas y movimientos insurgentes del Sudeste Asiático, pero, por supuesto, siempre hay límites y, cuando supimos por las declaraciones del *camarada Ducha* hasta dónde llegaba la perversidad de Sorm, dejamos de usar sus servicios.

Dox se echó a reír.

—Haces que suene a cosa de principios y no de relaciones públicas.

—Yo no estaba allí entonces ni pinté nada en todo aquello, pero creo que una cosa no excluye a la otra.

—Supongo que no. Será que soy un poco cínico.

—De todos modos, si el tipo que estaba con Vann era de veras un espía estadounidense, alguien lo reclamará como agente suyo.

—¿Puedes averiguarlo? Yo podría buscar al tío que me puso en contacto con Gant, pero dudo que sepa nada. Además, viendo cómo esperaban que acabase toda esta operación, conmigo fuera del mapa, no me veo capaz de confiar en quienes me metieron en ella.

—¿Crees que Rain te ha podido tender una trampa? No me lo imagino haciendo algo así.

—No, no —repuso Dox horrorizado—. Me refiero a otra persona, un colega marine de los viejos tiempos. Rain sería incapaz.

—Eso pensaba yo también, pero me habías preocupado por un momento.

Dox soltó un bufido burlón. Si alguien como Rain te echaba el ojo, preocuparse no servía de nada. En ese caso, lo suyo sería más bien poner en orden todos los papeles de uno.

—El caso —dijo— es que mi colega es un buen tipo, aunque en el fondo no deja de ser un cabeza de chorlito sin tus contactos ni tu impresionante

perspicacia.

—Y no lo dices por adular...

—Puede que sí, pero eso no significa que sea mentira. Te han hecho jefe de división, ¿no? ¿Del Asia oriental, puede ser?

—Sí, aunque me ha costado diecisiete años.

—Tiempo más que suficiente como para saber dónde están enterrados algunos cadáveres, imagino, y dónde hay que buscar el resto.

Como esperaba más protestas sobre lo complicado que iba a resultar averiguar nada más sobre Gant, se llevó una grata sorpresa al oírlo decir:

—Tengo una corazonada. Déjame que indague por ahí.

—¿Una corazonada?

—Digamos simplemente que no todos los que conforman la comunidad de los servicios de información de Estados Unidos se rigen por los mismos principios, o la misma preocupación por las relaciones públicas, que la CIA.

Dox sonrió.

—En fin, imagino que si dicen que sois Como Inocentes Angelitos será por algo. Por lo menos, eso espero.

Capítulo 3

Livia tomó de la sala de curas una compresa fría para el codo de Little y lo llevó a la cafetería del décimo piso. Era tarde para almorzar, de modo que estaba casi vacía. El agente especial pidió un café para él y el agua mineral que quería Livia antes de sentarse con ella a una mesa que daba a la Quinta Avenida, cuyo tráfico acallaban los gruesos cristales de aquel moderno edificio. A lo lejos destellaban las aguas de la bahía de Elliott bajo un cielo azul despejado. Livia se alegró de haber acudido al trabajo en la Ducati Streetfighter, la motocicleta más rápida y mejor equilibrada de cuantas había tenido. Pensó en la posibilidad de dirigirse a la playa de Alki antes de volver al altillo que tenía por hogar en una nave industrial de Georgetown. Después de un invierno húmedo, más desolador aún por los fantasmas del pasado a los que había tenido que enfrentarse, el verano había espantado la oscuridad y los días volvían a alargarse, todo un lujo que le había permitido convencerse de que podía dejar atrás el ayer. Lo había encarado y, esta vez, había conseguido enterrarlo, por más que, en el caso de su pobre Nason, hubiera sido literalmente.

Sin embargo, mientras observaba a Little echar con mimo nata y azúcar a su café y removerlo lentamente como un jefe de cocina que estuviese preparando un suflé de concurso, dejó de pronto de tenerlo tan claro. Aquella visita sorpresa no podía ser por lo de Bangkok, pero, entonces, ¿a qué venía? ¿Qué podía ser aquella ostentosa devoción a su café sino una demostración de confianza relajada con la que sabía bien que pretendía inducirla a romper el silencio?

Quizá solo se tratara de una costumbre suya. De todos modos, no iba a tardar mucho en tener más información. Mientras, la mejor táctica que podía adoptar era la de esperar a que fuese él quien diera el primer paso.

Cuando Little quedó satisfecho con su ceremonial, alzó la taza y tomó un sorbo.

—¡Coño! Esto sí que es un café —aseveró moviendo la cabeza con gesto de aprecio—. Va a ser verdad que en Seattle hasta el café de la policía es de

alta cocina.

—Con el azúcar y la nata que le ha echado, supongo que el café es lo de menos —repuso Livia, aunque lo cierto era que ella lo tomaba siempre con una cantidad generosa de leche y azúcar de caña. Le recordaba a la época en la que vivió con Rick, el tío adoptivo que la había rescatado del terror y uno de los motivos por los que se había hecho policía.

Little sonrió.

—No te falta razón. Supongo que tenía que haberlo probado antes de echar el azúcar.

—O a lo mejor es usted de los que prefieren endulzarlo todo.

Ese comentario le provocó una carcajada.

—Según de lo que estemos hablando.

Aquello le daba pie a preguntar precisamente de qué estaban hablando, pero de nuevo prefirió esperar.

El agente especial dio otro sorbo.

—¿Sabes, Livia? No quiero enseñar mis cartas hasta saber que puedo contar contigo, pero imagino que tú tampoco puedes dar el visto bueno antes de ver por lo menos un par de ellas, de modo que estamos un pelín atascados.

—Lo estará usted. Yo estoy perfectamente.

Él volvió a reír.

—Me habían advertido que serías dura y la verdad es que no me estás decepcionando. A ver qué te parece esto. Voy a hacerte una serie de preguntas preliminares y, si a ti te gustan y a mí me convencen tus respuestas, avanzamos un poco más. Si no, yo te daré las gracias por tu clase de artes marciales, tú me las darás por el agua mineral y aquí paz y después gloria.

—Por mí, perfecto.

—Bien. Habrás visto que no he hecho nada por ocultar que he estado informándome sobre ti y espero que lo valores. He leído tu expediente, he hablado con tus superiores y he leído tu certificado de conducta, tu perfil psicológico... Todo. Pero, igual que con un buen libro, si he llegado hasta el final era porque me gustaba lo que leía.

Si el que un agente federal hurgase en su pasado resultaría incómodo para cualquiera, en su caso lo era más aún, pero, como, por el momento, solo podría haber contestado con preguntas, consciente de que, a veces, estas revelaban tanto como las respuestas, decidió guardar silencio.

—Y esto es lo que he averiguado —prosiguió él—. En lo tocante a Livia Lone, todo el mundo coincide en resumirla con una palabra: intensidad.

Estudiante de matrícula y campeona estatal de lucha, pero no en una liga femenina, sino compitiendo contra chicos.

Livia creyó ver por segunda vez aquel gesto extraño pasar fugaz por su rostro. Seguía sin saber qué podía significar.

—Y suplente olímpica del equipo de *judo* cuando estudiabas en la Universidad Estatal de San José —añadió él.

Tampoco dijo nada.

—Pero eso es solo el qué... y el qué siempre está a la vista de todos. Yo lo que quiero es el porqué.

Parecía una pregunta inofensiva y eso la hizo recelar.

—¿A qué se refiere?

—Espero que no vayas a decirme que solo querías servir y proteger. Seguro que eso forma parte del motivo y, por supuesto, es algo muy noble, pero también estoy convencido de que eso no es lo que hace que te levantes de la cama cada mañana o a mitad de la noche, que también pasa, ni lo que te ha convertido en la excelente policía que eres.

—¿Quiere saber lo que hace que un policía sea excelente?

—Quiero saber lo que hace de ti una policía excelente.

—La respuesta es la misma: compasión.

—Está bien, pero ¿de dónde viene toda esa compasión?

No le gustaba nada lo que parecía estar dando a entender Little. Ni lo que quizá supiera.

—Del simple hecho de ser humana.

—Humana. Sí, eso ya lo veo, pero la gente te describe como un monje guerrero, como un cruzado. Nadie te conoce intereses ni aficiones, ni vida, por cierto, aparte de encerrar violadores.

—Por cómo lo dice, cualquiera diría que encerrar violadores es algo malo.

—No, no. Ni mucho menos. Como te he dicho, lo único que intento es imaginar de dónde te viene todo eso.

—¿Tiene papel y lápiz? Porque la respuesta es complicada.

—Ponme a prueba.

—Prefiero ver a los violadores entre rejas. ¿A usted no le pasa lo mismo?

En realidad, ella prefería verlos muertos, pero la vida estaba llena de puntos en los que había que ceder.

—Estás evadiendo la respuesta. Yo estoy hablando de algo que parece casi una obsesión.

—¿Qué quiere decir? ¿Que me importa más de la cuenta?

—Puede ser.

—O puede ser que a la gente como usted le importe menos de lo que debería.

Se estaba empezando a cansar de aquel baile que no llevaba a ninguna parte, pero no pensaba revelar nada más hasta que empezara a hacerlo él. Sabía que tenía cierta ventaja, porque era él quien había ido a verla desde Washington o desde donde fuese y el que había dedicado buena parte de su tiempo a evaluarla. Al final, se sinceraría con ella. Solo tenía que aguantar más que él.

—Te sorprendería saber cuánto me importa —dijo Little y, por un instante, ella creyó detectar una emoción sincera en el tono de su voz—. De hecho, tu dedicación exclusiva es algo que admiro, pero todavía estoy intentando entenderla.

Por «admirar» ella entendió «querer usar», y por «entender», «explotar».

—Me explico —siguió diciendo él—: Nadie sabe nada de tu pasado. Ningún documento va más allá de tu tío, Rick Harris, de Portland, con quien viviste mientras acababas tus estudios de secundaria.

Hizo falta la experiencia adquirida durante una vida entera guardando secretos para permitirle ocultar el desasosiego que le provocó lo que reconoció como un ardid propio de interrogador, un comentario directo sobre un tema probablemente sensible con la intención de provocar y evaluar una respuesta.

Lo cierto era que sabía que la policía de Seattle no había ahondado mucho en su pasado. Habían hablado con sus profesores y con el entrenador de *judo* de la Universidad Estatal de San José, claro, que se habían deshecho en recomendaciones, y se habían puesto en contacto con Rick, quien los había informado de que se había encargado de ella a la muerte de su cuñado, Fred Lone, de un ataque al corazón. Rick era un héroe de la policía de Portland, un inspector de homicidios con numerosas medallas al valor, de modo que su aprobación era incontestable. A eso había que sumar el fervoroso interés que había puesto en ella la policía de Seattle. La combinación de mujer perteneciente a una minoría racial, estudiante de matrícula, estrella del *judo* y especialista en justicia criminal resultaba muy atractiva. No sabían que Livia había sido Labi.

—De hecho —siguió diciendo Little—, los pocos que saben algo de tu pasado creen que llegaste aquí como refugiada, de Vietnam según algunos, y te adoptaron los Lone. Eso, desde luego, no es nada raro, porque las familias blancas adoptan con frecuencia niños asiáticos, pero hay quien dice que Lone

es un apellido chino y que no eres adoptada, sino nacida en Estados Unidos de padres chinos. El caso es que, por lo visto, no te conoce nadie.

¿Estaba amenazándola con revelar su pasado a todo el mundo? ¿Qué podía haberlo llevado a pensar (a pensar no, a saber) que eso la incomodaría? ¿Sabría más de lo que estaba dando a entender, no solo de su pasado, sino también quizá de su presente?

No, estaba cayendo en otra artimaña de interrogador, una de las más básicas: la de hacer ver que se tiene más información de la que se posee en realidad para que el otro tenga la impresión de no estar revelando nada que no se supiera ya. Ayudaba conocer las técnicas, aunque dominarlas no fuese ninguna garantía para quien se encontraba de pronto al otro lado.

Livia le sostuvo la mirada con gesto aburrido.

—Puede ser —respondió— que no sepan nada porque no les importa.

—O puede que no les importe porque no saben nada. Quiero decir, nada de tu hermana ni de que fuisteis víctimas de trata, de que os separaron ni de que ella acabó en una fosa común en Maryland. No sabes cómo lo siento, Livia. Te lo digo de corazón.

El que usara a Nason para sonsacarle resultaba peor que ofensivo. Sintió deseos de hacerle daño. Se trataba, lo sabía, de un instinto residual, porque hacía mucho tiempo que no podía hacer nada por proteger a la pequeña, pero también era consciente de que aquel impulso era inextinguible, como el dolor de una extremidad amputada, de una extremidad que Little estaba pinchando de forma deliberada.

El agente especial, además, sabía que la habían enterrado en Maryland. Livia había necesitado dieciséis años y la muerte de un senador violador para averiguarlo. En su interior volvieron a cobrar vida sus sospechas iniciales, que había supuesto paranoicas, de que aquella visita tenía algo que ver con lo ocurrido en Bangkok. Lo más seguro era que a continuación le preguntase cómo se había enterado de la suerte que había corrido su hermana y del lugar en el que descansaba.

En cambio, se limitó a decir:

—¿De ahí viene esa intensidad tuya? ¿De un trauma de la infancia?

Livia dio un sorbo a su agua mineral con fingido aire de despreocupación.

—Si es eso lo que quiere pensar... De todos modos, es una lástima que haya dedicado tantos recursos a investigar mi pasado. Podía habérmelo preguntado a mí.

—Es lo que tiene el Gobierno federal: nos dan recursos para hartar.

—Escúcheme. Da la impresión de que lo sepa ya todo de mí. El qué y el porqué. Por lo menos, eso parece creer. Sin embargo, yo todavía no sé nada de usted. ¿Así es como piensa llevar esto? Pues sepa que va a tener que buscarse a otro a quien psicoanalizar. Yo tengo unos cuantos casos esperándome.

—¿Eso crees? ¿Que he estado intentando psicoanalizarte?

Livia acabó la botella de agua y la dejó sobre la mesa.

—La de repetir las palabras del otro para alentarle a hablar fue una de las primeras técnicas de interrogatorio que me enseñaron. Si soy tan estúpida como para picar el anzuelo, no creo que quiera trabajar conmigo y, si usted es tan estúpido que cree que voy a picar, no tengo ningún interés en trabajar con usted.

Little se echó a reír y levantó las manos en señal de rendición.

—Vale, vale. Tienes razón. Ya está bien de marear la perdiz. Y es verdad que creo que te conozco o, por lo menos, eso espero. Como te he dicho antes, solo quería comprobarlo en persona. —Se aclaró la garganta y se frotó las manos—. Se trata de lo siguiente: el HSI está intentando atrapar a una banda organizada dedicada a la trata en Tailandia, pero hasta ahora no tenemos una mierda y me gustaría que nos echases una mano.

O sea, que no estaba allí por lo del senador o, por lo menos, eso parecía.

—¿De qué tipo de banda estamos hablando?

—De las que cuentan con la protección del Gobierno tailandés.

El corazón empezó a latirle con fuerza impulsado por la adrenalina. Solo hacía dos meses desde que, al fin, había dado con el nombre del cabecilla del grupo que, siendo ella una niña, se había presentado en su aldea de Tailandia como una jauría de monstruos de cuento de hadas y la había secuestrado junto con su hermana, Nason. Se llamaba Chanchai Vivavapit. Y, según aseveraba el obituario publicado en el *Bangkok Post*, había servido en calidad de jefe de la Oficina Central de Investigación de la policía real tailandesa, organismo encargado de mantener el orden en la nación. Había pasado dieciséis años soñando con matar al hombre al que siempre había conocido, sin más, como Calavera, pero, cuando había conseguido acabar por fin con él y, a la vez, con el senador Lone, cliente y benefactor de aquel malnacido, no se había sentido satisfecha. Todavía tenía que buscar a dos miembros de la cuadrilla de Calavera, dos hombres cuyos nombres desconocía y a los que seguía llamando Cabeza Cuadrada y Barbasucia, y a dos más que habían participado en el traslado de los menores desde su aldea, situada en las montañas del

noroeste, hasta el puerto de Bangkok: el tipo de la furgoneta y el que había azotado a aquel crío, Kai.

Y a aquella chiquilla, la pequeña a la que había violado el senador en su habitación de hotel de Bangkok, una niña que debía de tener la misma edad que tenía Nason la última vez que la vio Livia.

Sabía que nunca iba a poder sacarse de la cabeza el rostro de aquella cría, el gesto suplicante de aquellos ojos atormentados mientras Matthias Redcroft, el «asesor legal» de Lone, se la llevaba temblorosa y ensangrentada sin que Livia, a quien estaban apuntando con una pistola, pudiera hacer otra cosa que observarla.

Si se hubiese sentido inclinada en lo más mínimo a responder a las preguntas de Little sobre sus motivaciones, sabía que en el lugar más destacado de la lista de lo que la motivaba figuraría la idea de pelear contra aquel demonio. Aunque conocer el porqué no debía de tener, en el fondo, demasiada repercusión en el qué.

—¿Tengo que entender tu silencio como indicio de interés? —dijo Little.

Por más que hubiese intentado no revelar su agitación, sabía que debía de haber salido a la superficie. Con todo, se limitó a responder:

—Puede tomarlo como indicio de que lo estoy escuchando.

Little asintió.

—Pues ojalá eso sea lo mismo. Te explico. El HSI envió a tres agentes para que actuaran de enlace con la policía real de Tailandia, pero nuestra investigación no nos ha llevado a ninguna parte. Y eso que tenemos información secreta de sobra que demuestra que hay gente del cuerpo metida hasta las cejas en todos y cada uno de los aspectos del tráfico de seres humanos dentro de Tailandia, a Tailandia y desde Tailandia.

En su cabeza se formulaba a gritos un aluvión de preguntas que no le resultó fácil acallar. Podía ser que tuviese ante sí la ocasión que tanto tiempo había estado aguardando de acabar con el resto de los que habían ayudado a Calavera y de hacer al fin que pagasen todos ellos por lo que habían hecho. Quizá incluso pudiera dar con aquella chiquilla.

Se concentró un instante en su propia respiración como había hecho siempre antes de un combate y, cuando sintió que había dominado un tanto su excitación, preguntó:

—¿Y cuál cree que ha sido el problema?

Little se encogió de hombros.

—En gran medida se ha debido simplemente al agotamiento, al cansancio emocional. El horror de la trata... resulta incomprensible. Es normal que

nuestra mente quiera apartarse de ese horror, racionalizar lo que no es más que un aspecto trágico de una cultura extranjera primitiva, algo que los occidentales, por supuesto, desaprueban, pero son incapaces, a la postre, de cambiar.

—¿Estaba intentado jugar con ella alguna clase de baza étnica? Optó por guardar silencio.

—Pero tu caso es distinto, ¿verdad, Livia? Tú nunca racionalizarías el horror. No te habitarías a él. Tú eres de la clase de persona que es capaz de mirar al horror a la cara durante toda una vida sin pestañear siquiera una vez. ¿Me equivoco?

—¿Esa es la conclusión a la que ha llegado después de evaluar mi historial?

—Pues sí, esa es la conclusión a la que he llegado. Si no estás de acuerdo, puedes decirlo, pero dudo que vayas a poder convencerme ni convencerte a ti misma. Y no es solo que seas de las que no se arredran ni dan la espalda, sino que, además, eres de orígenes tailandeses. No te costará pasar inadvertida entre aquella gente. ¿Sigues hablando el idioma?

Su lengua materna era el lahu. Había aprendido tailandés en la escuela, pero de eso hacía ya mucho tiempo.

—Lo tengo muy olvidado.

—Seguro que lo recuperas enseguida. Todavía hay una ventaja más: eres mujer, de modo que será fácil que te subestimen.

Aunque Livia ya sabía que iba a aceptar, también tenía muy claro que le convenía seguir haciéndose de rogar. En cuanto él notara que había conseguido la respuesta que buscaba, perdería la posición de ventaja que ocupaba en ese instante.

—¿Y no tienen agentes federales que sean mujeres y asiáticas?

—Alguna sí que hay, es verdad, pero no buscamos agentes federales. Ya te he dicho que hemos probado esa estrategia y no nos ha llevado a ninguna parte.

—No lo entiendo.

—Estoy buscando a alguien que haga de enlace con la policía real tailandesa con el pretexto de aprender algo más sobre redes internacionales de trata, un poli de calle que luche contra el tráfico en las calles. Alguien que trabaje investigando en el lado de la demanda y pueda ser más eficaz aún si conoce de primera mano el lado de la oferta. Un enfoque holístico.

Sonaba a jerga de la que debía de hacer las delicias de los encargados de aprobar el presupuesto del cuerpo, siempre tan dados a secundar cuanto

pareciera innovador.

—Pero dice que eso es solo un pretexto.

—Exacto. No es que el ejercicio en sí no vaya a tener valor. Espero que sí, porque, de lo contrario, el subterfugio haría aguas. Sin embargo, el propósito visible de tu visita está pensado para ocultar el verdadero objetivo.

A Livia no le hacía la menor gracia que hubiese empezado a hablar como si ella ya hubiera dicho que sí con el paso de la tercera a la segunda persona.

—¿Y cuál es el verdadero objetivo?

—En fin, por establecer una analogía con la lucha contra las drogas, podríamos decir que se trata de hacer redadas a pie de calle, de ganar puntos sin que suba el coste, baje la pureza ni quede afectado el suministro.

—¿Quiere decir que no vamos a hacer nada por interrumpir el tráfico?

—Exacto. ¿Por qué vamos a perseguir solo a los intermediarios? Porque los funcionarios tailandeses están colaborando con los peces gordos, son cómplices de ellos o los protegen y el dinero, en última instancia, les llega a los de arriba. Una redada a pie de calle es como cortar un tentáculo. ¡Qué coño! La punta de un tentáculo. El animal apenas lo notará. Tenemos que atacar a la cabeza, o sea, que nuestro objetivo real es averiguar quién protege a quién y cómo podemos sortear esa protección... o cómo quitarla de en medio.

Little hablaba ya de «nuestro objetivo», algo que ella misma enseñaba a las alumnas de sus clases de defensa personal a reconocer como «agrupación forzosa» y que consistía en hacer ver que se tiene algo en común con la víctima para lograr que baje la guardia^[3].

—¿Y cómo saben tanto sobre la complicidad del Gobierno tailandés?

—Pues... Obviamente, de puertas afuera no hay más que detenciones entre lo más bajo de la jerarquía de los traficantes, pero me temo que el resto es información reservada.

No esperaba que Little le enseñara sus cartas, pero, cuando uno no pregunta, la respuesta es siempre «no».

—Entonces, lo que quieren es mandarme a Tailandia —dijo en tono de deliberado escepticismo.

—A Bangkok, para ser más exactos. Solo seis meses, además. Puede que menos, dependiendo de cómo se te dé la investigación.

Seis meses para dar con los hombres de Calavera, para encontrar a aquella cría. Era como un sueño. Con todo, Livia quería algo más y sabía que no lo conseguiría si él la notaba entusiasmada.

—¿Seis meses? —dijo echándose hacia atrás con gesto sorprendido—. No sé si lo sabrá, pero, por más que me imaginen como un monje o lo que sea, aquí tengo mi vida. Estoy trabajando en varios casos, doy clases y tengo a gente que me necesita. ¿Qué le hace pensar que puedo renunciar sin más a todo eso por su proyecto?

Little se inclinó hacia delante en su asiento y la estudió.

—A fin de cuentas, es una cuestión de prioridades. Puede quedarse aquí en Seattle cazando cocodrilos... o ir al lugar del que proceden y secar la puta ciénaga.

El muchacho era aficionado a las metáforas zoológicas. Y había que reconocer que no eran del todo malas.

Los dos guardaron silencio sin dejar de observarse. Livia sabía que el agente especial no iba a hablar primero y no le parecía mal, porque no necesitaba que así fuera para conseguir lo que quería. Lo único que le hacía falta era hacerlo sudar un poco más, de modo que dejó que aquel silencio se prolongase casi un minuto antes de decir:

—Quiero ver la información de la que disponen.

—Ni hablar.

La respuesta le pareció parte de un teatrillo destinado a hacer que una futura concesión pareciese más valiosa de lo que era en realidad.

—Lo único que quiero es conocer la base sobre la que tendré que fundamentar el proyecto que quieren que lleve a cabo.

—Y lo entiendo, pero...

—Pues no pienso darle una contestación hasta haberme formado una idea de adónde me voy a meter, a quién voy a perseguir y cuántas probabilidades tengo de conseguirlo. Si están planeando enviarme al extranjero sin más certidumbre que una hipótesis, en seis meses dudo que logre nada. Sin embargo, si tienen pistas fiables e información confidencial útil, quizá podamos cortarle la cabeza al bicho o secar la ciénaga o como quiera llamarlo. De lo contrario, no me interesa.

Little apartó la mirada y tamborileó con los dedos sobre la mesa. El intelecto de Livia le decía que lo tenía comiendo de su mano. Estaba segura. Aun así, también sabía que nunca se le presentaría una ocasión ni un medio mejores de atrapar a los hombres de Calavera y encontrar a esa chiquilla y deseaba con tanta fuerza conseguirlo que empezaba a temer que él dijese que no.

Little dejó pasar un minuto antes de mirarla y asentir.

—Toda la información es secreta, de modo que quiero que sepas que estoy saltándome algo más que el protocolo. Esto es contravenir la ley. Creo que te estoy demostrando mucha confianza y me gustaría que la actitud fuese mutua.

—Enséñeme lo que tiene —dijo ella sintiendo que la invadían el alivio y la emoción— y ya veremos.

Capítulo 4

Aquella tarde, Dox paseó por una calle amplia y polvorienta de la margen occidental del Bassac y, poco más allá, el Mekong. Se secó el sudor de la frente mientras observaba los alrededores y tomaba nota de los lugares en los que podría ocultarse un tirador o desde donde sería fácil tender una emboscada. Todo parecía ir a pedir de boca. Resultaba sorprendente lo rural que era todo Phnom Penh a poco que se alejase uno del centro de la ciudad. Allí había más bicicletas que **tuk-tuks** y sonaban tan pocos motores que alcanzaba a oír a su paso los insectos que zumbaban en los árboles. Los edificios también eran más pequeños y el terreno que mediaba entre ellos estaba poblado de gallinas esqueléticas y perros ociosos. Sin embargo, había numerosas obras que daban la sensación de que, de allí a unos años, el barrio estaría abarrotado de apartamentos de lujo y letreros de Starbucks. No pudo menos de alegrarse de la ocasión que se le brindaba de verlo antes de aquella transformación.

Si al final Kanezaki concertaba una reunión con Vann, quería conocer bien la zona. Por eso había buscado la dirección de la sede de las Naciones Unidas en Phnom Penh y se había decidido a echar un vistazo de cerca. Paseando sin prisa, acabó por llegar a un edificio de hormigón de cuatro plantas que destacaba en dimensiones y robustez entre el resto de los de la manzana. En el cartel azul que tenía delante se leía: Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos, tanto en jemer como en inglés. Lo envolvía un muro de dos metros y medio pintado de un chocante color rosa grisáceo y coronado por alambre de espino, aunque, en comparación con la embajada, se diría que allí no habían considerado prioritario el asunto de la seguridad. En el muro había varias cámaras de vigilancia a las que apenas prestó atención. Sin riesgo no había recompensa.

Siguió caminando sin prisa, estudiando el terreno con aire despreocupado, imaginando por dónde podría echar a correr o contraatacar si ocurría tal cosa o tal otra y asegurándose de no parecer sino un turista que contemplaba las

vistas para que quien pudiera reparar en su presencia se convenciera de que no tenía nada que temer.

Cuando quedó satisfecho con lo que había aprendido de aquel barrio decidió dirigirse al Museo del Genocidio. Nunca había ido a verlo, porque se consideraba bastante al tanto de los horrores de este mundo, pero había que matar el tiempo y, teniendo en cuenta lo que le había dicho Kanezaki de Sorm, pensó que no le vendría mal echar un vistazo.

El museo estaba a unos tres kilómetros del edificio de la ONU, pero no le molestaba el calor y, además, la experiencia le había enseñado que el mejor modo de conocer una ciudad era recorrerla a pie. Se dirigió al norte por el bulevar de Preah Monivong, algo más ruidoso de lo que habría deseado para un paseo por culpa de los dos carriles que lo recorrían en cada sentido. En cuanto pudo, puso rumbo al oeste y volvió a encaminarse al norte en la calle Oknha Nou Kan, una vía vecinal mucho más tranquila transitada sobre todo por *tuk-tuks* y bicicletas y conformada por escaparates y casas de tamaño modesto entre parcelas abandonadas, a un lado, y un canal de drenaje al otro. Apenas había transeúntes, porque los lugareños eran demasiado listos como para andar bajo aquel sol, y pudo disfrutar de la sensación de tener la calle casi para él solo.

A mitad de camino, a unos quince metros de él, un mendigo ciego dobló con cuidado la esquina de la calle y se dirigió andando hacia él. Llevaba unas gafas de sol grandes y un bastón largo que movía delante de él con la mano derecha para dar golpecitos en el suelo de un lado a otro. En la izquierda sostenía una escudilla y Dox fue a llevarse la mano al bolsillo para darle unas monedas.

De los cimientos en ruinas del edificio que había a la derecha de aquel fulano sobresalía una tubería, que el mendigo esquivó desviándose de la trayectoria recta que había seguido hasta entonces sin necesidad de tocarla con el bastón.

Dox retiró indignado la mano del bolsillo. Un farsante. Desde luego, estaban por todas partes.

En ese momento estaba ya a poco más de diez metros de él sin dejar de tentar el suelo con el bastón. Era calvo, aunque el poco pelo que le quedaba, rapado, era del tono oscuro de los del país. El moreno de la piel tampoco era raro allí. Sin embargo, por más que las gafas ahumadas no dejaran ver sus ojos, por la estructura ósea que alcanzaba a ver daba la impresión... No estaba seguro de cuál podía ser su procedencia, pero tenía claro que no era de Camboya.

¿Un mendigo farsante extranjero? No era imposible. Podía ser que uno de sus padres fuera jemer y el otro de cualquier otro sitio, pero, de todos modos, ¿por qué iba a llevar unas gafas tan grandes un ciego, aun siéndolo solo de pega? Lo único que necesitaba era ocultar los ojos. Lo demás sería peso extra que tendría que llevar todo el día sobre la nariz y las orejas...

A no ser que también quisiera esconder su rostro.

Nueve metros.

La escasa distancia y el hecho de estar sobre aviso le permitieron percibir otros elementos discordantes. Aquel tipo llevaba pantalón corto y camiseta, además de zapatillas de deporte, y la musculatura de sus brazos y sus piernas era digna de un bailarín o un gimnasta. Es verdad que no hace falta ver para hacer ejercicio, pero, aun así, le resultó extraño, sobre todo si no era ciego de verdad, porque nunca había visto a uno de aquellos farsantes que no estuviera escuálido y desnutrido y aquel tío daba la impresión de no haberse saltado en años su batidito proteínico de fruta y suero.

Tampoco tenía cicatrices en las rodillas ni en las canillas, ni otras de las marcas que cabría esperar de toda una vida dedicada a recorrer la ciudad sin más ojos que un bastón.

Para colmo, lo más importante, lo más revelador eran las vibraciones que transmitía aquel tipo, más intensas a medida que se acercaba. Como si diese la impresión de estar concentrado, de estar preparándose para hacer algo, algo gordo. Pocas personas saben ocultar por completo una intención así. Rain sabía. Dox también. Pero, tuviera lo que tuviese aquel prenda en la cabeza, se estaba filtrando de algún modo hasta traslucirse en su comportamiento: su postura, su ritmo, sus andares... Quizá no se tratara de nada que fuera posible expresar, sino de algo que aprendía a leer el inconsciente de quien había subsistido un tiempo en el lodo y pretendía seguir con vida.

«Pero ¿cómo va a atacarme nadie por aquí si ni siquiera yo sabía que iba a tomar este camino?». Su cabeza le decía que tenía que estar equivocándose, pero sus tripas no se lo creían.

Desde luego, había un modo de determinar quién tenía razón. A la izquierda de Dox había un edificio derruido y el bordillo que tenía delante se había visto reducido a un montón de escombros. Si se equivocaba acerca de aquel tipo, tendría que compensárselo con un buen puñado de monedas en aquella escudilla. Y, de todos modos, acabaría metido en un buen lío.

Seis metros.

Se agachó y recogió con la mano izquierda un puñado de cascotes del tamaño de una pelota de golf. Se pasó el más pequeño a la derecha y lo lanzó

directamente a la cara del ciego.

La piedra silbó y el señor Invidente se encogió en el último momento, justo antes de que el proyectil fuera a golpearlo debajo de las gafas. Lanzó un chillido y dejó caer la escudilla, que dio en el suelo con un ruido metálico, antes de dar un paso atrás. Se palpó la mejilla unos segundos, como si quisiera comprobar el alcance del daño, antes de que el gesto se le transformara por la rabia. Con la mano que le quedaba libre asió con firmeza la caña del bastón, tiró de él y quedó de pronto con una vaina en una mano y una espada en la otra. Joder.

Por un instante loco, Dox pensó en Zatōichi, el espadachín errante sin vista de aquella serie antigua de películas japonesas. Entonces, el farsante tiró la vaina, aferró la espada con ambas manos y atacó.

Dox sintió una descarga colosal de adrenalina que suprimió todo sonido e imprimió lentitud a cuanto lo rodeaba. No había tiempo para sacar la Emerson Commander que llevaba en el bolsillo delantero del pantalón corto. Además, la de usar una navaja para hacer frente a un fulano con espada era la clásica ocurrencia que hacían constar los marines en el epitafio de un compañero para que sirviese de lección a otros.

En lugar de eso, se pasó otra piedra a la mano derecha y la arrojó como quien lanza una bola rápida en un partido de béisbol. Habría preferido darle de nuevo en la cabeza, pero sabía que con aquellos proyectiles no tenía tanta maña como con el fusil y optó por apuntar al pecho. Zatōichi se detuvo, se volvió para protegerse el costado derecho y recibió un fuerte impacto en el hombro izquierdo. Dox se pasó al instante otra piedra a la mano con las que las lanzaba y volvió al ataque. El cascote fue a dar en el mismo lugar, pero esta vez arrancó un grito al fulano, que, sin embargo, volvió a abalanzarse hacia él a la carrera, serpenteando con la intención evidente de evitar que lo alcanzara de nuevo.

Dox lanzó otro proyectil. Este fue a dar en el cuello de Zatōichi, que volvió a detenerse. El siguiente le golpeó el pecho en el momento en que giraba para tratar de evitarlo y lo sentó en el suelo. Aunque aquel golpe había tenido que hacerle un daño terrible, el tipo se puso en pie y volvió a avanzar hacia él en zigzag.

Dox se hizo con otras tres piedras y lanzó la primera. Los dos estaban ya a poco más de tres metros, de modo que se decidió a apuntar a la cabeza. Zatōichi debía de estar dolorido, porque volvió a detenerse y rotó el cuerpo para tratar de bloquear el golpe. Sin embargo, lo único que consiguió fue que el canto le diera en el antebrazo, de tal manera que estuvo a un palmo de

cortarse la cara con su propia espada. Dox arrojó la segunda piedra y le acertó en las gafas, que salieron disparadas. Sí, daba la impresión de ser una mezcla de jemer con algo más.

El fulano lanzó un aullido al mismo tiempo que empezaba a caerle sangre por el rostro. «Corre, hijo de puta. No seas gilipollas —pensó Dox mientras preparaba la tercera piedra, casi del tamaño de un puño—. No sé cuánto te habrán pagado, pero seguro que no es para morir por lapidación».

El otro, no obstante, permaneció donde estaba. Quizá se hallara excepcionalmente motivado o aterrado, aunque también cabía la posibilidad de que fuera excepcionalmente idiota. Miró a Dox, dejó escapar un grito de guerra y cargó de nuevo contra él sosteniendo la espada por encima de la cabeza con dos manos como un puñetero samurái.

Pero los samuráis llevaban armadura y Zatōichi no. Dox se concedió un segundo extra para apuntar con cuidado antes de lanzarle la piedra a la cara. El proyectil fue a aterrizar en su objetivo con un crujido brutal y el tirador alcanzó a ver que los ojos del tipo perdían su enfoque. Con todo, el atacante consiguió tambalearse hacia delante blandiendo la espada, pero ya no la llevaba en alto. Dox dio dos grandes pasos a la derecha para apartarse de su camino. Llevó la mano a la Commander, pero antes de que pudiera sacarla, Zatōichi se estremeció y adelantó un pie con un movimiento extraño recién aprobado por el Ministerio de Pasos Tontos. A continuación, se le doblaron las rodillas y cayó al suelo.

Toda una suerte, porque Dox se había quedado sin piedras. Sin dar al samurái un segundo para recobrase, se adelantó, levantó un pie y estrelló el talón contra el cuello del fulano como quien intenta partir una rama para hacer leña. El cuerpo de Zatōichi se convulsionó. Consiguió colocar un brazo frente a sí como para levantarse y Dox volvió a golpearlo una vez y luego una tercera. Cuando llegó a la cuarta, el desconocido había quedado inmóvil por completo.

Inspeccionó los alrededores. Los pocos viandantes que había por allí cerca lo estaban mirando boquiabiertos. Aunque no vio ninguno apuntando con la cámara de su teléfono, sabía que no tardarían mucho en salir de su aturdimiento, así que agachó la cabeza, se llevó las yemas de los dedos a la frente mientras apoyaba los pulgares en las mejillas y, con los codos pegados al cuerpo, se dirigió al este por la primera bocacalle para volver a poner rumbo al bulevar de Preah Monivong.

Todo había ocurrido con tanta rapidez que ni siquiera había tenido tiempo de reparar en el miedo que lo había invadido. Sin embargo, después de tomar

dos *tuk-tuks* al azar para alejarse todo lo posible del lugar de los hechos, empezó a temblar. Pidió al conductor que se detuviera y siguió a pie hacia el complejo religioso de Wat Angk Portinhean. Caminó en círculos, manteniéndose a la sombra cuanto le fue posible y, a pesar de sentir que el resto de visitantes debía de ser consciente de su inquietud, fue incapaz de ocultarla por completo. ¿Qué diablos había sido aquello? ¿Había ocurrido de verdad?

No cabía duda de que aquel tío había ido allí por él. ¿Qué otra explicación había? ¿La de un mendigo que se hacía pasar por ciego y era aficionado a las espadas camufladas, que se había cabreado al verse descubierto por Dox y lo había atacado con tanta ferocidad y determinación durante un enfrentamiento en el que, aun cuando hubiese salido vencedor, habría recibido heridas por impacto de piedra que habrían tardado medio año en sanar? ¡Qué va! Si el resto de explicaciones no tenía demasiado sentido, aquella era absurda por completo. Además, Dox había sentido un cambio de actitud claro en aquel fulano en el momento en que lo había visto, algo semejante al que se producía en un misil en el momento en que fijaba un objetivo.

Pero ¿cómo había podido saber aquel tipo dónde encontrarlo? Dox había apagado el teléfono después de llamar a Kanezaki y lo había guardado en la funda especial con la que viajaba precisamente para evitar que lo localizaran. Era una lección que había aprendido bien, y por las malas, hacía unos años en Bangkok.

Además, no había hablado con nadie de sus planes. ¿Cómo iba a hacerlo, si ni siquiera tenía planes? Solo estaba deambulando por la calle y lo único que había hecho que pudiera parecer remotamente parte de una operación era pasar por delante del edificio en que trabajaba Vann.

Lo que, puestos a pensar, era algo que Kanezaki podía haber supuesto que haría, dado que Dox había reconocido sus intenciones de poner sobre aviso a aquel.

De acuerdo, pero, de todos modos, se había asegurado en todo momento de que no lo seguían y, por si fuera poco, Zatōichi había aparecido caminando en el sentido opuesto. Además, aun en el supuesto de que Kanezaki hubiera decidido traicionarlo, cosa que no le resultaba nada fácil de creer, ¿cómo era posible que hubiese conseguido enviar a alguien a eliminarlo con tanta rapidez?

¿No podía ser sin más que había tenido mala suerte? ¿Que alguien hubiese soltado por la ciudad a un matón a sueldo, o a más de uno, por si sonaba la flauta?

No, aquello parecía tan poco probable como la teoría del farsante cabreado. Estaba claro que alguien había enviado a aquel fulano a quitar de en medio a Dox y que tenía, por lo menos, cierta idea de cómo encontrarlo. Además, de un modo u otro, debía de estar relacionado con lo de Gant.

Bueno, pues no le quedaba más remedio que ver qué podía sacar de Kanezaki, guardarse todavía mejor las espaldas y encontrar un modo de hacerse con un arma de fuego en condiciones, porque la próxima vez que lo acometiesen con una espada, estaba resuelto a responder con algo más que un puñado de pedruscos.

Había dicho a Kanezaki que, si los de Gant tenían intención de vivir y dejar vivir, él estaba dispuesto a hacer lo mismo, pero daba la impresión de que ellos habían preferido pasar por alto aquel punto. Por un lado, resultaba preocupante y, sin embargo, por otro, arrojaba cierta luz sobre lo que tenía que hacer a continuación, a saber: dejar bien claro a quien lo persiguiera que iba a necesitar algo más que a un aspirante a Zatōichi.

Sobre todo ahora que habían conseguido cabrearlo.

Capítulo 5

Aquella noche, Livia volvió tarde en la Ducati al altillo que ocupaba en una nave industrial. El sol seguía muy por encima del horizonte y el aire era fresco y seco, unas condiciones perfectas para montar en moto, aunque en esa ocasión no iba a sacar partido de ellas. Había estado todo el día, mientras trabajaba en las investigaciones que tenía abiertas, interrogaba a los testigos, se ponía en contacto con los trabajadores sociales y se preparaba para prestar declaración en un juicio de violación, pensando en los archivos de Little. Había sentido la poderosísima tentación de acceder al sitio web protegido que le había dado, pero sabía que, una vez que empezara, no sería capaz de dejarlo. Además, quería entrar desde su propia red privada virtual y no desde la de la comisaría, no por ningún motivo concreto, sino por mera precaución. Tenía muy claro lo que iba a hacer con Barbasucia y con Cabeza Cuadrada si los encontraba y no quería arriesgarse a que ninguno de sus compañeros pudiera tomar nota de sus intenciones.

Por supuesto, si en sus archivos había información relevante sobre la muerte violenta de dos policías tailandeses mientras ella estaba allí de servicio, Little podría sospechar. Si algo salía mal, se iba a ver metida en un buen lío, pero en ese caso ya buscaría la manera de salir de él. Cada cosa a su tiempo.

Su apartamento estaba en un barrio industrial. Era la planta alta de un edificio monstruoso y antiquísimo de tres alturas situado en un callejón sin salida mal llamado South Garden, porque de jardín no tenía nada. A ella, sin embargo, le encantaba: estaba aislado y, por la noche, cuando se marchaban a casa los mecánicos, se quedaba tan vacío como el resto de la zona, reducida a un conjunto de ladrillo, chapa corrugada y alambre de espino desde el que no se veía una sola urbanización de lujo. El hecho de haber investigado un robo allí siendo novata había sido uno de los mayores golpes de suerte que había tenido en su vida, porque al propietario le encantó la idea de tener a una poli viviendo en el piso que había sobre el taller y se lo alquiló a un precio irrisorio.

El sol se estaba reflejando ya en las ventanas occidentales cuando bajó de la moto, convirtiéndolas en espejos de las aguas verdes del Duwamish y otorgando a la fachada el aspecto de algo a un tiempo sensible y extrañamente estoico. Metió la Ducati en el pasillo de la primera planta, cerró las puertas con llave y subió las escaleras que llevaban a su ático. Aunque deseaba sumergirse de inmediato en los archivos de Little, primero tenía que ducharse. Se trataba de un ritual —no solo para ella, sino también para otros inspectores especializados en delitos sexuales— en el que usaba el agua caliente para eliminar la suciedad real y metafórica que adquiriría con el contacto diario con sádicos, violadores y estupradores, gentes tan abyectas que costaba creer que fuesen de veras humanas. Ninguno de sus colegas de profesión podía negar la existencia del mal ni dejar de preocuparse, en un sentido u otro, por la posibilidad de sufrir contaminación por el contacto prolongado con él.

Después de secarse, se puso los pantalones del *gi* de *jiu-jitsu*^[4] y una sudadera, tomó su Glock y dirigió la mirada al santuario del rincón, conformado por un Buda pequeño de madera que había tallado siendo adolescente, un incensario y una fotografía suya y de Nason tomada durante su infancia en el bosque. En los dieciséis años que habían pasado desde la fecha en que las separaron hasta el momento en que Livia supo de la muerte de su hermana, no había habido un solo día en el que no se hubiera dirigido a ella en voz alta, casi siempre delante de aquel altarcito. Sin embargo, desde que había dado sepultura a los restos de su pajarito en Chiang Rai, había hecho lo posible por no hacerlo. En realidad era una bobada, pues, aun cuando no articulara frase alguna, seguía teniendo las palabras en la cabeza. Ya no prometía que nunca dejaría de buscar a Nason, sino que jamás dejaría de perseguir a los hombres que le habían hecho daño.

«No seas tonta».

«Es un rito y los ritos no tienen nada de malo. Igual que las duchas que te das con agua hirviendo. ¿A que con eso te sientes mejor?».

Dejó escapar un suspiro y se dirigió al santuario. Dejó la Glock a un lado, sobre la esterilla, encendió una vela y una barrita de incienso y unió las palmas de las manos ante su frente para hacer el *wai* tradicional mientras cerraba los ojos e inclinaba la cabeza hacia delante.

—Lo siento, pajarito —dijo—. Siento no haber hablado contigo tanto últimamente, pero... ahora creo que tengo información nueva, información que me podría llevar al resto de esos hombres. Voy a encontrarlos. No pienso dejar de buscar. Nunca, hasta que estén todos muertos. Hasta haber completado mi misión. Hasta que se acabe.

Recogió la Glock, tomó del frigorífico un batido de proteínas y un frasco de verduras variadas y se dirigió al escritorio para encender el portátil. Introdujo la URL de la página segura y, un instante después, fue a ocupar la pantalla el emblema del águila con el escudo y la frase: «Departamento de Seguridad Nacional de Estados Unidos. Acceso protegido. Se requiere autorización».

Sonrió. Tenía esa autorización. Tecleó la primera de las dos contraseñas que le había proporcionado Little y, a continuación, navegó por menús y submenús hasta dar con una página del HSI llamada *Quis Custodiet*, por el aforismo latino que se preguntaba: *Quis custodiet ipsos custodes?*, «¿Quién vigilará a los propios vigilantes?».

Sintió la oleada de nervio, determinación y odio que le era tan conocida. El dragón.

«Yo», respondió mentalmente antes de introducir la segunda contraseña, que le dio acceso a cuanto podía haber soñado: una base de datos cruzados de los principales sospechosos de la policía real tailandesa que incluía fotografías y toda clase de detalles. Aunque su entusiasmo hizo que resultara dolorosísimo, pasó media hora consultando y siguiendo las conexiones de nombres elegidos al azar a fin de ocultar su verdadero objetivo a quien pudiese estar registrando su actividad por mediación de las contraseñas que le había dado Little.

Solo después de convencerse de que había creado una pantalla de humo lo suficientemente gruesa para despistar a cualquiera que la estuviese observando, se permitió buscar a Chanchai Vivavapit, Calavera. Aparecía como difunto, cosa que ella ya sabía, pues para algo lo había matado con sus propias manos, pero también se recogía una extensa biografía que incluía cada una de las unidades en las que había trabajado desde 1995, año en que había entrado a formar parte del cuerpo policial. Lo único que tuvo que hacer fue consultar entre los integrantes de dichas unidades para dar con los hombres que buscaba. Nunca olvidaría sus rostros, sus olores ni las cosas que le hicieron en la cubierta mugrienta del barco que las transportaba desde Bangkok cuando tenía solo trece años y no había alcanzado siquiera a imaginar que pudiesen existir horrores semejantes.

Cabeza Cuadrada era Sarawut Sakda y Barbasucia, Krit Juntasa. Los dos habían servido con Calavera en una unidad de la Patrulla Fronteriza, luego en Narcóticos y, por último, en la Oficina Central de Investigación. Barbasucia/Juntasa seguía en activo y tenía aún aquellos mechones de pelo grasiento en la cara, aunque ya más grises que negros, pero Sakda, cuyos

insólitos rasgos faciales no habían cambiado con los años, estaba de baja médica según los registros. Se preguntó qué podría significar aquello.

Pasó horas pegada al monitor, recurriendo de vez en cuando a sus búsquedas aleatorias a fin de ocultar lo que de verdad le interesaba. El sonido de las teclas de su ordenador reverberaba en el silencio de aquel altillo cavernoso custodiado por imponentes piezas de maquinaria sin usar que la rodeaban como centinelas mudos sumidos en las sombras. Se detenía a menudo a hacer capturas de pantalla de las páginas más relevantes por miedo a que Little cambiase de opinión y le denegara el acceso. Se olvidó del batido y las verduras. Perdió la noción del tiempo hasta que, bien entrada la noche, tuvo una revelación de las que reciben de cuando en cuando los policías, tan clara, tan evidente, que no pudo sino maravillarse por no haberse dado cuenta antes. Se recostó en su asiento con la mirada perdida y la boca ligeramente abierta mientras trataba de dar sentido a la forma que, de pronto, habían adoptado los hechos.

Llevaba toda su vida creyendo que a Nason y a ella las habían elegido al azar, que no eran más que dos niñas desventuradas a las que habían vendido sus padres pobres en la aldea que habitaban en las colinas de Tailandia y a las que habían trasladado a América para traficar con ellas y violarlas de forma reiterada durante el trayecto. Cuando el barco que las transportaba arribó a Portland, las habían separado. A Livia la habían llevado a otra embarcación, una gabarra que había seguido navegando por el río hasta Llewellyn (Idaho), donde la habían rescatado en una operación policial. Fred Lone, industrial temido y admirado en toda la ciudad, la había acogido y había recibido numerosos elogios públicos por el altruismo que habían demostrado su esposa y él. A continuación, había empezado a abusar sexualmente de ella de manera sistemática. Ella también había atribuido aquello a la mala suerte, a un karma desastroso. Ni siquiera después de haberlo matado con diecisiete años, usando un estrangulamiento que había aprendido en sus clases de *jiu-jitsu*, se había parado a pensar cómo era posible tener tan mala estrella. Tal vez en lo más íntimo había dado por hecho que se trataba de un castigo por no haber sabido proteger a Nason. Tal vez había sido demasiado joven y había estado demasiado traumatizada como para poder ver las cosas con más claridad. El caso es que, fuera por lo que fuese, nunca se había planteado que lo que les había ocurrido a su hermana y a ella podía no haber tenido nada que ver con el karma.

De todos modos, jamás había dejado de buscar a Nason ni de esperar a que dejasen en libertad al único superviviente de la redada policial de

Llewellyn, un supremacista blanco llamado Timothy Tyler y apodado *el Hierba*. Cuando llegó el momento, le sacó nueva información que la llevó a darse cuenta de que a su hermana y a ella no las habían raptado al azar. Lo que supo por Tyler la llevó a investigar en direcciones distintas y a abrir pistas que había creído borradas por el tiempo. De niños, Fred Lone y su hermano Ezra, que llegó más tarde a senador, habían abusado sexualmente de sus propias hermanas de manera tan despiadada que habían provocado la muerte de una y dejado a la otra al borde de la locura. Más tarde, cuando los hermanos ya se habían hecho hombres, decidieron que querían volver a disfrutar de dos hermanas adolescentes, de dos hermanas que se quisieran y se profesaran devoción mutua como lo habían hecho las suyas, que estuviesen dispuestas a hacer cualquier cosa por protegerse la una a la otra, a soportar cualquier humillación que pudieran ingeniar aquellos dos desviados.

Hacía ya dos meses desde que Livia había seguido al senador a Bangkok para matarlo, no sin antes averiguar que se había deshecho de Nason hacía ya años. De Nason, su pajarito. Había recuperado el cadáver en una fosa común de Maryland y, tras incinerarlo, había enterrado a la pobre Nason en las colinas esmeralda de Chiang Rai, donde las dos habían compartido su infancia.

Se apartó del monitor y pestañeó con fuerza. Sus lágrimas cayeron al suelo. Entonces soltó un largo suspiro y se puso a buscar de nuevo.

Se había dado cuenta de que la impresión que había sufrido al conocer los detalles de su secuestro había hecho que centrara su atención casi por entero en lo ocurrido: dos hermanos enfermos, un hombre de negocios acaudalado y un senador al que sobaban contactos tailandeses tanto por el puesto que ocupaba en la Comisión de Asuntos Exteriores como por su interés en la trata; el ansia por revivir las depravaciones de su infancia, y un pedido, a través de las conexiones que tenía en Tailandia, de dos hermanas de la edad adecuada, el aspecto apropiado y el grado deseado de devoción mutua.

Sí, la resolución del misterio ineludible de lo que había ocurrido la había apartado de tomar en consideración un elemento secundario, pero también de suma importancia: el cómo.

¿Cómo se habían hecho con las niñas? ¿Cómo se había transmitido aquel pedido especial de los hermanos Lone nada menos que desde Washington y Llewellyn hasta las tribus lahus de las selvas tailandesas del Triángulo de Oro? ¿Quién había negociado una venta tan concreta y especial desde semejante distancia?

Ezra Lone había tenido contactos con el mayor sindicato del crimen de Bangkok, una organización que había aplastado a sus rivales gracias en parte a su patrocinio y en cuyos encargos había pesado más la cantidad que cualquier otro factor. Cincuenta chicas tailandesas menores de veinte años para burdeles europeos. Cien hombres rohinyás para los pesqueros del golfo. El sindicato del crimen trabajaba para el mercado en general y no se ocupaba de satisfacer encargos a medida. Y el de Nason y ella, por lo que había sabido mucho más tarde, había sido un envío extremadamente insólito que respondía a la demanda extremadamente detallada de dos hombres concretos.

Recordó que Calavera y los otros hombres habían llegado a su aldea con una fotografía suya y de Nason que habían conseguido a través de la madre de las niñas y habían hecho llegar a los Lone para que la aprobasen. ¿Quién pudo haber tenido los brazos tan largos para encontrar a dos hermanas lahus de las características deseadas y hacer llegar su imagen a Washington y Llewellyn? Si los dos hermanos habían querido ver aquella instantánea, también debieron de pedir otras para asegurarse de que se les ofrecía una selección adecuada. En un primer momento, había dado por hecho que la fotografía suya y de Nason no tenía más cometido que el de confirmar que aquellos hombres se estaban llevando a las crías apropiadas, pero entonces cayó en la cuenta de que los Lone seguro que desearon en su momento contar con varias candidatas entre las que elegir.

Siguió investigando, haciendo alguna que otra captura de pantalla, tomando nota de las redes de contactos, asimilando pautas y estudiando no solo las conexiones que se recogían en aquellos archivos, sino también lo que podía faltar.

La relación con el senador había resultado increíblemente valiosa para aquel sindicato del crimen, pues le había permitido monopolizar en la práctica el tráfico de personas en Tailandia. Él les había hecho un encargo muy poco usual, algo que sabían que le complacería en extremo si conseguían satisfacerlo como era menester.

¿A quién pudieron recurrir para lograr una cosa que escapaba a su manera habitual de proceder en la trata? ¿Quién era la araña situada en el centro de aquella red?

La luz gris había empezado a acudir a rastras al cielo que se extendía más allá de las ventanas cuando pensó haber dado con la respuesta. Todo apuntaba a que solo había una persona que hubiese estado en activo el tiempo suficiente, que tuviera los contactos necesarios, que hablara el número necesario de idiomas, que conociese a la cantidad adecuada de funcionarios

de aduanas y que invirtiera en las propiedades convenientes para mantener en su puesto a los políticos locales.

Se llamaba Rithisak Sorm.

Capítulo 6

Dos horas después del primer y, con un poco de suerte, el único duelo a espada de su vida, Dox se encontraba dando cuenta de una sopa de fideos de arroz de las llamadas *kuy teav* en un puestecillo callejero de las inmediaciones del Mercado Olímpico. Era el único extranjero que había por los alrededores, pues el destino turístico más concurrido era el Mercado Ruso, llamado así por la popularidad que alcanzó entre los expatriados soviéticos en los ochenta. Sabía que no todo el mundo quería saber lo que llevaba el *kuy teav* de Phnom Penh (sangre de cerdo en gelatina, por ejemplo, así como, para rematarlo, alguna que otra víscera picada), pero él tenía un estómago a prueba de bombas y, de todos modos, en lo tocante a la comida, siempre defendía la máxima de que, donde fueres, haz lo que vieres. Por lo tanto, después de seguir una ruta digna de manual destinada a garantizar, fuera de toda duda, que no lo seguía nadie, dio con una mesa con mantel de plástico a la sombra de un toldo verde harapiento en la que disfrutar de su sopa rodeado de los sonidos de chisporroteo eléctrico del pop camboyano procedente de una radio cercana, que contaba con el acompañamiento orquestal de las voces de los comerciantes que regateaban con sus clientes y el clamor de las motocicletas y los *tuk-tuks* al pasar.

Aunque tenía el teléfono apagado y guardado en su estuche y había tomado precauciones excepcionales para llegar allí, seguía resultándole difícil sentirse tan relajado como de costumbre. Se le ponían los pelos de punta cada vez que pensaba en cómo había aparecido Zatōichi como de la nada. No conseguía imaginar cómo había podido encontrarlo aquel fulano ni dejaba de pensar en que quizá no fuera el único.

Levantó la escudilla para apurar el caldo que quedaba, encendió el teléfono desechable y, tras conectarse a una red pública, llamó a Kanezaki. El encuentro con Zatōichi lo había espeluznado sin duda. Y, si bien sabía que, como mínimo en teoría, era posible que su contacto hubiese estado detrás del ataque, en el fondo dudaba mucho que hubiera sido así. Lo conocía desde que Kanezaki no era más que un novato, aunque, evidentemente, dotado de un

gran talento. Desde entonces habían vivido muchas cosas juntos. Dox había estado presente cuando Kanezaki había hecho su primera muerte y había seguido a su lado durante el proceso de superación posterior. Habían trabajado codo a codo en muchísimas misiones y habían logrado muchas cosas buenas juntos. Se habían protegido mutuamente varias veces cuando se había armado la de Dios es Cristo, con no pocos riesgos personales. Se le hacía imposible creer que aquel colega suyo lo hubiera traicionado.

Por lo menos, se negaba a creerlo.

—He estado intentando localizarte —dijo Kanezaki cuando lo llamó.

—Imagino —respondió Dox, que no pudo evitar sentirse aliviado al oír su voz—. He tenido el teléfono apagado. Ni te imaginas qué día he pasado.

Lo informó sobre lo que había ocurrido con Zatōichi. Podía ser que Kanezaki fuese la leche como actor, pero parecía de veras sorprendido, preocupado... y confuso. Coincidió en que, por descontado, debía de tener alguna relación con Gant. Y, dado que parecía apresurado, improvisado y, sobre todo, poco efectivo, los dos llegaron a la conclusión de que tenía que tratarse de una reacción precipitada, un empeño desesperado en eliminar al intermediario de Gant conforme al plan original.

—De todos modos, déjame contarte lo que he averiguado —dijo Kanezaki—, porque puede que te aclare algo.

—Eso estaría muy bien. No te voy a mentir. Si no te ha atacado nunca un tío con aires de samurái, no creo que seas capaz de apreciar debidamente cuánto marca la experiencia.

—No andaba muy descaminado con mi corazonada. Gant era de la Agencia de Espionaje del Departamento de Defensa.

Aquello, no sabía por qué, no lo sorprendió, aunque la noticia tampoco le supuso ninguna alegría. Desde luego, empezaba a dar la sensación de que Gant no era ningún don nadie.

Se puso en pie y empezó a caminar de un lado a otro, aunque con cuidado de no salirse de la zona en la que tenía conexión inalámbrica.

—¿De la DIA? —dijo—. ¿Y crees que el Pentágono iba a asesinar a un funcionario de la ONU para proteger a un puñetero agente?

—Hay que andar con cuidado para no mezclar lo que sabemos con lo que creemos. Sabemos que Gant te contrató para matar a Vann, pero lo presentó como Sorm. Creemos que se trataba de una operación de la DIA, pero es posible que Gant estuviese actuando por su cuenta o haciéndose pasar por agente de otro organismo. También creemos que la operación consistía en

proteger a Sorm, aunque, por el momento, en ese sentido, lo único que tenemos es la palabra de Gant. No hay nada que lo corrobore.

—Eso es verdad. Lo que pasa es que estoy empezando a convencerme de que al bueno de Gant le gustaba mezclar un chorrito de verdad con sus mentiras. Acuérdate de que, al fin y al cabo, suponía que yo no iba a tener una vida larga y feliz después de nuestra conversación. De modo que, suponiendo que de verdad hayan montado todo esto para proteger a Sorm...

—La pregunta sería qué pudo ofrecer Sorm a la Agencia de Espionaje del Departamento de Defensa que justifique este tinglado.

Dox estudió la respuesta.

—Quizá no sea tanto lo que les ofreció como lo que podía sacar de ellos.

—O ambas cosas.

Dox se detuvo y miró a su alrededor. Sobre su cabeza, aparte de un amasijo de cables de teléfono y luz, se veía un cielo encapotado de color gris pastel. Se tiró del faldón mojado de la camisa para despegárselo de la espalda. Culpa, claro, de la humedad y de los efectos de su reciente enfrentamiento, pero la noticia que le acababan de dar tampoco estaba haciendo nada por refrescarlo.

—Pues parece —dijo al fin— que estoy metido en un buen lío. ¿No es verdad? Quiero decir que, si los de Gant piensan que me ha revelado algo sobre sus afiliaciones o sobre Sorm y la intención de protegerlo, querrán asegurarse de que me tapan la boca cuanto antes. Por eso tendrían a esos nativos esperándome al lado de la moto entre las sombras después de mi actuación y a lo mejor por eso acabo de tener que defenderme de un tío con espada. ¡En pleno siglo XXI, por Dios santo! ¡Quién me lo iba a decir!

—Puede ser que el de la espada estuviese al servicio exclusivo de Gant. De todos modos, tienes razón: parece más probable que lo enviara la gente de Gant como plan B apresurado al ver que no salió bien el de acabar contigo justo después de que tú mataras a Vann.

—Claro y, como tenían la intención de matarme a mí enseguida, lo que pretenden es acabar con eso antes. Si yo calculo un cincuenta por ciento de probabilidad de que los hombres de Gant supieran de mí, es de suponer que ellos pensarán lo mismo de la posibilidad de que Gant me contara algo más de lo que debía. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, esperaba verme muerto de allí a cinco minutos. ¿Crees que una gente así va a querer arriesgarse? ¿Tú lo harías?

Hubo una larga pausa tras la que Kanezaki respondió:

—No.

—Pues claro que no. Y yo tampoco. Por eso tengo que ponerme en lo peor. Lo más seguro es que los hombres de Gant sepan que existo y se imaginen que sé más de lo que debería. Pero ¡si tienen que estar convencidos de que maté al bueno de Gant porque su operación me provocaba ciertos escrúpulos! Lo que, por cierto, no se aleja mucho de la verdad. La situación ya sería desesperada si solo fuese una cuestión de revancha, y no es así.

—Tienes razón. También intentan proteger la integridad de su operación.

—Eso opino yo, porque, sea cual sea, es lo bastante importante como para matar por ella a un funcionario de la ONU. Si sale a la luz, esto va a levantar ampollas entre la gente de Gant, conque resulta mucho más barato matarme sin más y contratar a otro para que acabe con Vann.

—¿Qué vas a hacer?

Dox meditó unos instantes. El cuerpo le pedía matar a un montón de gente, a unos por representar una amenaza directa y a otros para que transmitiesen el siguiente mensaje: «Métete en tus asuntos si no quieres que la próxima cabeza a la que revienten los sesos desde un kilómetro de distancia en condiciones de escasa visibilidad sea la tuya».

Sin embargo, Kanezaki ya había dejado claro que lo horrorizaba imaginar a Dox enterrando el hacha de guerra en la cabeza de la persona equivocada, de modo que decidió que lo más sensato era actuar con más delicadeza.

—En realidad, no puedo saber lo que voy a hacer hasta tener más información sobre a quién se lo voy a hacer y por qué. Y creo que tengo que empezar por el fulano de la ONU, por el mismísimo señor Vannak Vann, que está aquí, en Phnom Penh. Si de verdad lo conoces como dices, quiero que me conciertes una reunión con él. Cuanto antes, porque no pienso quedarme por aquí más tiempo del necesario.

Capítulo 7

La mañana siguiente a su epifanía nocturna, Livia se encontraba sentada frente a Donna Strangeland en el despacho de la teniente. Le había estado exponiendo la oportunidad que le ofrecía el HSI y por qué pensaba que sería positiva para el departamento y para su propio rendimiento a largo plazo como policía. Sin embargo, aseveraba, todavía no se había decidido del todo y por eso quería viajar cuanto antes a Bangkok una semana para tantear el terreno y ver si podría resultarle cómodo trabajar allí los seis meses que había mencionado Little.

Strangeland era de las personas que sabían escuchar. Su postura, su expresión, sus inclinaciones de cabeza y sus ocasionales sonidos guturales de asentimiento hacían ver a quien le hablaba que le estaba prestando toda su atención. Aquella actitud resultaba muy útil a la hora de sacar información en declaraciones e interrogatorios, porque había pocas cosas a las que la gente respondiera mejor que a la sensación de que la estaban escuchando de veras. Al darse cuenta de que dicha táctica estaba haciendo efecto en ella, Livia acabó su exposición y aguardó.

Se impuso un largo silencio durante el cual la teniente hizo ligeros movimientos de cabeza como quien estudia con detenimiento cuanto acaba de oír, hasta que dijo:

—¿Me vas a contar de qué va en realidad todo esto?

Livia la miró recelosa.

—Ya se lo he dicho. Consiste en acercarse a la faceta mayorista de la trata, en estudiarla en el terreno de los abastecedores. En aprender cómo funcionan las redes desde el otro extremo para después aplicarlo aquí, en el lado de la demanda y la venta al por menor.

Strangeland se limitó a mirarla frunciendo ligeramente el ceño con gesto un tanto escéptico y la impresión general de una mujer que ya sabe cuanto ha intentado ocultar su interlocutor.

—Teniente —dijo Livia—, eso es lo único que me permiten revelar.

Su superior sacudió la cabeza.

—No estoy hablando de lo que quiere de ti Little. Ya sé que tendréis una versión para el público y otra para quienes están en el ajo. Yo también he trabajado con los federales y sé que funcionan así. Pero no pienses por un segundo que cuando Little te expuso el propósito visible de esta operación conjunta y a continuación compartió contigo el fin verdadero se estaba sincerando contigo.

No era la primera vez que Livia se sentía asustada y maravillada a un tiempo por la precisión de los instintos de Strangeland.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que él también tiene su propio juego. Se le veía a la legua. ¿Por qué ha venido buscándote a ti, a ti concretamente? Sí, ya sé que eres una gran profesional, Livia, eso no lo duda nadie. Pero también hay otros policías que lo son y que están haciendo como tú una labor destacada contra la trata. Seguro que te ha dicho que el hecho de ser asiática es un valor añadido porque te permite confundirte entre la gente y que querían a una mujer porque blablablá, pero yo no me lo trago. Lo que no sé es si a ti te ha convencido.

Livia no respondió. Lo cierto era que no había tenido la sensación de que le ocultaran gran cosa, aunque tampoco podía decir si se trataba, sin más, de que no había querido creerlo.

—¿Por qué quieres viajar allí antes? —siguió diciendo Strangeland—. No es propio de ti. Tú eres una chica lista. Aunque lo estés, nunca te muestras impaciente. Ese agente federal quiere algo de ti y sabes que puedes usarlo para obtener algo a cambio. Sin embargo, lo quieres dejar todo para llegar antes a Bangkok, con lo que le estás diciendo que te tiene en el bolsillo y no tendrá que hacer concesiones.

—¿De verdad cree que doy esa impresión?

—Lo sé. Y tú también lo sabes. Lo que quiero que me digas es por qué.

Livia pensó su respuesta. Ignoraba cuánto sabía de su pasado la teniente. Nunca habían hablado de eso, aunque quizá había llegado el momento de abrir esa puerta. Solo un poquito. No había nada como una mano de verdad para ocultar una mentira.

—Teniente, ¿sabe usted de dónde soy yo? —El tono vacilante con que hizo la pregunta no era fingido.

—¿De qué estado, o te refieres a antes de llegar a Estados Unidos?

—O sea, que lo sabe.

—Solo en parte. Te trajeron unos traficantes y te rescataron durante un operativo. ¿Crees que la gente no lo sabe?

—No tengo ni idea de lo que sabe la gente.

Strangeland soltó una risita no exenta de compasión.

—Livia, deja que te diga que esa es una de las cosas que me encantan de ti. Ni siquiera se te ha pasado por la cabeza que eres toda una celebridad.

—¿Qué quiere decir?

—Todo ocurrió en 2000, ¿verdad? Los artículos están disponibles en la Red. En tres años pasaste de niña víctima del tráfico de personas a estudiante de sobresaliente y campeona estatal de lucha. A la gente le encantan esas historias. Eres la encarnación del sueño americano.

El que la gente supiera eso bastó para hacer que se sintiese incómoda. Fue como un destello de la infancia que había vivido en casa de los Lone, tratando de aprender inglés mientras las visitas le hablaban de lo «valiente» que era y aseguraban que entendían el «calvario» por el que había pasado.

—Dudo mucho... Quiero decir, ¿quién iba a querer consultar esos artículos antiguos?

—Será paradójico, pero, cuando das tan poca información, te conviertes en un misterio. Y los misterios despiertan la curiosidad de la gente.

Reparó en que tenía que haberse dado cuenta por sí misma. Tal vez el problema radicaba en que no había querido ser consciente de aquello.

—Supongo que, en realidad, no me gusta hablar de eso.

—Yo creo que los demás tienen la misma impresión y lo respetan.

—Usted es uno de ellos. Gracias.

Strangeland meneó la cabeza como si no hubiera de qué.

—Sabe que fui víctima de trata ¿y no sabe de dónde vengo?

La superior asintió.

—De Tailandia, ¿no?

Livia cayó en la cuenta de que tenía que haberlo sabido.

—¿Y para qué iban a querer preguntarme nada si ya lo saben todo?

—Yo sé más que la mayoría, porque me empeño en conocerlos de verdad, y precisamente por eso no puedo evitar preguntarme por qué te quiere Little a ti y no a otro en este asunto, ni por qué quieres tú aceptarlo.

Se impuso una larga pausa tras la que dijo Livia:

—¿Tiene usted fantasmas, teniente?

Strangeland se encogió de hombros.

—Como todo el mundo. Por lo menos, eso es lo que yo me digo.

—Pues yo tengo alguno que otro. Y necesito... ver si soy capaz de hacerles frente, si puedo volver allí.

—¿Y estás segura de que es una buena idea? Si tus fantasmas están allí, ¿no será mejor quedarse aquí?

—Es que ellos no van a quedarse allí. Nunca lo han hecho.

Su superior soltó un suspiro.

—¿Y qué me dices de Little? Te está utilizando. No sé para qué, pero te está utilizando.

—A lo mejor nos estamos utilizando mutuamente.

—Una cosa no quita la otra.

—No, pero la compensa. Deme una semana, una semana para tantear el terreno y ver lo que puedo sacar de esta oportunidad que me han ofrecido, para decidirme. Venga. Nunca me tomo mis días de vacaciones y ya me va tocando.

—Me quedaría muchísimo más tranquila si fuese solo eso.

Aquellas palabras sonaban alentadoras, como el preludio de una aceptación a regañadientes. Livia no dijo nada. Su engaño había sido muy sutil y tenía esperanzas de que funcionase. No quería aquella semana para tomar una decisión respecto del cuerpo especial exactamente, sino para ver cuánto conseguía a partir de la información que le habían proporcionado los archivos del HSI, para ver si daba con Cabeza Cuadrada y con Barbasucia, si encontraba a aquella chiquilla y a ese tal Sorm, de quien estaba ya segura que había tenido un peso fundamental en el secuestro de su hermana y de ella. Lo más probable era que no pudiese hacer tanto en una semana, ni siquiera con los datos de que disponía, pero, si lo conseguía, podría ser que nunca tuviera que regresar.

También cabía que tuviese que volver para una temporada larga. O varias veces. De todos modos, le daba igual. Lo importante era poder estar allí, dar caza a aquellos monstruos, proteger a aquella niña, descubrir la verdad.

Strangeland volvió a suspirar.

—Sabes que no voy a decirte que no. Lo que sí voy a pedirte es que tengas cuidado. Este asunto tiene más trasfondo de lo que parece. Lo sé. No lo veo, pero lo siento. Y si yo no lo veo, tú tampoco.

—Estaré bien, teniente. De verdad.

—Eso es lo que dice siempre todo el mundo, Livia, pero no siempre es verdad. Esto es un asunto personal para ti, y lo personal y lo profesional no suelen casar bien. Y menos todavía en el caso de los policías.

Livia hizo ver que lo entendía con una inclinación de cabeza. Por un lado, sabía que Strangeland tenía razón, pero, por el otro, llevaba mezclando lo personal y lo profesional desde el instante en que se había puesto el uniforme por primera vez. En el plano profesional se había asegurado de procurar cientos de años de condena para no pocos violadores y en el personal había

matado a seis de ellos. Por lo primero se había hecho merecedora de numerosos elogios y de lo segundo nadie sabía nada. Con todo, había ido componiéndoselas para combinar lo profesional con lo personal.

No quería dejarlo en ese instante y, aunque hubiese querido, no tenía claro que pudiera.

Capítulo 8

Kanezaki podía tener sus defectos, pero, desde luego, a resolutivo no había quien le ganase. Se había puesto en contacto con el despacho de Vann en Phnom Penh para concertar una cita para aquel mismo día.

—Le he dicho que eres de una oenegé —había explicado por teléfono a Dox— y que tienes información de vital importancia para la labor que lleva a cabo Vann en la Iniciativa Mundial para Luchar contra la Trata.

—Desde luego, no gubernamental sí que soy —había respondido Dox— y la información que tengo parece vital, de modo que ni siquiera has tenido que mentir.

—Le he dicho que podía fiarse de ti. Con eso ya tienes mucho ganado, pero procura no soltarte demasiado la lengua. Lo último que quiero es que esto se me vuelva en contra.

—Entendido.

—Y llámame en cuanto acabes. Quiero estar al tanto de lo que averigües.

—¿Tú duermes en algún momento?

—Alguna que otra siestecita, aunque solo cuando es necesario.

Acudió al bloque de oficinas ante el que había pasado hacía poco y volvió a fijarse en las cámaras. En lo más hondo temía sufrir el ataque de otro espadachín, pero la calle estaba muerta. Necesitaba acabar con aquello y salir cagando leches de Phnom Penh.

Se acercó a una ventana con rejas contigua a una puerta de metal y presentó al guardia de uniforme del interior el pasaporte con el que había estado viajando.

—Soy Adam Johnson —dijo—. El señor Vannak Vann me está esperando.

El guardia examinó el documento antes de descolgar el teléfono y decir algo en jemer. Un momento después se oyó zumbir la puerta y Dox entró por ella. Al otro lado apareció otro guardia que lo llevó al interior del edificio. Lo hicieron pasar por un detector, lo cual no ofreció problema alguno, ya que había escondido sus armas blancas y el teléfono desechable debajo de un

bloque de hormigón en una obra cercana. El hecho de no llevar consigo nada afilado hacía que se sintiera un pelín desnudo, sobre todo después del encuentro tan peliagudo que acababa de tener, pero la clase de cubertería que llevaba consigo a diario habría resultado preocupante a cualquier guardia de seguridad y, además, habría convertido su visita en algo memorable.

Dentro del edificio hacía calor. El sistema de aire acondicionado, fuera cual fuese, se había rendido ante el bochorno húmedo del exterior. A él, sin embargo, no le importaba, porque en su vivienda de Bali eran raras las veces que usaba el aire acondicionado.

Los dos subieron a la cuarta planta en un estrecho ascensor y recorrieron un pasillo de escasa longitud hasta el despacho ante el que aguardaba el mismísimo Vannak Vann, elegante pese al calor con un traje gris a juego con su exuberante mata de pelo.

Antes de marcharse, el guardia dijo unas palabras en jemer, a las que Vann respondió con un *sampeah*^[5] en señal de agradecimiento. Vannak Vann le tendió la mano al recién llegado para decir:

—Hola, señor Johnson.

Su inglés estaba teñido con un ligero acento jemer y su sonrisa transmitía la inmensa calidez que había percibido Dox por primera vez en el hotel Raffles. Por suerte para él, porque semejante afabilidad no se habría manifestado del mismo modo a través del visor nocturno AN/PVS-14, en cuyo caso lo habría matado sin más a partir de la información falsa que le había dado Gant.

—Hola, señor Vann —respondió él estrechándole la mano—. ¿Le han dicho alguna vez que se parece un montón al dalái lama?

Vann se echó a reír.

—Alguna. Cuando me quede calvo, no me extrañaría que empezaran a pedirme autógrafos. Pase, por favor. ¿Le apetece beber algo? Ya sé que aquí dentro no hace mucho menos calor que fuera.

—No, gracias —dijo Dox al entrar en el despacho—. No quiero robarle mucho tiempo.

Vann cerró la puerta tras de sí. El despacho resultaba atractivo, mucho más que el exterior del edificio. El escritorio, de madera oscura, tenía objetos de arte y artesanía jemer y estaba rodeado de estanterías de libros. Por la ventana entraba mucha luz natural, tanta que Vann ni siquiera se había molestado en encender la lámpara del techo, y la costumbre llevó a Dox a buscar en el exterior posibles emplazamientos para un tirador. Tras comprobar que no había nada alarmante, tomó asiento en la silla de madera

que le ofrecía Vann con un gesto de la mano. Él ocupó la de delante, de modo que quedó frente a él sin que mediase entre ambos ni siquiera una mesilla. Era una tontería y quizá no merecía ni una reflexión, pero hasta la disposición de los asientos hacía pensar que aquel hombre prefería eliminar toda barrera entre las personas.

—Es para mí un placer conocerlo, señor Johnson —dijo—. Viene usted encarecidamente recomendado por nuestro amigo mutuo Tomohisa Kanezaki.

—Eso es todo un honor, porque Kanezaki es un buen hombre. ¿De qué se conocen, por cierto?

Vann sonrió y en las comisuras de sus ojos se formaron pliegues de deleite.

—Conozco a Tom desde su juventud y me llena de satisfacción ver adónde ha llegado.

Daba la impresión de que Vann fuese a mostrarse tan circunspecto como Kanezaki. Con todo, no había más remedio que respetar semejante discreción.

—Sí que es verdad. Me alegra que nos haya puesto en contacto. Lo cierto es que tengo información que creo que podría necesitar en relación con el hombre al que mataron de un disparo la otra noche.

Vann levantó las cejas.

—¿Sí?

—El caso es que el objetivo real no era ese hombre. Siento decirlo, pero era usted.

Vann arrugó el entrecejo, aunque con gesto más confundido que alarmado.

—¿Perdón?

—Lo que intento decirle es que alguien se ha propuesto matarlo y ese tal Gant lo había organizado todo para conseguirlo. Si la información que tengo es correcta, va a llevar usted ante los tribunales a un tratante de menores llamado Rithisak Sorm. Pues bien, Gant intentaba protegerlo quitándolo a usted de la ecuación, por decirlo de algún modo.

En los ojos de Vann percibió una compasión de lo más extraña. Joder, ¿no era consciente ese hombre del peligro que corría?

—¿Y cómo lo sabe?

A Dox no le sorprendió la pregunta.

—Perdóneme, pero no soy libre de revelarlo. Si estoy aquí es solo porque quiero ayudarlo.

Vann asintió con un movimiento lento de cabeza.

—Ese tal Gant me dijo lo mismo.

—¿En serio?

—Sí, me dijo que tenía información importante para mi investigación y era verdad. Lo que me confió me va a resultar muy útil y supuse que lo habían matado por eso.

—No dudo que tuvo que darle algún dato real. Por lo que sé, era así como funcionaba. Pero es igual. Le diera lo que le diese, tenga por seguro que era solo una muestra falsa de buena fe con la que hacer que confiara en él y bajase la guardia. De ese modo, podría llevarlo a una hora determinada a un lugar oscuro concreto en el que estaría esperándole un hombre.

Vann volvió a fruncir el ceño mientras movía la cabeza arriba y abajo como para sí mismo, en esta ocasión con un gesto más bien triste que Dox no supo interpretar con certeza. Había esperado que, al menos, se mostrase preocupado, quizá hasta muerto de miedo, y, sin embargo, daba la impresión de estar... en fin, triste.

Transcurrió un instante antes de que respondiera:

—O sea, que me está diciendo que el señor Gant no estaba intentando colaborar con mi misión, sino más bien lo contrario.

—Sí, señor. Supongo que podría decirse así.

—La culpa es mía. Después de todos estos años, me sigue costando creer que haya gente capaz de ponerse del lado de semejante... maldad. ¿No se dan cuenta de que pueden elegir?

Dox había acudido a su despacho con la intención de hablar de espionaje y logística. En ningún momento había previsto que la conversación pudiese adoptar un cariz filosófico.

—Yo creo que se dan cuenta de sobra —respondió—, pero prefieren tomar la elección incorrecta.

Vann lo miró y preguntó en tono suave:

—¿Y usted...?

Maldita sea. La compasión que irradiaban los ojos de aquel hombre... Era de verdad como hablar con el dalái lama.

—Pues mire, señor, yo imagino que he tenido que hacer cosas discutibles a lo largo de mi vida, pero siempre he intentado estar del lado de los buenos. Por eso estoy aquí.

Hubo una pausa, tras la cual añadió Vann:

—¿Fue usted?

Dox sabía exactamente a lo que se refería.

—Señor mío, me encantaría ayudarlo, pero no puedo responder a eso.

—Da igual. Hasta que me maten, pienso seguir con mi trabajo.

—Eso es muy valiente y noble de su parte, señor, pero tiene que entender que, mientras acose a Sorm con tribunales y toda la pesca, cosa que yo admiro y respeto muchísimo, que conste, va a tener que estar preparado para defenderse de ataques mucho peores. Y dudo que quiera que su labor dependa de que la próxima persona a la que contraten para hacer el trabajo sucio posea mi poco común talento para reconocer la bondad humana.

Era consciente de que quizá no debería haber dicho tal cosa, pero ¡qué coño!, Vann ya debía de haberlo imaginado.

—¿Eso es posible?

—¡Claro que sí, leche! ¿O no tiene usted esa sensación conmigo?

—La verdad es que creo que sí, incluso sin contar con la recomendación de nuestro amigo mutuo. Lo que pasa es que me da miedo confiar en ella.

—Es que sería una estupidez confiar porque sí en ella. Menos mal que, por suerte, hay otros indicios, además de esa excelente recomendación. ¿No se ha dado cuenta, por ejemplo, de que no le he hecho una sola pregunta sobre dónde vive, qué lugares frecuenta ni cuándo acude a ellos? Sobre nada que pueda permitirme situarlo en el tiempo y el espacio.

—Es cierto.

—Ni tampoco le he pedido su número de teléfono. Mire, ¿sabe lo que es esto? —Sacó el estuche con el que protegía su móvil.

—Pues no, lo siento.

—Se llama «funda de Faraday» y lo bloquea todo: wifi, Bluetooth, GPS, identificación por radiofrecuencia, radio y toda clase de señales móviles. Solo tiene que apagar su teléfono y meterlo dentro para que no pueda rastrearlo nadie. Se compran en cualquier tienda de electrónica. O mejor todavía, deshágase de su móvil. Es más práctico contar con él, pero al menos evitará que lo maten. Eso me lo enseñó un amigo, un tío muy listo que ha vivido muchos años más que la mayoría con un oficio muy peligroso en parte por evitar lo práctico en favor de lo seguro.

—¿Y si usted necesita localizarme?

Que plantease cuestiones prácticas era muy positivo, porque ponía de manifiesto que estaba escuchándolo. Además, resultaba alentador que reconociera, o al menos considerase, que había entre ellos cierta asociación.

—Cuando necesite localizarlo, lo llamaré aquí, a su despacho. Si aparece alguien de la nada y le dice: «Tengo información que le puede interesar. Vaya a tal hora a este sitio concreto; —o—: Deme su teléfono móvil, que yo lo llamo», puede estar seguro de que no es su amigo. ¿Me ha entendido? Además, debería evitar seguir siempre las mismas rutas y los mismos

horarios. Me refiero al camino que toma para ir y venir del trabajo a su casa y las horas a las que lo hace. Tiene que andarse con mucho ojo hasta que acabe todo esto.

—¿Y eso cuándo va a ser?

—Aún no soy capaz de concretarlo. Eso sí, no quiero que pase por alto que no le estoy pidiendo información sobre usted mismo y que, de hecho, le estoy aconsejando que no la comparta con nadie más, pero si sabe algo de ese estilo sobre el señor Sorm, soy todo oídos.

—¿Y qué haría con dicha información?

—Usarla para protegerlo a usted.

—¿Cómo?

—Mire, señor Vann, usted y yo venimos de mundos diferentes, pero los dos queremos lo mismo.

—¿O sea...?

—Neutralizar a Sorm, por decirlo de algún modo.

—Yo no puedo formar parte de algo así.

—Ni yo le estoy pidiendo que forme parte de nada. Lo único que quiero saber es dónde encontrarlo. No le voy a mentir: esto no lo hago por simple altruismo, sino porque sospecho que su gente también quiere mi pellejo.

—Lo siento de verdad.

—No le negaré que para mí también está siendo angustioso.

—Lo malo es que no sé dónde está. Hasta hace una semana, teníamos agentes vigilándolo en la provincia de Pailín, aquí en Camboya, pero luego le perdimos la pista. Desde entonces no ha vuelto a aparecer ni siquiera en los lugares de costumbre.

—¿Y a qué piensa que se debe? ¿A que se enteró de que lo estaban investigando?

—Es lo que estoy empezando a sospechar. Parece que se ha enterado muchísima gente. Hasta usted.

—Yo lo supe por Gant, aunque dudo que eso sea ningún consuelo.

—Al parecer, usted sabe ya mucho y, como Kanezaki dice que debería confiar en usted, le diré algo: hace poco, un tribunal de instrucción decidió encausar a Sorm en Nueva York. Se trataba de una imputación sellada, o sea, secreta.

—Pero Sorm se enteró de una manera o de otra.

Vann asintió con aquella tristeza suya en la mirada.

—No sabe cuántos años llevo luchando por llevar a ese hombre ante la justicia. Al final, parece que ha ganado él.

—¿Qué quiere decir? ¿Y su imputación?

—Mi imputación no tiene valor alguno si no podemos poner a Sorm frente a un tribunal. Yo no voy a estar siempre de presidente de la GIFT y, cuando me sustituyan, quien ocupe mi cargo tendrá otras prioridades. Puede que incluso sea más receptivo ante la clase de... incentivos que usan Sorm y sus benefactores contra la justicia.

—A lo mejor puedo encontrárselo yo para que lo encause —dijo Dox casi sin pensarlo, porque no tenía ningún interés en dar con Sorm sin más. Lo que quería era ajustar cuentas y acabar con él.

Vann meneó la cabeza con aire apenado.

—Tiene demasiados valedores. Hasta en el tribunal de instrucción hubo quien recibió presiones para votar en contra de la imputación. Por paradójico que resulte, ese fue uno de los aspectos en los que aseguraba Gant que podía ser de ayuda.

—Gant, desde luego, ya no va a protegerlo, si se me permite pecar un instante de inmodesto.

—Sí, pero ¿quién estaba detrás de Gant? Lo único que me dijo era que formaba parte del espionaje estadounidense.

—Ahora ha empezado a hacer las preguntas adecuadas. Quizá Kanezaki podría ayudarle con eso. —No quería revelarle que su amigo mutuo iba a serle útil con total seguridad, prefería dejar que lo descubriera de boca del propio Kanezaki.

—Supongo que sí.

—Vamos, no se entristezca. Puede que yo no sea su jugador más valioso, pero la partida todavía no ha acabado. Como usted mismo acaba de decir, Sorm ha empezado a moverse de forma insólita. Está hablando de él como si lo tuviese todo controlado, pero a mí me da la impresión de que han conseguido asustarlo y pretende escapar. Cuando la gente huye, no tiene más remedio que romper con su rutina. Eso hace que cometan errores y los descubran.

—Puede ser.

—En fin, vamos a pensar juntos. Hace poco se ha referido a los lugares que frecuentaba.

—Sí.

—Y, aunque tiene gente vigilándolos, nadie lo ha visto por allí.

—Exacto.

—Vale. Usted lleva años observando los movimientos de este tipo. Dudo que haya nadie que lo conozca mejor. Póngase en su lugar. ¿Adónde iría si los

lugares de costumbre se vuelven peligrosos?

—Ni idea.

—¿Se quedaría usted en Camboya?

—No.

—Entonces, ¿dónde?

Vann guardó silencio y, al dar con la respuesta, dijo:

—Donde tiene más protección, quizá más aún que aquí, en Camboya, es en Tailandia.

—¿Y allí hay algún lugar que frecuente?

—Se le veía a menudo en varios establecimientos de Bangkok y también de Phuket.

—Pero, por lo que dice, tampoco ha aparecido por allí últimamente y tiene que estar en otra parte. ¿Se le ocurre dónde?

Vann asintió lentamente.

—Puede que sí, pero... no puedo revelárselo, porque no puedo consentir que haga lo que piensa hacer. Prefiero servirme de los canales habituales.

—¿No me acaba de decir que alguien de sus canales habituales ha puesto a Sorm sobre aviso de la imputación del tribunal de instrucción y que precisamente por eso ha puesto pies en polvorosa?

El otro no respondió.

—Además —prosiguió él—, ya le he dicho que, encima, ese fulano es un peligro para usted.

—Quiero que se las vea con la justicia —repuso Vann—, pero con la mía, no con la suya.

—En el caso de un tipo como Sorm, yo diría que cualquier justicia es buena.

—No. Es verdad que es un hombre execrable, pero un hombre al fin y al cabo. Una persona. Lo que yo piense de él no es ninguna excusa para contravenir las leyes y subvertir el buen orden de las cosas.

Dox tenía su propia opinión, bien asentada, sobre lo que constituía «el buen orden de las cosas», pero ¡qué diablos!, la expresión de aquel hombre parecía tan sincera que resultaba prácticamente irresistible.

—Intentaré encontrarlo —dijo—, pero no puedo prometer...

—Pues eso es precisamente lo que yo necesito. Necesito que me lo prometa si quiere que le diga dónde puede dar con él.

Aquel hombre era un negociador inflexible, aunque lo cierto es que el de *inflexible* no era un término que casase con su persona. Era una persona

resuelta, sin lugar a duda, pero lo que transmitían sus ojos y su expresión era, más que nada, esa dichosa compasión.

A lo mejor era de verdad el dalái lama, aunque con más pelo, porque irradiaba cierta autoridad, cierta autoridad amable que hacía que Dox se sintiera casi... avergonzado.

—Está bien —dijo al fin—. Le prometo que, si lo encuentro, no lo someteré a mi justicia, sino a la suya. Buscaré un modo de traérselo.

Vann lo miró fijamente, como si pudiese observar su alma.

—Espero que no nos salga el tiro por la culata. De todos modos, quiero que sepa que estoy orgulloso de usted. Tenía razón al pensar que es usted un buen hombre.

Dox sintió que se ruborizaba por obra de la confusión y el apuro.

—Tampoco se precipite. Estoy empezando a arrepentirme de esa dichosa promesa, porque temo que Sorm acabe escapándose o, peor aún, matándolo a usted o matándome a mí.

—En la inmensidad del universo o lo que abarca la justicia, mi vida no es gran cosa.

—Yo no sé si opino lo mismo.

Vann sonrió.

—Ni tampoco debería. Se trata de una conclusión a la que solo puede uno llegar sobre sí mismo. El resto de las vidas tiene un valor incalculable.

Dox meneó la cabeza, admirado pese a su propia voluntad.

—Cuando acabe todo esto, señor, me encantaría hablar largo y tendido con usted, puede que mientras compartimos una cerveza, si no tiene inconveniente. Sus planteamientos filosóficos resultan interesantes y elogiados, pero, en este momento, tengo una misión entre manos y necesito su información.

Vann unió las manos para hacer un *sampeah*.

—Me encantará tener esa conversación. En cuanto a lo que tengo que decirle, a los lugares que frecuenta o en los que podemos dar con él... En fin, ahora que voy a revelárselo, me siento casi estúpido, porque me estoy dando cuenta de que no tengo más que una corazonada.

—No, ¡qué va! Créame. La última información valiosa que me han dado empezó siendo precisamente eso, una corazonada. No lo piense. Dígalo y ya está.

—De acuerdo. Hace unos seis meses, un consorcio de constructores erigió en Pattaya un hotel de cinco estrellas llamado Ruby en el que abrieron un club nocturno gigantesco llamado Les Nuits. La empresa formaba parte de las

iniciativas que se están acometiendo para volver a renovar la imagen de Pattaya. Primero se intentó convertir un lugar sórdido en algo semejante a un destino vacacional familiar decente y ahora se pretende combinar esas dos facetas con clubes de lujo como Les Nuits.

Pattaya era una ciudad costera situada a unas dos horas en coche al sudeste de Bangkok y célebre por su profusión de cervecerías y salas de alterne y, aunque llevaba años sin ir allí, Dox la había conocido bien en otros tiempos.

—En efecto —dijo—, un poco como la evolución de Las Vegas.

—Sí, la ciudad del pecado de Estados Unidos les ha servido, de hecho, de modelo a los padres de Pattaya. Sea como sea, en aquel momento hubo indicios de que una de las empresas que usa Sorm como tapadera había invertido en el proyecto para blanquear dinero, aunque nunca conseguimos desvelar nada concreto. Yo llegué a la conclusión de que la información que poseíamos debía de ser incorrecta, ya que Sorm tenía por costumbre invertir en establecimientos más modestos, discretos y... venidos a menos, sobre todo en Bangkok y en Phuket; pero ahora...

—¿Qué?

—Pues que ahora me pregunto... Si Sorm se está escondiendo, Ruby sería uno de los sitios en los que ni se me ocurriría buscarlo. Desde luego, en el auto de imputación no lo hemos mencionado. Sin embargo, allí dispone de protección, de mucha protección probablemente. Sería lo más cómodo. Sería... En fin, como le he dicho, es solo una corazonada. Dudo que vaya a ninguna parte.

—¡Diablos, señor Vann! Yo conozco a gente ruin en sitios de postín y a gente de postín en sitios de lo más ruin... y le sorprendería saber adónde puedo llegar con una corazonada así.

Capítulo 9

Tres mañanas después de su conversación con la teniente Strangeland, Livia se encontraba en un taxi de camino al hospicio de Santa Clara, institución perteneciente a la Fundación Franciscana de Tailandia y situada en el nordeste de Bangkok, refugio de indigentes azotados por los estragos finales del sida. Entre ellos se contaba, al parecer, Cabeza Cuadrada.

Si había decidido abordarlo a él primero había sido por la sencilla razón de que en la base de datos del servicio de Seguridad Nacional no figuraba el teléfono móvil de Barbasucia, pero sí el de Cabeza Cuadrada, y Livia seguía en posesión del rastreador Gossamer que había tomado prestado de forma permanente del almacén de la policía de Seattle. Tras retirar una unidad de la comisaría, había cambiado el circuito impreso por una réplica fabricada por ella misma y había aplastado el conjunto con una prensa hidráulica para después devolverlo asegurando que se le había caído en las vías del tren ligero en el mismo instante en que pasaba una locomotora. El departamento tenía seis que había adquirido gracias a una ayuda del HSI y que estaban sometidos, al parecer, a un control estricto en virtud de un contrato con el fabricante. A Alvin, el responsable del almacén, que sentía una clara atracción por ella, no le había importado hacer todo el papeleo necesario para explicar el accidente y solicitar otro aparato^[6].

En consecuencia, Livia tenía su propio rastreador portátil de teléfonos móviles, tan sensible que le permitía localizar un terminal con un margen de error de un metro más o menos y escuchar las llamadas. Ya lo había usado para seguir al senador Lone hasta la habitación de hotel en que se alojaba en Bangkok y, nada más instalarse en un hotel para ejecutivos de Sathorn a su llegada de Seattle, lo había usado para dar con Cabeza Cuadrada. Imaginárselo consumido lentamente por la enfermedad le resultó muy gratificante, porque se lo merecía, por supuesto, pero también porque, con un poco de suerte, aquella circunstancia podía hacerlo más vulnerable. Si no podía manipularlo, no tenía la menor idea de cómo iba a poder encontrar a Barbasucia. Ni a Sorm.

Ni a aquella cría.

Fuera del Bangkok metropolitano, el paisaje cambiaba de manera espectacular. Los desfiladeros de cemento apiñados, la congestión de un sinfín de coches, *tuk-tuks* y motocicletas y las marañas de cables eléctricos que parecían reproducirse como por metástasis se despejaban de pronto casi en un suspiro para verse sustituidos por un paisaje extenso y plano de verdes arrozales y un cielo vasto de color azul pálido. El taxista llevaba bajadas las ventanillas y por segunda vez en dos meses sintió que el olor del aire y los colores de la tierra y del cielo despertaban sentimientos poderosos vinculados a su infancia. Nostalgia. Tristeza. Dolor. Remordimiento. Había pasado su existencia adulta convencida de que la chiquilla que había sido había desaparecido, de que le habían amputado la niñez y el muñón había cauterizado. Sin embargo, aquel país parecía insistir en demostrarle que se equivocaba.

Tras casi una hora de camino desde Bangkok, llegaron a un modesto cartel, tan pequeño que parecía que lo hubieran hecho deliberadamente así de humilde, en el que se leía en tailandés y en inglés: «Jardín de la Paz Evangélica de los Monjes Franciscanos, 4 kms». Los nervios que había conseguido mantener a raya cobraron fuerza y Livia sintió que el corazón empezaba a acelerársele por la descarga de adrenalina. Cerró los ojos e hinchó los pulmones lentamente como había aprendido a hacer antes de los combates de *judo*, como hacía siempre al salir a la caza de un violador. Esta vez, sin embargo, no le fue de gran ayuda. Estaba a punto de encontrarse cara a cara con un monstruo de su infancia y todo cuanto necesitaba conseguir dependía del éxito que tuviese con él.

Dejaron la carretera de asfalto de dos carriles para seguir otra más vieja y llena de baches que el sol había pintado de gris. Además de otros dos coches y un ciclomotor, no vieron nada más que hierba y palmeras bamboleantes, inmersos en un paisaje idílico, henchido de paz, desconectado del mundo y más propio de un sueño. No resultaba difícil entender por qué lo habían elegido los franciscanos. Aun así, la incongruencia que se daba entre aquel entorno y el motivo que la había llevado allí no hizo sino agravar su ansiedad.

«Venga, mujer. El plan es bueno. Ya lo has hecho otras veces y siempre has conseguido hacer que funcione. Respira y ya está. Respira».

Llevaban unos minutos en la carretera maltrecha cuando encontraron otro cartel, también en tailandés y en inglés: «Monasterio. Casa de retiro. Hospicio de Santa Clara». Las flechas indicaban que el primero de estos lugares se encontraba en una dirección y los otros dos en la otra.

El taxi siguió las indicaciones que llevaban a la casa de retiro. Rebasaron un sala, pabellón abierto de dimensiones reducidas propio de Tailandia, bajo el cual se erigía una estatua de san Francisco de tamaño natural, con una mano tendida en señal de bienvenida y la otra sosteniendo una paloma. Más allá se extendía un edificio sencillo de color blanco y cubierta de tejas rojas. Un cartel anunciaba que se trataba de la casa de retiro.

Pagó al taxista, se echó al hombro la mochila y, con discreción, abrió la puerta sirviéndose de un pañuelo antes de salir. Con la camisa húmeda pegada a la espalda, aguardó un minuto bajo el pórtico del edificio mientras veía alejarse el taxi y se metía en el personaje de mochilera de San Francisco que hacía turismo en Tailandia. Aunque tenía treinta y un años, sabía que podía pasar por mucho más joven y lo cierto es que con los pantalones cortos, la camiseta, las botas de senderismo y el gorro blando parecía una muchacha recién salida de un curso de posgrado que estuviera viajando del modo más económico posible antes de tomar una decisión profesional. Aunque, de hecho, la ropa y la mochila eran nuevas, compradas la víspera en Bangkok, se había asegurado de llenar de rasguños los zapatos, ensuciar el macuto y conferir al resto cierto aspecto de usado, al menos a primera vista. Las gafas de pasta sin graduar que llevaba puestas ayudaban a transformar su apariencia general.

Cuando el taxi desapareció tras una curva del camino y ella se sintió como el personaje que había escogido, entró en el edificio y encontró un salón que se extendía a derecha e izquierda, sin mucho más mobiliario que una docena de sillas pegadas a la pared. El lugar no tenía nada que pudiera considerarse remotamente lujoso, aunque estaba limpio y parecía bien cuidado. En contraste con el calor y la luz del exterior, el aire tenía un frescor y una sequedad muy agradables y las paredes y el suelo no tenían más iluminación que los suaves rayos de luz que entraban por las ventanas. Sobre su cabeza giraba perezoso un ventilador de techo. Aquel lugar parecía un santuario.

En un escritorio sencillo de madera orientado hacia la entrada había un joven tailandés de hábito pardo que se puso en pie al verla, unió las manos para hacer el *wai* y dijo en inglés con acento de la región:

—Bienvenida al Jardín de la Paz Evangélica.

Livia cerró la puerta con el talón antes de corresponder al *wai* y acercarse a la mesa haciendo resonar sus pisadas en el suelo de losetas.

—Me llamo Andrea —anunció—, Andrea Brown. He hecho una reserva en línea.

—¡Ah, sí! Señorita Brown, yo soy el hermano Panit. Tengo aquí mismo su reserva. Dos noches, una persona, en una de las habitaciones pequeñas con aire acondicionado. ¿Correcto?

—Sí, correcto.

—La mitad de la estancia se paga a la llegada y la otra, un día antes de la salida, o sea, mañana.

—Por supuesto. ¿Por qué no lo pago todo ahora? —Llevaba miles de dólares en billetes estadounidenses y en *baht*^[7], pues daba por hecho que tendría que comprar muchas cosas a lo largo de la semana y quería hacerlo de forma anónima. Sacó mil quinientos *baht* de uno de los bolsillos de los pantalones cortos y los puso sobre el escritorio. Unos veintidós dólares por noche. Todo un chollo para quien buscase disfrutar de un poco de soledad y serena contemplación.

O interrogar y matar a uno de los hombres que las violaron a ella y a su hermana siendo niñas.

—Gracias, señorita Andrea —dijo el hombre colocando los *baht* en uno de los cajones del escritorio.

Era una menudencia, aunque tampoco dejaba de resultar desconcertante, ser policía de Seattle y verse de pronto en un mundo en el que la gente dejaba dinero contante como si nada en un cajón sin seguridad alguna.

El hermano Panit la acompañó por una pasarela que salvaba un estanque de peces, por un jardín poblado de trinos de aves y por una senda de piedra que desembocaba en un bungaló pequeño y solitario. La puerta estaba abierta y Livia tuvo cuidado de no tocar nada cuando entraron, igual que había hecho en recepción. El interior era espartano: paredes enlucidas, dos camastros, un escritorio y una sencilla silla de madera. El cuarto de aseo tenía el espacio necesario para alojar una ducha y un inodoro. El hermano Panit cerró la puerta tras ellos y, de pronto, el mundo se volvió mudo. Ni siquiera se oía el zumbido de los insectos.

—Cuánto... silencio —dijo Livia.

El religioso sonrió.

—Siempre, pero ahora más, porque a Tailandia vienen muchos menos turistas durante estación cálida. Pero siempre este retiro es para los paseos contemplativos y para sentarse meditando en jardines. Puede pasar horas con la belleza de árboles tropicales y las flores de naturaleza. Sí, lugar muy tranquilo, lleno de paz.

«Que, además, no tiene cámaras de seguridad —añadió ella para sus adentros—. ¿Por qué iban a tenerlas si se dejan las puertas abiertas y meten el

dinero en cajones que no vigila nadie?». No pasó por alto que, si bien al llegar había hablado con naturalidad —quizá por las veces que había tenido que repetir la conversación inicial sobre la habitación—, a medida que interactuaba con ella, el discurso del hermano Panit se había vuelto menos fluido, peor estructurado.

—Gracias —dijo—. Aquí tienen también un hospicio, ¿verdad?

—Sí, el de Santa Clara, por Clara de Asís, una de las primeras discípulas de san Francisco.

—¿Qué clase de pacientes reciben en el hospicio?

—Acogemos a pobres que están en la fase terminal del sida. San Francisco llegó a Dios a través de su compasión por los leprosos y nosotros recibimos a nuestros enfermos con el mismo amor y la misma felicidad.

Volvía a hablar con más propiedad, posiblemente porque estaba pisando de nuevo un terreno que conocía bien. Estaba acostumbrado a hablar del hospicio con quienes visitaban el retiro, lo que quería decir que las preguntas de ella no le resultarían insólitas ni, por lo tanto, dignas de ser recordadas.

—Una amiga mía murió de sida —dijo Livia. En rigor, no era cierto, aunque había trabajado con víctimas condenadas a vivir con sida por sus violadores—. Gracias por la labor que llevan a cabo aquí. Deben de aliviar mucho sufrimiento. —Si la primera frase podía no ser cierta, esto último lo había dicho con el corazón.

El hermano Panit respondió con un *wai*.

—Siento lo de su amiga. Si quiere, la invito a que visite el hospicio. Nuestros pacientes apenas reciben visitas. El mundo suele evitarlos, como se hacía antes con los leprosos, y para ellos una simple conversación puede ser un gran consuelo. Además, para muchos de nuestros huéspedes la visita al hospicio es la parte más gratificante de su estancia. Como decimos nosotros: «El trabajo es amor hecho visible^[8]».

De nuevo volvía a hablar con naturalidad, como si recitase algo aprendido en un folleto al que recurriese a menudo.

—Claro que sí. Gracias por la invitación.

Cuando se fue el hermano Panit, Livia hizo inventario de su equipaje, conformado en su mayor parte por ropa de recambio y algún que otro artículo de higiene personal. Lo más relevante para lo que había ido a hacer allí era todavía más escaso: una sudadera de manga larga, dos números atrasados de la revista *Rider* («Motociclismo en estado puro»), un rollo de cinta americana y un par de guantes de motocrós con protección para la muñeca y refuerzos de fibra de carbono en dedos y nudillos. Nada de esto resultaría incriminatorio en

caso de que lo viera alguien y todo podía explicarlo por su entusiasmo por las motos y su intención de alquilar una en algún momento de su viaje. Con todo, después de ponerse la sudadera, tomó consigo la mochila. Si se precipitaban las cosas, quería estar en situación de improvisar y no tener que volver corriendo al bungaló para recuperar sus pertenencias y, si se torcían, quería poder abandonar aquel lugar con la misma velocidad.

Comprobó el Gossamer y confirmó que el teléfono de Cabeza Cuadrada seguía en el hospicio, a menos de un centenar de metros de donde estaba ella. Deseaba ir allí directamente, pero sabía que algo así iba a parecer extraño, de modo que se obligó a comer un poco en el bufé que se incluía con el precio de la habitación. Se dejó puesto el gorro, que, con no ser el mejor de los disfraces, tampoco dejaba de resultar útil sumado a las gafas. Habría sido mejor que fuesen de sol, pero entre disimular los propios rasgos de forma natural y llamar la atención por exagerar había una línea muy delgada.

Como la zona de recepción, el comedor estaba iluminado por la luz natural que entraba por las ventanas. Dentro había otras tres personas: dos mujeres que se habían sentado juntas y un hombre solo. Todos eran jóvenes. Debían de ser australianos o neozelandeses y tenían pinta de mochileros. Livia los saludó con una inclinación de cabeza y se sentó sin más compañía que un plato de arroz con verduras y una botella de agua. Aunque llevaba una tapadera preparada por si tenía que hablar con alguien, convenía hacer el menor número posible de contactos. Además, en un lugar concebido para la soledad, el silencio y la meditación, resultaba más que natural cierto distanciamiento.

Después de comer, pasó un tiempo paseando por los jardines. Era verdad que en ellos reinaba una paz sorprendente, sin ruido alguno de tráfico, obras, conversaciones ni demás actividades humanas, ni más sonido que el zumbido de los insectos y el gorjeo de las aves. El canto de los pájaros no iba a dejar nunca de recordarle a Nason, que de niña los había imitado de un modo asombroso, y, aunque sabía que era una bobada, la sensación de que su hermana se encontraba de un modo u otro a su lado, manteniendo la fe con ella y sin dejar de necesitarla, le resultaba reconfortante. Y, en ese momento, más que nunca.

Trató de imaginarse qué aspecto podía ofrecer a quien la observara y se vio como una huésped más del retiro, dedicada a pasear sumida en sus pensamientos. Satisfecha, comenzó a repasar su plan, a prever cuanto podía interrumpirlo o hacer que se torciese de otro modo y a ingeniar improvisaciones. Ya le había dado muchas vueltas a todo aquello, por

supuesto, pero hacerlo sobre un plano o su equivalente no era lo mismo que refinarlo de cabo a rabo sobre el propio terreno.

El sol había pasado hacía mucho su punto más elevado cuando salió de las sombras de los árboles del jardín para ponerse a seguir las señales que la llevarían por senderos serpenteantes al hospicio de Santa Clara. A Cabeza Cuadrada.

«Lo he encontrado, pajarito —pensó—, y voy a usarlo para encontrar a los demás».

El hospicio era aún más verde y silencioso que el retiro. Estaba conformado por una serie de edificios blancos con tejas rojas conectados entre sí por caminitos adornados con flores en macetas entre los que se extendían de cuando en cuando estanques luminosos y conjuntos de palmeras. Pasó al lado de varios grupos de pacientes con pijamas de hospital que se entretenían con juegos de mesa, escuchaban el sermón de un monje de hábito pardo que debía de ser de la India o de Sri Lanka o recibían fisioterapia por parte de varios empleados vestidos con ropa quirúrgica azul. Algunos de los enfermos, encorvados y consumidos, iban en sillas de ruedas empujadas por compañeros de aspecto más sano. Unos cuantos la saludaron con una inclinación de cabeza o un movimiento de la mano al verla pasar, pero ninguno le prestó más atención de la cuenta. Todo apuntaba a que el hermano Panit no había exagerado: era normal que los huéspedes del retiro visitaran el hospicio.

En uno de los jardines, un tailandés que debía de ser de su misma edad, aunque parecía tener el doble por las arrugas que surcaban su rostro y el brillo excesivo de sus ojos, agitó la mano con gesto cansado a la vez que dibujaba una sonrisa lánguida.

—Hola —dijo en inglés con acento de Tailandia—. Hola, ¿de dónde eres?

Pese a su estado de debilitación, la había identificado de inmediato como extranjera. Sus rasgos eran de la zona, pero su actitud, sus andares y su presencia en general la delataban, no tanto como si hubiera sido una rubia monumental, claro, pero si quería poder pasar de veras inadvertida entre los nativos, iba a necesitar cierta aclimatación y algo de práctica.

Se acercó y le contó la historia que tenía preparada de la estudiante de San Francisco que había ido a hacer turismo después de completar sus estudios de posgrado. Él no dominaba el inglés y Livia tuvo la impresión de que no entendió gran cosa de lo que le dijo. Sin embargo, el hecho de haber captado su atención y suscitado algunos comentarios amables parecía hacerlo feliz, tal como había dicho el hermano Panit, y por un instante su reacción alivió un tanto la ansiedad que sentía ante la idea de encontrarse cara a cara con Cabeza

Cuadrada. Además, no le hacía ningún mal practicar su tapadera, sobre todo con alguien que difícilmente iba a entender o a recordar los detalles.

Poco después se excusó y buscó un aseo para quitarse la sudadera y, tras sacar las revistas de la mochila, se las enrolló con cinta americana en los antebrazos y volvió a ponérsela. Entonces se echó de nuevo al hombro el macuto y se dirigió a uno de los edificios blancos. Ninguna de las puertas tenía cerradura. De hecho, todas estaban abiertas y no había signo alguno de otras medidas de seguridad. ¿Para qué? ¿Qué medidas de seguridad podían necesitarse en una colonia de leprosos?

El edificio tenía una única sala rectangular con tres camastros de hospital a cada lado. Pese a tener las puertas abiertas, en el aire flotaba un fuerte olor a jabón y desinfectante, aunque ninguno bastaba para ocultar los de orina y enfermedad que subyacían bajo ellos.

Todas las camas estaban vacías menos las dos que había en el extremo de su izquierda. Caminó lentamente hasta el centro con el corazón desbocado. En el camastro más cercano había una mujer envuelta en una bata azul suelta que cubría con una sábana su cuerpo consumido. Tenía los ojos cerrados y se sacudía ligeramente, aunque le fue imposible determinar si por un sueño o por sus dolencias.

En la cama siguiente se encontraba Cabeza Cuadrada.

Estaba tumbado boca arriba, vuelto ligeramente de espaldas a ella y con las dos piernas dobladas casi por completo, una contra el lecho y la otra en vertical. Bajo la bata azul informe se distinguía su cuerpo esquelético, lo que confería una prominencia inusitada a su ya marcado cabezón. La nariz, en la que se insertaba un tubo de oxígeno, se le había achatado, los ojos se le veían enormes en las cuencas y las rodillas y los tobillos se habían trocado en bulbos gigantes conectados por huesos descarnados. Bajo la bata pudo distinguir el contorno de un pañal. Tales eran los estragos de la enfermedad que ni siquiera estaba ya para usar orinal.

Por un instante sorprendente sintió... piedad. Compasión. Luego la asaltó el recuerdo de Nason en el momento en que la arrojaban al contenedor en el que las retenían, sangrando y en estado catatónico tras la violación, y la invadió una oleada caliente de satisfacción, un regocijo dulce y cruel por la desgracia de aquel hombre.

Se obligó a hacer caso omiso de la emoción. Si quería obtener lo que necesitaba de él, tenía que actuar como la policía que era y usar toda su destreza para explotar al máximo sus debilidades. No podía dejarse arrastrar

por lo que sentía sobre los crímenes que él había cometido hasta haberle sacado cuanto debía saber.

Después de eso, ya no tendría que ser policía. Podría convertirse en otra cosa. En lo otro. En el dragón.

Se acercó a la cama haciendo rechinar ligeramente sobre el suelo de linóleo las botas de senderismo. Por lo demás, no se oía en la sala sino el zumbido de algunos aparatos médicos y el silbido del ventilador que había cerca de una de las puertas.

Se detuvo al llegar a la cama. Él volvió lentamente la cabeza para mirarla. De sus pulmones escapó una exhalación larga y sibilante y su cuerpo consumido dio la impresión de distenderse y abandonarse aún más al sostén que le ofrecía la cama. Soltó un gruñido en tailandés.

—En inglés —dijo ella—, que sé que lo hablas. Te oí negociar con los Hammerhead para llevarnos a Portland a Nason y a mí.

Se hizo el silencio. Entonces, él tomó aire y susurró en un inglés muy imperfecto:

—Sabía que vienes. Lo sabía.

Pese a la edad, el deterioro y la deformación, aquel rostro la transportó de nuevo al frío y el viento de la cubierta de aquel barco, el césped artificial que le mordía las rodillas y el hedor a curri que desprendían todos ellos mientras, uno tras otro, la obligaban a hacer aquella cosa desagradable y la hacían creer que sometiéndose podría salvar a Nason.

Sintió al dragón tratando con todas sus fuerzas de salir a la superficie y recuperar todo lo que le había robado a Livia aquel hombre.

«Todavía no. Todavía no. TODAVÍA NO».

Se obligó a recuperar su yo policía. Aquel hombre estaba a un paso de incriminarse, quizá hasta de confesar. No había nada más importante durante un interrogatorio que documentar como era debido una confesión y se hacía cargo de que la de él podía serle de mucha utilidad.

Sacó de los pantalones cortos el teléfono desechable que había comprado en Bangkok y activó la grabación de vídeo antes de colocarlo al lado del camastro de tal modo que no estorbase.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó.

Él meneó la cabeza con gesto débil.

—Me equivoqué. Lo siento. Todo lo que hice... Cosas terribles. Lo siento.

Aun más allá del vínculo personal que lo unía a él, conocía bastante bien las milagrosas conversiones que se daban en la cárcel, aún más en el corredor

de la muerte, para dejarse conmover.

Por otra parte, ¿cuánto tiempo podía quedarle de vida a Cabeza Cuadrada? ¿Días? ¿Semanas, a lo sumo? ¿Qué podía ganar fingiendo?

«De acuerdo, vamos a dar por hecho que lo dice de corazón. Sácale partido».

—Si es tan terrible —dijo ella—, ¿por qué lo hiciste?

—Chanchai. Fue por Chanchai. Le tenía mucho miedo. Yo y todos.

Chanchai Vivavapit. El hombre en el que siempre pensaría como Calavera.

—¿De verdad vas a echar a otro la culpa de tus actos? —preguntó Livia, de nuevo convencida de tener la sartén por el mango. Volvía a sentirse policía—. ¿Eso es lo que quieres decir cuando aseguras que lo sientes?

—Cuando cortaste ojo... se... volvió loco. Teníamos que haber parado. No teníamos que haber hecho. Lo siento. Ojalá... —Se puso a girar la cabeza por un instante como si estuviera perdido y a continuación se recobró—. Ojalá puedo empezar otra vez. Todo. Ojalá puedo ser mejor. El niño que era. El niño que mis padres...

Aunque no acabó la frase, ella tuvo la sensación de que podía tirar de aquel hilo.

—¿Dónde están ahora tus padres? ¿Vienen a verte?

Él soltó un gruñido.

—No quiero que vean así, que vean mi karma.

Tomó nota de aquello para usarlo más tarde.

—¿Por qué nos raptasteis a mi hermana y a mí? ¿Por qué a nosotras?

—Chanchai sabía. Chanchai nos contó.

—¿Qué os contó?

—Se suponía... Nosotros... El senador os quería a vosotras.

Aquello encajaba con lo que ya sabía.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo nos encontrasteis? Teníais una fotografía de las dos. ¿De dónde la sacasteis? ¿Quién os dijo que el senador nos quería a nosotras?

—No sé. Fue Chanchai. Chanchai.

Maldita sea. Resultaba exasperante estar tan cerca y aun así ser incapaz de conseguir todas las piezas que necesitaba.

—¿Y Sorm? ¿Dónde puedo encontrarlo?

Al oír esto, los ojos de Cabeza Cuadrada dieron la impresión de iluminarse de terror.

—Yo no he visto nunca Sorm. Ni siquiera Chanchai. Sorm es... diablo.

—¿Estaba envuelto en todo aquello? ¿Fue él quien os mandó buscarnos a mi hermana y a mí?

—No sé. Yo no he visto nunca Sorm. Mal hombre. El diablo.

Livia deseó ponerse a dar gritos.

—Me acabas de decir que sabías que iba a venir. ¿Por qué?

—Chanchai. Y el senador. Y el ayudante... del senador. La habitación de hotel. Me dijo... Juntasa. Me dijo que fuiste tú.

Barbasucia.

—¿Estaba él allí?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Llevó... una niña. Para el senador. Entonces llegas tú. Se lo dijo Chanchai. Le dijo que recoja niña.

En este caso, lo que le decía encajaba con lo que recordaba ella. El senador ordenó a Calavera que se deshiciera de la cría. Calavera llamó por teléfono y Matthias Redcroft, el ayudante del senador, la llevó a la habitación contigua. Alguien se acercó a la puerta, pero quedaba fuera del campo de visión de Livia. Tuvo que ser Barbasucia. Cuando volvió Redcroft, la chiquilla había desaparecido.

—¿Dónde la consiguió? —preguntó haciendo lo posible por no perder la calma—. ¿Dónde consiguió Barbasucia... Juntasa a esa niña?

—No sé.

—Algo tienes que saber. ¿Dónde?

—Juntasa sabe. Muchos lugar. Muchas niña. Lo siento. Lo siento.

Se obligó a pensar. ¿Corría peligro? Cabeza Cuadrada había dicho que sabía que iba a ir a verlo. ¿Querría eso decir que los demás también estaban avisados?

«No, porque a ellos no los acosa la culpa mortal ni la desagradable clarividencia que la acompaña».

Aun así, preguntó:

—¿Le has dicho a Juntasa que sabías que iba a venir?

—Sí.

Mierda. Se había equivocado.

—¿Cuándo? ¿Cuándo le dijiste que iba a venir?

—Le dije que por todos, que vendrías por todos. Tú eres... nuestro karma.

O sea, que no se había equivocado. No se trataba de una predicción sobre el lugar y el momento en que aparecería, sino más bien de la profecía de una maldición; de un sentimiento general de culpa y no de una previsión concreta.

Por supuesto, debía de temer su regreso. ¿Cómo no iba a temerlo si había dejado aquella habitación de hotel convertida en un matadero? Sin embargo, era imposible que supiera cómo iba a dar Livia con él. Ni el orden en que iba a encargarse de ellos. Dudaba mucho que fuese a estar dispuesto a malgastar sus recursos en aquel lugar dejado de la mano de Dios y a esperar días, semanas o meses en el caso improbable de que se presentara ella.

Con todo, la posibilidad de que hubieran anticipado su llegada resultaba aleccionadora. Estaba acostumbrada a cazar sin ser vista y en aquella ocasión habían dado por cierto que aparecería. Eso quería decir que la cacería podía no ser unilateral. Debía tenerlo presente en todo momento y ajustar su estrategia en consecuencia.

Miró a la mujer de la cama contigua. Tenía todavía los ojos cerrados y el cuerpo no había dejado de temblarle.

—¿Dónde puedo encontrar a Juntasá?

—Por favor, he aceptado mi karma. Sé a qué has venido. Estoy listo. Por favor.

—¿Dónde puedo encontrar a Juntasá?

—Mi karma. Por favor. Ya no puedo más. Por favor.

Aquella situación era horrible. Había pensado en amenazar con matarlo y en aquel momento lo tenía delante, rogándole que lo hiciera. Era como entrar a hacer una llave de *judo* y encontrarse atrapada en ella.

Se afanó en recobrar la iniciativa.

—Seré tu karma, pero dime primero dónde puedo encontrar a Juntasá.

—No sé. En su trabajo, en comisaría.

Eso ya lo sabía y también que allí no iba a poder tocarle un pelo.

—Dices —insistió— que Juntasá te habló de Chanchai y del senador. ¿Cómo? ¿Cómo se puso en contacto contigo?

—Llamó.

Pensar en Barbasucia poniendo sobre aviso a Cabeza Cuadrada o en este advirtiéndolo a aquel resultaba perturbador.

—¿Cuándo?

—Ya nadie habla conmigo. Mírame. Mira mi karma.

—¿Tiene teléfono? Teléfono móvil. ¿Te sabes su número?

Cabeza Cuadrada gruñó y dirigió la mirada hacia una repisa pequeña situada al lado de su camastro, sobre la que había unos cuantos libros, algunas prendas de ropa y una fotografía vieja en la que aparecían él, mucho más joven y sano, con una chiquilla en brazos y una pareja de ancianos a su lado. Su hija, supuso, y sus padres. Tenía que haberse fijado antes. Si todo aquel

asunto no le hubiese afectado de forma tan personal, sin duda habría reparado en ella.

Allí, al lado de los libros, descansaba también un iPhone antiguo. Livia dejó la mochila en el suelo y alargó la mano por encima de la cama para tomarlo. Lo encendió y la pantalla se iluminó con un mensaje. Estaba en tailandés, pero sabía lo que quería decir.

—La contraseña —ordenó—. Dímela.

Cabeza Cuadrada negó con la cabeza.

—No puedo. Por favor, solo puedo responsable de mi propio karma. Por favor.

Livia posó la vista en el retrato de la repisa antes de volver a mirarlo.

—Dímela o les contaré a tus padres lo que nos hiciste a mi hermana y a mí. También se lo contaré a tu hija, aunque puede que ya lo sepa si a ella también se lo hacías. Les pienso decir lo que eres.

Él se mojó los labios y meneó la cabeza de forma espasmódica.

—No, por favor.

—Sí. Pienso hacerlo si no me das la contraseña y me dices cuál es el número de Juntasa.

Cabeza Cuadrada volvió a sacudir la cabeza.

—No creerán. No.

—De aquí a poco no vas a estar en condiciones de rebatir lo que les diga. Seguro que, como mínimo, se preguntan por qué me iba a inventar algo tan horrible y se pasan lo que les quede de vida mortificados por las dudas. Tu recuerdo quedará envenenado y su tranquilidad, destrozada para siempre.

Los ojos de Cabeza Cuadrada, clavados en ella, se llenaron de lágrimas que se derramaron por su rostro. Livia no sintió remordimiento alguno. Se sentía triunfante.

El hombre reveló, con un graznido, cuatro cifras en tailandés que ella introdujo en el teclado... y consiguió entrar. La interfaz, sin embargo, estaba en tailandés.

—Enséñamelo —ordenó—. Enséñame cuál es su número. Y si descubro que me has mentado, ya sabes lo que pienso hacer.

A él volvieron a caerle lágrimas de los ojos.

—Por favor, no cuentes. Por favor.

—¿Cuál de estos contactos es él?

Él alargó el brazo y ella le tendió el aparato. Él pulsó varias veces la pantalla antes de señalar un nombre y el número correspondiente. Livia tomó el teléfono y lo miró. Sí, Krit Juntasa. Tenía el tailandés muy olvidado, pero

el contexto le permitió entenderlo. Y ver el número de móvil que tenía asociado.

Usó el teléfono desechable para fotografiar la información relativa a Barbasucia y luego hizo otro tanto con la pantalla de llamadas recientes y el libro de contactos, pues ninguno de los dos tenía muchas entradas. El iPhone podía contener más datos valiosos y una parte de ella quiso llevárselo. Sin embargo, sabía que alguien podía darse cuenta de que faltaba y consideró que no valía la pena. Además, tenía ya las instantáneas que acababa de hacer.

Escondió una mano en la manga de la sudadera con la intención de limpiar el iPhone antes de devolverlo a su dueño para asegurarse de que volvía a dejar sus huellas en el aparato. No es que fuese a comprobarlo nadie, pero, si lo hacían, iba a resultar extraña la ausencia de marcas. Él lo tomó con la mano derecha, lo pasó a la izquierda y lo devolvió a la repisa.

Livia volvió a activar el vídeo del desechable.

—Cuéntame a qué te dedicabas.

Cabeza Cuadrada negó con la cabeza.

—Más no, por favor.

—Tienes que confesar y lo sabes. Lo sientes. No me hagas creer que estás arrepentido si ni siquiera piensas confesar.

—Por favor.

—Raptabas y violabas niñas pequeñas, ¿verdad?

Las lágrimas volvieron a correr por sus mejillas.

—Sí.

—Y tus cómplices eran Chanchai Vivavapit y Krit Juntasa.

—Sí.

—Deja de esconderte de tus actos. Reconócelos y cuenta lo que hacías.

—Raptaba y violaba niñas pequeñas con Chanchai Vivavapit y Krit Juntasa. Lo siento. Lo siento.

—Ahora, en tailandés. Dilo en tailandés.

Él hizo lo que le ordenaba y ella reconoció el número suficiente de palabras para confirmar la fidelidad del testimonio. Además, era evidente que ya no tenía intención de ocultar nada.

Apagó el teléfono desechable, lo volvió a guardar en un bolsillo del pantalón y miró a su alrededor. Todo seguía en silencio a excepción del zumbido de las máquinas y el silbido del ventilador. La mujer seguía inconsciente y no había nadie más por allí cerca.

Livia metió la mano en su mochila y sacó los guantes de motocrós. Volvió a mirar a su alrededor y comprobó que seguían estando solos.

Cabeza Cuadrada tenía a su lado una almohada de repuesto y una manta sin usar. Livia tomó con una mano la primera y colocó encima la segunda de manera que la mano quedase entre ambas mientras con la que le quedaba libre apartó el tubo de oxígeno que tenía él metido en la nariz. Pese a toda su charla relativa al karma, el enfermo desencajó los ojos con gesto aterrado y buscó a tientas el tubo.

Demasiado tarde. Livia le apresó los brazos y se los apretó contra el abdomen mientras con la otra mano le colocaba la almohada sobre la cara y apretaba. Las piernas huesudas de él se pusieron a patalear con debilidad. Livia le soltó los brazos y usó ambas manos para presionar la almohada contra su rostro. Cabeza Cuadrada intentó arañarla, pero sus uñas bailotearon inofensivas sobre la manta, bajo la cual se encontraba la fibra de carbono de los guantes. Su cuerpo empezó a temblar a la vez que se aferraba a los antebrazos de ella para intentar apartarla. Pese a su decrepitud, al borde de la muerte consiguió hacer la presión necesaria para que Livia la sintiera a través de las revistas con que se había envuelto los antebrazos. Con todo, el papel garantizaba que ni siquiera ejerciendo una gran fuerza le dejaría ninguna marca ni transferiría a su cuerpo el ADN de ella. Tampoco creía que fueran a encontrar fibra alguna de la sudadera ni, de hecho, que nadie fuese siquiera a buscarlas, pero, por si acaso se equivocaba, llevaba puesta ropa que había comprado la víspera y mantenido dentro de una bolsa de plástico, separada del resto de sus pertenencias, y pensaba deshacerse de toda ella de inmediato.

El forcejeo de Cabeza Cuadrada apenas duró unos segundos antes de que su cuerpo se relajara y sus manos cayesen a uno y otro lado. Las rodillas, que habían estado apuntando al cielo, se derrumbaron también y crearon un hueco en el pañal por el que Livia pudo oler que se había ensuciado.

Sin dejar de presionar fuertemente la almohada con una mano, volvió a colocar con la otra la manta donde estaba. Se quitó un guante con los dientes y luego el otro antes de guardarlos en la mochila con la que tenía libre sin dejar de presionar con la otra.

Cuando se aseguró de que no había posibilidad alguna de reanimación, apartó la almohada y la situó al lado de la manta. Sin duda era inevitable que hubiese quedado en ella alguna muestra de saliva, pero tal detalle resultaba insignificante.

Cabeza Cuadrada tenía la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta en un grotesco intento desesperado por tomar aire y los ojos petrificados abiertos de par en par por el terror y la angustia. Quizá en el último instante se había dado

cuenta de que había algo peor que el karma de este mundo. Tal vez había tenido una visión del infierno que lo aguardaba en el siguiente.

Miró a su alrededor por última vez. La mujer de la cama de al lado no se había movido. Aparte de la brisa que entraba por la puerta abierta del extremo de la sala, todo estaba en calma. Volvió a colocar el tubo de oxígeno, limpió con la sábana el lugar que había tocado antes de echarse la mochila al hombro y salir por el mismo camino por el que había entrado.

Sentía un vacío extraño. Al verle de nuevo el rostro había deseado partirlo en dos como había hecho con Calavera. Sin embargo, al final se había deshecho de él con poco más que una eutanasia.

«Es lo que había que hacer. No podía parecer un asesinato. Si no, te convertirías en sospechosa. Barbasucia sabría que estás aquí. No llegarías nunca a Sorm, el cerebro de lo que os pasó a Nason y a ti. Tampoco encontrarías nunca a esa cría. Lo has matado. Después de todos estos años, lo has matado. Confórmate con eso.

»Pero ¿y si no es suficiente?».

Llevaba dieciséis años, casi la mitad de su vida, ansiando vengarse. Y no podía negar que matar al senador, a su ayudante y, sobre todo, a Calavera había resultado muy agradable. Sin embargo, de todo eso hacía dos meses. Había vuelto al país y había vuelto a hacerlo, pero no había experimentado la misma sensación de alivio.

«¿Y si nunca es suficiente? Tiene que serlo. Tiene que serlo».

Aun así, en el fondo, de pronto había dejado de creerlo. Y no tenía ni idea de lo que significaba. Ni tampoco de lo que debía hacer al respecto.

Capítulo 10

Dox se despertó con la primera luz en la estrecha habitación que había pagado en el Blue Bat Hotel de Battambang. Por el equivalente en ríeles camboyanos de unos veinte dólares por noche, aquel lugar era a un tiempo lo bastante económico como para aceptar pagos en efectivo y su historia relativa a la pérdida de su pasaporte y lo bastante decente como para tener puertas y cerrojos de cierta solidez. Además, en general resultaba más que acogedor. La cama era buena y estaba blandita, como a él le gustaba. Había pasado demasiadas noches apretujado en puestos de tirador para no saber apreciar un buen colchón y una almohada de plumas. Pese a todo, aquella noche no había dormido bien. La culpa la había tenido aquella sensación de que tenía que salir echando leches de Camboya. Si Rain se enteraba de que después de cumplir con un encargo se había quedado por los alrededores, le diría que fuese a ver a un psiquiatra y Dox sabía que no tendría réplica alguna al respecto. Y, joder, si por lo menos pudiera decir que había sido un trabajo y ya está... Había matado al fulano que lo había contratado, quien, encima, había resultado ser, ¡vaya por Dios!, un agente de la DIA metido hasta el cuello en vete tú a saber qué clase de embustes. Justo después se había encargado de tres de sus cómplices y, por si fuera poco, tenía que sumar a todo eso lo del tipejo de la espada.

Lo malo era que había al menos cierta probabilidad de que Sorm se presentara en Camboya y Dox no quería cruzar una señora frontera para enterarse a renglón seguido de que tenía que volver otra vez. Por otra parte, según la corazonada de Vann, que Dox no había dudado en transmitir a Kanezaki, era muy probable que Sorm estuviera en Pattaya. Al final había optado por una solución intermedia y tomado uno de los últimos autobuses a Battambang, ciudad situada al noroeste de Phnom Penh, tranquilita, con unos cuantos edificios de arquitectura colonial francesa muy bien conservados y un nombre que él siempre había amado en secreto. Desde Battambang podía acceder con una facilidad razonable a Pailín, la provincia en la que se había criado Sorm, y a varios pasos fronterizos a Tailandia, desde donde estaría a un

tiro de piedra de Pattaya —hablando en sentido figurado, no es que estuviera aficionándose a arrojarlas—, en caso de que Kanezaki confirmara la corazonada de Vann.

Bajó al restaurante del hotel. Todavía era demasiado temprano para que estuvieran levantados los mochileros que formaban la clientela del establecimiento, de modo que pudo disfrutar de la soledad de aquella sala de colores pastel mientras daba cuenta de unos huevos revueltos con fruta tropical y café solo. Cuando acabó, usó otro móvil desechable para llamar a Kanezaki.

—¿Teléfono nuevo? —preguntó el otro.

—Más que nada, por evitar más sorpresas desagradables.

Enseguida confirmaron que coincidía el número de identificación de la señal.

—Dime, ¿cómo anda la intuición de Vann? —preguntó Dox—. ¿Tan buena como la tuya?

—Mejor incluso, diría yo.

Se hacía difícil no sonreír ante aquella respuesta.

—¡No me digas!

—No quiero darle demasiado mérito, pero lo cierto es que me ha hecho mirar en la dirección adecuada, me ha ayudado a eliminar unos cuantos falsos positivos y puede que nos haya ahorrado un montón de tiempo en general.

—Perfecto, porque estoy deseando quitarme de en medio este incordio cuanto antes.

—Entiéndeme. No ha sido nada fácil. Ni por asomo.

Dox soltó una risotada. Kanezaki no podía evitarlo: siempre tenía que poner de relieve lo difícil que había sido cualquier operación para poder obtener a cambio algo mayor.

—Cuando esto acabe, voy a mandarte un ramo de rosas y acompañarlo con un beso con lengua, pero, por el momento, ¿te importaría limitarte a contarme lo que has averiguado?

—Está bien. Vann me dio una pista fundamental al sospechar que una de las empresas pantalla de Sorm debía de estar invirtiendo en ese hotel de lujo de Pattaya. Puse a varios investigadores forenses especialistas en finanzas a investigar en esa dirección y descubrieron conexiones que había pasado por alto Vann.

—¿A saber...?

—Aquí viene lo bueno. Durante esta última semana, que es cuando dice Vann que ha estado desaparecido Sorm, se hicieron unas doce llamadas desde

otros tantos teléfonos desechables en el club nocturno de ese hotel, todas ellas a socios conocidos de Sorm.

—Pequeñín, no solo te aprecio, sino que estoy empezando a pensar que te quiero.

—Pero espera, que eso era solo lo bueno y todavía queda lo mejor. El teléfono de uno de esos socios apareció tres veces en el club esa misma semana. No es que sea una prueba concluyente, pero ¿cuántas veces has visto una pista más sólida en este negocio? Sorm está allí dentro y se está reuniendo con gente.

Dox dio un sorbo a su café, receloso de pronto.

—Sí, es verdad que parece evidente. Demasiado evidente, ¿no?

—Eso mismo pensé yo, pero la verdad es que he tenido que trabajar desde muchos ángulos para conseguir la información. Sorm no sabe lo que somos capaces de hacer. No tienes ni idea de cuántos malos hay por ahí que extreman la prudencia con sus teléfonos sin pensar en los rastros que van dejando los teléfonos de la gente con la que tratan. Además, es verdad que Sorm está teniendo mucho cuidado, pero también que sabe que lo están protegiendo y eso puede que lo lleve a confiarse más de lo que debería.

Sonaba lógico. Con todo, no podía evitar sentirse nervioso cuando había una pista demasiado fácil de seguir.

—De acuerdo —dijo—, me has convencido.

—Escúchame —repuso Kanezaki—. La información es buena, pero tienes que andarte con ojo. Sorm no es solo un monstruo. Es un superviviente. Seguro que sabe lo de Gant. Dudo que se deje ver. Además, piensa que tendrá guardaespaldas.

—No lo dudo. Lo que me recuerda, por desgracia, que tuve que deshacerme del SR-25 que me procuró Gant después de mandarlo a mejor vida, de modo que, aparte de mi colección habitual de cachuchos exóticos afilados, en este momento me encuentro un poco escaso de herramientas.

—No, con eso no puedo ayudarte. Con independencia de todo lo demás, Sorm es un agente de la DIA. No puedes matarlo. Yo no puedo formar parte de eso. Sería ir demasiado lejos.

—Escucha, ya le he prometido a Vann que no iba matar a ese dichoso Sorm, pero por lo menos quiero tener un par de palabras con él. Y preferiría que ese par de palabras fueran una Glock, por ejemplo, o una SIG. O, mejor todavía, una Wilson Combat, que sí son dos palabras. Solo por dejar bien claro cuál tiene que ser el tono de la conversación. Quieres que me cuente cosas, ¿verdad?

Hubo una pausa, tras la cual Kanezaki soltó un suspiro y dijo:

—De acuerdo. Tendré algo para ti en Pattaya. Necesito hablar con un contacto de allí antes de decirte dónde y cómo lo puedes recoger.

—Perfecto. Y, ya que estamos en ello, que sepas que me encanta la Tactical Supergrade con ACP del cuarenta y cinco.

—Pero ¿tú quién te crees que soy? ¿Papá Noel?

—En fin, los dos hacéis milagros, ¿no? ¡Ah! Y tampoco me importaría que me buscaras una pistolera de faja.

Kanezaki se echó a reír.

—Te juro que un día de estos me voy a meter en un lío de verdad por tu culpa.

—Puede que sí, pero también sabes que yo estaré allí para sacarte de él.

—Sí, eso es verdad. Y créeme que te lo agradezco un montón.

Dox no esperaba aquella reacción y se sorprendió ante la emoción que le produjo.

—Lo mismo te digo, amigo mío. Hemos pasado mucho juntos. Sabes que siempre cuidaré de ti y me alegra saber que tú harás lo mismo por mí. El único modo de encontrarle un sentido a este mundo desquiciado es saber quiénes son tus verdaderos amigos.

Kanezaki volvió a reír y con eso pusieron fin a aquel instante emotivo tan insólito.

—Acuérdate de que quiero saber todo lo que les ha estado contando Sorm a los de la DIA. En qué se basa su relación y por qué querían matar a Vann.

—Ya lo sé, ya.

—Y no lo mates, por Dios bendito.

—Que no... Lo que no puedo prometer es que no vaya a herir un poquito sus sentimientos.

Colgó, apagó el teléfono y lo guardó en la funda de Faraday.

No, no iba a matar a Sorm. A menos que no tuviese otro remedio. Por el momento, la verdadera amenaza no era él, sino la gente que tenía detrás, de modo que, por reconfortante que le resultara en el plano personal, no tenía mucho sentido matarlo sin saber primero quién de la DIA lo estaba apoyando.

Eso sí, de no matar guardaespaldas no había dicho nada. ¿O sí? No, claro que no. Debía de habersele pasado.

Capítulo 11

Livia pasó las dos noches siguientes en el retiro. Permanecer en el lugar de los hechos iba en contra de todos sus instintos, pero había reservado dos noches y sabía que una desaparición repentina llamaría la atención.

Aunque no tenía lógica alguna, había dado casi por sentado que tendrían una visita de la policía. No fue así. En lugar de eso, se celebró en la capilla una ceremonia discreta pero solemne por un paciente recién fallecido. Envolvieron el cuerpo en un tejido rojo, quemaron incienso y uno de los monjes dijo unas palabras. Los únicos dolientes, hasta donde alcanzó a ver Livia, eran compañeros de enfermedad y empleados del hospicio. Nada de cuanto rodeó a aquella sencilla despedida parecía fuera de lo habitual. ¿Por qué iba a ser de otro modo? Al fin y al cabo, estaban en un hospicio para indigentes moribundos de sida. ¿Había algo más improbable allí que un asesinato, algo más corriente que el fallecimiento de otro paciente consumido por la enfermedad?

Al menos supo aprovechar el tiempo. El Gossamer le permitió rastrear los movimientos de Barbasucia. En poco menos de cuarenta y ocho horas había frecuentado sobre todo la comisaría del cuerpo real de policía de Tailandia, situado en Pathum Wan, y un edificio ubicado en un barrio cercano llamado Ekamai, famoso, según la informaron sus pesquisas en línea, por sus carísimos bloques de apartamentos. Desde luego, no era de los sitios que podía esperar permitirse un poli tailandés solo con su salario. Se preguntaba si sería su residencia habitual o si estaría a nombre de alguna clase de intermediario. En Estados Unidos, un policía que viviese a todo trapo muy por encima de sus posibilidades llamaría muchísimo la atención, pero allí bien podía ser que a los jefazos no les importase hacer la vista gorda.

Siempre que sacaran algo a cambio.

Editó el vídeo de la confesión para dejarlo solo en lo más esencial sin más herramienta que el teléfono desechable y luego lo transfirió junto con las fotografías usando el sistema operativo Tails y un lápiz de memoria encriptado para no dejar rastro en su portátil. A continuación, navegó por

Internet mediante una red privada virtual, reconociendo el terreno, familiarizándose con rutas y distancias y evaluando posibles riesgos y gratificaciones. No encontró ningún lugar en el que pudiera tomar por sorpresa a Barbasucia ni tampoco tenía tiempo de esperar un golpe de suerte. Iba a tener que obligarlo a acudir a ella. El problema era que no estaban en Seattle, ciudad que no tenía secretos para ella después de haber recorrido sus calles en misiones oficiales y durante sus innumerables incursiones nocturnas. En Bangkok eran los polis de allí quienes tenían ventaja, aunque estaba en su mano mitigar un tanto dicha realidad mediante una preparación meticulosa. Tenía que encontrar distintos modos de mantenerlos en movimiento, hacer que reaccionaran y que perdiesen el equilibrio tal como haría en el tatami frente a un oponente más grande y fuerte que ella. Si conseguía privarlos de su punto de apoyo, neutralizaría todas las ventajas con que contaban de forma natural.

Si es que lo conseguía.

La segunda noche que pasó en el retiro localizó el teléfono de Barbasucia en el mercado nocturno de Rot Fai, en Srinakarin, al este del centro de la ciudad. Al buscar el lugar en la Red vio un entramado laberíntico de miles de puestecillos y restaurantes portátiles en los que se vendía toda clase de libros, alimentos, ropa, aparatos electrónicos y una variedad increíble de objetos misteriosos. De allí, la señal se dirigió al sur, hacia Pattaya, ciudad costera del litoral oriental del golfo de Tailandia, y llegó a un hotel de nueva construcción llamado Ruby. Estaba a poco menos de dos horas en coche de Bangkok y Livia dio por hecho que, fuera lo que fuese lo que había ido a hacer a aquel lugar, era probable que pasase allí la noche. Sin embargo, cuando volvió a observarlo al levantarse por la mañana, vio que la visita solo había durado una hora. No sabía qué podía significar aquello, pero sí que podía serle útil tener dos puntos de contacto conocidos sobre los que interrogarlo.

Dejó el retiro aquella misma mañana, después de agradecer al hermano Panit aquella experiencia maravillosa, que le había permitido despejar la mente, al menos durante unos días, de sus preocupaciones diarias.

—Tiene que volver a visitarnos —le dijo el religioso mientras esperaban el taxi que le había pedido—. Dos días son beneficiosos para el espíritu, pero dos semanas, o más tiempo aún, son todavía mejores. Muchos de nuestros visitantes se han quedado con nosotros de voluntarios para cuidar de los moribundos y, como san Francisco, han encontrado la experiencia transformadora.

Livia sonrió y reconoció por lo natural de la dicción que el monje había practicado su discurso, aunque no por ello puso en duda su sinceridad.

—No me extraña —respondió—. Por cierto, lo que hubo ayer fue un funeral, ¿no?

—Sí, del señor Sakda. Vino a nosotros hace tres meses. Hablaba muy poco y creo que tenía mucha tristeza. Pero ahora ha encontrado la paz.

«Espero que no», pensó Livia. Quería hacer más preguntas, sobre todo de las visitas que había recibido el señor Sakda, pero sabía que un interés excesivo iba a resultar extraño y demasiado fácil de recordar.

Dos horas después se hallaba de nuevo en Bangkok. No había dejado la habitación que había ocupado en el hotel Sathorn al llegar de Seattle. A fin de cuentas, se encontraba en la ciudad en misión oficial prácticamente, de modo que había usado su verdadera identidad a la entrada y pagado con tarjeta de crédito. Todo lo demás habría parecido extraño. Por eso mismo se había quedado con la habitación. Así podía dar la impresión de haber permanecido todo el tiempo en Bangkok y no tenía que dar cuentas de las dos noches que había pasado en el retiro franciscano.

Había dejado su móvil personal apagado en el hotel. Es cierto que, si había alguien rastreándolo, resultaría sospechoso que hubiese estado dos días sin funcionar, pero era preferible eso a que lo usaran para seguirla hasta el lugar de la muerte de Cabeza Cuadrada.

La aguardaban unos cuantos mensajes de trabajo. B. D. Little le había dejado uno la noche anterior con el recado de que lo llamase.

Antes de salir, Livia había contratado un plan internacional que le permitía llamar a cualquier parte desde donde estuviese por treinta centavos el minuto. No sabía dónde podía estar, pero sí que, si se encontraba en Estados Unidos, sería plena noche. Le daba igual, de modo que pulsó el botón de rellamada.

Esperó a que se estableciese la conexión y oyó a continuación:

—B. D. al habla.

Había esperado algo así como: «Hola, Livia». ¿No había reconocido el número? No pensaba tragárselo.

—¿Me ha llamado?

—Sí. Cuesta localizarte.

No le gustó cómo sonaba eso.

—¿Qué quiere decir?

—Parece que has tenido el teléfono apagado.

Había interrogado a demasiados sospechosos para saber cuándo estaba tanteando un policía... y para callar cualquier cosa que pudiera usar en su contra.

—Este sitio es nuevo para mí. Hay un montón de cosas por ver. —Así no confirmó ni negó que el teléfono hubiese estado apagado. En esencia, de hecho, no había dicho nada.

—No sabes cómo te entiendo. A mí me pasa lo mismo cuando viajo. De todos modos, me alegra haber dado contigo.

Livia no respondió. Cuanto menos dijese, menos tendría que explicar.

—En fin —prosiguió él tras un instante—. ¿Cómo va todo por ahí? ¿Crees que te interesará formar parte del equipo?

—Todavía no estoy segura. Solo llevo aquí dos días enteros.

—Claro, claro, pero me encantaría saber cuál ha sido tu primera impresión.

—Prefiero impregnarme un poco más de todo esto y luego hacerle un informe final. No quisiera alimentar sus esperanzas de forma prematura.

Little soltó una carcajada.

—Me parece justo, pero no te olvides de llamar de vez en cuando, ¿de acuerdo? Me gusta poder contactar con la gente con la que trabajo.

—Es que no está trabajando usted conmigo. Por lo menos, de momento.

Little volvió a reír. Estaba tolerando muy bien todas sus contestaciones. O era una persona excepcionalmente afable o de verdad quería tenerla a su lado. Pero ¿para qué?

—Eres dura de pelar, aunque sí, tienes razón. Gracias por llamar. Que vaya bien el viaje. —Y, con esto, colgó.

Había algo que rechinaba en ese «Me gusta poder contactar con la gente con la que trabajo». De haber sido más novata, podría haber pensado que el agente especial estaba intentando dar a entender que el único modo de ponerse en contacto con ella era por teléfono.

Sin embargo, si él también tenía un Gossamer, cosa que no dudaba, podía rastrear los movimientos de su teléfono. ¿Un Gossamer nada más? Lo más seguro era que tuviese gente capaz de meterse en la mismísima base de datos de su compañía telefónica, si no estaba recibiendo toda la información con pleno conocimiento de esta^[9].

Por el momento, no tenía de qué preocuparse, ya que había tenido la precaución de dejar el móvil en el hotel.

«Sí, pero así sabe ya dónde te alojas».

Cayó en la cuenta de que tenía que haberlo apagado antes de llegar al hotel.

En ese momento se le ocurrió también que Little podía haber llamado a recepción en plena noche para que pasaran la llamada a la habitación. «Lo siento, señor, pero no contestan. —Lo podía explicar, claro—. Me había puesto tapones para los oídos y no oí la llamada». Él, sin embargo, no iba a pedir explicación alguna, sino que uniría las piezas por su cuenta y sacaría sus propias conclusiones.

Recordó la advertencia de la teniente Strangeland:

—Este asunto tiene más trasfondo de lo que parece. Lo sé. No lo veo, pero lo siento. Y si yo no lo veo, tú tampoco.

Mierda, se había confiado demasiado. Pensó en qué otra cosa podía haber pasado por alto. «No te estarán vigilando de cerca, ¿verdad?».

Aquello daba mucho que pensar. Por un lado, era probable que no, pero, por otro, ¿cómo lo había expresado Little?

—Nos dan recursos para hartar.

Al retiro franciscano, desde luego, no la habían seguido. De eso estaba segura, porque por aquellas carreteras secundarias habían recorrido tramos enormes sin encontrar más vehículos. Aun así, tenía que andarse con más cuidado y dar por hecho que la estaban observando.

Salió del hotel y volvió a dejarse allí el teléfono. Después de una hora cambiando de tuk-tuk y haciendo transbordo en las estaciones del metro aéreo y tras pasar dos ríos, se convenció de que no la seguían. Podía ser que estuviese pecando de paranoica. De todos modos, lo más prudente sería tomar una habitación en otro hotel. Conservar la primera y planchar la oreja en la segunda. Por si las moscas.

Encontró un puesto callejero de teléfonos y compró otro desechable. En un lugar llamado Rocket Coffeebar, pasó desde el antiguo la foto que había tomado de los contactos del iPhone de Cabeza Cuadrada y el vídeo de su confesión antes de limpiarlo, tirarlo a una alcantarilla y proseguir su camino. Más tarde conectaría el nuevo a la red móvil y a Internet, lejos del lugar en el que había apagado de forma permanente el otro.

Se detuvo a comprobar el Gossamer. Barbasucia estaba en la comisaría, apenas a un par de kilómetros de donde se encontraba ella. Se preguntó si habría tenido noticia de la muerte de Cabeza Cuadrada y, en tal caso, si sospecharía de ella.

Entonces reparó en que podía ser que investigase. Le bastaría con llamar al retiro, hablar con el hermano Panit, preguntar si había ido a visitar el centro

no hacía mucho una joven estadounidense de ascendencia tailandesa.

«Da igual. Si se lo vas a decir tú misma».

Alquiló una Suzuki Nex a un vendedor de motocicletas que había al lado del hotel. Aunque comparada con la Streetfighter no pasaba de ser un juguetito, resultaba perfecta para moverse por entre el proverbial tráfico de Bangkok. Pasó la tarde reconociendo el terreno y, cuando ya se ponía el sol por la neblina contaminada del cielo occidental, se dirigió al mercado nocturno de Rot Fai agradeciendo la brisa vespertina que acariciaba su camiseta empapada en sudor. Sentía curiosidad, por supuesto, por los asuntos que parecía tener entre manos Cabeza Cuadrada en el mercado, pero el propósito principal de aquella visita no era más que el de hacerse con un vehículo.

El mercado no llevaba abierto más de una hora aproximadamente y el aparcamiento todavía no estaba atestado. Dejó allí el escúter y entró. La aglomeración del interior le resultó abrumadora. Debía de haber dos mil tenderetes de distintos colores, apiñados unos con otros hasta ocupar al menos varias hectáreas y rodeados de contenedores de transporte, camiones y edificaciones de ladrillo y metal ondulado. Estuvo más de una hora yendo de un lado a otro, percibiendo los olores de arroz frito y cerdo estofado que impregnaban el aire nocturno como un recuerdo irreal de su infancia que la llamase desde un pasado resucitado.

Cuando se convenció de que había visto suficiente, regresó al aparcamiento. A lo largo de la acera había un buen número de furgones de reparto. Encontró varias opciones, pero buscaba algo muy concreto y se tomó su tiempo hasta dar con lo que quería. Allí estaba, estacionado en doble fila, viejo y destartado, con dos asientos delante, los cristales bajados y la zona de carga sin ventanillas. Tenía el portón abierto y, aunque la luz del techo parecía estar fundida, pudo ver que el interior estaba a medio llenar de cajas de verduras. Había un tailandés despechugado de brazos largos y fibrosos que se afanaba en ir y venir del furgón a la entrada del mercado nocturno y viceversa. Al llegar a la esquina desaparecía para volver a asomar segundos después con movimientos rápidos, respiración agitada y chorros de sudor que le corrían por la espalda y por el pecho. Era evidente que debía de estar llevando mercancía a alguno de los tenderetes de comida. Livia miró al interior de la cabina al pasar a su lado y vio lo que deseaba encontrar: la llave puesta en el contacto.

Por lo que había visto en la parte trasera, calculó que al hombre debían de quedarle aún otra docena de idas y venidas. Ya había empezado a faltarle el

aliento, de modo que era de esperar que redujera el paso.

No se equivocaba. Lo estuvo observando desde las sombras que reinaban tras una farola, oculta por los grupos nutridos de viandantes que pasaban ante ella, mientras él daba un viaje tras otro, cada vez con menos resuello y sudando con más profusión. No necesitaba cronómetro para comprobar que los intervalos se alargaban cada vez más. Cuando lo vio doblar la esquina por octava vez, salió de las sombras, cerró el portón trasero, abrió la puerta del conductor, se metió y giró la llave.

El arranque emitió una tos intermitente y se apagó.

«¡Mierda!».

Volvió a girar la llave. El motor gruñó con algo más de energía, pero se extinguió de nuevo.

«¡Joder!».

Sin embargo, el hombre había llevado hasta allí aquel trasto y, si el arranque estaba tan cascado, habría dejado el motor en marcha. Posiblemente fuese solo que tenía el relé defectuoso. Volvió a accionar la llave y el arranque tosió una vez más y de nuevo se vino abajo.

Ajustó el retrovisor lateral. Aunque no había rastro del fulano, sabía que apenas le quedaban unos segundos por aparecer.

«Déjalo. Sal de aquí y busca otro».

Sin embargo, volvió a probar con la llave. El arranque tosió, vaciló, se recuperó... y el motor despertó con un gruñido.

Metió la marcha atrás, se sobrepuso a la tentación de pisar a fondo y retrocedió con cuidado para aumentar el espacio que había entre ella y el coche que tenía delante, aparcado en doble fila. Miró por el espejo y vio al hombre doblar la esquina y echar a correr hacia ella gritando algo en tailandés.

Livia giró el volante a la derecha y sorteó al vehículo que tenía delante. El repartidor tenía que haber experimentado una descarga de adrenalina, porque, pese a la extenuación, consiguió llegar a la furgoneta antes de lo que había previsto ella. Tendió el brazo y consiguió asirse a la puerta con un gesto de desesperación, casi de terror, en la mirada. Gritó: *Mai! Mai!* («¡No! ¡No!»), pero ya era demasiado tarde. Livia pisó a fondo y el hombre se quedó atrás. La conductora rebasó dos coches que tenía delante y estuvo a punto de girar hacia el lugar equivocado antes de recordar que en Tailandia conducían por la izquierda. Torció hacia la izquierda, sorteando el tráfico, y se vio en la calle, convertida en otro vehículo más entre miles o entre decenas de miles.

Durante un segundo se sintió triunfante. ¡Lo había conseguido! Había sido arriesgado y había estado a punto de irse todo al garete por culpa de aquel arranque defectuoso, pero al final lo había conseguido. Tenía el automóvil que necesitaba. Su plan era bueno. Iba a funcionar. Iba a dar con Barbasucia y entonces, entonces...

Entonces se abrió paso una imagen por entre su entusiasmo. La de los ojos de aquel hombre. Su desesperación. Su pavor.

Se dio cuenta de que no se trataba del conductor de un camión de reparto, que recibía un salario de una compañía que aseguraba sus vehículos contra robo o pérdida. Aquel hombre trabajaba para sí mismo y aquella furgoneta era quizá su única posesión, el bien del que dependía toda su familia. Si no podía permitirse cambiar un relé defectuoso, ¿qué probabilidad había de que tuviese alguna clase de seguro?

«Ese no es tu problema. Sigue. Conduce. Barbasucia, eso es lo que importa».

Hizo lo posible por escuchar lo que le decía aquella parte de su intelecto, por hacer caso omiso de la imagen de aquellos ojos desencajados por el terror.

Pero le fue imposible.

Dio la vuelta al mercado nocturno y aparcó en doble fila a medio centenar de metros de donde había robado el vehículo. Salió, tomó las llaves y caminó en busca del hombre con la intención de lanzárselas y echar a correr en caso de que lo viera. Ella estaba en forma y él seguía fatigado. No le cabía la menor duda de que él se conformaría con eso, correría a buscar la furgoneta y probablemente ni trataría de perseguirla. Ya buscaría otro modo de hacerse con el vehículo que necesitaba.

Llevaba andados diez metros cuando lo vio. No fue difícil. Estaba sentado en el bordillo, sollozando con la cabeza entre las manos. La gente lo miraba al pasar a su lado, pero nadie se paraba a ayudarlo ni aun a preguntar qué le ocurría.

Livia flaqueó. Sin pensarlo, siguió caminando hasta quedar frente a él y se detuvo mientras le tendía las llaves de la furgoneta.

—*Khor thot ka* —se disculpó en el escaso tailandés que recordaba—. Lo siento —repitió.

El hombre alzó la mirada. La vio. La reconoció. Ella esperaba que montaría en cólera y se preparó para lanzarle las llaves y echar a correr. Él, en cambio, se limitó a ponerse de pie tembloroso y mirarla con un llanto aún más pronunciado.

A Livia aquella escena le resultó insoportable.

—Lo siento —volvió a decir en tailandés—. Lo siento. —Le tendió las llaves.

Él agitó la cabeza de un lado a otro y se secó la cara.

—¿Por qué? —preguntó en el mismo idioma—. ¿Por qué me ha hecho esto?

Livia tardó en responder. No le resultaba fácil, porque una cosa era entender la lengua y otra hablarla.

—Venga, por favor. Lo siento mucho.

El hombre meneó la cabeza, presa del desconcierto a todas luces.

—Por favor —volvió a decir ella señalando en dirección a la furgoneta—. Por favor.

Sin dejar de mover la cabeza y aún boquiabierto por la impresión y el alivio, tomó las llaves y la siguió. Livia le indicó con un gesto que le abriese el capó y él metió parte del cuerpo en la cabina para hacerlo.

Era un motor de los de antes, de los que lo tenían todo a la vista y accesible. Livia le señaló el arranque.

—Roto —aseveró—. Roto. —Entonces se señaló a sí misma—. Yo arreglo.

El hombre no dijo nada. Parecía estupefacto.

Livia tardó menos de tres minutos en encontrar los cables corroídos que estaban causando el problema, limpiarlos con la navaja automática de hoja táctica de diez centímetros Benchmade 3300 Infidel y volver a conectarlos en su lugar.

—Vamos —dijo señalando el asiento del conductor—. Vamos. Arranque. Pruebe.

La expresión de él se debatió con gesto incómodo entre el recelo y el asombro mientras hacía lo que le pedía. Giró la llave y el motor cobró vida sin dificultad alguna.

Entonces dejó escapar una risotada de gozo y la miró. Livia le sonrió y él paró el motor y salió de la furgoneta.

—Lo siento —insistió ella.

El hombre le devolvió la sonrisa mientras meneaba la cabeza. Debía de sentirse tan aliviado y tan confuso tras recuperar la furgoneta que no parecía importarle nada más.

Livia seguía aterrada. Su sed de venganza la había cegado tanto que había estado a punto de arruinar la vida de aquel hombre y por un instante había olvidado quién era.

O quién creía ser.

En ese momento, se le ocurrió algo. Puede que antes de aquello hubiese funcionado o puede que no, porque por extraño que pudiera resultar, antes no se conocían, no tenían confianza.

Señaló a la furgoneta.

—¿Cuánto?

Él movió la cabeza para indicar que no la entendía.

—¿Cuánto qué?

—Cuánto dinero. Usted vende, yo compro.

El hombre rio.

—¿Ahora quiere comprármela?

—Sí. Lo siento. ¿Cuánto?

—No puedo vendérsela. La necesito. Por eso estaba tan furioso.

En realidad, no le había parecido furioso, sino derrotado, pero no era fácil que un hombre reconociese algo así.

—Le doy... dos mil dólares. Dólares americanos. ¿Vale?

Él abrió los ojos de par en par.

—¿Qué? No, no puedo...

—Dos mil. Dólares americanos. Ahora mismo. ¿Vale?

El hombre volvió a agitar la cabeza con aire estupefacto. Livia metió la mano en el bolsillo lateral de sus pantalones y sacó un fajo de billetes enrollados. Contó veinte de cien asegurándose de que él pudiera ver bien cuántos eran y se los tendió.

—¿Vale? Yo doy dinero, usted da camión.

—Pero ¿por qué?

—Quiero camión.

—No hace falta. No pasa nada.

—Quiero. Por favor.

Él estuvo un instante con la mirada clavada en los billetes. Entonces, asomó a su cara una sonrisa de oreja a oreja y asintió diciendo:

—De acuerdo. De acuerdo, gracias. De acuerdo.

Aceptó el dinero, le tendió las llaves y se quedó allí de pie, sonriendo de oreja a oreja como si le hubiera tocado la lotería después de haber cambiado su fortuna de un modo increíble. De hecho, pensó ella, era eso mismo lo que había ocurrido.

Livia señaló la parte de atrás del vehículo y se detuvo mientras intentaba recordar la palabra que estaba buscando.

—Verduras —dijo en tailandés tras un instante—. Sus verduras.

Él se echó a reír, recogió las cajas que quedaban y las puso en la acera.

—*Thank you* —le dijo a continuación uniendo las manos para hacer un *wai* muy marcado.

Livia negó con la cabeza y le devolvió el saludo diciendo:

—Gracias a usted.

Se metió en la furgoneta, que arrancó con facilidad, y, antes de volver a meterse entre el tráfico, se despidió de su antiguo dueño agitando la mano.

Se sentía feliz, aliviada. Había funcionado. Tenía ya cuanto necesitaba. Ya había recogido la leña. Solo quedaba colocarla. Y encender la cerilla.

A un mismo tiempo, sin embargo, se encontraba inquieta. Recordó cuando, en la facultad, había topado con aquella cita de Nietzsche: «Quien lucha contra monstruos ha de tener cuidado de no convertirse en uno». Le había dado la impresión de que estuviese hablándole a ella, haciéndole una advertencia de manera expresa.

Siempre se había prometido que jamás cruzaría esa línea, pero se acababa de dar cuenta de que quizá no fuera tan fácil de ver como había creído. Trató de quitarse de encima aquella sensación. Ya meditaría al respecto más adelante. De momento, tenía que concentrarse.

Se sorprendió pensando en un lugar con el que había topado en la Red, un cementerio de aviones de Bang Kapi, un barrio de las afueras de Bangkok situado a unos veinte kilómetros del centro de la ciudad. No daba la impresión de ser un sitio muy frecuentado, porque era poco conocido aun entre los lugareños, y, además, se encontraba aislado.

Decidió ir a verlo en persona. Un cementerio parecía el lugar más apropiado para lo que estaba por venir.

Capítulo 12

Al día siguiente visitó todos los lugares que necesitaba ver, aunque sobre todo el cementerio de aviones^[10]. Llegó allí en la Nex y quedó prendada enseguida de lo que se encontró: un campo rectangular, vacío y descuidado de algo más de una hectárea y media delimitado por una pared de hormigón en uno de sus lados mayores; árboles, maleza y un canal de drenaje en el otro; una carretera de seis carriles y dos sentidos en su lado frontal, y otro canal en el más remoto. En medio, por motivos sobre los que nadie parecía poder decir gran cosa, yacían los restos gigantescos y profanados de un par de colosales aviones comerciales de reacción.

Recorrió la zona varias veces para hacerse a su trazado y sus ritmos. Aunque era evidente que no había salido de la ciudad, aquello no tenía nada que ver con la concentración y el fragor del distrito comercial del centro. Los edificios eran más bajos y los escasos bloques de apartamentos destacaban entre ellos precisamente por contraste. En las carreteras tampoco se veían atascos desmesurados y, si bien seguía oyéndose un ruido de fondo considerable procedente de la ciudad, no era comparable al estruendo de las obras, el tráfico y los comercios del centro de Bangkok.

Al lado del muro occidental de aquel lugar había un largo camino de acceso que Livia siguió hasta llegar a un restaurante llamado Green View Chill Cuisine, que, según anunciaba un cartel, abría a las cinco para empezar a servir cenas. Perfecto. Dejó la Nex en un extremo del camino, casi al borde del canal.

Pudo comprobar que el muro tenía una abertura en aquel punto y que, aunque el fondo del cementerio estaba plagado de árboles, entre ellos serpenteaba una carretera de tierra. La siguió. Era estrecha, estaba llena de baches y hacía tiempo que parecía no usarla nadie, pero supuso que la furgoneta de reparto que acababa de adquirir podría transitarla sin demasiadas dificultades.

El recinto en sí parecía el lugar de un accidente, como si hubiesen chocado allí a baja altitud dos aviones blancos para desplomarse sobre un

campo verde y sus restos hubieran quedado esparcidos por el impacto. En un lado se veía un fuselaje ciclópeo y esquelético; en otro, un ala gigantesca amputada, y más allá, una cola desmembrada. Por todas partes había residuos propios de un vuelo comercial: asientos y máscaras de oxígeno; portaequipajes de los que se situaban por encima de la cabeza de los pasajeros, con un lado bien cerrado y el otro abierto al cielo; un panel de instrumentos de vuelo con el asiento del piloto aún atornillado a la porción de suelo que seguía adherido a él... Y todo ello desaparecía de manera gradual bajo malas hierbas, hojas secas y enredaderas.

Siguió caminando, dedicada en parte a observar el terreno desde un punto de vista táctico calculando el modo de sacarle el mayor partido posible, pero también maravillada ante lo extraño de aquel lugar. Pese a que los seis carriles de la carretera de Ramkhamhaeng quedaban a apenas un centenar de metros, el ruido del tráfico había quedado apagado y el campo se había llenado del canto de los pájaros. Todo aquel conjunto constituía un recordatorio improbable e incongruente de la condición mortal de cuanto habitaba las ciudades.

A lo largo del recinto corría un tramo polvoriento de tierra. Observó a un perro flaco que corría por él hacia ella. Se detuvo unos metros antes de alcanzarla y le clavó su mirada. Livia dejó caer una mano para acercarla a la Infidel, que llevaba prendida a uno de los bolsillos de los pantalones cortos, mientras enseñaba los dientes al animal, quien consideró que no tenía ningún interés y se marchó.

Livia imaginó el aspecto que ofrecería de noche aquel lugar, aunque lo cierto era que no le hacía falta figurárselo, porque no iba a tardar en volver. Pensó en lo útiles que serían unas gafas de visión nocturna. En Estados Unidos no era difícil comprarlas en determinados comercios. Tal vez hubiese alguno en Bangkok, si bien no las había visto en la tienda de excedentes militares en la que había comprado el resto de su equipo.

«¿Y si no encuentras y Barbasucia sí?».

Aquella idea le resultó inquietante y de pronto se enfadó consigo misma por no haber pensado antes en ese detalle.

«No pasa nada. Estás agobiada porque desconoces el terreno y por todo lo que está haciendo que aflore el pasado. Más vale tarde que nunca y de nada sirve lamentarse de lo que no ha ocurrido todavía».

Era cierto. Lo importante era que había reconocido el problema principal cuando aún podía subsanarlo. Además, tenía una idea sobre cómo hacerlo.

Cuando acabó de explorar con detalle el interior del fuselaje en ruinas de los dos aparatos y el resto del recinto propiamente dicho, recorrió a pie el perímetro y estudió los posibles accesos y los mejores escondites. Se decantó por la linde oriental del campo, una densa hilera de árboles, helechos y arbustos que descendía por un terraplén hasta el canal de drenaje. A unos doce metros de la parte trasera del fuselaje de uno de los aviones había una maraña de follaje espesa en particular. La tierra que se extendía a continuación estaba suelta y le permitió cavar con la Infidel una trinchera del largo aproximado de su cuerpo en la pendiente que describía. Era un delito usar una hoja como aquella para hacer un agujero en el suelo, pero no se le había pasado por la cabeza llevar consigo una pala y, a fin de cuentas, siempre podía afilar más tarde la navaja y engrasarla.

Cuando acabó de preparar el lugar, estaba cubierta de tierra y de sudor. ¿Y qué? Se sentía mejor que nunca. Resuelta, metódica, eficaz. Se secó la cara con una manga y recorrió varias veces la distancia que la separaba del fuselaje a fin de despejarla de los escasos restos que había en aquella porción de suelo para poder correr por ella a oscuras sin tener que pensar dónde ponía los pies.

Volvió a limpiarse el rostro y recorrió la zona con la mirada por última vez. Todo parecía ir a pedir de boca: el plan, los preparativos y su objetivo.

«Va a funcionar, pajarito. Voy a atraparlo y a hacerle pagar».

Regresó a la Nex y salió de allí. De camino al centro de Bangkok se detuvo a comprar algunos artículos que iba a necesitar. En una ferretería se hizo con un soplete de propano, un juego de limas metálicas, un destornillador de punta intercambiable, cinta americana y un encendedor Zippo resistente al viento; en un tenderete, con otro iPhone desechable; en una tienda de fotografía, con dos estroboscopios de seiscientos vatios y un activador inalámbrico, así como con un par de trípodes con los que sostenerlos y un FLIR, un infrarrojo de barrido frontal, que acoplar al iPhone; en una tienda de deportes, un macuto, polvos de talco, una toalla de microfibra, una caja de compresas de calor, un par de guantes para corredores aptos para pantalla táctil y un traje de neopreno de una pieza y cinco milímetros de grosor con guantes y botas, y en una tienda de excedentes militares, una porra telescópica de acero ASP y un par de esposas Smith & Wesson. Estos dos últimos artículos eran auténticos y tenían un precio exorbitante comparado con el que alcanzaban en Estados Unidos, pero ambos valían de sobra la pena.

Por último, se detuvo en un aparcamiento y, tras buscar cámaras de vídeo y no dar con ninguna, usó el destornillador para desmontar las matrículas de

una furgoneta, que metió en el macuto antes de dirigirse al hotel. Intentó conciliar el sueño, aunque no lo logró ni por asomo. Tenía la cabeza demasiado puesta en lo que iba a ocurrir esa misma noche.

Al caer la tarde volvió a salir. Pagó en metálico una habitación en otro hotel más, un establecimiento para mochileros situado a poco menos de un kilómetro de allí. Si Little la estaba observando, aquella no era la mejor noche para que la viera. Dejó en la habitación cuanto había comprado y fue a la furgoneta con el soplete y las limas. Dio un par de vueltas con el vehículo hasta dar con un callejón poco iluminado, donde usó las limas para borrar el número de bastidor del compartimento del motor, tras lo cual pasó varias veces el soplete por el metal para asegurarse de que no quedaba rastro y comprobó el resto de lugares en los que podía estar oculto dicho identificador —el frontal del chasis, bajo el salpicadero de atrás...— sin encontrar nada. El número de bastidor del salpicadero del conductor estaba sobre aluminio y el de la puerta del mismo lado no era sino una pegatina. Ninguno de esos revestía la menor importancia.

Cuando quedó satisfecha, paró en una gasolinera para llenar el depósito y comprar dos bidones de diez litros, que llenó también y colocó en la parte trasera. Encargó en un puesto callejero una ensalada de papaya verde o som tam y una botella de agua y volvió al hotel de mochileros para comer, comprobando el Gossamer cada hora con el temor irracional de que Barbasucia desapareciese de un modo u otro: que subiera a un avión, apagase el teléfono o hiciera cualquier otra cosa capaz de arruinar sus posibilidades. Sin embargo, no ocurrió nada de esto. Él seguía en su trabajo y Livia sabía que necesitaba mantener la calma, aguardar el momento preciso para hacerlo acudir a ella sin dejarle tiempo de prepararse.

A las nueve volvió a comprobar el Gossamer. «Mierda», en los veinte minutos transcurridos desde la última vez que lo había mirado, Barbasucia había salido del trabajo. Con todo, se encontraba siguiendo su ruta habitual en dirección al bloque de apartamentos de Ekamai. No, un momento. Iba más al este aún, en dirección al mercado nocturno.

Si seguía hacia el sur, de nuevo en dirección a Pattaya, lo echaría todo a perder. Livia respiró hondo y con lentitud, tratando de tranquilizarse.

«No lo va a estropear. Solo lo va a retrasar un poco. Espera».

Eso hizo. Y lo vio poner otra vez rumbo al oeste para regresar a Ekamai después de una nueva visita al mercado. Allí estaba ocurriendo algo y ella estaba resuelta a averiguar de qué se trataba.

Tomó el macuto, lleno ya con el equipo que iba a necesitar, y salió al callejón en el que tenía aparcada la furgoneta. Cambió las matrículas y guardó las buenas por si las cosas no salían como había planeado y volvía a necesitar el vehículo.

A esas alturas había pasado ya lo peor del tráfico vespertino, de modo que apenas necesitó cuarenta minutos para llegar al cementerio de aviones. Tomó el camino de entrada que había usado antes y rebasó el Green View Chill Cuisine, que se hallaba muy animado. Al parecer estaban celebrando una boda y habían instalado fuera una pista de baile con música en directo. El aparcamiento estaba más que completo, tanto que había varios coches estacionados en la hierba. Dejó la furgoneta al fondo, entre dos árboles, y llegó andando al descampado con su equipo al hombro.

Aunque el recinto carecía de iluminación propia, estaba bañado en un resplandor gris procedente de la luz ambiental que lo rodeaba. Se detuvo entre la arboleda y dejó que se le acostumbrase la vista antes de seguir caminando en dirección a los restos de los aviones que descansaban en el otro extremo. Siguió adelante. El perro volvió a ladrar. Los ruidos del tráfico se apagaron enseguida y el campo no tardó en quedar sumido en un silencio escalofriante.

Llegó a la abertura ancha y circular del fuselaje más cercana a la carretera de Ramkhamhaeng y miró hacia el interior, demasiado oscuro para distinguir nada a pesar de que sus ojos ya se habían acostumbrado a la penumbra del lugar. «Perfecto».

Sacó los guantes de corredor y usó la linterna SureFire en miniatura que llevaba siempre encima para mirar dentro del fuselaje. Todo estaba tal como lo había dejado hacía unas horas.

Metió el macuto y se sentó un instante en el suelo con la SureFire apagada. Comprobó otra vez el Gossamer. Barbasucia estaba en Ekamai, probablemente convencido de que iba a pasar allí la noche. No sabía cuánto se equivocaba.

La sensación de estar a un paso de matar a otro de los hombres que les habían hecho tantísimo daño a Nason y a ella, y que sin lugar a duda debía de haber pasado décadas haciendo lo mismo a un número incontable de otras chiquillas, había despertado el aliento abrasador del dragón. No podía dejarlo suelto. Todavía no.

Con el corazón acelerado, encendió el teléfono y adjuntó la confesión de Cabeza Cuadrada a un texto, escribió un mensaje en el que incluyó los nombres y números de móvil de varios de los superiores de Barbasucia,

sacados de los archivos de Little, y marcó el número de Juntasa. Se detuvo unos instantes a contemplar el texto.

«Ya está bien de pensar. El plan es bueno. Estás lista. Puedes hacerlo. Por Nason. Por aquella cría».

Se llenó los pulmones de aire y pulsó el botón de enviar.

Capítulo 13

Livia aguardó sentada en la oscuridad, reajustando la vista mientras aquietaba la respiración y se concentraba en calmar el ritmo de su corazón desbocado.

Funcionó, al menos en parte.

Barbasucia era policía, policía corrupto encima. No había de qué preocuparse. Sabía que siempre tenía el teléfono encendido. Aun así, su cabeza se empeñaba en jugar a preguntarse qué podía ocurrir si no hacía tal cosa o tal otra. Se tuvo que recordar que ya no era una niña, sino una agente hecha y derecha. Ya no era una víctima, sino una guerrera. No pensaba en lo que podía pasar, sino en qué hacer cuando ocurriese.

Aunque pareció más tiempo, el reloj del teléfono dejó claro que habían pasado menos de tres minutos cuando llegó la respuesta. Estaba en tailandés, aunque en un tailandés suficientemente sencillo para que Livia lo entendiese.

«¿Qué es esto?».

Entonces lo llamó. Siguió concentrada en mantener la respiración lenta y profunda, pero los pulmones le quemaban. Era el aliento del dragón.

Él contestó al instante.

—Tú —dijo en inglés.

Al oír aquella voz, la misma que había sonado en la cubierta del barco hacía dieciséis años, el corazón se le desbocó de nuevo.

—Dame un buen motivo para que no le envíe ese vídeo a cada uno de los números que te he mandado —dijo Livia.

—Te pago.

Ya había supuesto que le diría eso.

—Puedes estar muy seguro de que me vas a pagar, porque sabes tan bien como yo que esa gente no permitirá nunca que te juzguen por tus crímenes. Antes te matarán.

—Un millón de bath —dijo él.

Livia rio en tono severo.

—¿Treinta mil dólares? Con eso casi no me llega ni para volver a casa en primera clase. Quiero diez millones.

—Está bien, diez millones.

—Ahora mismo. En efectivo, metidos en una bolsa y como yo te diga.

—¿Dónde?

Aun siendo corrupto como era a todas luces, dudaba que tuviese a mano el equivalente a trescientos mil dólares. Podía haber creído fácilmente que Barbasucia estaba muerto de miedo, pero no lo hizo. Parecía tener planeada su respuesta. ¿Y por qué iba a ser de otro modo? Sabía que ella había matado a Calavera. Y al senador. De hecho, había sido él quien había puesto sobre aviso a Cabeza Cuadrada. Sabía que iría por él. Lo que no sabía era cómo.

—En el cementerio de aviones.

—¿Qué?

—En Bang Kapi.

—No conozco ese sitio.

—¿No conoces Bang Kapi?

—Sí conozco Bang Kapi, pero no el cementerio de aviones.

Livia sonrió. Quizá fuese cierto. ¿Qué motivos podía haber tenido él para ir allí? Además, por lo que había conseguido averiguar en la Red, aquel lugar era una rareza de la que ni siquiera los de allí habían oído hablar.

—Está en la *soi* 101^[11] de la carretera de Ramkhamhaeng, al lado de la escuela Thanombutra.

—Vale.

—Búscame en la parte trasera del avión que hay más cerca de la Ramkhamhaeng.

—Vale.

—Si no estás allí antes de una hora con el dinero, envío el vídeo.

—Estoy allí. Con dinero.

—Si no vienes solo, envío el vídeo.

—Voy solo.

«Y una mierda», pensó ella antes de colgar.

Necesitó menos de diez minutos para colocar los estroboscopios y los trípodes dentro del fuselaje. Probó a encenderlos con el mando inalámbrico, vuelta de espaldas para conservar su visión nocturna. Funcionaban a la perfección, como un fogonazo de luz interior. Comprobó el resto del equipo. Tenía todo lo que le hacía falta y donde quería tenerlo.

Dejó encendido el teléfono bajo un asiento despanzurrado del interior del fuselaje. Cabía la posibilidad de que Barbasucia tuviera un Gossamer propio. En tal caso, el aparato actuaría de señuelo. A su lado dejó la cinta americana y las esposas.

Al fondo del fuselaje abrió la caja de compresas de calor y las fue estrujando para que se mezclasen los productos químicos que tenían en el interior y se activaran con ello. A continuación, las colocó detrás de las entrañas de un asiento destripado. Volvió a la boca del fuselaje y comprobó el teléfono que había equipado con el FLIR. La imagen era perfecta. Si no fuera porque las había colocado ella, pensaría que se trataba del calor que emanaba una persona escondida detrás del asiento.

Miró el Gossamer. Barbasucia se dirigía hacia ella. De sus entrañas sintió un chorro caliente de adrenalina que le invadía las extremidades.

«Tranquila. Tranquila. Todavía tienes tiempo de sobra».

Se echó al hombro el macuto y salió del fuselaje para dirigirse al lugar que había preparado. Por el camino fue comprobando que el suelo siguiera despejado y quedó conforme.

La densidad del follaje hacía poco probable que nadie empleara el lado oriental para acceder al recinto y supuso que Barbasucia y quienquiera que lo acompañase entrarían por la parte delantera o quizá, como ella, por la de atrás; pero, aun cuando se equivocara, la maleza la ocultaría por más que los otros fuesen equipados con visión nocturna. Los aparatos termográficos, destinados a captar el calor corporal, eran harina de otro costal. Para eso era el traje de neopreno.

Distaba mucho de ser la solución perfecta, porque, con el tiempo, el calor acabaría por abrirse paso por entre el tejido aislante y aumentaría la temperatura exterior del traje, lo que quería decir que, cuanto más rato lo llevase puesto, menos invisible sería. Sin embargo, durante unos minutos, en aquel entorno y siempre que Barbasucia entrase por el extremo opuesto y se centrara en el fuselaje como había supuesto ella, sería suficiente.

Volvió a comprobar el Gossamer. Si no hacía ninguna parada, podían quedarle unos treinta minutos antes de la llegada de Barbasucia. Se despojó de las botas y el resto de la ropa, que tendió sobre el suelo para igualar con rapidez su temperatura con la del terreno. Las prendas eran de algodón, tejido que pierde el calor con facilidad. El interior del calzado tardaría un poco más, pero dentro del macuto no iba a suponer problema alguno.

Se puso en pie y cerró los ojos un instante. El aire nocturno seguía siendo sofocante, pero corría una brisa leve que empezaba a ser palpable sobre su piel desnuda. No es que fuese a refrescarla demasiado, pero toda ayuda era poca.

Con un ojo cerrado a fin de no perder la visión en la oscuridad, volvió a accionar el mando de los estroboscopios, aunque ya había confirmado en el

hotel que funcionarían desde aquella distancia. Las luces llenaron con su fulgor crudo el interior del fuselaje. Ajustó a tres segundos la duración del fogonazo, lo que le dejaba tiempo más que suficiente para alcanzar la posición de los otros.

Sacó del macuto el traje de neopreno y lo puso en el suelo. Aún era demasiado pronto para ponérselo. Además, quería que tuviera la temperatura del terreno, no del aire. Probablemente estaba exagerando, pero, una vez más, cuantas más precauciones, mejor.

Observó los alrededores a través del FLIR y no vio a nadie por allí, solo el calor del tráfico que recorría la calle que tenía a su izquierda y, al lado de ciertos escombros distantes, una marca pequeña que sospechaba que debía de ser el perro. Miró el Gossamer. Quedaban diez minutos o quizá menos. Respiró hondo e hizo un gesto de afirmación con la cabeza. El plan era bueno. Lo había dejado todo bien dispuesto. Podía con aquello.

Apagó el FLIR, porque también emitía calor y, si lo usaba cuando apareciera Barbasucia, podía delatar su posición. Lo puso en un agujero que había practicado en el suelo. Cuando lo tapase con el cuerpo, sería invisible ante cualquier detector térmico aun antes de enfriarse.

Estaba sudando, conque se secó con la toalla antes de cubrirse de talco. Aun así, necesitó más tiempo que en el establecimiento dotado de aire acondicionado para ponerse el traje. Cuando acabó, probó a rotar los brazos, giró el torso a izquierda y a derecha e hizo un par de amagos rápidos. Aquella indumentaria proporcionaba una flexibilidad increíble pese a los cinco milímetros de neopreno, aunque el calor de Bangkok hacía que resultase angustioso en el momento mismo de ponérsela. Se colocó el pasamontañas que llevaba incorporado y apretó bien el cordón ajustable. Luego llegó el turno de las botas y los guantes. La porra de acero ASP, recogida, cabía perfectamente con el mando a distancia en el bolsillo con cremallera que tenía en el estómago.

Miró de nuevo el Gossamer. Quedaban menos de cinco minutos. Era el momento de tomar posiciones.

Se tendió boca abajo en la zanja que había cavado antes y se aseguró de quedar bien cubierta de hojas y enredaderas con el FLIR oculto bajo su torso, la cabeza asomando solo lo necesario para ver el fuselaje y los posibles accesos al recinto. Cerró los ojos y escuchó. El grosor de la capucha le impedía oír nada. Había pensado en hacer unos agujeros para los oídos, pero ignoraba cuánto calor podía escapar por ellos y decidió que era más importante protegerse ante los detectores térmicos^[12].

Tras unos minutos consideró que se había hecho a la idea del ruido de fondo de la zona, sobre el que destacarían los sonidos de cualquier intruso.

Pasaron unos minutos más. Tenía que haber llegado ya. No le importaba esperar, cosa que llevaba haciendo dieciséis años, pero el interior del traje había alcanzado ya la temperatura de una sauna. Ni cinco milímetros de neopreno iban a bastar para ocultar durante mucho más aquel calor.

«No pasa nada. Estás medio enterrada y cubierta de hojas. Fuera hay treinta grados. El contraste va a ser mínimo. Además, hay una humedad de baño turco, sobre todo a lo largo del canal de drenaje. Eso también ayuda a igualar las zonas de calor. No pasa nada».

El perro ladró. Livia miró a su alrededor sin mover más que los ojos. No vio nada. El perro volvió a ladrar.

Igual que cuando había llegado ella, pese a que desde entonces había estado callado.

Estaban a punto de entrar, pero ¿por dónde?

Se resistió a la tentación de sacar el FLIR y volvió a cerrar los ojos para escuchar atentamente. Resultaba exasperante no oír con el neopreno. Por un instante se arrepintió de no haberle practicado unos agujeros y hasta sintió el impulso de quitarse el pasamontañas.

Oyó partirse una rama detrás de ella, a su izquierda, y quedó petrificada. Eran pasos lentos que iban aplastando la maleza. Había más de una persona a menos de tres metros. Estaban prácticamente sobre ella.

Capítulo 14

Si llevaban termógrafo, la parte de su cuerpo que se vería con más claridad sería el contorno que quedaba expuesto alrededor de los ojos y desde esa distancia bastaría para revelar su presencia.

Lentamente, bajó el rostro y lo presionó contra la tierra, respirando superficialmente para reducir al mínimo cualquier rastro de calor de sus propias exhalaciones. Se mantuvo totalmente quieta, abandonando toda su energía y sintiéndose como si ni siquiera estuviese allí, como si hubiera dejado de existir. Si la veían, podía darse por muerta.

Los pasos se acercaron. Se hicieron más lentos. Se detuvieron.

No sentía nada. No pensaba nada. No era. Nada.

Volvió a oír las pisadas, que la rebasaron. Tardó un instante en percibirlo, como si fuera un aparato electrónico que despierta tras haber estado en suspensión. Esperó a dejar de oírlos para volver a levantar la cabeza y mirar a la derecha.

Allí estaban. Eran tres. Todos llevaban pistola. En la penumbra alcanzaba a distinguir el equipo que sobresalía de su rostro. Dispositivos de visión nocturna, como había temido.

Lo había temido, sí, pero estaba preparada.

Se preguntó qué calidad tendrían, porque podía ser cualquier cosa, desde algo barato de una tienda de excedentes militares hasta el último grito en tecnología, adquirido en virtud de una licencia de exportación del Gobierno estadounidense. Quizá se tratara incluso de un sensor dual de tercera generación, que combinaba el amplificador de imagen con el sensor de infrarrojos. Si la unidad contra el crimen organizado usaba trastos así, quizá ellos también. ¿Qué más? Chalecos antibalas probablemente. Una barrera más que sortear.

Los observó abandonar lentamente la arboleda y dirigirse hacia la parte trasera del avión, girando a un lado y al otro la cabeza y el torso a medida que avanzaban y siguiendo el movimiento con sus armas. Podía considerarse afortunada: todos eran diestros. Eso le permitiría acercarse desde la derecha a

sus espaldas, con lo que los obligaría a volverse en el sentido de las agujas del reloj para hacerle frente, un ángulo de defensa incómodo desde el punto de vista biomecánico para alguien diestro y que dificultaba de forma marcada la ocasión de atacar con la zurda mientras se disparaba con la otra.

Cuando llegaron a la parte de atrás del fuselaje hicieron un último barrido de trescientos sesenta grados. Livia ya lo había previsto y sabía que, a continuación, se volverían a mirar al interior.

Así lo hicieron. En cuanto los tuvo de espaldas, se quitó los guantes de neopreno y tomó el FLIR que tenía bajo su vientre. Con un ojo cerrado por seguir habituada a la oscuridad, confirmó con rapidez que no hubiera rastro alguno de calor corporal en los alrededores. Solo habían acudido tres. El que estaba más cerca de ella y el del centro eran altos y el que se encontraba más alejado, bajito. Ese era Barbasucia. Los grandullones debían de darle seguridad.

Barbasucia hizo una señal levantando la mano y a continuación les indicó el interior del fuselaje. Había visto la huella térmica de las compresas de calor. Creían haber dado con ella.

Livia colocó el FLIR al lado del macuto, flexionó las rodillas y se colocó con suavidad en la posición de inicio de un velocista. Con la mano izquierda tomó el mando a distancia de los estroboscopios del bolsillo que tenía a la altura del estómago mientras con la derecha sacaba con cuidado la porra. Sentir en la mano aquellos seiscientos gramos de acero capaces de causar la muerte le resultó muy tranquilizador.

Respiró hondo. Soltó el aire. Volvió a inspirar. Tensó el cuerpo... y pulsó el botón del mando a distancia.

El interior del fuselaje se convirtió al instante en una tormenta eléctrica. Aquella luz al rojo blanco recortó de forma intermitente la silueta de los tres y anuló cualquier protección antideslumbramiento con que pudieran contar sus equipos. Livia echó a correr en ese momento y salvó la distancia casi al vuelo, moviendo los brazos con energía y con un ojo cerrado para evitar la luz cegadora. Los tres habían dado un salto hacia atrás ante los fogonazos, se habían llevado la mano izquierda a la cara para protegerse los ojos y movían de un lado a otro las pistolas a través de la abertura del fuselaje con la intención de hacer puntería a un blanco que no alcanzaban a ver y que ni siquiera estaba allí.

Livia aferró la porra con la derecha mientras se acercaba al primer hombre y desplegó por completo los sesenta centímetros de acero. Plantó el pie izquierdo al llegar a su lado y agitó el arma como quien blande una maza.

Entonces, se apagó el estroboscopio y todo volvió a quedar de pronto sumido en las tinieblas, aunque el ojo que había tenido cerrado le permitió seguir viendo. El hombre debía de haber notado el movimiento, porque se encogió y empezó a girar hacia ella. Craso error. La porra de acero fue a alcanzarlo justo encima de la boca y le destrozó el maxilar. De algún modo, las gafas de visión nocturna siguieron en su sitio aun cuando el cuerpo se le estremecía y la pistola salía disparada de su mano. En ese instante, le fallaron las rodillas y empezó a desplomarse.

Aún no había llegado al suelo cuando Livia ya se estaba encargando del segundo. Como su compañero, había empezado a volverse en el sentido de las agujas del reloj, cegado al menos parcialmente y tratando de dirigir el cañón de la pistola hacia aquel peligro desconocido. Livia tenía la porra pegada al cuerpo después de asestar el primer golpe y, desde esa posición, lanzó un revés que fue a darle en el antebrazo y le partió en dos el cúbito. El hombre dejó caer el arma con un aullido que ella cortó en seco haciendo volver la ASP y estrellándosela contra la tráquea. Él levantó los brazos y bajó la barbilla con tanta fuerza que Livia tuvo que dar un tirón para liberar la porra. Lo rebasó para llegar a Barbasucia. Este estaba girando también para encararla y echando los pies hacia atrás para alejarse un tanto y ganar tiempo. La pistola seguía el mismo movimiento y el cañón estaba cada vez más cerca. Cada vez más cerca...

La porra había quedado en mala posición después de sacarla del cuello del segundo hombre. Livia la tenía a su espalda y golpeando la pistola de Barbasucia desde aquel ángulo solo iba a conseguir acercarla a ella en lugar de apartarla. Sin pensarlo, soltó la porra para acometer de medio lado y fue a estrellar su hombro izquierdo contra el derecho de él permaneciendo, por muy poco, fuera del alcance del cañón. Antes de que él pudiera apartarse, le agarró la muñeca de la pistola con la diestra y las correas del aparato de visión nocturna, junto con un puñado de pelo, con la siniestra, y le barrió la pierna derecha con la suya izquierda en un *de ashi barai* poco ortodoxo de *judo*. Las piernas de Barbasucia volaron hacia la derecha y la cabeza y el torso cayeron hacia la izquierda. Livia lo atacó desde atrás y, sin soltar la mano en la que llevaba la pistola, le cruzó el pecho y la cara con las piernas y tiró hacia atrás de su brazo en un *juji gatame* clásico destinado a provocarle una luxación. Barbasucia lanzó un chillido al mismo tiempo que el codo le daba un chasquido y Livia apartó la pistola, le asestó una cox en la cara, se puso en pie a la carrera y se lanzó a su izquierda en el momento mismo en que descargaba su arma el primer fulano. El pasamontañas y la adrenalina impidieron que

oyese mucho más que un taponazo, aunque vio el fogonazo de la boca del cañón y notó la bala silbar al lado de su hombro. Rodó, recogió la pistola de Barbasucia y apuntó hacia el lugar de procedencia del disparo. Vio a su autor en la penumbra, temblando por las heridas y tratando de localizarla con las gafas de visión nocturna...

Apretó el gatillo. La pistola era un cuarenta y cinco, más grande de las que solía usar ella, y el tiro le salió alto. El otro disparó otra vez y la bala pasó a la izquierda de Livia. Ella ajustó la puntería, apretó la empuñadura y efectuó tres tiros. El cuerpo de él dio otros tantos espasmos al recibirlos, dos en el vientre y uno en el pecho. Podía ser que llevase chaleco. Daba igual. Livia se detuvo, apuntó con cuidado y le colocó una cuarta bala en la cara. El hombre echó atrás la cabeza con violencia y se estremeció. Livia supo que podía despreocuparse de él.

Rodó hasta ponerse en pie y salvó enseguida la distancia que la separaba del segundo, que se retorció en el suelo con las manos aferradas a la garganta mientras hacía por tomar aire por la tráquea destrozada. Las gafas de visión nocturna aleteaban en torno a su boca. Livia le encajó dos balas en la cabeza.

Se volvió hacia Barbasucia, que se había puesto de rodillas. El brazo derecho le pendía inútil, pero estaba intentando acceder a algo que llevaba en el bolsillo de ese lado con la otra. Probablemente se tratara de una navaja. Livia se abalanzó hacia él y le asestó en las pelotas una patada tan violenta que a punto estuvo de levantarlo del suelo. Barbasucia cayó a un lado emitiendo algo semejante a una arcada.

Livia deshizo el nudo del cordón del pasamontañas y se descubrió la cabeza. Sentir el aire nocturno en la nuca sudorosa le resultó una delicia. Rodeó a Barbasucia, le arrancó las gafas y se las colocó a sí misma. Los visores seguían funcionando, al parecer intactos pese a los estroboscopios. El dispositivo era, desde luego, de primerísima calidad, con amplificador de imagen y sensor de infrarrojos^[13], pero en aquel momento la ventaja estaba de su lado.

Recorrió el suelo con la mirada. No había detalle que no se mostrara ya meridianamente claro ni hermosamente iluminado. Enseguida vio dónde habían caído las otras dos pistolas, demasiado lejos para que pudiera alcanzarlas él, aun en caso de estar ileso. Los otros dos estaban inmóviles y el suelo brillaba a su alrededor por sendos charcos blancos de sangre caliente.

Recogió las pistolas y las puso dentro del fuselaje antes de volverse hacia Barbasucia. Apenas necesitó un momento para meter una mano en el bolsillo derecho de sus pantalones y sacar la navaja que había estado buscando él. La

puso con las pistolas y se hizo con las esposas y la cinta americana. Barbasucia había conseguido ponerse de nuevo de rodillas. Livia le pateó el estómago, le puso una rodilla en la espalda y lo esposó como había hecho con veintenas de detenidos cuando patrullaba las calles. Él gritó cuando le movió el codo fracturado y, aunque ella estaba centrada en su plan y estaba tratando de mantener una actitud táctica y desapasionada, no pudo evitar que aquel sonido le resultara profundamente satisfactorio.

En cuanto lo tuvo inmovilizado, usó la cinta para amordazarlo, prestando atención para no taparle los orificios nasales, y para envolver las esposas. No tenía tiempo para registrarlo por si llevaba una llave, si bien no era muy probable que pudiera manipularla con el brazo partido. Fuera como fuere, no había nada que él pudiera hacer ya. Con todo, pese a no tener ninguna necesidad, también le ató los tobillos con la cinta.

Volvió corriendo a su escondite y recogió el macuto, los guantes y el FLIR antes de volver al fuselaje y hacerse con las compresas de calor, el teléfono, los estroboscopios con sus trípodes, la navaja y las pistolas. Reparó en que el perro se había puesto a ladrar de nuevo, pero escudriñó los alrededores y no vio a nadie. Debía de tratarse de una reacción al ruido y a la violencia o quizá al olor de la sangre.

Tenía unas ganas desesperadas de librarse del neopreno, pero no podía arriesgarse a perder el tiempo. Corrió a la furgoneta, lanzó el macuto al asiento del copiloto, encendió el motor y recorrió el camino estrecho de tierra con las luces apagadas ayudándose de las gafas de visión nocturna. La ruta estaba llena de baches profundos que ponían a prueba una y otra vez la suspensión. Tampoco importaba mucho, porque, si todo iba bien, el vehículo haría aquella noche su último viaje.

Aparcó al lado del fuselaje. Había empezado a nadar en sudor en el interior del traje de neopreno y hasta se sentía mareada.

«Ya casi estás, muchacha. Ya casi estás».

Dejó el motor en marcha. Aunque el arranque ya no daba problemas, tampoco pensaba correr ese riesgo. Abrió el portón trasero, levantó a Barbasucia de un tirón y lo arrojó al interior. Entonces hizo otro tanto con los dos cadáveres. Pesaban. Los muertos siempre pesaban, pero la furgoneta tenía el suelo bajo y se las compuso para meterlos. Estudió los alrededores y vio a dos personas mirando hacia el recinto desde la carretera de Ramkhamhaeng. Debían de haber oído los disparos o los gritos. Podía ser incluso que hubiesen visto los estroboscopios. De todos modos, desde donde estaban era difícil que pudieran distinguir nada.

Cerró de un portazo y examinó por última vez el terreno para asegurarse de que no había pasado nada por alto. Alcanzó a ver varios de los casquillos del tiroteo, aún calientes, pero ni siquiera en caso de que los encontrasen iban a indicar gran cosa. Aparte de la sangre que empapaba la tierra y había empezado ya a enfriarse, no vio nada que pudiese hacer sospechar que había ocurrido allí nada ni objeto alguno de importancia que hubiera podido quedar atrás.

Recorrió de nuevo el camino de tierra sin más visión que la que le otorgaban las gafas y con una sonrisa grave en los labios provocada por los gritos que emitía Barbasucia tras la cinta americana cada vez que el piso del vehículo daba en el suelo al dar con un bache. La boda estaba en su apogeo. Una joven tailandesa vestida de blanco bailaba sobre el escenario rodeada de invitados. Si alguno de ellos alcanzaba a oír algo, era muy poco probable que se pusiera a investigar. No resultaba difícil buscar una explicación anodina a los disparos de arma de fuego. La gente de Seattle estaba harta de hacerlo.

Cuando llegó a la calle, encendió los faros y se quitó las gafas. El tráfico era moderado y no quiso hacer nada por eludirlo ante el temor de llamar la atención de los agentes que pudieran estar patrullando la zona. Además, ya no tenía ninguna prisa. Podía dedicar toda la noche a su misión si le apetecía. De hecho, pensó que tal vez lo haría.

Destapó una botella de agua de un litro y dio dos grandes sorbos antes de obligarse a apartarla. Las competiciones le habían enseñado que era mejor beber poco a poco.

«Lo tengo, pajarito. Lo tengo. Va a pagar por fin todo lo que hizo».

Se despojó del traje de neopreno en un rincón sin luz del aparcamiento de un centro comercial abierto a esas horas. Aunque en cierto modo se había acostumbrado a él, en el momento en que se lo quitó tuvo la sensación de que volvía a ser capaz de respirar. Dios, estaba empapada. Tenía que haber pensado en dejar a mano la toalla. Lanzó el traje a los pies del asiento del copiloto y volvió a ponerse la ropa de calle. Mientras se cambiaba, oía a Barbasucia tratando de hablar a través de la cinta americana con voz apremiante y aterrada a juzgar por la cadencia de sus palabras tras la mordaza. Asintió con gesto satisfecho.

«No te preocupes, que vas a hablar —pensó—. Te lo prometo».

Capítulo 15

Estaba a unos ocho kilómetros del cementerio de aviones cuando tomó una carretera de tierra, apagó los faros y se puso las gafas de visión nocturna. A poco menos de un kilómetro de allí había una cantera no muy extensa que ya se había encargado de reconocer. En ese momento estaba vacía, como había supuesto, sin signos de vida y con luces de seguridad que iluminaban la maquinaria situada al otro lado de un cercado metálico. Delante de la planta principal, al otro lado de la carretera de tierra, había una extensión de grava delimitada por una alambrada que tanto podía ser un aparcamiento extra como un futuro yacimiento, si no ambas cosas. Estaba tan desierto como cuando lo había visitado de día.

Livia giró a la derecha y pisó el acelerador de la furgoneta. La alambrada ofreció cierta resistencia momentánea y, de pronto, cedió y la dejó pasar. Ella avanzó hasta el centro del recinto, estacionó de manera que el portón quedase orientado a los árboles y no a la carretera, apagó el motor, recogió el macuto y salió. La brisa nocturna arrastraba un olor un tanto acre a polvo de roca, limaduras y lubricante. Aparte del zumbido de insectos y el sonido apagado del tráfico distante, no se oía nada. Apuró la botella de agua, la arrojó al asiento, se quitó las gafas de visión nocturna para meterlas en el macuto y esperó a que se le acostumbrasen los ojos a la oscuridad. Entonces, se dirigió a la parte de atrás del camión y abrió el portón.

Barbasucia estaba en un lado, tumbado boca abajo y con los cadáveres de sus compañeros apoyados en él. Seguía intentando decir algo pese a la cinta americana, aunque a esas alturas el tono no era tanto de pánico como de agotamiento. El interior, que hasta hacía poco había conservado un olor ligero y agradable a productos agrícolas, hedía a sangre, meados y sudor.

Bajó a quince lúmenes la intensidad de la SureFire y la colocó sobre el suelo de la furgoneta. Su luz, reflejada en el techo y las paredes, bastaba para ver sin llamar demasiado la atención desde la distancia a través del portón abierto. Con todo, dudaba que nadie pudiera distinguir algo por entre los árboles que se extendían a lo lejos.

Tomó el macuto y comprobó las pistolas, dos Glock 21 con munición ACP del cuarenta y cinco. Decidió quedarse con todos los cargadores y las balas de las recámaras, pero solo con una de las dos pistolas. Más tarde la limpiaría con percarbonato sódico para asegurarse de que no quedaban restos de sangre, aunque, si la cosa se torcía tanto que se viese obligada a explicar cómo había acabado en posesión de la pistola de un poli asesinado, unas cuantas manchas de sangre serían el menor de sus problemas. También tendría que comprar otra ropa y otros zapatos y deshacerse de los que llevaba. Podía ser que estuviesen en perfectas condiciones, porque el traje de neopreno debía de haberla protegido de la sangre que pudiese haber salpicado al golpear con la porra al primer fulano y al mover los cadáveres, pero siempre era mejor asegurarse.

Extrajo la Infidel, sacó la hoja retráctil y se arrodilló al lado de Barbasucia.

—No te muevas —ordenó enseñándole la navaja—. Voy a cortar la cinta y no quisiera dar un tajo en el sitio equivocado.

Partió la cinta por debajo de una de las orejas de él. Barbasucia se estuvo muy quieto y ella se las ingenió para cortar por donde debía. Él lanzó un quejido cuando tiró de la cinta para quitársela. Livia vio que tenía la piel de un tono enfermizo, verdoso, como si hubiera estado afanándose en no vomitar. Se dio cuenta entonces de que no había previsto aquella contingencia. De haber echado las entrañas estando amordazado, ella no habría podido llegar a tiempo para evitar que las aspirase y muriera. Desde luego, había tenido suerte.

—Puedo darte dinero —dijo él entre jadeos—. Pued...

Antes de poder acabar, volvió la cabeza y se puso a devolver. Livia sintió cierta satisfacción fría ante lo que podía considerarse un acto de justicia divina. Al cabo, ella no había dejado de vomitar en la cubierta de aquel barco tras acabar lo que la habían obligado a hacerles él y los otros dos.

—Mi brazo —se lamentó—. Mi brazo.

—Tenías que traerme el dinero que acordamos. ¿Se te ha olvidado?

—Puedo conseguir dinero.

—Pues la verdad es que no me habría venido nada mal. Lo podría haber donado al hospicio de Santa Clara.

El color enfermizo del rostro de Barbasucia empeoró más aún.

—No te preocupes, que no dejé que sufriera —dijo ella sintiendo que se le agitaba el dragón—. Tampoco hizo falta, porque te vendió enseguida. Pero si no me cuentas lo que quiero saber o si lo que me cuentas no encaja con lo que

ya sé, lo que les hice a tu amiguito Vivavapit y al senador te va a parecer un juego de niños.

Apoyó la punta de la Infidel debajo del párpado izquierdo de Barbasucia y él dio un grito e intentó apartar la cabeza, pero la tenía aprisionada con el interior del guardabarros y no tenía escapatoria.

—Yo cuento —dijo él entre resuellos—. Lo que tú quieras. Pero... por favor, mi brazo. No puedo pensar bien por el dolor.

No le faltaba razón. La fractura de codo, exacerbada por las esposas y los baches del camino, debían de estar haciéndole un daño insoportable, circunstancia que hacía no solo que quien la sufría fingiese cosas, sino también que las imaginara. Aun así...

—De eso se trata —repuso ella—. Es que quiero que sientas dolor, porque, te haga lo que te haga, no va a ser nada en comparación con lo que tú me hiciste a mí. Con lo que le hiciste a mi hermana, Nason.

—Lo siento.

«No, no lo sientes —pensó—, pero lo vas a sentir».

—Tengo tres preguntas, todas ellas muy sencillas, y ya conozco la mayoría de las respuestas, de modo que, si me mientes, lo sabré. ¿Me entiendes?

—Yo digo la verdad. Y tú me sueltas.

Livia se preguntó cómo podía creer él que semejante trato resultaba siquiera remotamente posible. Tenía que ser por la desesperación. Tanto daba. Lo importante era que pensaba sacar partido de aquello.

—Si me dices la verdad —dijo tratando de teñir su tono de cierta renuencia.

Barbasucia meneó la cabeza como si supiera que ella no hablaba en serio.

—Piensa —rogó él—. No puedo contárselo a nadie. Tienes la confesión de Sakda. ¿Cómo voy a explicar nada de esto?

—Lo único que quiero es información.

Él volvió a agitar la cabeza. Saltaba a la vista que no se lo estaba tragando.

—Lo siento —aseveró—. Siento lo que hice. Fue Vivavapit. Todos teníamos miedo de él.

Cabeza Cuadrada había dicho lo mismo. ¿Quién sabía? Hasta podía ser cierto.

—¿Quién os dijo que nos raptarais a Nason y a mí? ¿Quién os dio la fotografía? ¿Quién os dijo dónde podíais encontrarnos? ¿Dónde raptarnos? ¿Quién?

—Vivavapit —dijo él enseguida.

—¡Y una mierda! —repuso ella sintiendo que el dragón se desplegaba dentro de su ser, abrasador, impaciente y enfurecido—. No voy a dejar que les echéis toda la culpa a los muertos. Puede que la orden la transmitiera él, pero que ni se te pase por la cabeza decirme que no sabes de quién venía. Los dos estuvisteis juntos en la Patrulla Fronteriza de la policía real, luego en Narcóticos y después en la Oficina Central de Investigación. Compartíais secretos. Compartíais hermanas. Lo compartíais todo. ¿De verdad quieres que me crea que no sabíais de dónde venía la información?

Respiró hondo tratando de calmarse. La notable eficacia de sus interrogatorios se debía en parte, y ella lo sabía, a su capacidad para dejar a un lado sus sentimientos y dirigirse de forma desapasionada al sospechoso. Aun así, tener al fin delante a Barbasucia después de haber soñado tantos años lo que le haría cuando llegase aquel momento... era demasiado. Estaba deformando su punto de vista y erosionando su táctica.

Al menos había mencionado a Barbasucia el historial que compartía con Calavera, con lo que había dado a entender que sabía mucho más y que, por lo tanto, descubriría cualquier mentira. Algo era algo.

Pasaron unos segundos en los que no se oyó sino el sonido de la respiración de él, acompañado solo por el olor de su sudor. Hasta que musitó:

—Sorm.

«Sí, señor».

—¿Rithisak Sorm?

Los ojos de Barbasucia se abrieron de par en par al oír su nombre. Livia asintió con un gesto de confirmación para él y satisfacción para ella. Estaba recuperando su táctica.

—Fue Sorm quien os dijo que nos raptaseis a Nason y a mí.

—Sí.

—¿Y cómo sabía dónde podía encontrarnos?

—Él sabía y ya. Él sabe todo. Conoce todos.

No pasó por alto que su inglés empezaba a degenerar por el miedo, el dolor y el cansancio. Tenía que andarse con cuidado si no quería que cayese en el estado que lo empujaría a inventar o imaginar cualquier cosa con la intención de complacerla y aliviar su propio sufrimiento.

—¿Para quién trabajaba Sorm?

—Sorm... trabaja para todos y todos trabajan para Sorm.

Estaba empezando a divagar y sus respuestas estaban dejando de tener sentido. Tenía que evitar que perdiera la concentración.

—¿Quién le hizo el encargo? ¿El senador?

Barbasucia meneó la cabeza.

—No lo sé. A lo mejor el senador. A lo mejor jefes tailandeses. El senador... también conoce a todos.

De acuerdo. Tal vez aquello no importaba tanto en el fondo. A fin de cuentas, el pedido tuvo que partir, en un principio, del senador y llegar a Sorm de forma directa o a través de intermediarios.

—Segunda pregunta. Presta atención. La noche que maté a Vivavapit, a Redcroft y al senador... La noche de la matanza, ¿te acuerdas? Había una niña en el hotel, una niña que le habíais llevado al senador para que la violase. ¿Dónde la conseguisteis?

—Yo no quería. El senador fue...

Livia volvió a presionar con la punta de la Infidel la piel de debajo del párpado de él, que lanzó otro chillido e intentó sin éxito apartarse.

—¿De dónde... sacasteis... a esa niña?

—Sorm. Me dio Sorm.

—¿Sorm te dio a la niña?

—Sí. Siempre consigue. Cualquier cosa. Cualquier cosa que pidas.

—No. Ya te he dicho que no vamos a jugar al jueguito ese en el que todo lo han hecho otros. Puede que Sorm os la buscase, pero no me cuentes que te la entregó personalmente. De eso te encargabas tú. Tú la llevaste a la habitación y a ti te la sacó Redcroft a la puerta cuando acabó con ella el senador.

No sabía con certeza que hubiese sido Barbasucia, aunque sí estaba lo bastante segura para acusarlo con semejante convicción. Se trataba de una jugada que había puesto en marcha incontables veces al interrogar a un sospechoso. Con un poco de suerte, si lo convencía de que sabía todo eso, él podría pensar que no hacía ningún daño confirmándole el resto.

Barbasucia abrió los ojos y ella supo que había acertado. Entonces negó con la cabeza, pero ya era tarde: los ojos lo habían delatado y ella lo había visto.

—¡No! —farfulló—. Yo no fui. Ni se me...

Livia apretó la hoja de la Infidel y la punta rasgó la piel de debajo del ojo de él y lo hizo lanzar un aullido.

—¿Quieres que crea que apareció y desapareció por arte de magia? —le espetó ella alzando la voz—. ¿De verdad crees que soy gilipollas?

Barbasucia hizo vibrar la cabeza, demasiado asustado hasta para sacudirla.

—Entonces, ¿adónde fuiste a por ella? —gritó Livia salpicándole la cara con saliva—. ¿De dónde la sacaste? ¿De dónde? ¿De dónde?

El dragón se había apoderado de ella. Ya no podía contenerlo más. Empuñó la navaja con más fuerza, lo agarró del pelo con la otra mano y...

—El mercado nocturno —gimoteó él—. El mercado nocturno de Srinakaran.

El corazón se le aceleró. Encajaba con lo que había visto en el Gossamer. Al dragón le daba igual. En ese instante, le ofreció una imagen de aquel ojo ensartado.

«Atrás. Atrás. ¡Atrás!».

—¿El mercado al que fuiste hace dos noches?

Barbasucia la miró con la expresión que había visto tantas veces cuando acertaba sondeando a un testigo, una mezcla de terror ante el alcance de lo que sabía ella y resignación al ver cortadas las vías de escape que pensaba utilizar.

—Sí —contestó él asintiendo con la cabeza.

—¿El mismo al que fuiste también anoche?

Él no respondió. No le hacía falta. La expresión de su cara decía cuanto necesitaba saber Livia.

—¿Y con quién te reuniste allí?

—Leekpai. Con Leekpai.

—¿Quiero saber su nombre completo!

—Udom Leekpai.

—Sigue.

—Leekpai... Ese es. Ese es que me dio la niña para senador.

Livia forcejeó con el dragón.

—¿Dónde las consigue Leekpai?

—No sé. ¿En aldeas...? No sé. Cuando senador quería niña, yo pido a Leekpai.

—¿Por qué te reuniste con él hace dos noches y también anoche? ¿Ibas a recoger a más niñas para repartirlas?

—No. Él me da dinero.

—Dinero ¿por qué?

—Porque... yo policía.

—Tu parte de los beneficios. Por vender niñas para que las violen.

Barbasucia no respondió. No hacía falta.

—Entonces, ¿por qué ir a verlo dos noches seguidas? Y no me digas que vas a diario a recoger el dinero con que te sobornan.

—Leekpai no tiene todo el dinero la primera vez. A veces no tiene. Por eso vuelvo.

Podía ser verdad. Le faltaba información para saberlo.

—¿En qué punto del mercado nocturno? Y, antes de responder, piensa que el aparato con el que te he seguido tiene un margen de error de menos de un metro. Voy a comprobar lo que me digas, sea lo que sea.

—Él tiene puesto. Muchos. Él dice dónde reúno.

—Pero en el puesto no retiene a los esclavos. ¿Dónde tiene a los críos?

—Contenedor. Contenedor de transporte. Guardan puestos en contenedor cuando cierra mercado. Cuando necesito niña, él lleva a contenedor.

Livia volvió a hacer lo posible por contener la emoción... y la rabia.

—¿Dónde está su contenedor?

—Fuera. Fuera de puestos. Pero muchos contenedores. Él me lleva.

Ignoraba si no quería o no podía ser más concreto y haciéndole daño no iba a conseguir que aclarase nada, porque él se pondría a gritar que estaba al este o al oeste, que era azul o a rayas, que tenía el número treinta y tres o cualquier otra cosa.

Pero sí que podía haber otro modo.

Limpió las gotas de sangre que habían manchado la hoja de la Infidel en la manga de la camisa de Barbasucia antes de cerrarla y guardársela de nuevo en los pantalones. A continuación, registró los bolsillos de Barbasucia. Apenas necesitó un momento para dar con el teléfono. Al apretar el botón de encendido no fue ninguna sorpresa encontrarlo protegido con clave.

—¿Cuál es la contraseña? —preguntó.

—¿Te digo y me sueltas?

—Vas a tener que decirme más que eso, pero estarás dando un paso en la dirección adecuada.

Barbasucia asintió y reveló los cuatro dígitos. Livia desbloqueó el teléfono. Por supuesto, todo estaba en tailandés. Aun así, la interfaz no era complicada y no le costó abrir la libreta de contactos. Lo sostuvo para que él pudiera ver la pantalla.

—Voy a ir pasando. Cuando llegue a Leekpai, me avisas.

Barbasucia obedeció. Livia vio una entrada compuesta por un nombre que reconoció como *Udom*, cuando las demás estaban conformadas por dos. Todo apuntaba que en este caso había preferido no incluir el apellido. Resultaba prometedor. Sacó su teléfono y fotografió la ficha.

—Ahora vamos a hacer lo mismo con Sorm.

También en este caso había consignado solo el nombre, Rithisak. Livia tomó otra foto.

Examinó la lista de llamadas recientes y vio varias que había hecho o recibido Udom las dos noches que Barbasucia había estado en el mercado nocturno. Bien. Al parecer, no estaba mintiendo. Por lo menos en lo tocante a Leekpai. Sin embargo, no había llamada alguna a Rithisak ni de él. Luego hablarían de eso.

—Ahora, dime qué hacías en Pattaya hace dos noches.

Esta vez sus ojos no revelaron pavor ante el alcance de su información, sino solo resignación.

—Sorm llama y dice que necesita dinero. Por eso voy al mercado nocturno. Dinero de Leekpai. Doy a Sorm.

—¿Para qué necesita dinero? ¿No tiene tarjeta para sacarlo de un cajero?

—No dice. Le doy lo que me da Leekpai y vuelvo cuando Leekpai tiene más. Mi... mi parte.

—Quieres decir que Leekpai no tiene lo que le pides y visitas a Sorm con la cantidad que te ha dado. Después vas otra vez a verlo para que te dé la parte que te corresponde.

—Sí, eso.

Se preguntó si sería cierto. En tal caso, ¿por qué iba a estar alguien como Sorm tan desesperado por tener dinero en efectivo?

Volvió a poner el teléfono en alto.

—No hay llamadas de Rithisak —dijo.

—Sorm no llama desde su teléfono. Llama desde teléfono nuevo.

Miró de nuevo y vio una serie de comunicaciones con un número que no estaba vinculado a nadie de su lista de contactos.

—¿Por qué iba a usar otro teléfono?

—No sé. No pregunto.

—¿Normalmente llama con su teléfono?

—Sí.

Si eso era verdad, resultaba interesante. Sorm necesitaba dinero con rapidez y, de pronto, parecía tener miedo de usar su propio teléfono. Le tenía que haber pasado algo, pero no sabía qué podía ser.

—Sin embargo, fuiste a verlo a Pattaya. Para darle el dinero.

—Sí.

—¿Adónde exactamente?

—A su club, Les Nuits, en el hotel Ruby.

Aquello casaba con lo que había observado con el Gossamer. Parecía estar diciendo la verdad, por lo menos sobre lo más relevante.

Es decir, dónde buscar a Sorm.

Y dónde encontrar, tal vez, a aquella chiquilla.

—¿Vale? —preguntó él levantando la vista para mirarla—. Digo todo. ¿Vale?

Livia se puso en cuclillas a su lado y lo miró a la cara, teñida todavía de un verde mórbido a la luz de la SureFire que se reflejaba en el interior del chasis. Tenía los ojos bien abiertos por la esperanza y el miedo.

—¿Te acuerdas de lo que me obligasteis a hacer? —preguntó ella en voz baja tras un momento—. En la cubierta de aquel barco, cuando tenía trece años.

—Por favor. Chanchai. Teníamos miedo.

—Pues no lo parecía. En absoluto. Daba la impresión de que estabais haciendo ni más ni menos que lo que os apetecía. Noche tras noche.

—Por favor.

—¿Y te acuerdas de lo que le hicisteis a mi hermana?

—Por favor.

—Yo sí, porque, para mí, cualquier cosa que le hicierais era peor que lo que pudieseis hacerme a mí.

—Lo siento. Por favor.

—Después de aquello estuve dieciséis años sin saber siquiera qué le había pasado. Sin saber si estaba viva o estaría muerta. Sin saber si habría algún monstruo enfermo, degenerado y sádico como tú violándola noche tras noche.

—Por favor. Por favor.

—¿Sabes? Tu compañero Sakda se puso a hablar del karma poco antes de que lo matase. ¿Tú crees en el karma?

—Sí, pero también creo en... compasión.

—Yo no sé si creo en el karma. A veces tengo la impresión de que sí existe. Las cosas que absorbes en la infancia... no te abandonan nunca.

—Por favor.

—Sin embargo, después de que Sakda, Vivavapit y tú nos raptaseis a Nason y a mí, nos violaseis y nos vendierais, me crie en Occidente y en Occidente no creen en el karma. En Occidente creen en el infierno.

—No, por favor.

—Tienes mucha suerte —dijo ella—. En tu caso, durará unos minutos. En el mío, ha sido toda una vida y no va a acabar nunca. Cada vez lo tengo más

claro. A veces hago cosas que consiguen aplacar algo el dolor, aunque solo un tiempo. Después encuentro solo... más dolor. Siempre es igual.

—Por favor.

—A menos, eso sí, que exista de verdad el infierno. En ese caso, los próximos minutos no serán más que un anticipo de lo que te espera. No lo sé. Tampoco vas a poder contármelo. A menos que un día nos encontremos allí, en el infierno.

Se puso de pie, tomó los bidones de gasolina y los llevó hasta el portón. Entonces, se apeó, se inclinó hacia ellos y los destapó. El olor del combustible inundó aquel pequeño habitáculo.

Barbasucia forcejeó para librarse de las esposas y la cinta americana.

—¡No! —gritó—. No. He hablado. No. Perdón, perdón. ¡No! ¡Por favor! ¡Por favor!

Tomó uno de los bidones y rodeó la furgoneta para verter su contenido sobre el techo y el capó. Cuando lo vació, volvió a arrojarlo al interior.

—¡No! —Barbasucia no había dejado de gritar—. ¡Para, por favor! ¡No!

Livia metió la mano para recuperar la SureFire antes de volcar de una patada el segundo bidón. La gasolina se derramó, empapó el suelo y caló la ropa de Barbasucia.

—*Mai!* —gritó él en tailandés. Su voz sonaba aguda e histérica y su cuerpo se revolvía en gasolina—. *Mai, mai, mai, mai, mai!*

Entonces, se le quebró la voz y guardó silencio. El interior de la furgoneta quedó sumido de pronto en un mutismo extraño. Livia lo alumbró a la cara y lo observó un instante mientras él clavaba en ella la mirada, hiperventilando por el miedo, enseñando los dientes y con los ojos desorbitados.

—Es curioso —dijo—. Yo también te imploraba. ¿Te acuerdas?

Barbasucia no dijo nada. Se limitó a echar la cabeza hacia atrás y echarse a lloriquear.

Livia se retiró, sacó el Zippo, lo encendió y lo lanzó al interior de la furgoneta, que se incendió al instante convertido en una bola naranja incandescente. Livia se apartó algo más de aquel infierno y siguió alejándose a medida que aumentaba el calor. Dentro apenas alcanzaba a distinguir a Barbasucia retorciéndose, revolviéndose y dando saltos. Ni siquiera el fragor de las llamas bastaba para ahogar sus gritos de agonía.

El incendio envolvió el vehículo en cuestión de segundos. Las ruedas, la pintura... Todo ardía. Livia siguió retrocediendo a medida que crecía en intensidad. Estaba ya a seis metros cuando dejó de oír a Barbasucia, bien por el estruendo de las llamas, bien porque había dejado de gritar.

Supuso que identificarían los cadáveres por la dentadura, aunque a esas alturas debía de haber quedado incinerado cualquier indicio de su presencia. Y aunque dudaba que el antiguo dueño de la furgoneta fuese a ser de gran ayuda para llegar a ella, tampoco iba a ser fácil dar con él. El número de bastidor de la placa de aluminio que había bajo el parabrisas se derretiría, el de la pegatina del marco de la puerta del conductor desaparecería por completo y los otros los había eliminado con la lima. El vehículo no iba a servir de nada a quienes lo investigaran. En aquel instante no era más que una pira funeraria.

Se dio la vuelta, se colocó las gafas de visión nocturna y echó a andar hacia la arboleda, tras la que se extendía una carretera. Al día siguiente se libraría de las pistolas y la ropa contaminada. Por el momento, lo único que quería era encontrar un tuk-tuk o un taxi. Comer algo. Beberse otra botella de agua. Volver al hotel. Ducharse con agua hirviendo. Meterse en la cama. Repasar cuanto acababa de ocurrir. Sabía que no conciliaría el sueño, por lo menos durante un buen rato.

Eso era lo de menos. Al día siguiente iría a Pattaya para ocuparse de Sorm. Tenía cierta idea sobre lo que iba a hacer. Creía que funcionaría, aunque seguía sin hacerle demasiada gracia.

Capítulo 16

Dox estaba paseando por la Carretera de la Playa de Pattaya. Tenía la playa en cuestión a la izquierda y, a la derecha, una larga hilera de restaurantes, comercios y bares baratos. Las palmeras se mecían cerca del agua y el sol del mediodía estaba medio cubierto por las nubes, aunque la sensación seguía siendo la de caminar por una sauna a cielo abierto. Hasta los perros callejeros habían dejado de mendigar y buscar comida para tumbarse inmóviles en la primera sombra que habían encontrado en la acera. A él, sin embargo, aquellas condiciones meteorológicas no le molestaban. El calor y la humedad nunca le habían importunado, pero el frío sí. En otros tiempos había hecho instrucción con los SEAL en el Destacamento Naval Especial de Guerra en Clima Frío de la isla de Kodiak, en Alaska, y lo cierto es que llamar «clima frío» a lo que había en aquel lugar era como comparar un resfriado con la peste bubónica^[14]. También había estado en el Centro de Instrucción de Tácticas de Montaña de Bridgeport, en California, y en Noruega, que era como el dichoso Polo Norte. Si no volvía a ver nieve en su vida —¡qué coño!, si no volvía a echar vaho por la boca—, podía morir feliz.

Había alquilado una motocicleta, una Kawasaki Z800, porque en la tienda no tenían nada más pequeño. No es que le importase ir por ahí con un cacharro grande, pero habría preferido algo más discreto para pasar inadvertido en Pattaya. Le había parecido que lo mejor era dejarla a cierta distancia del lugar en que había quedado con el contacto de Kanezaki y hacer a pie el resto del camino. Seguía confiando en su amigo, pero, de todos modos, tenía que reconocer que el fulano de la espada de Phnom Penh no había podido materializarse de la nada.

Aunque había cierto tráfico de motocicletas —Pattaya no sería Pattaya sin el incesante zumbido de fondo de los motores de dos tiempos—, aquel momento del día era relativamente tranquilo. Los que habían salido de fiesta estaban durmiéndola todavía, a los clubes les quedaban aún otras seis horas como mínimo para abrir y, de todos modos, ¿qué persona en su sano juicio iba a querer estar en la calle en el momento más sofocante del día?

Alguna que otra, la verdad, pero pocas. Los extranjeros que habían ido a jubilarse a aquella ciudad costera, por ejemplo. En su mayoría eran australianos y británicos de más de sesenta años, brazos enclenques y barrigón cervecero, divorciados de ojos llorosos que vivían de sus pensiones y hacían lo posible por convencerse de que Pattaya era un paraíso en el que podían pasarse el día al fresco bebiendo botellines de Singha fría que compraban por sesenta *baht* y la noche atendiendo a las solicitudes de hermosas prostitutas de piel canela en la puerta de los bares de alterne; en el que sí cabía decir que el dinero los hacía importantes y no como en sus países de origen, donde ahogar las penas por la tarde en el *pub* más cercano en una pinta, o en tres o en cuatro, resultaba prohibitivo y, lo que es peor, hacía que se sintieran ridículos, como los viejos a los que habían visto hacer lo mismo de jóvenes. No, ellos no eran así. Ellos eran distintos. Pattaya es el paraíso y que nadie me lo niegue.

Siguió adelante preguntándose por qué se sentía tan cínico. No era propio de él, de modo que intentó quitarse de encima esa actitud.

Kanezaki le había dicho que los analistas tenían diagramas del club nocturno Les Nuits y, de hecho, de todo el hotel Ruby, y habían usado los «medios técnicos nacionales» para rastrear los teléfonos desechables que estaba usando Sorm hasta una sala VIP de la parte trasera del establecimiento. Todo parecía indicar que dicha sala hacía también las veces de refugio, porque tenía puertas blindadas por delante y por detrás. Una daba al club y la otra a un tramo de escalera que llevaba a una salida de emergencia situada a la espalda del edificio. Y aunque Dox habría preferido algo clásico y sencillo, como irrumpir en el local, dar cuenta del fulano con dos balas en el pecho y una en la frente y salir de allí cagando leches, Kanezaki no hacía más que insistir en que había que llevarlo con vida ante la justicia. Conque su misión era, en cierto modo, insólita: eliminar a los guardaespaldas, lanzar una granada aturdidora para desorientar a Sorm y a quienes estuvieran con él y arrastrar a Sorm escaleras abajo hasta la parte de atrás, donde un destacamento de contratistas se encargaría de empaquetarlo y enviarlo a Nueva York para que lo juzgasen.

Lo más peliagudo era que, al parecer, la entrada del club estaba custodiada por un puñado de antiguos guardias de la infantería real de marina de Tailandia, gente muy seria con detectores de metales y armas de mano. Como estarían pendientes de quienes pudieran acceder al club por allí, y no de quienes salieran por las escaleras del otro extremo, la huida no presentaba dificultad alguna. No, lo complicado no iba a ser dejar el establecimiento,

sino meter armas de fuego y granadas aturdidoras, artículos con cierta tendencia a hacer saltar los detectores de metales y mosquear a los antiguos guardias de la infantería real de marina de Tailandia. Lo que quería decir que necesitaba encontrar un modo de entrar fuera del horario comercial del club para tener ya allí el equipo cuando abriese sus puertas al público. Lo bueno en ese sentido era que tanto el hotel como el club tenían un sistema de seguridad de última generación, que presentaba un sinfín de ventajas frente al intruso común, pero no frente al escuadrón de sabiondos de Kanezaki, capaces de piratear el servidor del hotel para que Dox pudiera abrir y cerrar sus puertas a distancia con solo pedirlo.

—¿Puedes conseguirme una suscripción gratis a alguno de esos canales porno de asiáticas enanas? —había preguntado él después de conocer las noticias relativas a los puntos flacos de la seguridad del hotel.

—Por supuesto —había contestado Kanezaki con su proverbial sequedad —, y eliminar la cuenta del minibar también.

—¡Sí, señor! Ya sabía yo que si había accedido a hacer este trabajo era por algo.

Kanezaki se había echado a reír.

—Escucha, por el registro del servidor sabemos cuándo está activada o desactivada la cerradura. Desde las seis de la tarde hay gente en Les Nuits preparándolo para cuando abra. Abre a las nueve y cierra a las cuatro de la madrugada. Entonces entran los de la limpieza, que están allí hasta las ocho. Por lo tanto, puedo abrirte y dejarte unas diez horas con el club para ti solito, pero piensa que tienes cámaras de seguridad por todas partes.

—¿Me estás diciendo que podéis abrir las puertas pero no apagar las cámaras?

—Sí, naturalmente, pero no podemos garantizar que no habrá ningún guardia de seguridad vigilando las pantallas. Lo más seguro es que no haya ninguno, porque estamos hablando de un club de alterne vacío y no de un banco ni de una instalación militar, pero tampoco lo sabemos. Puede que desde que tienen a Sorm hayan reforzado la seguridad.

—Lláname anticuado si quieres, pero me permitirás que vuelva a insistir con todo el respeto del mundo en que creo que sería mucho menos engorroso entrar, pegarle cuatro tiros a ese hijo de puta y salir de allí. El mecanismo es bastante más sencillo. Pero ¡qué coño!, le prometí al señor Vann que no lo haría y no pienso hacerlo.

—Además, si lo matas, mis chicos no van a poder interrogarlo de camino a Nueva York.

—¡Por Dios bendito! ¿Hasta dónde no serás capaz de llegar cuando te pica la curiosidad?

Kanezaki volvió a soltar una carcajada.

—Es algo más que eso. Sorm lleva toda la vida con nosotros, primero con la CIA y ahora con la DIA. Siempre ha estado de mierda hasta el cuello y eso lo convierte en una píldora venenosa para todo el mundo. Quiero decir que, si testifica, ¿cómo le vamos a explicar que hemos estado trabajando con un tío así, un antiguo jemer rojo dedicado a la trata, y protegiéndolo encima?

—Lo que quieres saber es por qué iba a querer arriesgarse la DIA de esa manera, sobre todo estando Sorm imputado.

—Sí. Quiero saber qué ganan con él.

—Y qué ganas tú sabiéndolo.

—No sé. Depende mucho de la relación entre riesgo y ganancias. Oye, pero a ti lo que te interesa es que, una vez que juzguen a Sorm y lo metan entre rejas, nadie tendrá motivos para matar a Vann. Según él, con su muerte lograrían retrasar la investigación sobre Sorm hasta que nombren otro presidente de la GIFT y pueda olvidarse todo el asunto. Sin embargo, una vez que empiece el juicio, no habrá motivos para retrasar nada ni nadie obtendrá ningún beneficio por matar a Vann.

—Es verdad que a mí el señor Vann me cae bien y me recuerda al dalái lama y todo eso, pero ¿me puedes decir qué saco yo de este asunto?

—Puede que cuando interroguemos a Sorm y averigüemos quién lo está apoyando desde la DIA sea más fácil olvidar ciertos asuntos. Piensa que quizá se han tomado como algo personal lo que le hiciste a Gant, pero eso a lo mejor tiene arreglo. Al fin y al cabo, lo mataste cuando te enteraste de que él quería hacer lo mismo contigo. ¿No es verdad?

—Efectivamente.

—Supongo que lo entenderán. Lo de los cómplices de Gant y lo del tío de la espada también. Lo único que has hecho ha sido actuar de manera profesional, es verdad, pero puede ser que ahora mismo les preocupe. Sin embargo, cuando detengamos a Sorm, se preocuparán más bien por él. Sorm va a querer hacer un trato a cambio de inmunidad o, como poco, de una reducción de condena. Amenazará con largarlo todo y en ese momento tú dejarás de estar en el punto de mira.

—No quiero que parezca que no me quedo tranquilo, pero me gustaría pensar algo más a largo plazo que «en ese momento».

—En ese momento, y también después, se nos presentarán ocasiones más que de sobra para suavizar tensiones. Estas cosas pueden tener dos finales:

puede que Sorm tire de la manta y revele lo que ha estado haciendo todos estos años mientras figuraba en la nómina del tío Sam y lo que iba a hacer la DIA con Vann para protegerlo, en cuyo caso dejará de tener importancia que tú supieras que querían matar a Vann, o...

—O que Sorm se ahorque en su celda.

—En cuyo caso, yo me encargaré de explicar a todo el mundo que, si hubieses querido largar, lo habrías hecho ya y que, sin embargo, has preferido cerrar el pico porque eres de los que prefieren vivir y dejar vivir.

Dox habría preferido la primera opción, en la que Sorm prestaría declaración de cuanto sabía, pero todo apuntaba a que la segunda era una apuesta más segura. Además, sabía que Kanezaki lo estaba engatusando, pero también era consciente de que, siempre que tomaba cartas su amigo, tenía que contar con que había alguna clase de apuesta colateral secreta. Hasta el momento, sin embargo, dicha apuesta no había entrado nunca en conflicto con la acción principal.

Hasta el momento.

Y ahí lo habían dejado. No era un plan perfecto ni una solución cabal, pero también tenía que reconocer que cuando uno le volaba los sesos a un agente de la DIA, el camino de regreso a algo semejante a la normalidad podía resultar un tanto sinuoso.

Siguió paseando delante de las terrazas de diversos bares más y de más ancianos blancos de ojos legañosos. Joder, eso de verlos por todas partes hacía que la ciudad pareciese una residencia de la tercera edad o algo por el estilo. Se sorprendió ante su propio estado de ánimo. En otros tiempos le había encantado Pattaya. A lo mejor cuando él se hiciera mayor cambiaba la cosa. Puede que la visión de todos esos pensionistas lo hubiese llevado a pensar que un día acabaría como ellos y que a lo mejor el proceso había empezado ya de forma subrepticia. A fin de cuentas, aquellos vejetes tampoco debían de haber imaginado que les ocurriría a ellos. Un buen día, sin embargo, uno se encontraba de pronto dando cuenta resacoso de la cuarta cerveza del mediodía en la terraza de su bar de costumbre mientras trataba de encontrarle un sentido a todo y a cómo había ido haciéndose mayor sin darse cuenta, a cómo las alegrías que siempre había esperado de la vida se habían esfumado para siempre sin que uno llegara a ser consciente hasta que ya era tarde.

«¡Joder, tío! Pero ¿a ti qué te pasa?».

Se sacudió aquellos pensamientos. No estaba nada mal filosofar y era verdad que a lo mejor tenía que sacar un poco más de tiempo para dedicarle,

pero en ese momento estaba trabajando. Cada cosa a su tiempo.

Llegó al callejón que le había pedido Kanezaki que buscara, situado entre un tenducho llamado Siam Silver y un restaurante al aire libre llamado Best Foods. Giró a la derecha y llegó enseguida al Best Friend Bar 10, un local ruinoso en el que se alineaban bajo un tejadillo ondulado varias banquetas forradas de vinilo. Se diría que tenía por toda clientela a un varón blanco de unos sesenta años con pantalones cortos de color café claro y una camiseta azul lisa que ocupaba uno de los asientos y se había colocado de tal manera que pudiese ver el callejón y la calle que había tras él con una botella medio vacía de Singha delante. Aunque llevaba gafas de sol grises de aviador, Dox no pasó por alto que lo había fichado de inmediato, por más que hubiera intentado hacer ver lo contrario, moviendo ligeramente la cabeza como quien está mirando a su alrededor sin fijarse en nada concreto. A diferencia de los jubilados típicos de la zona, aquel fulano parecía un tipo robusto, no de los que se machacan en el gimnasio, precisamente, pero tampoco de los que no hacen más ejercicio que el levantamiento de cerveza en barra fija. Además, llevaba sandalias de senderismo. De hecho, las mismas que Dox, lo bastante ligeras como para no desentonar en los alrededores, pero muchísimo más recias y seguras que las chanclas esas que tanto les gustaban a los extranjeros de allí. Además, tenía los pies en el suelo, donde podían serle de utilidad si le entraban las prisas o topaba con algún problema, y no enroscados en la parte de atrás del taburete. Abajo tenía una bolsa color caqui con la bandolera enganchada a una de sus rodillas.

Dox se aseguró de que pudiera ver que tenía las manos vacías y pasó de largo sin prisa. Poco después se detuvo para dejarse caer en otro de los asientos, de tal modo que el otro tipo quedase a su izquierda y pudiera verlo bien con el rabillo del ojo. El fulano se había puesto a mirar hacia delante, aunque sin perderlo de vista, como Dox tampoco lo perdía de vista a él, y con las manos sobre la barra como todo un profesional que quiere dejar claro a su contacto que no supone ninguna amenaza o, al menos, no supone una amenaza inmediata.

Al otro lado de la barra había un joven tailandés leyendo una revista y dejando que le acariciase la espalda el aire caliente que salía del ventilador situado al lado de la hilera de botellas que tenía detrás.

—Hola —dijo para llamar su atención el recién llegado—. ¿Qué tiene que hacer aquí un hombre para que le pongan una cerveza helada?

El camarero se puso en pie.

—Singha, sesenta *baht*.

—Me gusta más la Chang. ¿Tienes por ahí?

—Chang, sesenta y cinco *baht*.

—Vale la pena pagar más, desde luego, en mi opinión. Tomaré una. Gracias. La más fría que encuentres.

Sacó un billete arrugado de cien *baht* y lo alisó sobre la barra. Segundos después, el camarero le puso delante una botella helada de Chang y la abrió antes de volver a su lectura.

Dox lanzó una mirada al tipo de su izquierda, levantó la botella, dio un sorbo largo con gesto satisfecho y soltó un eructo.

—¿Y a usted cómo le va?

—No puedo quejarme.

El hombre tenía la voz áspera, quizá de fumador. Algo hizo pensar a Dox que había sido marine. No era fácil decir por qué, solo una de esas cosas que uno sabe sin más, como cuando ve a una mujer guapa y sabe que nació siendo varón. En fin, será mejor tachar esto último, porque sí que hubo una vez en Bangkok que no lo intuyó y estaba a punto de volver a su hotel con una criatura preciosa llamada Tiara cuando intercedió, tarde y, hay que decirlo, muy a regañadientes, Rain. Al muy mamón todavía le gustaba recordarle el incidente, o el casi incidente, y la verdad es que a Dox no le sentó nada bien en aquel momento, pero al final se había convencido de que, ¡qué diablos!, si hubiera llegado a ocurrir algo con Tiara, el mundo no habría dejado de girar y él habría tenido otra anécdota rara que sumar a cuanto le había pasado en aquella vida loca suya.

—Me da que es usted de por aquí —dijo Dox apartándose un tanto de las instrucciones que le había dado Kanezaki. Lo de acercarse a alguien y decirle: «La luna está azul» o cualquier cosa por el estilo siempre le había parecido artificial—. ¿Le puedo hacer una pregunta?

El otro dio un sorbo a su cerveza.

—Dispare.

—¿Cuál cree usted que es el mejor local de alterne de Pattaya?

—Los locales de alterne de Pattaya están sobrevalorados. Pruebe en Phuket o, mejor aún, vaya al Cowboy de Bangkok.

«Bingo».

El guion decía que, acto seguido, el tipo tenía que salir de escena por la derecha y dejarse atrás la bolsa con bandolera, pero, por el motivo que fuese, esa idea había hecho de pronto que se le erizase el vello. Se levantó para sentarse al lado del sexagenario. Él lo miró y frunció el ceño como perplejo o irritado ante tanta improvisación o quizá por simple profesionalidad de espía.

Con todo, Dox siempre había considerado que los guiones, la profesionalidad y todo lo demás eran más orientaciones generales que una norma. A los marines los animaban a adaptarse y a improvisar. Además, era una lástima no hacer honor a su sobrenombre, que no en vano venía de «poco ortodoxo».

—Muy bonita, su bolsa —dijo señalando con un dedo el objeto que precisamente debía pasar inadvertido en su conversación—. Yo tenía una idéntica que compré por catálogo en J. Peterman hace ya un montón de años, pero una noche me la robó una dama de manos muy largas que se llevó también mi corazón.

—Una lástima —repuso el otro, al parecer sin inmutarse.

Dox alzó su cerveza en señal de asentimiento, bebió y volvió a dejarla sobre la barra.

—Sí, señor. Ya sé que es raro, pero me acabo de dar cuenta de que ahora no puedo pensar en la bolsa sin acordarme también de ella. ¿Tendría la amabilidad de dejar que le eche un ojo a la suya? Para mí sería como asomarme a un pasado perdido y le estaría muy agradecido.

El tipo miró a su alrededor con aire distraído, no tanto como quien comprueba que no hay testigos en los alrededores como a la manera de quien pregunta: «¿Nos estarán mirando?». Se descolgó la bolsa de la rodilla para tendérsela a Dox.

—Por favor.

El sexagenario se la puso en el regazo. Si llevaba una bomba dentro, podía ir despidiéndose de sus pelotas, aunque lo cierto era que el resto de su persona también saldría por los aires, de modo que no iba a echarlas de menos. En realidad, dudaba mucho que fuese una bomba, porque sabía bien que Kanezaki era de fiar, pero lo de Gant y luego lo del de la espada lo habían alertado y no le hacía ni puñetera gracia la idea de dejar que un desconocido le diese un paquete y se alejara para alcanzar una mínima distancia de seguridad, tras lo cual podía ser que el paquete hiciera ¡*pumba*! Valía más asegurarse. Y el hecho de que el bueno de Voz Cascada no se mostrase nervioso al verlo manipular la bolsa a su lado mismo, aun cuando no bastara quizá para garantizar nada, resultaba al menos tranquilizador.

Levantó la solapa y echó un vistazo. Lo primero que vio fue nada menos que la Wilson Combat Tactical Supergrade que quería y dos cámaras de repuesto, así como una lata de metal del tamaño de un puño en la que se leía: CTS MODEL 7290-9 FLASH BANG. 1.5 SECOND DELAY. La granada aturdidora que había pedido, concebida para hacer efecto un segundo y medio después de activarla.

Podía haber metido la mano, pero eso habría provocado en su nuevo amigo una inquietud muy comprensible y la experiencia le decía que aquellas reuniones tendían a ir mejor si todos los participantes se aseguraban de que el resto estuviera relajado. Por lo tanto, se limitó a agitar con fuerza la bolsa. El tipo arrugó ligeramente el sobrecejo, como perplejo o impaciente. Las dos reacciones resultaban positivas, ya que no eran las típicas de un hombre que ve que están zarandeando a su lado un saco con una bomba.

No había pasado por alto que podía ser que aquel fulano hubiese sido víctima de un engaño y no supiera que la granada aturdidora que pensaba estar entregando era en realidad un artefacto explosivo camuflado. Sin embargo, todas aquellas hipótesis parecían cada vez más improbables. Lo más seguro era que Rain hubiese llevado consigo un aparato de rayos X, toallitas de detección de explosivos o hasta un robot artificiero antes de aceptar el paquete, pero aquella comprobación bastó para satisfacer a Dox.

Dio otro sorbo a la Chang fría, miró a su alrededor, se echó la bolsa al hombro y se puso en pie.

—En fin, caballero, me encantaría quedarme a charlar un rato más, pero tengo que hacer todavía un par de recados. Si no es ofensa, deje que le diga que me gusta su estilo y no me refiero solo al gusto que tiene a la hora de comprar bolsas de bandolera.

—El suyo también es interesante. —Parecía estar intentando no sonreír.

—Pues muchas gracias. La gente dice que hay que conocerme bien para que guste, pero yo prefiero pensar que los más perspicaces son capaces de apreciarlo a simple vista. Espero que volvamos a coincidir en otra ocasión.

El otro lo miró como si estuviera tratando de decidir algo. Entonces, metió la mano en un bolsillo de la pernera y sacó una tarjeta. Dox la aceptó y leyó: «Mark Fallon, visitas y recorridos turísticos». Debajo había una dirección, un correo electrónico y un número de teléfono y, por la otra cara, la misma información en tailandés.

—¿Habla usted siamés? —preguntó Dox mientras guardaba la tarjeta.

—Llevo ya un tiempo por aquí. ¿O cree usted que es el único que tiene una historia triste que contar sobre un corazón roto?

El hombre soltó una risita.

—No. Por desgracia, los sinsabores de la vida están muy repartidos. —Le tendió la mano—. Yo soy Dox.

—Fallon —dijo él estrechándosela.

—Me alegro de haberlo conocido.

Fallon alzó su cerveza.

—Buena suerte.

—Lo mismo digo. *Semper fidelis*.

La sonrisa del sexagenario confirmó a Dox que había acertado al pensar que había sido marine como él. Incluyó la cabeza a modo de despedida, volvió a la calle y tomó un tuk-tuk. Ya iba siendo hora de ir a conocer el célebre hotel Ruby.

Capítulo 17

Livia estuvo un buen rato dando vueltas en la cama, nadando en adrenalina y repasando mentalmente una y otra vez todo lo que había ocurrido en el cementerio de aviones y la cantera. Haber matado a Barbasucia, saber que estaba muerto, recordar su terror, su impotencia y sus gritos de agonía... le provocaba una sensación concreta. De paz, de plenitud. De cierta satisfacción, suponía, ante la idea de que quizá hubiese una pizca de justicia entre tanto horror y crueldad.

Pero, al mismo tiempo, le preocupaba que, como había ocurrido en otras ocasiones, dicha sensación no durase. No había experimentado el vacío que la asaltó tras matar a Cabeza Cuadrada, pero terminaría sintiéndolo. No lograba entender por qué. Livia estaba haciendo que pagasen por sus actos. Todos ellos, uno a uno. Llevaba dieciséis dichosos años anhelando hacer aquello, fantaseando y obsesionándose con ello. No estaba nada bien que matarlos no ofreciera mucho más que un leve paliativo. No era justo.

Intentó pensar en otra cosa. En cómo llegar a Sorm. Sí, eso pareció ayudarle. Necesitaba buscar un modo que no implicase recurrir a Little, pero no lo conseguía. Lo mejor que alcanzó a hacer fue ingeniar algo capaz de mitigar el riesgo, pero sin eliminarlo.

Claro que, sin riesgo, ¿cuál podía ser la recompensa?

Lo llamó. En Tailandia estaban en plena noche, así que en Estados Unidos debía de ser por la tarde del día anterior.

—Livia —dijo él cuando lo localizó—. ¡Qué sorpresa tan grata!

—Sorpresa sí que es por lo menos.

—¿Tienes algún problema?

—Más bien una ocasión.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Conoce a alguien llamado Sorm, Rithisak Sorm?

Hubo una pausa.

—Sabes que sí —respondió él al fin—. Su nombre está en los archivos que compartí contigo.

—¿Y sabe usted dónde se encuentra?

—Si has leído esos archivos sabrás que no.

—Bien, pues creo que yo sí.

Otra pausa.

—No quiero parecer desconfiado —dijo él—, pero... tengo gente que lleva mucho tiempo buscando a Rithisak Sorm. Ese hombre es como un fantasma. ¿Estás segura de que lo has encontrado?

—No, pero tengo una pista muy sólida.

—¿Qué clase de pista?

—Una pista solamente, pero para seguirla necesitaré su ayuda.

—Y no te gusta tener que pedir ayuda, ¿verdad?

—¿Va a seguir psicoanalizándose o prefiere encontrar a Sorm?

—¿Tengo que elegir?

Livia hizo caso omiso del comentario, porque le interesaba ir al grano.

—Creo que está en un club de Pattaya que se llama Les Nuits, en el hotel Ruby.

—De acuerdo.

—Creo que está usando el club para llevar a cabo operaciones de trata. — Eso no era del todo cierto, pero tampoco era mentira: no podía garantizar que Sorm no estuviera sirviéndose del establecimiento para traficar con personas y, además, sin ese dato no tenía excusa para pedir ayuda a Little—. Me gustaría echarle un vistazo más de cerca.

—¿Y me necesitas para eso?

—Es que me gustaría ver ciertas zonas en las que normalmente no dejan entrar a los clientes.

—Livia, me gusta tu estilo.

—La cosa es que no sé hasta dónde puede llegar su gente —prosiguió ella—. Me dijo que les dan recursos para hartar. ¿Pueden conseguir los planos del club? ¿Encontrar fallos de seguridad? ¿Sacarles partido?

—Sí, sí y puede.

—Necesito que los tres sean sí si quiero que esto funcione.

—Dame un par de horas.

Colgó e intentó dormir sin mucho éxito. Entonces, cuando había empezado ya a salir el sol y ella había conseguido al fin conciliar el sueño, sonó el teléfono. Little.

—Buenas noticias —anunció—. Los tres son sí.

—Cuénteme.

—El hotel y el club son nuevecitos. Tienen sistemas de última generación y todo está centralizado: la iluminación, los cierres de las puertas, el aire acondicionado, las alarmas... Todo. Y tengo gente capaz de hacerse con el mando de todo eso.

Era lo que había estado deseando ella, aunque no había querido hacerse ilusiones. Trató de hacer caso omiso de su entusiasmo para centrarse en el plan.

—¿Significa eso que pueden conseguir que entre en el club de día, cuando no hay nadie?

—Eso mismo.

Para lo siguiente iba a hacer falta alguna que otra explicación más.

—¿Y mientras está funcionando? ¿Sería posible cortar la luz?

Hubo una pausa.

—De todas partes menos, quizá, de los aseos, que al parecer se apagan y se encienden manualmente. ¿Para qué quieres que hagamos eso?

—Quiero estudiarlo todo cuando esté cerrado, averiguar lo que sea posible del lugar, pero creo que lo que estoy buscando no lo voy a encontrar de día, de modo que necesito volver por la noche.

—Por la noche estará abierto el club.

—Sí. Las partes a las que quiero entrar estarán cerradas y por eso quiero que las abran y que, al mismo tiempo, corten la luz. Será solo un minuto, lo suficiente para acceder a sitios en los que se supone que no debería estar.

—Creo que lo he entendido, pero, si apagamos las luces, ¿cómo vas a ver?

Livia tenía preparada la respuesta. Podía haberle dicho que tenía a mano una linterna, pero él habría sabido que mentía, porque a oscuras todo el mundo habría visto la luz. Así que le dijo la verdad o, por lo menos, parte de la verdad.

—Tengo un equipo de visión nocturna.

—¿De visión nocturna? ¿Y cómo coño has conseguido un equipo de visión nocturna en Bangkok?

—¿Va a seguir preguntándome cómo hago las cosas o va a ayudarme a hacerlas?

—Es solo que me has dejado impresionado.

—Llevaré el dispositivo durante el día, cuando me abran las puertas. Encontraré un escondrijo. Estudiaré bien el lugar y volveré por la noche, recuperaré el equipo y, cuando esté lista, les haré una señal. Entonces, apagarán las luces y abrirán las puertas para que pueda echar un buen vistazo a los lugares en los que no debería estar. ¿Le parece un buen plan?

—Sabía que iba a ser el comienzo de una hermosa amistad.

—Tampoco se precipite. Y haga café. Cuando entre la primera vez, estando cerrado el garito, allí será muy de noche, suponiendo que está usted en Estados Unidos.

—Por mí no te preocupes, que voy a estar demasiado entusiasmado como para dormirme.

Livia se imaginó dentro del club, escondiendo no solo las gafas de visión nocturna, sino la Glock que le había quitado a Barbasucia, y pensó: «Sí, yo también».

Capítulo 18

Dox llegó en la Kawasaki al embarcadero de Bali Hai, el lado más septentrional de la ciudad y el extremo oeste de la célebre Walking Street de Pattaya. De ahí salían los barcos que navegaban hacia las islas del golfo de Tailandia, de modo que durante todo el día estaba plagado de transbordadores, lanchas, botes de pesca y buzos. Cuando llegó Dox había cientos de personas yendo de un lado a otro y nadie iba a percatarse de otro turista más y mucho menos acordarse de él.

Aparcó la moto, ató el casco, se ajustó la bandolera y se puso a andar, por la sombra cada vez que le era posible, tratando de hacerse con el ambiente de aquel lugar y de familiarizarse con él. Estaba más concurrido de lo que recordaba y, sin duda, más frenético, aunque la sensación general era la misma: la de una ciudad costera del Sudeste Asiático que vendía sol, surf y sexo. El gran rótulo naranja de Pattaya City seguía allí, en la ladera verde de una montaña, como respuesta de la ciudad al de Hollywood, situado al otro lado del Pacífico. El cambio más llamativo se encontraba justo a la izquierda del cartel: un descomunal edificio gris de cincuenta plantas con la forma de una hache minúscula del revés. El hotel Ruby, que albergaba el club Les Nuits. Este, según la página web del establecimiento, ocupaba toda la planta decimoquinta a lo largo de la línea horizontal de la hache.

Dedicó una hora a pasear de un lado a otro confundido entre la multitud mientras se aseguraba de buscar las mejores vías de escape por si la cosa se ponía fea. Cuando quedó satisfecho con aquel reconocimiento, se dirigió al hotel. El edificio podía verse desde la mitad de Pattaya, pero la entrada principal solo se revelaba después de recorrer un sinuoso sendero de baldosas adornado con plantas de bambú. Y menuda entrada: quince metros imponentes de cristal y acero con tres fuentes gigantes de granito que se lanzaban arcos de agua de manera sincronizada. Docenas de personas hacían cola para ver el espectáculo y el sonido de sus risas y sus conversaciones se veía acallado de forma periódica por el chapoteo de los chorros que caían en las fuentes. La mayoría tenían el teléfono en la mano para tomar una

instantánea o quizá hasta grabar vídeos. Dox se alegró de llevar gafas de sol y gorra de béisbol, atuendo que, si bien distaba mucho de ser el mejor disfraz del mundo, era muchísimo mejor que nada.

Rebasó una hilera de coches de lujo y aparcacoches ajetreados y después un pelotón de botones con chaleco y corbata antes de entrar. El lugar, desde luego, resultaba impresionante. Había cristal por todas partes y el vestíbulo tenía árboles que crecían casi hasta tocar los techos altísimos. Debía de haber un centenar de personas tomando café en la cafetería, registrándose en recepción, contemplando boquiabiertas las vistas y el sonido de sus idas y venidas resonaba en aquel vasto espacio. Normalmente no le impresionaban los lugares destinados a humillarlo a uno con su opulencia descarada y aquel era, a ojos vista, uno de ellos.

Aprovechó la conexión wifi gratuita del vestíbulo para llamar a Kanezaki usando Signal.

—¡Amigo! —dijo en español—. ¿Listo para llevarme a lugares en los que no debería estar?

—Cuando tú me digas.

—Perfecto. Cinco minutos después de que colguemos, apaga las cámaras y abre las puertas del club. Estoy a punto de entrar en el ascensor y puede que pierda la cobertura, aunque, por la pinta de este sitio, no me extrañaría que tuviesen wifi en todas partes, hasta dentro de la piscina.

—Sí tienen, dentro de la piscina no, pero en el resto sí.

—Bueno es saberlo. Si hay algún problema, gritaré. Si no, volveré a llamar cuando deje el equipo en su lugar. Si no sabes nada de mí, llama al presidente.

—Está pendiente de todos tus movimientos.

Dox soltó una risita antes de colgar. Miró el reloj y se encaminó a la planta decimoquinta mientras se metía en el papel.

El ascensor estaba forrado en madera y en piel e iba tan rápido que se le taponaron los oídos. Salió al llegar a su planta. Ante él tenía solo un pasillo largo y satisfactoriamente vacío. A uno y otro lado tenía ventanales de cristal que iban del suelo al techo y daban al puerto. Al final del pasillo había dos puertas colosales lacadas de negro y adornadas con un letrero llamativo en el que se leía Les Nuits en caracteres dorados.

Sobre la puerta había una cámara, lo que no constituía ninguna sorpresa y tampoco un problema. Miró por las ventanas como un turista boquiabierto hasta que vio en su reloj que estaban a punto de pasar los cinco minutos. Entonces, recorrió el pasillo con paso lento como un cliente más que admirase

las vistas sin propósito concreto alguno. Se detuvo delante de las puertas y alzó la mirada con gesto estupefacto por si había ocurrido algo que impidiese a Kanezaki cortar las cámaras. Entonces, tendió la mano, tomó el pomo de bronce de tamaño descomunal y tiró de él. Por un segundo pensó que estaba cerrado con llave, pero luego comprobó que se trataba solo del colosal peso de aquella condenada puerta. Tiró con más fuerza y la abrió sin dificultad. Sonrió y entró, dejando que se cerrara lentamente tras él.

El interior era una locura, como si los diseñadores hubiesen estudiado los clubes más fastuosos de Las Vegas y hubieran decidido fundirlos todos en una parodia. A la luz que entraba por las ventanas parcialmente cubiertas con cortinas vio arañas gigantes de vidrio soplado, cuadros de estilo renacentista enmarcados en oro y techos altos más recargados que el de la Capilla Sixtina. Las paredes estaban forradas de lamé dorado, la moqueta, de un color verde vivo, estaba tan mullida que habría podido dormir sobre ella y las sillas y las mesas eran de caoba con bordes dorados. Se detuvo un instante a asimilarlo todo y maravillarse ante la idea de que la gente pensara que los catetos como él eran los que tenían mal gusto.

Suponiendo que los servicios serían el mejor lugar para esconder la pistola y la granada aturdidora, buscó unos, entró y encendió las luces. Sin embargo, en lugar de los sanitarios de porcelana que pensaba encontrar y que le permitirían fijar con cinta el material detrás de ellos o en su interior, topó con la mayor sandez minimalista que hubiera visto en su vida. En lugar de urinarios habían puesto unas repisas de metal de tamaño diminuto que sobresalían de las paredes de espejo. ¿De verdad esperaban que un borracho fuese capaz de apuntar su chorrillo con tanta precisión? Él, tirador de los marines, no tenía muy claro que fuese a conseguirlo con tres martinis de Bombay Sapphire entre pecho y espalda. Y los inodoros eran aún peor: el trono nada más, instalado en la pared de tal modo que resultaba imposible esconder nada y sin cisterna en la que poder meterlo. Joder, si en otros tiempos Rain se había ocultado debajo del tocador usando un arnés de alpinista, allí no había manera de meter ni un cachorro de hámster.

En fin, había llegado el momento de improvisar. Apagó las luces y salió de nuevo a la sala principal del club. Imaginó cómo estaría más tarde: plagado de ruidos, atestado de gente y más oscuro. Con tanto público, necesitaría tener la espalda pegada a una pared para preocuparse solo por lo que tuviera delante.

Recorrió el lugar con rapidez sin encontrar nada que lo convenciera y consciente de que, en caso de que los guardias de seguridad hubiesen visto

algo raro en las cámaras, podía ser que solo le quedase un par de minutos más. Las salas parecían ambientadas con distintos temas. Una con decoración griega o romana; otra pintada quizá por un Miguel Ángel puesto hasta las cejas de ácido lisérgico; la tercera como de un estilo Luis XIV fálico... Un momento. ¿Y eso? ¡Salones de karaoke! Las puertas no tenían cerrojo y se abrieron de inmediato.

El interior estaba oscuro. No quería encender la luz por si aparecía un vigilante, así que sacó de un bolsillo de los pantalones una linterna diminuta envuelta en cinta americana para alumbrarse. La sala estaba forrada de velvetón negro y dorado y tenía una pantalla plana gigante, un banco largo de obra con cojines, varios sillones de cuero y, ¡bingo!, una otomana gigante del mismo material.

Sujetó la linterna con los dientes, volcó la otomana y recorrió con los dedos el forro de debajo, que parecía estar dispuesto sobre una tabla de contrachapado. La golpeó con un nudillo y, en efecto, comprobó que no era más que una lámina fina de madera destinada a mantener el relleno en su lugar. Estupendo. ¡Manos a la obra!

Abrió su fiel Emerson Commander y empezó a cortar el contrachapado cerca de una de las patas. Un minuto después, el suelo había quedado lleno de pedazos de madera y bajo la otomana había un agujero de unos cuarenta centímetros cuadrados. Metió la mano y palpó el interior. Solo tocó relleno. Perfecto. Sacó la pistola, los cargadores y la granada de la bolsa y lo metió todo en el asiento. Tras un segundo de reflexión, metió también la Emerson. Dudaba que fuese a echarla de menos a corto plazo, porque llevaba su sustituta, una Fred Perrin modelo La Griffe, colgada del cuello por un cordón como siempre. De ese modo, solo estaría desarmado unos momentos, los que tardase en volver al club y recuperar su equipo.

Metió dentro del asiento las astillas de contrachapado y volvió a poner en su sitio la otomana, asegurándose de que las patas coincidían de nuevo con las marcas que habían dejado en la moqueta. Se quitó la linterna de la boca y recorrió la estancia con su luz. Perfecto. Las astillas y el serrín que hubiese podido dejar habían quedado ocultos bajo el sofá.

Se enderezó, se crujó el cuello, guardó la linterna y salió por la puerta de vaivén. Aquellos lavabos raros lo habían desconcertado unos instantes, pero al final había encontrado algo mejor aún. Recorrió con rapidez el club en dirección a la salida. Tenía las puertas a seis metros y no había guardias. Misión cumpl...

En ese momento, se abrió una de las hojas, pero quien entró no fue un vigilante, sino una belleza de rasgos tailandeses y andares que hacían pensar que debía de ser americana. ¿Habría llegado allí por casualidad y, tras tirar de una puerta al azar, se había encontrado con que estaba abierta? Cayó en la cuenta de que debería haber pensado en un modo de que Kanezaki echara de nuevo el cerrojo mientras él estaba dentro, pero lo cierto era que había supuesto que apenas tardaría unos minutos.

Durante un segundo horrible, recordó al fulano de la espada. ¿Era posible que le hubiesen vuelto a tender otra dichosa trampa? En ese caso, la única explicación posible era una traición de Kanezaki.

Sin embargo, tanto si era para preocuparse como si no, el modo de abordar la situación era el mismo. Siguió caminando hacia ella y se metió de manera instintiva en su papel.

—¡Vaya! —dijo—. Tenía la impresión de que era temprano, pero parece que podemos empezar la fiesta.

Ella lo miró. Llevaba ropa informal: pantalón corto, camiseta y sandalias de excursionista como las suyas. La correa de la bolsa de cuero que llevaba iba del hombro derecho a su costado izquierdo y por el camino se apretaba contra el espacio que quedaba entre sus senos. Joder, sí que era atractiva, pero, al mismo tiempo, tenía algo de persona seria y resuelta. Se detuvo a unos pasos de ella. Había tenido intención de acercarse más, pero tuvo la sensación de que no iba a mostrarse cordial en exceso si dejaba tan poco espacio entre ambos.

—Solo estaba buscando el baño —dijo ella sin alterarse.

No tenía muy claro a qué había ido allí aquella mujer, pero sí que no era él el motivo. No sentía la misma impresión de tener delante un misil que había fijado su objetivo, como le había ocurrido con Zatōichi. De hecho, ella parecía tan sorprendida de verlo allí como él de su presencia. Desconfiada incluso. Se le ocurrió que podía sondear un poco su historia. Si era alguna clase de agente, no le vendría mal saberlo. Y si no... en fin, había que reconocer que era guapa. Más que guapa. Y seducía por otro motivo que no acababa de determinar.

—Yo acabo de salir de uno —respondió—. Tienen la decoración más extraña que haya visto en la vida, recargada en las formas e insustancial en la función, a mi ver, pero, como digo yo siempre, cualquier puerto es bueno cuando hay tempestad.

Ella lo miró como si tratara de imaginar de qué iba. Normal, a él le estaba pasando lo mismo, aunque, con suerte, lo estaba disimulando un poco mejor.

—Sí —dijo ella—. Gracias por ilustrarme sobre cuartos de baño, pero tengo que usar uno ahora mismo. Que pases un buen día.

—¿Te cuento lo que podría alegrármelo un poco más?

Ella lo miró y él tuvo la sensación de que estaba perdiendo la paciencia, aunque no acababa de decidir si era porque estaba interfiriendo en algún tipo de operación o por estar ella harta de aquella clase de insinuaciones. Por extraño que resulte, deseó que fuese por lo primero. Resultaba más interesante y, a decir verdad, excitante.

Esperó un instante la respuesta y, al ver que no llegaba, prosiguió:

—Tomarme una copa contigo. No aquí, en el fabuloso club Les Nuits, por supuesto. Está claro que no estaban preparados para recibirnos, y eso que se pierden, pero por aquí cerca tiene que haber más sitios. ¿Qué me dices?

—Que muchas gracias por preguntar, pero no, he quedado con unos amigos.

—Pues llévame contigo. La gente dice que soy un tío agradable.

—Eso ya se ve y puede ser que nos encontremos cualquier otro día por aquí, por Pattaya, pero hoy no, ¿vale? —Tras mirarlo un instante con ojos fríos, siguió caminando.

—Y se marchó —dijo él quedando atrás— y me rompió el corazón.

Ella se dirigió a los aseos de señoras sin ni siquiera mirar atrás.

Dox quedó un segundo de pie sin saber muy bien qué hacer. No podía evitar pensar en las sandalias de senderismo ni en la bolsa, lo bastante grande para ocultar una pistola o quién sabe qué más. ¿Sería posible que estuviese allí para colocar algo, como había hecho él? En ese caso, no le iba a hacer ninguna gracia aquel cuarto de baño.

A lo mejor debería quedarse por allí un par de minutos más para ver lo que ocurría cuando saliera. Si tenía un arma de fuego o, ya puestos, una espada, y hubiese abrigado intenciones de usarla contra él, ya lo habría hecho. Podría haberlo dejado seco cuando se había acercado a ella y él no habría podido hacer otra cosa que estirar la pata. Sí, podía quedarse por allí y hacerse una idea mejor de a qué se enfrentaba. Tal vez hasta enfrentarse con lo que fuera. A fin de cuentas, si todavía no había aparecido ningún guardia de seguridad, parecía poco probable que tuviese nada que...

Las puertas del club volvieron a abrirse y entraron con paso firme dos vigilantes de uniforme. Dox se sacudió la sorpresa y se encaminó de inmediato hacia ellos saludándolos con un movimiento amplio del brazo.

—¡Vaya, gracias a Dios! —exclamó en voz muy alta para que pudiera oírlo desde el baño la desconocida—. ¿Qué tiene que hacer un hombre para

que le sirvan una copa en este sitio?

Los recién llegados se miraron y a continuación lo miraron a él.

—Señor —dijo el de la izquierda—, no debería usted estar aquí.

—¿Que no debería estar aquí? ¿No sois camareros?

Ellos se volvieron a mirar y fue de nuevo el de la izquierda quien habló.

—No. Club cerrado. Abre a las nueve. ¿Cómo ha entrado?

Podía ser que el de la derecha no hablase inglés. Tanto daba.

—Acabo de llegar. ¿Me están diciendo que llego muy pronto? Con razón no había nadie.

—Sí, club cerrado. Puertas con llave.

—¿Con llave? ¿Cómo va a ser eso, si al empujar se han abierto como si nada?

Los dos volvieron a mirarse. Esta vez, el que estaba hablando dijo algo en tailandés a su compañero, que entabló con él una conversación animada. Entonces, el que hablaba inglés se dirigió de nuevo a Dox:

—Estas puertas deberían cerradas. Club cerrado. Usted no debería aquí. Por favor, señor, tiene que ir.

—Un momento, ¿me están diciendo que las puertas se han quedado abiertas por accidente? Pues eso sí me preocupa. No sé, pero, si tenían que estar cerradas y no lo están, tienen un problema. He estado en otros establecimientos como este y le prometo, señor, que no es nada recomendable, porque puede haber robos y Dios sabe qué más. Me gustaría ofrecerles mis servicios y ayudarles a presentar una queja formal por escrito ante el defensor del pueblo o ante la autoridad procedente para dar cuenta de las deficiencias de que adolece la seguridad del hotel.

—Por favor, vaya. Marche. El club cerrado.

—En fin, señor mío. Si están ustedes convencidos de la seguridad del club, me parece perfecto. En ese caso, no quiero causarles ningún problema, pero les recomendaría...

—Por favor, señor. Por favor. Está todo bien. Club cerrado. Marche. Todo bien.

—De acuerdo, si están tan seguros de que no pasa nada... Me alegra que hayamos podido identificar el problema de las puertas. Aunque al principio esperaba que fuesen camareros y me haya sentido un poco defraudado al ver que me equivocaba, tengo que elogiar, señores míos, su gentileza y su profesionalidad.

—Gracias, señor. Por favor, marche.

Les dedicó un breve saludo y se dirigió a la puerta con la esperanza de que no tuvieran la intención de ponerse a registrar el club. Si lo hacían, podían encontrar a aquella señorita hermosa, fuera quien fuese, y la presencia de otro intruso no haría sino avivar las sospechas que pudieran abrigar sobre él.

Aun así, dudaba que se molestasen en nada de eso. Si hubiesen sido de los concienzudos, de entrada, no lo habrían dejado marchar así como así. Tenía la sensación de que les preocupaba más cubrirse las espaldas y no tener que ponerse a hacer papeleo que velar por la seguridad del club. Además, como había señalado Kanezaki, aquello no era un banco ni una instalación militar. Ese tal Sorm debía de tener sus propios guardaespaldas, de los que cabía esperar una oposición más firme que la que podría prestar un par de seguratas de hotel. Sin embargo, por el momento, tenía la sensación de que todo estaba saliendo bien.

Al llegar al vestíbulo, pensó en quedarse un rato por allí, pero, tras sopesar todo, luego decidió que lo más seguro era irse sin más. Aunque ojalá hubiese tenido la ocasión de averiguar qué hacía allí aquella señorita hermosa. Y quizá de conocerla un poco mejor.

En fin, el mundo es un pañuelo y aquella ciudad más. Parecía una coincidencia un poco loca, pero ¡a saber!, tal vez hasta era una profesional a la que habían contratado para que acabase con Sorm, como pretendía hacer él. Desde luego, esa mujer tenía algo que él era incapaz de expresar con palabras. Más le valía estar alerta, por si acaso.

Sin embargo, era probable que estuviera equivocado, que no fuese más que una coincidencia extraña y que jamás volviese a verla. La idea, de hecho, lo entristeció. Su propia estupidez le hizo reír mientras salía a encontrarse de nuevo con el día de Pattaya.

Capítulo 19

Livia estaba en cuclillas sobre uno de los inodoros del aseo de señoras, atenta a los sonidos de fuera. El tipo grande del acento texano con el que había topado al entrar se había puesto a hablar otra vez en voz alta, al parecer con un guardia de seguridad o con varios. ¿Había salido mal algo? Little le había dicho que su gente se había encontrado con una anomalía en la señal de las cámaras cuando había ido a desconectarlas, alguna clase de interferencia. ¿Podía ser que la hubiesen visto o que hubiesen visto al otro? Quizá habían entrado a ver qué pasaba precisamente por la anomalía.

Se preguntó por un instante si aquel tipo no estaría allí cumpliendo una misión, aunque acto seguido descartó la idea. Era guapo y tenía que reconocer que aquella confianza excéntrica en sí mismo y aquella verborrea lo hacían quizá adorable, pero era difícil imaginar que pudiese ser algo más que un turista fiestero que se había perdido y había ido a abrir la puerta del club en el momento mismo en que la gente de Little había desconectado el cerrojo. También podía ser que estuviera representando un papel, pero los delincuentes con los que trataba Livia eran todos buenos actores y ella tenía buen ojo para detectar mentiras así. Sin embargo, el texano no le había dado esa impresión.

Aun así, estaba hablando tan alto que casi pensó que podía estar tratando de ponerla sobre aviso. Pero ¿por qué? Debía de haber dado por hecho que estaba buscando el baño, tal como le había dicho. Aun en el caso de que fuese un profesional de alguna clase y aunque sospechara que ella también lo era, ¿qué sentido tenía que la estuviese alertando?

«Porque, si te descubren a ti, sospecharán más de él».

Eso sí tenía sentido y, sin embargo, él no parecía mucho más que un palurdo de sonrisa encantadora.

La conversación de fuera llegó a su fin y oyó las puertas abrirse y cerrarse. Daba la impresión de que el texano se hubiera ido, aunque todavía se oía hablar en tailandés a los guardias, que debían de estar decidiendo qué hacían.

Reparó en que quizá no debería haber encendido las luces de los aseos, porque podían darse cuenta, pero también era cierto que le sería difícil explicar lo que hacía allí a oscuras. Una cosa compensaba la otra.

Se apeó de la taza, se bajó un tanto los pantalones y las bragas y se sentó. Si entraban, le verían los pies, pero tenía que hacer que todo pareciera lo más natural posible por si se veía obligada a recurrir al cuento de que había entrado allí a orinar. Se imaginó la escena y decidió que tal vez fuera fácil sacar partido a la situación en caso de que entraran. Abrió la puerta del retrete. Si el club estaba vacío y no esperaba que hubiera nadie más, ¿para qué iba a haberse molestado en cerrarla? De ese modo, además, si la encontraban medio desnuda, podía contar con que turbaría a los vigilantes. La idea era dar la vuelta a la situación: ellos esperarían una disculpa y una excusa y se encontrarían de pronto con que le debían una a ella por haberla importunado de ese modo.

«¿Algo parecido a lo que estaba intentando hacer el texano con esa chorrada de presentar una queja ante el defensor del pueblo?».

Sí, un poco. Puede que sí, pero...

Después de unos minutos, los oyó dejar de hablar. Las puertas de la entrada se abrieron y se volvieron a cerrar, tras lo cual llegó a ella el sonoro chasquido metálico del cerrojo. Esperó y, transcurridos unos minutos más en silencio, se puso en pie, se subió las bragas y los pantalones cortos y miró a su alrededor.

Había rezado por encontrarse un inodoro normal, con una cisterna en la que esconder sus cosas, pero aquello no era más que un cuenco de acero atornillado a la pared, supuso que con pretensiones de elegancia minimalista cuando, en su opinión, parecía más una muestra de saneamiento carcelario.

El texano había comentado algo sobre la decoración de los lavabos. ¿Podía ser que él también hubiese entrado allí con la intención de esconder algo? Qué va. Lo más seguro era que se hubiese puesto a improvisar con la respuesta de ella. Demasiada información para ligar con alguien.

Se paró a pensar. A no ser que hubiese un panel al otro lado de la pared, cosa que habría resultado extraña en un club nocturno, tenía que haber un modo de acceder a las tuberías de cada inodoro en caso de que se estropearan. El muro estaba cubierto por circulitos de acero del tamaño de un dólar de plata con los bordes tan cercanos unos a otros que casi se tocaban sobre el fondo negro. No vio nada, pero...

Pasó la punta de los dedos por los espacios que quedaban entre los círculos. Bastaron unos segundos para que palpara una hendedura que trazaba

una línea vertical justo encima de la taza, hacia la derecha. Estaba muy bien pensado: no se veía a no ser que se tocara.

La empujó y oyó un chasquido. Retiró la mano y con ella se abrió una tapa de dos palmos por algo más de uno después de que se soltara el cierre magnético.

Sonrió, sacó la SureFire y miró dentro. Perfecto: las entrañas de una cisterna de inodoro común, pero ocultas tras la pared. Y la base sobre la que se apoyaba estaba lo bastante alta como para alcanzarla.

Sacó del macuto la Glock y las gafas de visión nocturna, metió la mano en el hueco y las colocó en el suelo. Entonces, volvió a cerrar la portezuela. Perfecto.

A continuación, envió a Little el siguiente mensaje de texto: «Necesito que abra otra vez las puertas del club cuanto antes y apague las cámaras 30 segundos».

Instantes después recibió la respuesta: «Hecho. Adelante».

Salió. Esta vez tomó las escaleras. Seguía sin tener muy claro quién podía ser el texano, pero, aun cuando fuese solo un turista, estaba claro que era de los que insistían. No le habría extrañado encontrárselo en el vestíbulo, esperándola con esa sonrisa suya y hablándole con su labia de lavabos, corazones rotos y quién sabe qué más.

Desde luego, su aspecto y su confianza le habían resultado... interesantes. Lástima que aquel no fuese ni el momento ni el lugar. Durante un segundo se sintió extrañamente desengañada, pero a continuación se olvidó de ello y bajó a los aparcamientos, por donde se había decidido a salir del hotel.

Para volver a entrar aquella misma noche.

Capítulo 20

Dox pasó el resto de la tarde durmiendo en un hotel de mochileros y se levantó a las once de la noche. Nunca había necesitado despertador, ni siquiera cuando había tenido la dicha de pasar la noche amando a una hermosa dama o en los días no tan dichosos en los que se había levantado con una resaca monstruosa. Aquella noche quería refrescarse con un sueñecito reparador y llegar a Les Nuits en la hora de más animación, que sería, imaginaba, después de la medianoche. Por lo tanto, había puesto su despertador interno a las once y había echado una cabezada. Había llegado la hora de que empezase el espectáculo. Fue al cuarto de baño y, tras una larga meada y una ducha más larga todavía, regresó a la habitación, se sentó unos minutos desnudo en la cama para secarse al aire y, cerrando los ojos, repasó el plan mientras se preparaba para lo que estaba por llegar.

Llamó a Kanezaki, que le confirmó que los contratistas estaban en posición y que todo lo demás estaba listo, y se puso los calzoncillos, se colocó la pistolera de faja y se vistió con un par de vaqueros de marca, una camisa suelta de seda negra y manga corta con la que poder disimular el bulto de la Supergrade y todo lo demás y unos zapatos elegantes a la par que cómodos que había elegido para la ocasión. Se miró en el espejo y comprobó que, en efecto, iba ataviado para bordar el papel.

Entonces salió, arrancó la Kawasaki y volvió a Bali Hai.

Encontró un solar grande de tierra plagado de ciclomotores y motocicletas y aparcó la suya. Aseguró el casco con la cadena y recorrió la zona un rato como había hecho antes para tomar el pulso a sus ritmos nocturnos. La famosa —para bien o para mal— Walking Street rebosaba de vida. Había luces de neón por todas partes, de los clubes de alterne salía música electrónica a raudales y en sus entradas se habían apostado muchachas de uniforme diminuto que se contoneaban al compás y llamaban a los clientes. Las carretillas de los vendedores ambulantes también habían salido a ofrecer toda clase de comidas y a perfumar el aire con los vapores de las empanadillas de cerdo, el arroz frito y la salsa de pescado. Ríos de turistas, en

su mayoría jóvenes varones occidentales, pasaban de un lado a otro, arriba y abajo, con sus camisas sin mangas y sus chanclas, comiéndose con los ojos a las chicas, sucumbiendo a veces a sus coqueteos cuando no seguían adelante como perros que no acaban de decidir con qué bocado quedarse.

No hacía mucho que él había disfrutado con aquellas escenas y las promesas y posibilidades que ofrecían. El tener a todas esas niñas bonitas tratando de conquistarlo le había parecido siempre una cosa divertida que no hacía daño a nadie, pero, de un tiempo a esa parte, no lo veía con los mismos ojos. Algunas de las mujeres que llamaban a los viandantes desde la puerta de los locales y coqueteaban con ellos daban la impresión de estar divirtiéndose, pero la mayoría parecían aburridas, tristes más bien. De eso se trataba: todo aquello era muy triste. Aquella no era la clase de existencia que elegiría nadie que tuviese un mínimo de posibilidades en la vida. Antes no se había detenido a pensar en ello, pero después de conocer a Chantrea al llegar a Phnom Penh para meterse en todo el fregado de Gant, Sorm y Vann, empezaba a ver las cosas de otro modo. Chantrea era una chica buena de buena familia que vivía en el umbral de la pobreza y estudiaba psicología a la vez que sacaba un dinerito en aquellos locales. ¿De verdad lo había elegido ella? ¿Y él la había ayudado, o se había aprovechado?

¿Y cuántas de esas muchachas trabajaban en aquello no ya por no tener otra cosa, sino porque las obligaban tipos como Sorm?

«Y porque las atrapa gente como tú, ¿o no?».

¿Era verdad? ¿Podía considerarse algo así como el camello que vende una dosis a un drogadicto? ¿Eso no era simplificarlo demasiado? ¿No se estaría diciendo a sí mismo que era eso lo que parecía porque resultaba más cómodo negarlo?

«¿De verdad era más cómodo para ti, colega?».

No lo sabía. Tal vez las experiencias vividas en Camboya y luego en Tailandia estaban haciéndolo evolucionar. Al menos, creía albergar esa esperanza. De todos modos, no tendría mucha ocasión de evolucionar estando muerto. Y si no se aclaraba la cabeza antes de entrar en el hotel y se centraba en la misión, era difícil que pudiese aumentar sus probabilidades de seguir con vida.

«Venga, colega. Olvídalo, que tienes que concentrarte».

Estupendo. Dejó escapar un largo suspiro y escribió a Kanezaki.

—«A punto de acudir a la reunión. ¿Está allí nuestro amigo?»

—Sí. Pídelo y me aseguro de que se te abra la puerta.

—«Oído cocina. Posiblemente tengas noticias más de aquí a una hora».

Borró los mensajes, apagó el teléfono y lo metió en la funda antes de encaminarse al hotel Ruby.

Había pasado ya la medianoche cuando llegó. Si el edificio había estado animado durante el día, en aquel momento hervía de actividad. Se había doblado el número de personas que abarrotaban el vestíbulo, inundado por la disonancia de las conversaciones, y, cuando salió del ascensor, al llegar a la planta del club, encontró toda una fila de gente que esperaba para entrar con rostro fantasmagórico por efecto de la luz ultravioleta. Se oía latir la música al otro lado de las puertas, donde tres guardias con cara de pocos amigos y armas de mano registraban a todo el mundo con el detector de metales antes de dejarlos pasar. Se trataba de los antiguos soldados de la infantería real de marina de los que le había hablado Kanezaki. Sí, sin duda parecían tíos duros, fuertes, eficientes y poco dados a sonreír. La clase de hombre que hacía su trabajo y lo hacía bien, ya se tratara de pasarle a uno un detector o de volarle la cabeza.

Mientras esperaba en la fila, miró a su alrededor con la estúpida esperanza de ver a su hermosa dama. No la vio, claro, aunque podía ser que estuviese ya dentro...

A medida que se acercaba, empezó a sonreír y a seguir un tanto el ritmo de la música. Cuando llegó a los guardias, puso el teléfono en una bandeja de plástico y preguntó:

—¿Cómo va la noche?

Uno de ellos respondió con una brevísima inclinación de cabeza como quien quiere dar a entender que ya ha visto esa escena muchas veces y que ni siquiera la primera vez le pareció interesante. Movié el detector de forma metódica desde la coronilla hasta los talones de Dox. Luego examinó el móvil, se lo devolvió e inclinó de nuevo la cabeza.

Dox unió las manos para hacer un *wai*.

—Gracias, señor, por el voto de confianza y por la labor tan importante que están llevando a cabo.

Dicho esto, entró para sumergirse en un mar embravecido de láseres y cuerpos flexibles que bailaban al ritmo machacón de la música house. El aire estaba cargado de olor a loción de afeitado, a sudor de baile y a combinados

de fruta. También había máquinas de hielo seco o lo que fuera, porque la pista estaba cubierta de nubes de humo denso cortado por las luces de colores que se movían al azar en el techo. Se abrió paso entre la muchedumbre, dando rodeos mientras intentaba no distraerse, porque «¡Dios! Si algunas de estas mujeres no tienen un diez es porque el diez no existe». Por supuesto, a la que esperaba ver era a la dama enigmática de su anterior visita, de la que, sin embargo, no encontró rastro alguno. Intentó convencerse de que era una buena señal, porque, si volvía, habría que entender que era una profesional y las cosas podían complicarse mucho. De todos modos, le habría gustado verla. En fin, se conformaría con pensar que eran dos barcos que se habían cruzado por la noche. Probablemente eso era lo mejor.

Se aseguró de tener delante a un buen número de personas tras las que ocultarse al pasar frente a la sala VIP de Sorm. De acuerdo, tres fulanos de negro apostados en semicírculo ante una puerta grande de aspecto recio y, tras ellos, un cordón de terciopelo rojo para alejar al gentío. Recorrían con la mirada todo el club y parecían por lo menos tan duros de pelar como los de la infantería de marina tailandesa de la entrada. Auriculares, botas de soldado y chalecos antibalas. No se les veían armas, pero si no llevaban una pipa guardada en pistoleras lumbares, él era Pedro Picapiedra.

Siguió caminando, dejándose llevar por la multitud, hasta llegar al salón de karaoke en el que había escondido su equipo. Tenía la esperanza de que estuviera vacío, pero sabía que, en virtud de la ley de Murphy, no tendría tanta suerte. De hecho, al mirar por la ventanilla de la puerta vio un grupo de media docena de americanos jóvenes de uno y otro sexo con aspecto de universitarios, felices y prósperos, que tenían apoyados los pies y las bebidas en la otomana. Uno de los varones estaba cantando algo a voz en cuello ante un micrófono y su expresión hacía pensar que, fuera lo que fuese, lo estaba sintiendo de verdad.

Habría sido mucho más sencillo si hubiese contado con algún tipo de uniforme de empleado de hotel. Por otra parte, su experiencia le decía que lo importante en estos casos era más bien la ley del «Haz como que...» y no conocía a nadie a quien se le diera mejor que a él el haz como que. «Bueno — pensó —, pues ¡vamos allá!».

Abrió la puerta y entró con paso decidido. El del micrófono estaba cantando *Don't Let the Sun Go Down on Me* y no lo hacía del todo mal. Tan concentrado en sus poses de artista que ni siquiera oyó entrar a Dox, pero los otros levantaron la mirada.

—Les ruego que me disculpen —dijo en voz alta el recién llegado—. Les pido perdón de parte de la dirección del hotel por la interrupción, pero nos han informado de que en esta sala hay mobiliario que no cumple con las medidas de seguridad. —La puerta se cerró entonces detrás de él y los aisló de buena parte de la música *dance* de fuera.

Todos lo miraron con expresiones más o menos idénticas de «¡Qué coño...!», menos el del micro, que, además, parecía alicaído. Lo entendía perfectamente, porque había cantado ya la parte en la que aseguraba que sus heridas necesitaban amor para curarse y estaba a punto de atacar el mejor momento de toda la pieza. El cantante bajó el micro y por un instante no se oyó en la sala otra cosa que el fondo instrumental.

Una de las jóvenes, una rubia guapetona con un vestido de fiesta plateado tan ajustado que Dox no acertaba a explicarse cómo podía respirar si no lo tenía pintado en el cuerpo, dijo:

—¿Qué?

—Gracias, señorita. Si no les es mucha molestia, ¿podrían parar un momento la música? Solo tengo que revisar esa otomana.

Los otros se miraron. La rubia agitó la cabeza como para despejarla.

—¿Qué? —repitió.

—Por favor, señorita. Solo será un minuto. Nos han informado de que la otomana de este salón es poco segura estructuralmente, bien por defecto de fabricación, bien por mal uso, extremo que todavía no hemos podido determinar. El hotel se toma muy en serio su labor de garantizar la seguridad de todos los clientes que utilizan sus instalaciones. Así que, por favor, aunque la canción es preciosa y usted, señor, estaba haciendo una interpretación magistral, ¿les importaría apagar un momento a Elton John?

La chica lo miró perpleja y volvió a menear la cabeza, pero buscó el mando a distancia y, tras buscar un instante, apretó un botón. Aparte de los graves que llegaban de la música del club, el salón quedó sumido en el silencio.

—Gracias, señorita. Ha sido de gran ayuda. Tengo que revisar esa otomana y los más de treinta años que tengo de experiencia en el ámbito de la inspección mobiliaria me han enseñado que la música y la seguridad no son buenos compañeros. Ahora, si los que tienen apoyados los pies en la otomana pudieran levantarlos lentamente (despacio, señor, no quiero que nadie pueda resultar herido) y ponerlos en el suelo. Ahora, las bebidas. Pueden seguir disfrutando de ellas, pero necesitamos apartar todo objeto de cristal de esa otomana insegura solo un momento.

Todos hicieron lo que les pedía sin dejar de mirarlo como si estuvieran tratando de decidir si era de verdad una figura de autoridad o si solamente estaba majareta. Quizá ambas cosas. Hasta entonces había tenido suerte, porque el alcohol era impredecible y a veces hacía a la gente más susceptible ante un poco de ingeniería social en lugar de tener el efecto contrario.

Se acercó al sofá, metió una mano debajo y lo volcó de tal manera que quedase entre él y los universitarios.

—Por Dios santo —dijo—. Es terrible. Todavía peor de lo que temía. Alguien podía haberse hecho mucho daño.

Metió la mano en el agujero que había hecho, palpó la culata de la Supergrade, la sacó con rapidez y la guardó con disimulo en la pistolera de faja que llevaba bajo la camisa. Entonces, hizo lo mismo con los cargadores, la Emerson y la granada aturdidora.

Cuando acabó, volvió a poner en su sitio el asiento, se puso en pie y sostuvo en alto las astillas de contrachapado.

—Les sorprendería saber el número de lesiones que se produce cada año por otomanas defectuosas —aseveró mirándolos uno a uno—. Me alivia comprobar que esta noche no ha salido nadie herido. Por favor, vuelvan a sus actividades sociales. Y, señorita, déjeme añadir que ese vestido que lleva puesto es una maravilla. El tejido de plata parece parte de su ser. Disfruten de la velada y no se preocupen por ese mueble. Eso sí, por el bien de su seguridad les pediría que se abstuvieran de poner los pies encima hasta que hayamos podido completar las operaciones necesarias para repararlo.

El cantante sacudió la cabeza.

—Pero ¿qué...? ¿Me está diciendo que corríamos peligro por ese sofá?

—En estos casos, señor, no es fácil saber hasta qué punto, aunque lo cierto es que es mejor no arriesgarse. Lo importante es que están todos ustedes perfectamente a salvo y que la otomana ha quedado desactivada. Gracias de nuevo por su cooperación y, por favor, disfruten del club Les Nuits.

Salió sin mirar atrás y atravesó la niebla, los láseres y la multitud que daba vueltas en la pista de baile hasta llegar al otro extremo del establecimiento y luego se encaminó a los aseos más cercanos a la sala VIP de Sorm. Los guardias seguían vigilándola y observando los alrededores, pero él se había puesto ya en modo fantasma y no repararon en él.

Los servicios estaban atestados. La mayoría de los urinarios estaban ocupados y delante de los espejos había una docena de jóvenes tailandeses y occidentales que se ajustaban el pelo engominado y se alisaban las cejas

depiladas. La música estaba alta, demasiado, casi tanto como en la pista de baile. Lanzó las astillas a una papelería situada en el extremo de una base de acero en espiral y se metió en un retrete para comprobar que la Supergrade tuviese el cargador completo y una bala en la recámara y estuviera lista para usarse. Volvió a guardarla en la pistolera y la tapó con la camisa.

«Listo. Ha llegado la hora del espectáculo».

Salió del retrete y se detuvo a lavarse las manos por guardar las formas. Las puso bajo un secamanos que hacía un ruido de los mil demonios y se volvió hacia la puerta para salir.

En ese momento, entró uno de los americanos borrachos —el cantante— y se quedó allí de pie frente a él. «¡Mierda!». La culpa era suya por no haberse guardado las espaldas. No pensaba que aquella pandilla de universitarios le fuese a causar ningún problema. A lo mejor era solo una coincidencia. De todos modos, por el gesto resuelto con que estaba apretando los labios el crío supo que iba a tener que lidiar con él.

—Tronco —dijo el chico—, ¿a qué ha venido eso? Tú no eres de mantenimiento.

—La ingratitud es uno de los gajes de mi oficio, pequeñín —repuso él frotándose las manos recién lavadas—. Libro a la gente de un peligro en potencia y me lo agradecen poniendo en duda mis credenciales.

—Hablando de credenciales, ¿me enseñas tu documentación?

—Lo invito a que presente una queja ante mi supervisor si con eso se siente mejor, pero tengo trabajo que hacer.

Hizo ademán de rebasarlo y al muy imbécil no se le ocurrió otra cosa que agarrarlo por el brazo. Dox se aferró a su muñeca con la mano que le quedaba libre, se liberó y apretó con la fuerza suficiente para hacer que doliera y expresarle con la rapidez y la soltura de su movimiento que lo que estaba sintiendo no era sino un avance del estreno que le esperaba si era tan tonto que pedía ver la película completa.

Miró al chiquillo a los ojos.

—Chaval —le encajó con un gruñido—, o mueves el culo ahora mismo y vuelves con tu Elton John o te saco el hígado por la garganta para azotarte con él hasta partirte el alma. —Y añadió en español—: ¿Comprendes?

El chavalín no intentó siquiera soltarse. Solo perdió parte del color de la cara y asintió con dos movimientos rápidos de cabeza. Dox vio que había gente mirándolos.

«Mierda».

Soltó al crío.

—Y asegúrese de lavarse bien las manos cuando acabe. No soporto la falta de higiene en el cuarto de baño.

Salió dando un rodeo para mantenerse lejos de la sala VIP de Sorm y se detuvo lo bastante lejos de los aseos y dejando en medio un número suficiente de parroquianos para que el chaval no lo viese al salir. Se relajó y contuvo su energía como hacía cuando se encontraba en su puesto de tirador a fin de desaparecer y hacerse invisible a plena vista. Un minuto después salió el otro y puso rumbo al salón de karaoke. Todavía no había recuperado del todo el color de la cara.

«Bueno, Sorm —pensó—, pues ahora sí que voy por ti, hijo de puta».

Respiró hondo y volvió a meterse en el papel antes de cruzar de forma oblicua la sala de baile en dirección a la sala VIP. Los que danzaban frente a él se iban apartando a su paso con extraños movimientos robóticos provocados por las luces intermitentes. Dox movía el esqueleto como quien ha bebido demasiado, deteniéndose aquí y allá a bailar frente a alguna de las señoritas ante las que pasaba y que a veces se mostraban visiblemente irritadas y otras, visiblemente complacidas. Hacía años había estado saliendo con una bailarina que había insistido en enseñarle lo básico del chachachá, la rumba y el tango, que era lo único que de veras le gustaba a él. A él no le había parecido mal. Siempre estaba dispuesto a participar en cualquier cosa que sonara a preliminares del acto sexual. Nunca había esperado sacar ninguna utilidad operativa de nada de aquello, pero solo había que verlo en aquel momento.

Salió de la pista sin dejar de bailar. Los guardias estaban ya a seis metros y entre él y ellos no había más que un puñado de personas y algunas volutas de niebla de las máquinas.

Algo más de cuatro metros.

Meció las caderas y los hombros, hizo girar los brazos y añadió a todo ello una pirueta por si acaso.

Los guardias habían dejado de recorrer la sala con la mirada para posarla directamente en él y no precisamente con gesto amigable.

Tres metros.

—¡Eh! —los llamó mientras hacía un paso básico de bailes de salón—. Esa es la sala VIP, ¿no? ¿Cuánto cuesta bailar ahí dentro?

Capítulo 21

Livia estaba sentada en un taburete del extremo de la barra más cercano a la sala VIP de Sorm, bebiendo un *cosmopolitan* en copa de cóctel. Había recuperado la Glock de su escondrijo y la había metido en el bolso de bandolera que llevaba a la izquierda de tal manera que le resultaba bien accesible con la mano derecha. Era quizá demasiado voluminoso en comparación con el brevísimo vestido de fiesta que se había puesto, aunque en el club no faltaban mujeres con bolsos de tamaño considerable. Algunas eran profesionales y guardaban en ellos los pertrechos de su oficio, en tanto que otras no eran más que entusiastas de la noche que guardaban una muda que usar por la mañana en caso de que logran cumplir su sueño de encamarse. Ella, claro, lo necesitaba para guardar la Glock y el dispositivo de visión nocturna.

El otro elemento que podría haber dado la ligera impresión de estar fuera de lugar era el calzado plano que había optado por ponerse. Un tacón habría encajado mucho más en el club, pero, por otra parte, si una quería pasar la noche bailando solía primar la comodidad. En su caso, por supuesto, se trataba de una cuestión de rapidez y movilidad. De cualquier manera, ninguno de estos detalles importaba demasiado en el fondo, ya que, si el vestido era lo bastante corto y ajustado, nadie iba a fijarse en los accesorios. La peluca de color platino y las gafas enormes de pasta tampoco eran lo más apropiado para ir a la moda, pero eran mejor que nada frente a las grabaciones de vídeo.

Había estado charlando brevemente con un australiano que se había acercado a probar suerte con ella, ambos con la cabeza inclinada y a escasos centímetros de separación para que pudieran oírse por encima de la música, pero cuando ella había declinado su ofrecimiento de invitarla a una copa diciéndole que había quedado con un amigo, el tipo se había ido. Aquello le había venido bien, porque le había dado unos minutos para estudiar el club desde aquella posición y examinar a los guardias apostados ante la sala VIP de Sorm. Ya había visto lo que necesitaba y estaba lista.

Limpió el pie de la copa de martini con una servilleta y sacó el teléfono. El corazón empezó a acelerársele y tuvo que dedicar un minuto a hacer respiraciones lentas y profundas para calmarse antes de llamar a Little.

—¿Me oye? —le dijo apartando la cabeza de la gente que tenía a su lado para poder gritar.

—No mucho. Suena como si estuvieses de fiesta.

Livia miró a su alrededor.

—Es que estoy de fiesta. ¿Listo?

—En cuanto me lo digas, apago las luces y abro las puertas.

Livia se puso en pie, abrió la cremallera del bolso y bordeó la pista de baile en dirección a la sala VIP con el corazón desbocado de nuevo.

—Diez segundos —anunció.

—Estoy contigo.

Siguió adelante. Estaba a doce metros. El ritmo machacón de la música se oía a todo volumen. Los láseres zigzagueaban en el suelo que tenía delante. La pista estaba atestada de cuerpos ondulantes y brazos alzados. Todo el mundo se movía envuelto por volutas de niebla procedentes de máquinas invisibles.

Sacó las gafas de visión nocturna y las encendió.

—Ocho segundos.

—Sigo aquí. Tú avisas.

Nueve metros. Entre los guardias y ella podía haber unas cincuenta personas. Cada vez tenía menos gente tras la que parapetarse.

Llevaba las gafas sujetas por la correa de modo que pudiera colocárselas de inmediato cuando las necesitara.

Seis metros. Solo un poco más. Quería hacerlo lo más rápido posible para que nadie tuviese tiempo de reaccionar.

—Cinco —dijo—, cuatro, tres...

Un tipo grandullón salió entonces de entre la multitud de la pista de baile situada a su izquierda y llamó a los guardias diciendo:

—¡Eh! Esa es la sala VIP, ¿no? ¿Cuánto cuesta bailar ahí dentro?

Aunque no lo hubiese visto, le habría bastado oír la voz para saber quién era. El texano.

«¿Qué coño...?».

—Espera —dijo ella—. Todavía no.

—Espero.

«Pero ¿qué coño...?», volvió a pensar.

Los guardias estaban mirando al texano. Con cara de pocos amigos. Sea lo que fuese lo que intentaba hacer, pensó que debía de tener unos tres segundos antes de que se le adelantasen.

—Ese cordón que tienen detrás es de velvetón corintio, ¿verdad? —preguntó el texano en voz alta sin dejar de avanzar—. Velvetón corintio del bueno, como el que tenían mis abuelos en Abilene.

Entonces se puso a bailar una giga extraña y dio un giro y, estando de espaldas, sacó una pistola de debajo de la camisa como quien hace un truco de magia. Uno de los guardias vio la jugada o, por lo menos, se dio cuenta de que el texano estaba demasiado cerca y de que sus manos habían desaparecido un instante. El vigilante fue a echar mano al arma que tenía en la región lumbar... El texano acabó su giro, levantó la suya a mitad de camino y...

El guardia empezó a gritar en tailandés algo que debía de significar: «¡Una pistola!», pero el texano lo detuvo encajándole una bala en la frente. Al instante, le había disparado otra en la cabeza al segundo vigilante y otra al tercero, con tanta velocidad y precisión que alcanzó a los tres antes de que el primero hubiese tenido tiempo de caer al suelo.

Los disparos se oyeron de manera inconfundible pese al martilleo de la música. Livia oyó gritar en la pista y distinguió el sonido de gente hablando confusamente.

El texano pasó por encima de los cadáveres en dirección al cordón de velvetón vuelto de espaldas a la puerta y le asestó una coz justo por debajo del pomo. La puerta se abrió de golpe.

Detrás de ella había tres hombres de uniforme negro con chalecos tácticos y las armas listas para disparar. El texano, que se había agachado ya para dar la coz, exclamó:

—¡Mierda! —y a la vez se lanzó al suelo apartándose de ellos y arrojó algo al interior de la sala.

Los hombres lo vieron y uno de ellos gritó en inglés:

—¡Granada!

Sin pensarlo, Livia se dio la vuelta con un movimiento rápido y espetó al teléfono:

—¡Apague la luz!

El club quedó al instante sumido en las tinieblas. Se oyó un estallido colosal al que siguió un potente fogonazo en el interior de la sala VIP; a continuación, otro estallido acompañado de un nuevo destello, y otro más. Livia supo que se trataba de una granada aturdidora.

Se colocó las gafas de visión nocturna y sacó la Glock. A sus espaldas se había desatado el caos. La gente gritaba y salía en estampida. Las luces de la sala VIP de Sorm seguían encendidas. Debía de estar concebida como refugio y tener un circuito aparte. Estaba vacía. Los tres soldados o lo que fueran habían conseguido salir al salón principal del club antes de que estallara la granada, porque daba la impresión de que no hubiesen perdido la visión. Tenían las pistolas en alto, sujetas con ambas manos mientras buscaban un blanco.

Uno de ellos hizo dos disparos. Las balas fueron a dar en el suelo, a la izquierda del texano. Este giró hacia el otro lado y disparó dos veces desde la espalda. Alcanzó en el pecho al soldado, que se apartó con un giro. Tenía que haberle dolido, aunque gracias al chaleco no había quedado, ni mucho menos, fuera de combate.

Otro de los soldados lo rodeó por la derecha. Tenían intención de flanquearlo. Por buena que pudiese ser su visión, saltaba a la vista que el efecto aturdidor de la granada había hecho mella en su coordinación. Con todo, aunque el texano se las ingeniase para dispararles a la cabeza y obviar así los chalecos antibalas, eran tres contra uno y no iba a salirse con la suya.

Él volvió a rodar y efectuó otros dos tiros. El tipo que lo estaba rodeando se sacudió al recibir los impactos, que, sin embargo, también fueron a darle en el pecho. La penumbra procedente de la sala VIP había impedido quizá que el texano viese el chaleco. O tal vez al estar rodando por el suelo no podía hacer mucho más que apuntar al tronco. O podían ser las dos cosas.

El tercero se movió hacia el otro lado sin separarse de la pared. El primero tomó puntería y el texano volvió a disparar. La bala le pasó muy cerca de la cara. El texano había averiguado cuál era el problema, pero tenía mucho a lo que atender y su posición no era precisamente la ideal.

Descargó de nuevo el arma. Esta vez acertó en la cara del tipo y lo derribó, pero, mientras le hacía frente, el tercero había seguido recorriendo la pared con sigilo y estaba levantando la pistola...

Livia apuntó y disparó. La primera bala fue a dar en la garganta al que estaba apuntando. Se acercó y siguió tirando, levantando el cañón una pizca a medida que avanzaba. La segunda y la tercera le alcanzaron la cabeza y lo derribaron.

El texano giró la cabeza hacia ella con violencia y a la vez hizo ademán de dirigir allí también la pistola, pero enseguida volvió a apuntar con ambas hacia el lado opuesto. Pese a toda aquella zapatista, tenía que haber supuesto que, vinieran de donde viniesen, aquellas balas no eran para él.

—¿Qué cojones...? —exclamó.

Entonces, rodó de nuevo. Justo a tiempo, porque el segundo soldado puso dos balas en el lugar de la moqueta en que había estado el cuerpo del texano hacía un instante. Al ver que había fallado, giró el arma para intentar acertar a Livia. Ella, viendo que el soldado estaba demasiado lejos para arriesgarse a darle en la cabeza, apuntó al tronco y apretó el gatillo mientras avanzaba hacia él. Una vez. Otra. Una tercera. Él se sacudió por los impactos y ella subió el cañón de la pistola y apuntó entonces a...

A su derecha oyó un estruendo y de la sien del soldado brotó un chorro de sangre. Mientras él estaba haciendo frente a Livia, el texano había hecho puntería para darle el tiro de gracia.

Livia miró a su alrededor con gesto salvaje. Había gente corriendo en todas direcciones sin dejar de dar gritos. Los láseres seguían moviéndose en zigzag en medio de la oscuridad y la música no había dejado de batir el aire. Por lo demás, no vio a ningún otro oponente.

Miró al texano. Seguía tumbado boca arriba con la cabeza levantada del suelo y girándola a un lado y a otro, con la pistola levantada mientras la empuñaba con las dos manos y los brazos extendidos.

—¿Qué cojones...? —volvió a decir a voz en grito sin mirarla siquiera.

—¿Dónde está Sorm? —exclamó ella—. ¿No estaba en esa sala?

—Sorm no está aquí. ¿No lo ves? ¡Es una trampa! ¡Hay que pirarse de aquí!

Dobló las piernas y se puso en pie de un salto. Para ser tan grandullón se movía con mucha rapidez.

—¿Dónde está? —gritó ella mientras buscaba a derecha e izquierda.

—¡Y yo qué sé! Yo diría que no ha estado aquí nunca. ¡Vamos, hay que salir pitando de aquí!

Corrió a su lado y giró para que ambos quedaran espalda con espalda y pudieran abarcar así con la vista toda la sala.

—¿Cómo sabes que no estaba ahí? —preguntó ella sin bajar la voz.

—¡No lo sé! Lo que sí sé es quién había: tres matarifes profesionales con chaleco antibalas que me habrían picado el billete al otro barrio si no llegas a pararles los pies. ¿No lo ves? Sorm sabía que veníamos por él. Que yo venía. O que tú venías. O yo qué sé. Pero ¡por Dios santo!, ¿no podemos poner en común nuestras teorías sobre qué coño ha pasado aquí una vez que estemos a salvo?

—Pero ¿y si estaba aquí y se ha esfumado? ¡La sala tiene una puerta trasera!

—Ya lo sé, pero...

—Si estaba aquí, ha tenido que salir por ahí. Y yo pienso seguirlo.

Miró hacia la entrada y vio a tres hombres que se afanaban en abrirse paso entre el gentío.

—Mierda —dijo—, los guardias de seguridad de la entrada.

—No los mates —pidió el texano—. Están haciendo su trabajo y no tienen nada que ver con Sorm.

Sabía que tenía razón, pero también que estaba demasiado cerca de su objetivo. Si intentaban frenarla...

—Deja que me encargue yo, ¿entendido? Guarda las gafas y la pistola. Confía en mí. Si no, vamos a tener otro tiroteo y te juro que no soporto más de dos al día.

Livia, con todo, vaciló.

—Voy a hacer que se vayan por otro lado, ¿de acuerdo? Pero ¡haz lo que te estoy diciendo!

Convencida de estar cometiendo un error funesto, se quitó el equipo de visión nocturna y lo metió en el bolso junto con la Glock.

Sin decir nada más, el texano guardó su pistola en la faja, la tomó a ella de la mano y con la que tenía libre se puso a hacer aspavientos a los vigilantes que iban hacia ellos.

—¡Gracias a Dios! —gritó—. ¡Gracias a Dios que han venido! ¡Dios santo, se han puesto a disparar a la gente allí, en aquel salón de karaoke! ¡Y a cantar cosas de Elton John! —Señaló en una dirección que se alejaba de la de la sala VIP de Sorm—. Por allí ha sido. ¿Me oyen? ¡Dense prisa, por el amor de Dios! ¡Qué miedo, Dios mío! ¡Qué miedo!

Los guardias de seguridad echaron a correr hacia allí. Livia sacudió la cabeza sin poder creer que aquella treta hubiese funcionado. Todo el mundo parecía picar cuando ese tipo se ponía a hacerse el cateto. Sin más palabras, sacó la Glock y fue directa al refugio de Sorm.

—¡Que no, coño! —exclamó el texano a sus espaldas, pero a ella le dio igual.

Si había alguna posibilidad de que estuviera allí Sorm, tenía intención de matarlo.

Saltó por encima de los cuerpos sin vida de los guardias tailandeses de Sorm e irrumpió en la sala, cubierta de humo acre. La puerta trasera estaba abierta y tras ella había un rellano de escalera de incendios iluminado con fría luz fluorescente. Se plantó allí de un salto.

—¡Espera! —oyó decir al texano, pero ni siquiera disminuyó el paso.

Llegó a la escalera y comenzó a bajar de cuatro en cuatro los peldaños. Oía las pisadas del texano justo a su espalda.

—¡Puede que nos estén esperando, leche!

Livia seguía sin hacer caso de los gritos de él. No podía dejar escapar a Sorm. No podía.

Oyó al texano seguirla de cerca y, a continuación, sin saber cómo, lo vio adelantarla a tal velocidad que iba haciendo girar los brazos para no perder el equilibrio. Estuvo a punto de caer, pero se las compuso para agarrarse a la barandilla del rellano siguiente y afianzarse. Acto seguido, le envolvió la cintura con un brazo y la retuvo. Ella quiso hacerle un barrido y seguir corriendo escaleras abajo, pero se contuvo por algún motivo.

—Escúchame un momento —le dijo él—. Escúchame. El tío que me lo ha organizado todo, el del servicio de espionaje que ha pirateado las puertas y todo lo demás, se supone que tiene a un grupo de contratistas esperando en la planta baja, detrás de la salida de emergencia. Si esto no es una trampa de cabo a rabo y Sorm ha escapado por aquí, lo tienen que haber cazado ya. Y si sí lo es, el tío al que están esperando los contratistas soy yo. No podemos salir por ahí. No ganamos nada y nos jugamos el pellejo. Escúchame, por favor. Vamos a hacernos con Sorm de otro modo.

Livia tuvo que reconocer, en el fondo, que lo que decía él tenía mucho sentido. Con todo, no podía hacerle caso. No podía y punto.

—¡No! —dijo—. Estaba aquí. Estaba...

—¡Me cago en...! ¡Que no podemos ir por ahí! Que podía haber más gente mala esperándonos, ¿no lo ves? Por favor. Pareces una buena chica y no quiero verte lanzarte de cabeza a una emboscada. Está claro que tienes cuentas pendientes con Sorm. Yo también. Confía en mí, ¿vale? Lo vamos a encontrar.

Tenía razón. Le repateaba reconocerlo, pero tenía razón. Se apartó del abrazo de él.

—Las plantas de las habitaciones están cerradas con llave —dijo—. El único modo de salir es por la del vestíbulo o por la salida de incendios del aparcamiento.

—Puedo hacer que piratee las cerraduras mi colega.

—¿El mismo que temes que te haya tendido una trampa?

—Razón no te falta, pero, si no damos muchos detalles, no creo que haya problema. Espera.

Sacó un teléfono y llamó a alguien.

—No —dijo—. Qué va, no lo tengo. Creo que ni siquiera estaba aquí. Sí que había tres matones de los que me he librado por los pelos. Deja que te diga que precisamente no ha sido con tu ayuda. —Hubo una pausa—. Ya hablaremos de eso más tarde. Ahora mismo tengo que darme el piro. ¿Puedes hacer que tu panda de frikis me abra las puertas de la escalera de incendios en todas las plantas? —Otra pausa—. Da igual la planta, tú diles que las abran todas. —Pausa—. ¿Cuándo? Hace cinco minutos habría estado muy bien, pero me conformo con que sea ahora mismo. Muchas gracias.

Un segundo después se oyó un fuerte chasquido metálico en la puerta que tenían detrás. Livia la empujó y se abrió.

—Vía libre —anunció el texano a su interlocutor—. Volveré a llamarte cuando me haya instalado donde sea. Más te vale informarte de por qué se está torciendo tanto todo este asunto, porque está claro que alguien sabía que yo iba a venir. —Colgó y apagó el teléfono antes de meterlo en su funda—. Mete también el tuyo, que siempre es mejor no arriesgarse.

Livia vio que se trataba de una funda de Faraday y también cayó en la cuenta de que seguía con el móvil encendido. Con todo lo que había ocurrido, se le había olvidado apagarlo. No le hacía ninguna gracia tener que dárselo, pero, dadas las circunstancias, tenía mucho sentido protegerlo con aquel trasto. De hecho, ella debería haber usado uno. La policía de Seattle no podía rastrear un teléfono desconectado, pero no sabía qué eran capaces de hacer los de Seguridad Nacional. Lo apagó y se lo dio al texano, que lo guardó y, acto seguido, para su sorpresa, le tendió a ella la funda.

—Toma, guárdalo en tu bolso. Dos teléfonos abultan demasiado para una pistolera de faja y, además, no quiero tener nada que me pueda estorbar para sacar la pipa.

Aquello tampoco carecía de sentido. Metió la funda en el bolso y acto seguido se quitó la peluca y las gafas de pasta para guardarlas también. Quería tener un aspecto diferente del que podrían estar describiendo a esas alturas los testigos. Lo dispuso todo de tal manera que la Glock quedase encima, bien a mano.

Cruzaron la puerta y avanzaron con rapidez por un pasillo largo y amplio. El leve susurro que provocaban sus pasos gracias a la mullida moqueta y a la altura considerable del techo a medida que pasaban ante las puertas de las habitaciones resultaba extraño tras la música electrónica del club, cuyo volumen bastaba para revolver las vísceras del más aguerrido.

—Oye —dijo el texano—. Oye, para un poco. Acuérdate de que ahora somos dos clientes más del hotel que vuelven a su habitación para retozar un

ratito antes de dormir.

Livia lo miró, aún furiosa por haber estado tan cerca de Sorm y haber tenido que dejarlo escapar.

—No digo que sea eso lo que vaya a pasar —añadió—, pero tienes que actuar como si sí.

—Sé actuar como si sí.

—Eso ya lo veo. No hace falta que me lo cuentes, pero, ahora mismo, estás actuando como si estuviésemos peleados. Eso es lo que va a pensar cualquiera que se cruce con nosotros. Si es lo que quieres, a mí no me importa, desde luego, pero creo que va a parecer más normal y, por lo tanto, menos llamativo que fingiésemos un ratito que nos llevamos bien. Por lo menos hasta que hayamos salido del hotel.

—Es que nos llevamos bien.

—¿Ves? A eso me refiero. Si lo dices así, parece de todo menos que lo estés diciendo de corazón.

Oyó el timbre del ascensor desde el fondo del pasillo, a unos quince metros de ellos.

—Mierda —dijo el texano—. Ahora, tómatelo con calma. No vamos a dispararle a nadie hasta que le veamos el blanco de los ojos, ¿de acuerdo?

—¿Quieres dejar de decirme lo que tengo que hacer?

—Mujer, era más una sugerencia. Y ahí va otra: rodéame con un brazo. Actúa. —Él puso el suyo alrededor de la cintura de ella y la atrajo hacia sí.

Livia se tensó y sintió de nuevo ganas de tirarlo al suelo con un barrido y seguir sola.

—Aquí, en el planeta Tierra, es costumbre relajarse y disfrutar de esta clase de contacto humano. Y lo normal es que la gente se dé cuenta si no lo haces.

Livia oyó abrirse las puertas del ascensor y un segundo después salieron dos de los gorilas uniformados que se encargaban de la seguridad del hotel que echaron a caminar hacia ellos, aunque con paso y postura relajados, lo que hacía pensar que simplemente estaban haciendo su ronda habitual y no respondiendo a una situación de emergencia. Ella, no obstante, volvió a tensarse.

El texano la atrajo un poco más hacia sí.

—Tranqui, cielo —le susurró al oído—. Somos dos enamorados dando un paseíto mientras se abandonan al éxtasis de su mutuo deseo.

Saludó a los guardias con la mano y ella lo vio lanzarle un guiño a uno de ellos al pasar. A Livia no le gustaba nada de todo aquello, pero tenía que

reconocer que estaba funcionando. Además, entendía que el texano lo hacía con una intención táctica. Por lo menos en parte, porque había aprendido que con ese tipo no podía estar segura de nada.

Tomaron el ascensor hasta la planta del aparcamiento y usaron una de las salidas laterales, mirando en todo momento a su alrededor por si había problemas. Alrededor del edificio había apostada una docena de coches de policía, a cuyo encuentro acudían más vehículos con las sirenas encendidas. También había muchos curiosos que miraban boquiabiertos intentando imaginar qué podía estar pasando. Ellos dos, sin embargo, siguieron caminando del brazo al calor de la noche de Pattaya hasta que se vieron lejos del hotel y sin nadie alrededor que les prestase atención.

—Tengo la moto aparcada en el embarcadero —anunció el texano—. Vamos para allá. No te preocupes, que vamos a atrapar a Sorm. Pero hoy no.

Cuando eso lo decía Little sonaba a agrupación forzada, pero con el texano, no sabía por qué, era muy distinto. Además, estaba claro que él tampoco le tenía ningún cariño a Sorm. Saltaba a la vista que juntos iban a obtener mejores resultados que actuando cada uno por su cuenta.

Lo cual no quería decir que se fiase de él. Livia no se fiaba de nadie.

Capítulo 22

Apenas tardaron unos minutos en llegar al embarcadero. Dox no acababa de desentrañar de qué iba aquella dama. Era toda una profesional, de eso no cabía duda, pero le resultaba imposible decir de qué clase. De todos modos, cualquier profesional habría tenido muy claro que les convenía ir arrulladitos como amantes más que como dos extraños que no se tragaban o no confiaban el uno en el otro. Ella tenía que saber que para él aquello no era real, sino que estaba «haciendo como que». Vale, vale, es verdad que puede que un poquito real sí fuese. Ella era guapa, qué leche, y además tenía algo que... Y, de todos modos, después de un tiroteo ¿quién no quería que lo abrazasen, aunque fuera un poco?

Vio la Kawasaki en el aparcamiento (el tamaño la hacía fácil de reconocer) y enseguida cayó en algo que no se le había pasado por la cabeza.

—Espera —dijo—, yo tengo el casco ahí, en la moto, pero tenemos que buscar uno para ti. Es verdad que aquí no son muy estrictos con eso, pero tampoco vamos a arriesgarnos a topar con un poli con ganas de sacar un dinerito extra con un soborno. Además, así no nos verán la cara.

No tardó ni dos segundos en encontrar a un fulano que se estaba quitando el suyo después de aparcar.

—¡Eh! —lo llamó Dox agitando un retrato de Benjamin Franklin mientras señalaba el casco—. Te lo compro por cien dólares estadounidenses. ¿Hay trato?

El fulano lo miró como quien no entiende nada. Lo que tal vez fuera cierto.

Es verdad que no tiene sentido limitarse a hablar más alto con alguien que no habla el idioma de uno, pero puede ser que el lenguaje del dinero tuviese otras reglas. Sacó otro billete igual y le tendió los dos con una mano mientras señalaba el casco con la otra.

—Doscientos, señor mío. Es mi última oferta. Usted sabrá si los acepta o prefiere arrepentirse el resto de su vida.

El desconocido respondió con un *wai* marcado y una sonrisa aún mayor. Aceptó el dinero, le dio el casco a Dox y a continuación se fue, probablemente a comprar otra cosa con la que cubrirse la cabeza y gastar la vuelta en varias de las posibilidades orgiásticas que ofrecía Pattaya. Dox entregó el casco a su acompañante y siguió andando con ella.

Llegaron a la motocicleta. Él soltó la cadena y se la echó al hombro, asió el casco y estaba ya levantando una pierna para sentarse cuando ella le paró los pies poniéndole una mano sobre el hombro con firmeza.

—Yo voy delante —aseveró.

Como si le hubiese dicho que lo llevaba a la luna.

—Mira —respondió él con gesto desconcertado—, esto es una Kawasaki Z800, un pelín grande para una señorita como...

—A lo mejor no soy tan señorita como tú piensas o puede que tú no seas tan señor.

—Eso ha dolido, para qué te voy a engañar.

—Ponte detrás.

—Escucha, aquí, como en el resto del mundo civilizado, es costumbre que el hombre vaya delante. Si lo hacemos al revés, corremos el riesgo de llamar la atención. —Podía haber añadido: «O de matarnos en un accidente», pero pensó que sería demasiado incendiario, dadas las circunstancias.

—Estás perdiendo el tiempo.

Dox quiso replicar, pero la vio muy resuelta y, además, no se le ocurría nada más.

—Está bien —repuso—. Espero que sepas llevarla. —También esperaba que nadie, y menos que nadie Rain, se enterase nunca de aquello.

Livia se puso el casco y tendió la mano para que le diese la llave. Dox frunció el ceño, pero el gesto solo logró que se sintiera más impotente aún.

—Está bien —repitió mientras le daba la llave.

Ella pasó una pierna por encima del asiento y él se puso su casco para colocarse detrás.

Livia arrancó, aceleró el motor y volvió la cabeza para advertirle:

—Agárrate fuerte.

—Está bien —volvió a decir él, sintiéndose idiota.

Puso las manos en las caderas de ella, que respondió:

—Más fuerte.

—Si te empeñas... —Le rodeó la cintura. ¡Joder, qué vientre más duro! Fuera quien fuese aquella mujer, no podía negar que estaba en forma.

Y, desde luego, menos mal que le había hecho caso cuando le había dicho que se agarrase, porque salió de pronto y con tanta violencia que la rueda trasera derrapó sobre la tierra al acelerar, aunque ella lo compensó al instante con el peso de su cuerpo, cargándolo a un lado y luego a otro de tal manera que en todo momento dio la impresión de estar al mando por completo. Al llegar a la calle que partía del aparcamiento, aceleró más aún, inclinándose para dar la curva y demostrando un gran dominio del acelerador. Llegó a gran velocidad a la intersección y giró de nuevo sin perder demasiado impulso al volver la esquina. Él se agarró con fuerza, con los ojos abiertos de par en par bajo el casco y preguntándose dónde coño se había metido.

Apenas habían pasado tres minutos cuando se encontraron rumbo al nordeste por la autopista número 7, la vía principal de regreso a Bangkok.

—Espera —gritó Dox sobre el gemido del motor—. No vamos a Bangkok. Gira a la derecha cuando llegues a la 36.

Livia ni siquiera aminoró.

—Tengo a alguien que puede informarme sobre Sorm en Bangkok.

—Escúchame, cuando aparece algún desconocido de la nada e intenta matarme, lo normal es que me pase el día siguiente evitando hacer nada predecible, así que, por favor, hazme caso. Siempre podemos volver a Bangkok. Lo que pasa es que ahora mismo no creo que sea prudente. Ve al sudeste por la 36, que nos llevará a Rayong y a la playa de Saeng Chan. Pasaremos allí la noche y mañana buscaremos otra ruta hacia Bangkok.

Dox sabía que el consejo que le estaba dando tenía mucho sentido. Mucho. Además, estaba claro que ella era toda una profesional, de modo que tenía que saber que lo que le estaba diciendo no era ninguna tontería. Aun así, se veía a la legua que no acababa de decidirse.

—Sé que estás deseando dar con Sorm —dijo Dox—, pero también tienes que hacerlo con cabeza.

En el momento de decirlo, se dio cuenta de que podía estar metiéndose en un atolladero. Al fin y al cabo, se suponía que él no iba a matar a Sorm. Hasta se lo había prometido a Vann y a Kanezaki. Sin embargo, estaba convencido de que aquella mujer estaba resuelta de la hostia a acabar con él o morir en el intento y, con todo, se acababa de ofrecer a ayudarla. En fin, ya daría con una solución más tarde. Por el momento, necesitaban ponerse a salvo.

No sabía lo que iba a hacer si ella no le hacía caso e intentaba seguir por la ruta 7. Desde luego, no estaba en posición de hacerse con los mandos de la moto. Por suerte, tampoco hizo falta, porque Livia redujo al fin la velocidad cuando se acercaban a la salida y giró suavemente para tomarla.

Una hora después habían llegado a Rayong. Aunque llevaba quizá una década sin aparecer por allí, y pese a ser ya poco menos de las tres de la mañana, Dox notó enseguida que el lugar no había cambiado mucho: palmeras, edificios bajos y nada parecido a una Walking Street en la que pasar la noche entera de juerga. Todo apuntaba a que, al encontrarse a una hora más al sur de Bangkok que Pattaya, se había librado del desarrollo desmesurado que había sufrido aquella famosísima prima costera.

Se dirigieron sin prisa al este por la carretera del litoral. Todo estaba dormido bajo una luna baja en cuarto creciente y las olas del golfo de Tailandia, situado a su derecha, rompían blancas por la arena.

—¿Ves todos esos semicírculos de arena y piedra que han hecho en la playa? —preguntó—. De ahí le viene el nombre. *Saeng chan* significa «luz de luna».

Livia giró ligeramente la cabeza.

—¿Adónde vamos?

—En fin, ya veo que mis intentos de hacer de guía turístico no han ido a ninguna parte. Sigue por la carretera del litoral. Hay un hotelito en el que me alojaba hace ya un tiempo. Seguro que sigue allí.

En efecto. Se llamaba Paradise Cottages and Spa y consistía en un conjunto de bungalós de techos de paja que se extendían al sur de la carretera, enfrente mismo de los semicírculos de la playa.

Livia aparcó la Kawasaki y Dox se apeó. Se alegró de ver el estacionamiento vacío y sumido en la oscuridad. Así no habría testigos de la vergüenza que sintió al bajarse de la moto. Con todo, tenía que reconocer que aquella mujer sabía conducir como el que más. Se quitó el casco y sintió la brisa que llegaba del mar y confería un frescor muy agradable al aire nocturno. También llegaba a él el olor del océano, un olor limpio y salado que Pattaya había enterrado bajo gasóleo y hormigón.

Mezclado con él percibió el del fruto del durio. Tenía que haber un árbol en las inmediaciones. Aunque a los occidentales les resultaba desagradable por lo común, para él era una de las delicias del Sudeste Asiático.

La mujer apagó el motor y se quitó el casco. Él corrió a tender una mano y dijo:

—Las llaves, por favor.

Aunque no las tenía todas consigo de que ella fuese a obedecer sin rechistar, Livia hizo lo que le pedía. Al fin y al cabo, la moto era de él y lo justo era devolvérselas.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

Dox agradeció encontrarse de nuevo en un lugar conocido y, al menos, al mando en cierta medida.

—Lo que vamos a hacer ahora es pedir una habitación. Una sola, porque tenemos mucho de lo que hablar, además de que...

—Quieres que nos hagamos pasar por una pareja.

—Se trata solo de actuar. No pretendo aprovecharme de ti.

Pensaba que ella protestaría, pero se limitó a decir:

—Ya lo sé.

Eso lo desconcertó. No conseguía averiguar qué hacer para lograr de ella una actitud colaboradora ni qué lograba escandalizarla.

—¡Vaya! Perfecto —repuso—. Y sabes que puede que le haga un numerito al recepcionista adormilado que vaya a atendernos, ¿verdad?

Livia salvó con una pierna el sillón de la moto para desmontar.

—Sí, eso me temo.

—Tranquila, que es solo un número. Tengo dos maneras de esconderme. Una consiste en volverse invisible y la otra, en dar el espectáculo. Cada una tiene sus ventajas y sus inconvenientes.

Livia soltó una carcajada. Fue muy breve, pero era la primera vez que la veía reírse. Le gustaba y, además, sentía una extraña alegría al saber que podía hacerlo y pensar que tal vez había sido él la causa.

—¿Invisible, tú? —dijo—. Eso habría que verlo.

Dox sonrió.

—Ahí está la gracia, en que no lo verías. De eso se trata.

—Entonces, avísame cuando pase.

—Trato hecho. De momento, sin embargo, vamos a tener que recurrir más bien al espectáculo, así que cuando entremos en el bungaló de recepción ese de ahí, voy a echarte el brazo por encima de los hombros, porque somos una pareja de *Homo sapiens* semilascivos cuyas feromonas se han conocido hace un rato en un bar y están planeando hacer algo con su atracción mutua aquí, en el Paradise Cottages and Spa.

El comentario, concebido para arrancarle otra carcajada, hizo, sin embargo, que Livia arrugara el entrecejo diciendo:

—No hace falta que me hables así. No soy ninguna marciana.

Lo que volvió a desconcertarlo a él.

—Joder, eso ya lo sé. Lo siento. Solo intentaba hacerte reír. Me ha encantado verte reír hace un minuto. Tienes una risa muy bonita y era la primera vez que la oía.

Livia tardó un minuto en responder. Asintió con la cabeza y dijo:

—Vamos a entrar, anda. Estoy hecha polvo.

Seguía sin averiguar de qué iba aquella mujer. Lo único que podía decir con certeza era que estaba soportando un peso descomunal y no encontraba el modo de quitárselo de encima.

Entraron. Él la rodeó con un brazo como había prometido, o como le había advertido, y ella hizo lo mismo sin necesidad de que insistiera. Dox se habría sentido satisfecho en cualquier otra circunstancia al ver que lo había escuchado, que confiaba en él y, qué leche, que hasta podía estar empezando a sentirse atraída por él, pero lo hacía de un modo renuente, triste, en cierto sentido. Quiso incitarla una vez más a actuar, pero decidió que no valía la pena. Estaban en Rayong y eran las tres de la mañana. Nadie iba a notar una incongruencia tan leve como la de que una mujer asiática se mostrara algo reacia a que un tipo blanco y corpulento le echara el brazo por encima.

«¡Qué coño! —pensó—. Si, además, puede que ni siquiera sea una incongruencia, sino más bien la norma».

De cualquier manera, al empleado, un adolescente que cuando entraron tenía la cabeza apoyada en el mostrador mientras soñaba con los angelitos, pareció no importarle una mierda. Se frotó los ojos, aceptó el dinero que le tendía Dox y le entregó una llave. Él le dio las gracias y salió con la mujer, con la que recorrió un sendero de gravilla iluminado por la tenue luz de unos focos hasta dar con su bungalow.

El lugar era agradable, tal como lo recordaba él: sobrio, pero acogedor, con el suelo de madera barnizada, sábanas blancas y puertas de cristal que daban directamente a la playa. El regulador de intensidad de la luz le permitió bajarlas para no atraer a los insectos. Abrió las puertas —Rain lo habría considerado un error de seguridad imperdonable, pero ¡por Dios bendito, si ni siquiera Dox había sabido hasta hacía diez minutos que iban a acabar allí!— y la estancia se llenó de inmediato con el sonido del mar que se extendía a menos de quince metros de allí.

Volvió a llegar a él el perfume del fruto del durio.

—Mmm... Me encanta ese olor.

—¿El del durio? —preguntó ella a sus espaldas.

Dox permaneció un instante donde estaba, cerrando los ojos para disfrutar, sin más, del olor de aquella fruta y el sonido de las olas.

—¡Ya te digo! Te parecerá raro, pero es uno de mis favoritos.

Livia no respondió. Dox se volvió hacia ella y la vio mirándolo con una expresión rarísima.

De camino allí habían parado en un veinticuatro horas para comprar unos sándwiches, patatas fritas y una botella de agua y, tras un momento, Livia se puso en pie, abrió la bolsa y se lanzó a devorar uno de los emparedados. Dox se acercó e hizo lo mismo. Los tiroteos dan un hambre de muerte. De hecho, aumentan toda clase de apetitos. Dox iba a tener que dominarse. Aquella mujer era hermosa y le gustaba mucho. Por si fuera poco, no cabía duda de que estaba impregnada de esa sensación de estar vivo que solo poseen quienes han sobrevivido a los intentos de asesinato de otra persona y han conseguido acabar con ella en cambio. Sin embargo, saltaba a la vista que no le entusiasmaba el contacto humano.

Comieron de pie y en silencio y no tardaron en dar cuenta de los sándwiches y la mitad del agua.

—¡Uf! —exclamó él conteniendo un eructo—. ¡Qué falta me hacía!

Livia asintió muda.

—Creo que deberíamos poner en común ciertas notas, pero primero no me vendría mal una ducha. Si quieres, no me importa cederte el primer turno.

Ella negó con la cabeza.

—Yo estoy bien.

—¿Seguro? —Al verla asentir de nuevo, añadió—: ¡Oye! Cuando salga del cuarto de baño estarás todavía aquí, ¿no?

Livia lo miró.

—¿Por qué dices eso?

—No lo sé. Es que todavía no he sido capaz de saber de qué vas.

—Estaré aquí. Dame solo un minuto.

Se metió en el baño y salió poco después con un aspecto diferente. Él se dio cuenta entonces de que había llevado maquillaje y se lo acababa de quitar. Le gustaba más así. Estuvo a punto de decirlo, pero se dijo que ese comentario a ella no le sonaría nada bien.

Aquella ducha era el paraíso —ancha, limpia y con una presión excelente— y se habría pasado encantado un buen rato relajándose envuelto en el vapor del agua caliente, pero tenían mucho de que hablar y, aunque la había creído cuando le había dicho que seguiría allí cuando saliera, tampoco creía que fuese una buena idea darle demasiado tiempo para reconsiderarlo.

Se secó y se lavó los dientes con el cepillo y la pasta con que los obsequiaba el hotel. De hecho, tenían a su disposición todo un repertorio de artículos de aseo personal: peine, cepillo, bastoncillos de algodón y hasta tapones para los oídos, aunque ¿quién podía necesitarlos en un lugar tan relajante como aquel? Como no fuera un depravado al que no le gustase el

sonido de las olas del mar... o algún desventurado con la desgracia de tener al lado una pareja roncadora. O quizá hubiera fetichistas amantes de los tapones de oídos. Lo único que no ofrecía aquel hotel parecían ser condones. Cosa rara, porque la experiencia le decía que en establecimientos así —de hecho, en otros tiempos, en ese establecimiento en particular— tal artículo se consideraba elegante e indispensable.

Miró la ropa que se acababa de quitar y que había dejado amontonada en el suelo. No le tentaba nada ponerse unas prendas sucias y empapadas en sudor después de una buena ducha, de modo que optó por usar un albornoz del hotel y tenderlas en la barra de la cortina para que se aireasen. Al día siguiente, compraría otras.

Cuando salió la encontró sentada en el sofá, con la pistola en la mesita que tenía delante, al alcance de la mano. Era una Glock 21, un arma muy grande para alguien de su tamaño, aunque, por otra parte, la había visto manejar la Kawasaki como una profesional. Seguía tensa. Ojalá se hubiera dado ella también una ducha. Tal vez la habría ayudado para estar más relajada, porque, desde luego, en él había tenido ese efecto.

—Hay otro albornoz —anunció mientras ocupaba el otro extremo del sofá y se volvía para mirarla. Puso la Supergrade en la mesita, al lado de la Glock—. Estarías más cómoda que con este vestidito de fiesta, aunque estás espléndida, no lo niego, sobre todo después de haber sobrevivido a un tiroteo y huir en moto en plena noche y con el calor asfixiante de Tailandia.

Livia volvió a sonreír. Tenía una sonrisa preciosa, una lástima que costara tanto hacerla salir de su escondite.

—Oye —dijo ella—, antes, en la escalera del hotel, me dijiste que tu colega tenía contratistas esperando a Sorm en la salida de incendios y que, si salía por allí, lo iban a atrapar.

Mierda. Se había ido a centrar precisamente en la contradicción a la que Dox sabía que iba a tener que hacer frente.

—Eso es —dijo.

—¿Qué querías decir con eso? ¿Qué pintaban ahí los contratistas? ¿Para qué querían atraparlo? Si te habías cargado a sus guardias, ¿por qué no ibas a matar a Sorm tú mismo? La granada aturdidora lo habría dejado indefenso.

—Pues... Esa es precisamente la parte más complicada de todo esto y la verdad es que tenía la esperanza de que me ayudases a buscarle sentido. —Se aclaró la garganta—. Allá voy. Alguien me contrató, en teoría para tener una conversación sincera con Sorm, pero resultó que todo era un montaje para que la tuviese con su enemigo pensando que se trataba de él. Ahora me encuentro

metido hasta el cuello en un buen lío y la mejor manera que tengo de salir de él es acabar la conversación. No sé si me entiendes. Pero, al mismo tiempo, estoy atado de manos por culpa de las circunstancias.

Omitiendo algunos nombres y sin dar grandes detalles, le habló de Gant y de Vann, del acta de imputación emitida en Nueva York, de Kanezaki, de la condición de agente de la CIA y de la DIA de Sorm, de Zatōichi y de la promesa que había hecho de capturar con vida a Sorm. A Rain le habría dado un ataque si lo hubiese oído revelar todo aquello, pero, al fin y al cabo, saltaba a la vista que aquella mujer no era precisamente una gran fan de Sorm. De todos modos, para ser sincero, tenía que reconocer que su inclinación a confiar en ella estaba mezclada con algo más.

—Yo sospechaba que estaba huyendo de la justicia —dijo ella cuando le habló de la imputación—. Por una de las pistas que seguía supe que había cambiado su teléfono por uno desechable y necesitaba dinero contante.

Aquello encajaba con lo que le había contado a él Vann.

—Sí, por el tío de la ONU. Vann, se llama. Vann me dijo que Sorm tenía que haberse olido lo que se le venía encima y se dio el piro.

Le contó también que el fulano con el que trabajaba había seguido la pista de Sorm hasta Pattaya y le expuso el plan que habían trazado para apresararlo.

—O sea, que, aunque Sorm hubiese estado allí —repuso ella— y hasta si hubiese salido en efecto por la puerta de atrás de su refugio, no sabías con certeza si había bajado las escaleras hasta la planta baja para tomar la salida de incendios, donde en teoría lo esperaban los contratistas.

Desde luego, colega, esa mujer tenía un olfato muy fino a la hora de encontrar lagunas en una historia.

—Es verdad —reconoció—. Como te he dicho, se suponía que yo tenía que perseguirlo hasta donde estaban ellos o, mejor, arrastrarlo hasta allí por el cogote. Por lo demás, sí, aunque hubiera estado allí, cosa que dudo mucho, y aunque hubiera salido por la puerta de atrás de su salita VIP, si tenía la llave de alguna habitación, podía haber abandonado las escaleras en cualquier planta.

Eso, al parecer, la dejó satisfecha. Por lo menos, no preguntó acerca de ninguna otra incongruencia.

Cuando acabó, pensó que ella se pondría a contarle por qué lo de atrapar a Sorm con vida era una chorrada y a convencerlo de que había que matarlo. Cosa que, una vez expuesta la situación, le pareció una solución muy válida: así no mataría a Sorm, sino que la ayudaría a ella a liquidarlo. Al fin y al cabo, en ningún momento había prometido protegerlo, solo había dicho que

no lo mataría. Aquella hermosa dama podía ser perfectamente la encargada de darle el golpe de gracia, él no faltaría a su palabra y, encima, el mundo quedaría convertido de inmediato en un lugar mejor.

Livia, sin embargo, se limitó a preguntar:

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—¿Me he pasado revelando detalles?

Ella volvió a regalarle aquella risita y a él le encantó.

—Es mucho más de lo que yo te habría contado.

—Sí que es más de lo que me has contado.

—¿Qué quieres saber?

—Eres poli, ¿verdad? Si no, por lo menos, lo has sido.

Livia no se inmutó. De hecho, no reaccionó de ningún otro modo, pero... algo debió de escapársele. Algún gesto de su cara o de sus ojos. Algo tan sutil que resultaba indescriptible, pero que fue suficiente.

—¿Por qué lo dices?

—De entrada, eres la hostia interrogando. Persigues una incongruencia como un sabueso el rastro de su presa. Eso me ha hecho pensar que podías ser poli, aunque también experta en interrogatorios de... las fuerzas aéreas, por ejemplo. Sin embargo, me has hablado de una «pista», por la que, según me has dicho, has sabido que Sorm había cambiado su teléfono por uno desechable. Eso me ha sonado más a poli que a militar.

Livia no contestó.

—Además —siguió diciendo él—, no conozco a ningún interrogador capaz de disparar así. En el campo de tiro, puede ser, pero ¿cuando hay balas silbando también en sentido contrario? ¿Dónde has aprendido a disparar así?

—Me enseñó mi tío.

—¿Y quién es tu tío? ¿Wyatt Earp?

—¿Dónde aprendiste tú?

—En los marines. Lo que pasa es que tengo alma de francotirador y me formé para eso, conque prefiero evitar esa clase de tiroteos cuerpo a cuerpo. Te toca.

Livia no respondió.

—Puede —siguió diciendo él— que no haya acertado del todo, pero sé que no voy muy desencaminado. Se ve a la legua que eres una profesional, pero, a la vez, está claro que esto no lo haces solo porque sea tu profesión. Por lo menos, no como yo.

—¿Tú lo haces solo porque es tu profesión?

Dox reflexionó unos instantes.

—Es curioso. Cuando llegué aquí sí, pero luego coincidí en Phnom Penh con una señorita encantadora, Chantrea se llamaba, empecé a conocerla bien y vi ciertas cosas que... No sé, supongo que al final se ha vuelto algo personal, no solo por mi tendencia a irritarme cuando me contratan con mentiras y encima se proponen matarme.

—¿Cómo es de personal para ti este asunto?

Dox estaba empezando a darse cuenta de que no era solo que aquella mujer hablase poco, sino que, además, se le daba bien hacer que su interlocutor no dejase de hablar. Eso a él le daba igual, porque le encantaba hablar. Además, aunque podía ser que estuviera picando el anzuelo que le tendía ella, tenía la sensación de que tal vez contándole más cosas podría incitarla a ella a hablar también.

—En mi tierra tenemos un dicho. En realidad, tenemos muchos dichos, incluido el de que una tortuga no llega sola a una estantería, uno de mis favoritos, pero yo me refería al que dice que hay gente a la que hay que matar y se acabó, y creo que ese tal Sorm es una de las personas por las que se inventó la expresión. ¿Y tú qué me dices?

—Yo —repuso ella tras una pausa— he conocido a mucha gente así.

Dox la miró y sintió una mezcla extrañísima de emociones. Comprensión. Admiración. Compasión.

Y gratitud, porque de pronto entendió que no estaba tendiéndole ningún anzuelo. Supo que debía de haberle costado horrores revelar una cosa en apariencia tan insignificante. Y, encima, nada menos que a un desconocido.

—Lo siento. Yo también he conocido a unos cuantos, aunque... creo que no de la misma forma que tú. Lo siento mucho. Si te sirve de algo, me alegra haberte conocido. Y no solo porque me hayas salvado el culo en Les Nuits.

Livia lo miró. Se sentía más tensa que nunca, como si estuviera luchando con algo que cargaba en su interior. Al mismo tiempo, Dox tuvo la impresión de ver algo nuevo en sus ojos. No estaba seguro de lo que podía ser, si miedo, vulnerabilidad o qué. Era como si le hubiese hecho daño solo con decirle que se alegraba de haberla conocido.

—¿Por qué entonces? —preguntó ella.

Dox pensó su respuesta.

—Porque, entre otras cosas, hemos matado a gente juntos. A muchos les parecerá que es una forma insólita de crear un lazo entre personas, pero a mí la experiencia me dice que resulta sorprendentemente eficaz.

Livia dibujó aquella sonrisa renuente suya, aunque la expresión de sus ojos permaneció inmutable. Él reparó en cuánto dolor ocultaba aquel gesto y

se maravilló por no haberse dado cuenta antes.

—¿Cómo te llamas, por cierto? —le preguntó.

—¿Y tú?

—Ah, sí. Se me olvidaba que primero tengo que hablar yo para que luego tú no digas nada, pero, en fin, la gente me llama Dox, por «poco ortodoxo», aunque mi verdadero nombre, por el que me conocen solo mis amigos, es Carl.

Se impuso un largo silencio.

—Yo soy... Labi.

—Un nombre muy bonito.

Ella apartó la mirada.

Joder, pero si se lo había dicho de corazón.

—¿Qué? ¿Te piensas que le digo lo mismo a todas?

Sin embargo, ella parecía no haberlo oído siquiera.

—Pero a mí tampoco me llama así nadie —dijo en voz baja.

—A mí me gustaría, si a ti no te importa. —Le tendió la mano—. Me alegro de conocerte, Labi. Yo soy Carl.

Ella le miró la mano sin tomarla. Meneó la cabeza y cerró los puños. Lo miró y, por un instante, dio casi la impresión de que quisiera hacerle daño. De pronto, a Dox no le hizo ninguna gracia lo cerca que estaba aquella Glock. Ninguna gracia.

Livia, sin embargo, no intentó hacer nada con la pistola. En lugar de eso, lo tomó de la mano, pero no para estrecharla, sino para atraerlo hacia ella. No con fuerza ni de un modo precipitado, sino con firmeza, con mucha más energía y determinación de lo que había podido esperar de ella por su tamaño.

Confundido, se preguntó fríamente si no sería una experta en artes marciales. Rain podía mover así a la gente, como sin hacer ningún esfuerzo. Con todo, antes de darle un segundo para meditar al respecto, Livia había conseguido hacerlo girar hasta dejarlo tendido boca arriba en el sofá y se había puesto a horcajadas sobre él, erguida y aferrándole con una mano la garganta mientras retraía el puño de la otra como dispuesta a golpearlo. Tanto lo alarmó que, de hecho, lo dejó petrificado, aunque quizá se trataba más bien de un lujo que se había permitido él al ver que las manos de ella estaban vacías y que, aun cuando la forma como le tenía asido el cuello no parecía ninguna broma, tampoco daba la impresión de querer ir a estrangularlo.

Totalmente inmóvil, se limitó a mirarlo a los ojos durante un momento, como airada o desesperada o vaya usted a saber qué, hasta que, de pronto,

empezó a moverse, a frotarse contra él. Él abrió los ojos de par en par mientras pensaba: «¿Qué cojones...?».

En fin, puede que su cerebro estuviera pensando: «¿Qué cojones...?», pero su monstruo del lago Ness no se hacía tantas preguntas y respondió de forma tan espectacular como instantánea a la fricción y la presión de aquella mujer. Livia lo notó. ¿Cómo no iba a notarlo, si se trataba de Nessie y, además, el vestido de ella se había subido en el momento de darle a él la vuelta, de modo que entre ellos no debía de haber más separación que la del albornoz de él y las braguitas de ella?. La idea lo excitó más aún y Livia empezó a moverse con más fuerza, hacia arriba y hacia abajo, de modo que el roce con el tejido de felpa bastó para volverlo loco.

Puso las manos sobre las caderas de ella, pero Livia lo apartó furiosa y le apretó la garganta con más fuerza. Él volvió a pensar: «¿Qué cojones...?», aunque enseguida se dio cuenta de que la experiencia que había tenido que soportar aquella mujer, fuera cual fuese, debía de haber hecho que le gustase precisamente aquello. Quizá hasta le era imposible hacerlo de otro modo. Así que, aun sin poder evitar sentirse tenso por la presión que estaba ejerciendo ella sobre su laringe y por la escasa distancia a la que se encontraba la Glock, dejó caer los brazos a uno y otro lado de su cuerpo y se abandonó al movimiento. A ella pareció gustarle, como si sintiera que había conseguido someterlo o lo que fuera, y distendió la mano lo suficiente para que él pudiera respirar algo mejor.

Entonces, sin haber tenido siquiera tiempo de ver de dónde lo había sacado, vio que ella llevaba en la mano un preservativo. Él cayó entonces en la cuenta de que tenía que ser el del cuarto de baño y de que debía de haberse hecho con él mientras se aseaba, por si ocurría aquello o porque había planeado que ocurriese. A esas alturas estaba tan perplejo que ni siquiera se movió cuando ella rasgó el envoltorio y se echó hacia delante para sentarse en el vientre de él y llevó las dos manos a su espalda para abrirle el albornoz. Jadeando, le puso el profiláctico, replegó las rodillas para quitarse las bragas y, tras colocarse de nuevo en posición, se dejó caer sobre él. La sensación fue tan agradable e íntima que él, sin advertirlo, hizo de nuevo ademán de tomarla por la cintura y ella volvió a apretarle la garganta para recordarle que debía dejar quietos los brazos. Él permaneció rígido e inmóvil y se limitó a observarla mientras ella lo cabalgaba cada vez con más fuerza. Los jadeos de Livia se hicieron más sonoros, más intensos, hasta que de pronto se le crispó el rostro y lanzó un chillido, aunque en ningún momento cerró los ojos. En

ningún momento dejó de mirarlo, ni siquiera cuando le llegó el orgasmo. Entonces, él vio que estaba llorando.

Todo aquello lo había excitado de una forma muy extraña, pero también lo había dejado tan desconcertado que le había impedido culminar la operación. No le importaba, para él lo importante era siempre que la dama quedase satisfecha. Sin embargo, acto seguido, tuvo la impresión de que ella sí deseaba que ocurriera, porque le soltó el cuello y, apoyando las manos en el sofá, por encima de la cabeza de él, empezó a galopar sobre él con más violencia aún, con gesto dolorido y las mejillas llenas de lágrimas. Le resultó extraño no poder besarla ni tocarla con las manos, sin más conexión que la de sus miradas mientras ella lo montaba con tanta fuerza que hasta dolía y... ¡Ay, Dios! Gracias, Señor, porque era eso mismo lo que necesitaba él, que lanzó un gruñido a medida que se intensificaba el placer y de pronto tuvo un orgasmo como el de ella, con las manos caídas a uno y otro lado de su propio torso y los ojos de ella clavados en los suyos.

Cuando acabó el acto y los dos recobraron un tanto la respiración, Livia echó hacia atrás una mano, sostuvo el profiláctico y se apartó de él. Entonces, volvió a ocupar el extremo opuesto del sofá y bajó la mirada sin decir nada.

Pasó un instante.

—Gracias —dijo él sintiendo que deliraba—. Me ha gustado mucho.

Livia asintió con un gesto, pero aún sin mirarlo.

—Hasta repetiría, siempre que me prometas que esta vez no me vas a estrangular con tanta fuerza.

Ella lo miró al fin y soltó una risita renuente. ¡Joder, cómo le gustaba hacerla reír!

—¿Sabes? —dijo él, quitándose el preservativo y cerrándose el albornoz para poder hablar con ella sin una pija hinchada y menguante que distrajese a nadie—. Normalmente me gusta sujetar a la mujer con la que hago el amor, pero ya veo que tú lo prefieres de otro modo y no quiero que mis insinuaciones resulten inoportunas, aunque la idea me resulte un poco paradójica en este instante.

Livia volvió a clavar la vista en el suelo.

—Perdón.

—¿Perdón por qué?

—Por no... Por ser como soy.

—Ni se te ocurra disculparte por eso. Yo no cambiaría ni un pelo de ti.

Livia se secó los ojos. Parecía agotada. Él también debía de estar cansado.

—Pero escucha —siguió diciendo—. Entiendo que prefieras que no te toquen, pero ¿qué hay de mis necesidades? A mí me gusta que me abracen después del acto amoroso.

Livia agitó la cabeza y se echó a reír. ¡Dios, cómo le gustaba esa risa!

—A ver qué te parece este plan: tú me abrazas a mí y yo no te toco.

En realidad, lo había dicho sin más intención que provocarle una nueva carcajada, pero Livia se levantó y se sentó a su lado. Entonces, como quien está a punto de hacer algo no ya peligroso, sino puede que hasta desagradable, tendió una mano para tocarle la mejilla.

A Dox el gesto lo conmovió tanto que no pudo evitar cubrir con su mano la de ella. Ella la retiró diciendo:

—Sin pasarse.

Él dejó escapar una risotada sin saber muy bien si hablaba en serio o de broma y levantó las manos como si se rindiera ante alguien que lo apuntase con una pistola.

—Perdón, ha sido culpa mía.

Livia asintió.

—Ahora sí que me voy a dar una ducha.

—Claro que sí. Y, cuando acabes, ¿por qué no te metes en la cama?

—No, estaré bien en el sofá. Quédate tú la cama.

—Yo no pienso meterme en esa cama si no es contigo.

—Entonces, parece que vas a ser tú quien duerma en el sofá.

—Perfecto. En peores sitios he dormido. Eso sí, te voy a echar de menos.

Livia se levantó e hizo ademán de dirigirse al cuarto de baño. Antes, sin embargo, se dio la vuelta y lo miró.

—¿De verdad... te ha gustado?

—Pues ¡claro! ¿No lo has notado?

—Supongo que sí.

—A ver, es verdad que ha sido un poco raro para mí, pero no miento si te digo que repetiría.

Livia hizo un gesto de asentimiento, aunque adoptó una expresión triste.

—Me alegro. Creo...

Sin embargo, no dijo qué era lo que creía. Se limitó a menear la cabeza, recogió la Glock y se fue. Dox la vio alejarse y se preguntó qué había querido decir. Ojalá hubiese acabado la frase.

Capítulo 23

Livia puso la ducha a tanta temperatura como le fue posible soportar. Usó una manopla para frotarse bien con jabón y luego se dejó escaldar por el agua para que arrastrase cuanto la impregnaba.

Estaba confundida y no sabía bien por qué. Había tenido novios y, aunque había intentado adaptarse a ellos siendo algo más normal, el único modo que había encontrado de tener un orgasmo en compañía era hacer lo que acababa de hacer con Carl. Se le daba bien pescar a la clase de hombre que quería ponerse duro con ella y a continuación cambiar los papeles y hacerlo sufrir, pero Carl no era así. Era cortés, amable. Sin embargo, con él había funcionado y eso la desconcertaba.

Había cosas que no podía hacer, como, por ejemplo, lo que la habían obligado a hacer aquellos hombres en la cubierta del barco que la llevó de Bangkok a Portland. A esa se sumaban otras, pues, como había aprendido en los cursos de psicología de la universidad, el refuerzo negativo tiende a generalizarse, pero, además, había otras que sí podía hacer, aunque no se sentía cómoda con ellas.

Podía dar besos, si bien no le gustaba. Solo le había resultado agradable el primero, el que le había dado Sean estando aún en el instituto, al lado de los columpios de aquel parque infantil vacío la última noche que pasó en Llewellyn. Suponía que podría haber besado a Carl. Él estaba deseándolo, desde luego, pero Livia no lo había hecho. Lo que había hecho con él no era ni más ni menos que lo que había deseado.

Se alegraba de haberlo hecho eyacular. A veces no ocurría, porque a su pareja no le gustaba lo que ella se empeñaba en hacer, y eso hacía que siempre se sintiera fatal después, como si tuviera algún problema. Otras veces ocurría lo contrario: él acababa demasiado pronto porque disfrutaba mucho con lo que hacía ella. Eso tampoco ayudaba precisamente.

Pensó en Ricitos de Oro y los tres osos y soltó una risita. Sí, Carl era justo el término medio, desconcertado y excitado a partes iguales.

Miró al suelo y dejó que el agua caliente le corriera por el cuello y la espalda. Tenía muy claro que él se ofrecería de nuevo si ella quería y que también dejaría que fuese otra vez como a ella le gustaba, pero ya no sería igual. Parecería artificial. *Sería* artificial. Tendría que intentar provocarlo, enfurecerlo para hacer que volviera a ser real y la sola idea hizo que se sintiera triste.

Apenas le había contado nada, pero él la había entendido. Sin conocer los detalles, lo había comprendido todo. Además, del modo que lo habría deseado ella de haber podido imaginar cómo sería.

El agua caliente le sentó bien. Sintió que, por fin, empezaba a relajarse.

Se alegraba de lo que acababa de ocurrir. Después de lo que había pasado esos últimos días, lo necesitaba, pero no quería que volviese a ocurrir. Lo único que deseaba era... confiar en él. Había estado a punto de confesárselo justo antes de meterse en el cuarto de baño, pero no había sido capaz.

Cuando acabó de ducharse, se puso un albornoz y volvió a la habitación. Lo encontró sentado en el sofá y, aunque tenía erguida la cabeza y los ojos abiertos, daba la sensación de haber estado dormitando.

—¿Mejor? —preguntó él.

Livia asintió con la cabeza.

—Lo necesitaba.

Dox sonrió.

—Siento la tentación de preguntarte si te refieres a la ducha o a lo que ha pasado antes, pero creo que una mujer tiene derecho a guardar sus secretillos.

Livia sacudió la cabeza. Le gustaba aquella actitud incontenible, aunque no quería reconocerlo.

—Tenías razón —dijo—. No soy profesional como tú. No estoy a sueldo de nadie.

Se sentó en el extremo opuesto del sofá y apartó la mirada de él.

—Nací tailandesa, lahu, en realidad, pero de Tailandia. Me raptaron y me llevaron a Estados Unidos. Con mi hermana, Nason. Ella murió.

—Lo siento mucho, Labi.

Pese a haber pasado tantos años, seguía siendo difícil hablar de Nason sin llorar, sobre todo con alguien que, al parecer, la entendía y que, además, la estaba llamando por un nombre que no había oído desde la infancia de ambas, así que se limitó a asentir antes de proseguir a la carrera:

—Y Sorm... Estoy convencida de que estuvo detrás de todo. No del secuestro en sí, porque de eso fue otro el responsable y ya me he ocupado de él y de los que lo ayudaron o, por lo menos, de la mayoría de ellos, sino del

aparato logístico, de la red. Todo eso fue cosa suya. Lo que nos pasó a Nason y a mí no habría sido posible sin Sorm. Y lo mismo puede decirse de lo que les habrá pasado a Dios sabe cuántas otras chiquillas.

Guardaron silencio unos momentos antes de que él dijera al fin:

—Tú lo sabes mejor que yo, pero sí, es cierto. Y mi colega de la CIA, el que hasta entonces me había dado información tan fiable, me dijo que Sorm no se dedica solo a la trata. En sus años mozos, cuando pertenecía a los jemereros rojos, sus especialidades eran la humillación sexual y las violaciones. Lo hacía hasta con menores delante de sus padres. Como ya te he dicho, hay gente a la que hay que matar y se acabó.

Para ella, aquella era una verdad incontestable.

—Sí.

—¿Y cómo conseguiste acercarte tanto? Me refiero al dispositivo de visión nocturna, la Glock... ¿Cómo lo hiciste para meter todo eso en el club?

Livia le habló de Little y del cuerpo especial conjunto que trabajaba en Estados Unidos y Tailandia, aunque reservándose los detalles.

—Dios santo —dijo él cuando acabó—. Esos sistemas de seguridad en red de última generación son como un sueño húmedo para ciertas entidades nacionales. No quiero ni imaginar por dónde irán los tiros con el voto electrónico. Pero ¿qué me dices de Sorm? Por mi colega tengo entendido que no es un tipo fácil de localizar. Y, por lo visto, mi colega tenía más razón de lo que pensaba. ¿De dónde sacaste tú la información?

—Seguí varias pistas.

Dox soltó una carcajada.

—Una de las cuales te dejó la Glock, ¿verdad?

A Livia no le gustó la pregunta.

—¿Qué quieres decir?

—No me malinterpretes. Ya sé que eres capaz de manejar una Z800 como el más experto y supongo que también serás fanática de las armas grandes, pero me da la sensación de que la Glock se la pediste prestada a alguien y de que no fue con mucha amabilidad.

Reparó en que, pese a todo, no había dejado de picar el anzuelo de su actitud de cateto ni, por consiguiente, de subestimarle.

—¿Tú eres el que dice que yo soy buena interrogando?

—Y lo eres, pero supongo que yo también tengo mis momentos.

—De todos modos, tienes razón. Conseguí el número del teléfono desechable de Sorm de uno de los que formaban parte de su red y le seguí la pista hasta el club. Y ahora que he tenido ocasión de pensar un poco en todo

este asunto, creo que tampoco te equivocas al pensar que ni siquiera estaba allí. ¿Qué necesidad tenía? Es evidente que se trataba de una trampa. Lo que pasa es que no quería admitirlo, porque...

—Porque estás deseando matarlo. Lo entiendo.

Livia asintió. La sensación de haber estado tan cerca... En ese momento empezaba a darse cuenta de que se había dejado llevar. Si Carl no hubiese estado allí para hacerla entrar en razón, habría echado a correr por las escaleras del hotel para caer en la siguiente emboscada. Tenía que dominarse.

—Bien, era una trampa —concluyó él—, pero ¿para quién de los dos?

—Pues no es fácil decirlo. Yo nunca le dije a mi contacto a qué parte del club iba, pero, por lo que me has contado tú, tu amigo sabía que tenías intención de asaltar la sala VIP.

—Sí, eso es verdad y no me hace ninguna gracia reconocerlo, porque mi colega y yo hemos pasado mucho juntos.

—Aun así, hay otras posibilidades. Todos han estado rastreando a Sorm por el teléfono desechable que damos por hecho que estaba usando.

—Cierto.

—Por lo tanto, si quienquiera que esté detrás de la emboscada estaba al tanto de lo del desechable, también debía de saber con exactitud dónde íbamos a atacar a Sorm tú o yo.

—Tienes razón —dijo él—. También hay otra posibilidad. Como te he dicho, Sorm trabaja también de agente de la DIA. De hecho, fue la DIA la que me contrató para eliminar al enemigo número uno de Sorm haciéndome creer que era Sorm, de modo que, si la DIA... —Se levantó, caminó hacia las puertas de cristal y estuvo un instante allí de pie, mirando a la playa que se extendía tras ellas, sumida en la oscuridad. Entonces se volvió hacia ella—. Si la DIA tiene noticias de mi colega de la CIA, sabrá también que lo llamé después de salir con vida de la puñalada traperera que me dieron en Phnom Penh, sobre todo por las preguntas que hizo entre la «comunidad» de los servicios de información cuando me puse en contacto con él. ¡Mierda! ¿A que sé lo que ha pasado?

Volvió al sofá y se puso a andar de un lado a otro delante de él.

—Esos tíos de la «comunidad» de los servicios de información se pasan más tiempo espíandose entre sí que vigilando a los supuestos enemigos de América, o sea, que la DIA debe de estar al tanto de la relación que tengo con la CIA, porque mi colega, de hecho, me tiene muy entretenido. De modo que, cuando él empieza a hacer preguntas, cualquiera de ellos se dedica a darle información falsa. «Por supuesto que tenemos el número de teléfono de un

ayudante conocido de Sorm». Mi socio empieza a unir las piezas del rompecabezas y elabora el mapa de una red telefónica que lo lleva al aparato desechable que supuestamente está usando Sorm. Pero ¡si hasta me dijo: «Sorm no sabe lo que somos capaces de hacer», para explicarme por qué se había vuelto descuidado con la seguridad de sus comunicaciones! Puede que Sorm no, pero la DIA sí. La DIA se asegura de que localicemos la sala VIP de Les Nuits, noche tras noche, el teléfono desechable que nos han dicho que es suyo. Mi colega de la CIA se lo traga y piensa emocionado: «¡Bingo! Hemos encontrado a Sorm». Y yo me lo creo también. Sin embargo, en vez de dar con él me encuentro metido en una emboscada.

—Cuando lanzaste la granada aturdidora, uno de los hombres de dentro avisó a los demás en inglés.

—¿En serio?

Livia asintió.

—No es que eso reduzca mucho la lista de sospechosos, pero, por lo menos, encaja con tu teoría.

—Joder, pues yo ni lo oí. Supongo que estaría demasiado ocupado intentando no cagarme encima. Dudo mucho que hubiese salido con vida de ese club si no llegas a estar tú allí.

—Entonces, me alegro de haber estado.

—Un comentario muy sensiblero para haber salido de ti.

Livia se echó a reír, extrañada de lo cómoda que se sentía con él.

—De todos modos —dijo—, tengo otra pista.

—¿Ah, sí?

—Udom Leekpai, otro socio de Sorm, que vende niños que tiene metidos en un contenedor de transporte en el mercado nocturno de Rot Fai, en Srinakarin.

—Pues parece que vamos a tener que volver a Bangkok y hacerle una visita al bueno de Udom.

Por las entrañas de Livia se extendió una ola tibia de adrenalina. Leekpai era la mejor pista con que contaba para llegar a aquella chiquilla. Y a Sorm. Le alegraba tener a alguien que la ayudara a perseguirlo y, al mismo tiempo, se sentía desconcertada por aquella idea y por semejante sentimiento.

—Sí —dijo él—. ¿Te puedo preguntar algo que no viene a cuento?

Livia asintió.

—Tú sabes de artes marciales, ¿verdad? Tai chi, aikido o algo por el estilo...

La pregunta la puso tan nerviosa como su comentario sobre la Glock.

—¿Por qué?

—Por cómo me has cambiado antes de sitio en el sofá. Ni siquiera sé cómo lo has hecho exactamente. No tuve la sensación de que estuvieras haciendo fuerza ninguna y, sin embargo, allá que fui. Tengo un amigo que sabe hacer cosas así y es un *judoka* de primera.

Aquello era acercarse demasiado a ella.

—He hecho mis pinitos en esto y en aquello —repuso, recordando que Little había dicho algo semejante cuando le había preguntado algo similar.

Dox se echó a reír.

—Sí, claro, tus «pinitos». No te preocupes. Como te he dicho, creo que una mujer tiene derecho a guardar sus secretillos. ¿Puedo preguntarte otra cosa que no viene a cuento?

—Contigo tengo la sensación de que todo viene a cuento.

—Pues supongo que depende de cómo definas *cuento*. El caso es que antes, cuando te he dicho que me encantaba el olor del fruto del durio, me has mirado de un modo extraño. Ya sé que a la mayoría de la gente no le gusta, pero esa mirada parecía querer decir algo diferente.

Era verdad que no se le escapaba nada. Habría sido un policía extraordinario.

—Era la fruta preferida de Nason.

Se impuso un largo silencio, tras el cual él dijo:

—Me alegro de que me lo hayas contado.

Livia asintió y, para no llorar, señaló:

—Si tienes razón al pensar que la DIA ha estado dando información falsa a tu contacto de la CIA, quiere decir que...

—Sí, que mi colega debería poder decirnos quién es el agente de la DIA que está protegiendo a Sorm. Y si no...

—Será porque quien está protegiendo a Sorm es él.

—Eso es, aunque me repatea pensarlo siquiera. Lo que pasa es que no puedo llamarlo ahora mismo. No quiero encender el teléfono hasta que estemos listos para darnos el piro por la mañana. Pero ¿sabes qué? De todos modos, tendrá que explicarme un par de cosas.

Capítulo 24

Dox durmió a ratos. La culpa no fue del sofá (hablaba en serio cuando decía que había dormido, y bien, en sitios mucho peores), ni tampoco de la adrenalina que pudiera conservar su organismo después de aquella noche de locura, sino de la posibilidad de que Kanezaki hubiera podido venderlo.

No quería ni pensar en que pudiera ser el caso, lo que significaba que tenía que asegurarse de no descartar la posibilidad por el mero hecho de que fuese inquietante.

Si Kanezaki lo había traicionado, tenía que haber una razón buena de la hostia, porque él debía de saber mejor que nadie que, si algo salía mal, se iba a poner en contra no solo a Dox, sino también a Rain, y, modestia aparte, sobre la faz de la tierra no debía de haber muchas parejas peores a la hora de picarle a uno el billete para el otro barrio.

Con todo, Kanezaki tampoco se quedaba corto como rival y esa idea le ponía los pies en la tierra y, a la vez, resultaba entristecedora.

Rain no confiaba en nadie. En fin, puede que en Dox sí. Y en esa pareja suya (o antigua pareja, quién sabe lo que se traían los dos, a Rain no le gustaba hablar de eso), Delilah. En ella sí confiaba.

Dox, sin embargo, era distinto. Necesitaba tener gente de la que fiarse. Rain era una de esas personas, por supuesto. Delilah también. Joder, se lo había ganado después de todo lo que habían pasado juntos, aunque también había que reconocer que tampoco le había hecho falta, pues lo había sabido desde el momento mismo de conocerla. Y el dalái lama. Sí, Vannak Vann, el de la ONU; lo que pasa es que él lo veía como el dalái lama. Con él lo tenía clarísimo. Y Labi, a la que, es verdad, acababa de conocer, pero con la que había vivido la leche de cosas en un rato. También ella era de fiar.

Y Kanezaki. Kanezaki era otro. Ni siquiera había sido consciente de cuánto confiaba en él después de tantos años hasta ese momento, dando vueltas a altas horas de la noche en el Paradise Cottages and Spa de la provincia tailandesa de Rayong, cuando las circunstancias lo habían obligado a preguntarse si no se habría equivocado al ponerse en sus manos.

Hacía tiempo que había amanecido cuando Labi se revolvió en la cama y se incorporó.

—Buenos días —dijo Dox—. ¿Has dormido bien?

Ella se frotó los ojos.

—Muy bien, la verdad. ¿Y tú?

—Al principio, sí, pero llevo un buen rato despierto, intentando decidir si no me habrá vendido mi colega.

Livia aseveró tras una pausa:

—Aunque Sorm no estuviera allí anoche, seguro que ha estado no hace mucho. La pista que tenía yo era muy fiable.

—Es un consuelo, aunque tampoco descarta a mi colega.

—De todos modos, no tardaremos en saberlo, ¿no?

—Tienes razón. Por cierto, habría que irse de aquí. No quiero llamarlo hasta que estemos al este de Bangkok después de pasar el embudo de la carretera de la costa. Por si acaso.

—Cuando lo llamas «colega» —dijo ella después de otro silencio—, lo dices no solo en el sentido profesional, sino también como si fuese tu amigo.

—Sí, supongo que se podría entender así. Hace mucho que nos conocemos.

—Dudo mucho que haya sido él.

—Yo también, pero... podría ser que sí. No puedo permitirme sentimentalismos.

—Lo entiendo. De todos modos, también pienso que... tienes buen olfato.

Dox la miró. Estaba guapísima a la luz tenue que llegaba de fuera. Y desnuda bajo las sábanas... Ojalá hubiese podido acercarse para hacerle el amor allí mismo, en aquel mismo instante. Sin embargo, saltaba a la vista que ella no quería. Y no era solo cuestión de que fuese al estilo de ella o más dulcemente, como lo habría deseado él en ese momento, sino que tenía la sensación de que lo de la víspera había sido un arrebató excepcional. Aunque no había estado mal. No había estado nada mal. Con un poco de suerte, lo que pudiese venir detrás sería aún mejor.

Él soltó una risotada.

—Lo dices por echarte flores. Lo que me estás diciendo es que tengo buen olfato porque he querido confiar en ti. ¿O no?

—Que lo diga por echarme flores no quiere decir que no sea verdad.

—Ojalá lo sea. Como tú dices, lo averiguaremos muy pronto.

Se turnaron para asearse y dejaron el hotel. Al llegar a la moto, él no quiso discutir y se limitó a tenderle la llave. Livia estaba a punto de aceptarla

cuando vaciló.

—Está bien —dijo—, esta vez voy detrás.

Fue un detalle pequeño, pero él no pasó por alto lo que significaba para ella una concesión así. También reparó en que lo hacía por él, quizá con la intención de parecer más normal a sus ojos, aunque a saber lo que quería decir «normal».

Dox negó con la cabeza y le puso las llave en la mano.

—No, sé que te gusta tener la mano en el acelerador. Por decirlo de algún modo. Además, me gusta cómo me llevas. Joder, con lo que me está costando hacer juegos de palabras y tú ni sonríes. De todos modos, ¡qué coño!, si conduces casi igual que yo. Si mi honrilla no pudiese más que mi franqueza, te diría que mejor. De verdad que no me importa. Hoy por lo menos. A lo mejor me reservo ese derecho para otra ocasión.

Livia le tocó la mejilla como había hecho aquella noche, aunque en esa ocasión él no cometió el error de posar la mano sobre la de ella.

Por el camino se pararon a comprar ropa nueva (camisetas, pantalones cortos y sandalias de senderismo) y a llenar el depósito con huevos, tostadas, beicon y café en un bar de aspecto estadounidense que chocaba mucho con el entorno. Tuvieron una conversación relajada, casi banal, teniendo en cuenta todo lo que había ocurrido la víspera y lo que tenían por delante. Sobre todo hablaron de motos y de lo estúpido que era montar sin un mono de cuero... si uno estaba en Roma e intentaba pasar inadvertido. Livia sentía pasión por las Ducati y su posesión más preciada era una Streetfighter. Él era más de Harley y tenía planes de adquirir un día una V-Rod Muscle, aunque donde vivía resultaba mucho más práctica una más modesta, como la Honda Rebel.

Estando a una media hora al este de Bangkok encontraron un cibercafé. Dox entró y pagó al contado la conexión. Luego salió al polvoriento aparcamiento que había ante el local. El sol de media mañana brillaba alto y Labi estaba de pie al lado de la Kawasaki a la sombra de una palmera solitaria, junto con un chuco que había ido a resguardarse allí del calor. Cuando llegó él, le tendió el teléfono, que había sacado ya de la funda y se apartó por considerar que Dox debía de preferir que no escuchase la llamada. Él estuvo a punto de pedirle que se quedara, pero luego pensó en la bronca que le echaría Rain por ser tan confiado y optó por no decir nada.

Miró al perro, que lo estaba observando.

—¿Qué te cuentas, perrillo? —dijo con aire distraído, sorprendido ante sus propios nervios. No creía que Kanezaki hubiese podido traicionarlo, pero... ¿y si se equivocaba?

Encendió el aparato y vio que la conexión wifi llegaba de sobra al aparcamiento. Vamos allá. Activó el Signal e hizo la llamada.

Kanezaki descolgó enseguida, aunque allí debía de ser muy de noche.

—Buenas —dijo—. Estaba esperando que me llamasen.

—Sí, claro, pero entenderás que, después de lo de Zatōichi y del desastre de Pattaya, tenía que asegurarme de estar a salvo.

—Por supuesto.

—Eso espero. Dime una cosa. Al principio de todo esto me dijiste que sospechabas que Sorm trabajaba para la DIA y luego confirmaste tus sospechas. Quiero saber cómo lo confirmaste. Más concretamente, quién te lo confirmó. Y cómo te conectaste a lo que pensabas que era el teléfono de ese socio de Sorm, el que estaba segurísimo de que Sorm se ocultaba en Les Nuits, para más señas en el puto refugio de la sala VIP, que para mí no fue ningún refugio precisamente.

—Coño, Dox, sabes que no puedo...

—Cierra el pico ahora mismo, pequeñín, porque esta vez no cuela. La última vez me soltaste un rollo parecido: que si Sorm era agente de la DIA y no podías permitir que matase a un agente de la DIA, pero esta vez no vas a delatar a un agente de la DIA, sino a un oficial de la DIA. Y, si no lo haces, colega, voy a saber que no tengo un problema con la DIA, sino contigo.

A su lado pasó zumbando una moto montada por un par de críos que un instante después había desaparecido dejando solo una larga nube de polvo y silencio.

—Temía —dijo Kanezaki— que dijeras eso.

—Tom, sabes que te tengo cariño. Lo sabes, ¿verdad? Pero ahora mismo deberías estar aterrado, porque o te han engañado o me estás engañando. No hay más explicación. Créeme que estoy rezando por que el premio esté tras la puerta número uno, pero me lo tienes que demostrar. Por supuesto, puedes elegir no hacerlo, pero también tendrás que asumir las consecuencias.

El perro que se había protegido bajo la misma palmera lo miró con gesto cauteloso antes de ponerse de pie y alejarse.

—Está bien —repuso Kanezaki—. Mi contacto de la DIA es Frank Dillon. Sí, el subdirector.

Dox sintió una gran oleada de alivio. Había notado que se había puesto muy nervioso, pero no había sido consciente del miedo que le había provocado la posibilidad de que Kanezaki se negara a hablar. Aun así, la información que le había dado resultaba muy preocupante.

—¿Franklin X. Dillon? ¿El mismo que sirvió de tirador del destacamento Delta en la batalla de Mogadiscio?

—El mismo.

—Vaya, pues es un tío duro de los de verdad. Y charla mucho, sobre todo para ser de los del Delta, que, por lo que he podido comprobar, disparan más que hablan. ¿No es el que concedió aquella entrevista a *The New York Times* después de la batalla y le echó nada menos que al puto secretario de Defensa la culpa de la muerte de sus camaradas por no haber enviado los tanques y los vehículos de transporte blindado que pidieron?

—Sí —confirmó Kanezaki—. Esa entrevista le dio mucha fama, aunque también le valió unos cuantos enemigos. Fue una de las cosas que provocaron la dimisión de Aspin.

—Si no recuerdo mal, también es famoso por inventar un sistema nuevo para el tiempo de inactividad de los tanques y vehículos de transporte, no sé qué historia modular con la que consiguió doblar la proporción de horas en activo con respecto al tiempo de mantenimiento.

—Sí, y con eso dobló en la práctica el número de unidades blindadas que podían utilizarse. Decía que nunca iba a perdonarse por no haberlo pensado antes de Mogadiscio. En ese caso, los nuestros habrían contado con el blindaje que necesitaban y no habrían estado a merced de una panda de mandamases inútiles de Washington. ¿Lo conoces personalmente o solo por su reputación?

—Hace mucho tiempo hice parte de mi instrucción con los Delta, pero nuestros caminos no llegaron a cruzarse. ¿Y tú?

—Lleva ya una década con la DIA y hemos coincidido en varias operaciones conjuntas durante este tiempo. Es de esos tipos que nunca sabes si querer u odiar. Un tío muy listo, aunque no tan encantador como tú.

—Pocos lo son.

—El caso es que fue él quien me confirmó, de modo extraoficial, claro, que Gant era uno de sus oficiales de caso y estaba a las órdenes de Dillon. Él me dio la información secreta de la que partí para situar a Sorm en Les Nuits.

Perfecto. No estaba del todo seguro de que pudiera descartar a Kanezaki, pero, por lo menos, parecían estar encaminados en la dirección correcta.

—Para empezar no está nada mal —aseveró Dox—. Si necesitas más información para tirar del hilo, ahí va: en ese club hay tres muertos. En realidad son seis, pero tres eran de aquí, hombres de Sorm, imagino, que habían colocado delante de la sala VIP para sacrificarlos. Los otros tres, sin embargo, son harina de otro costal. Cuando lancé la granada aturdidora a la

habitación, un de ellos gritó: «¡Granada!», en inglés. A lo mejor puedes averiguar quién los puso allí.

—De acuerdo, pero, de todos modos... Tienes razón. Fue una trampa. Tuvo que ser eso. Y... lo siento mucho. Supongo que he estado intentando convencerme de que tenía que haber otra explicación.

—¿No lo entiendes? Dillon no intentaba acabar conmigo solamente. Tenía que saber que, si se torcía la cosa y yo salía con vida, sospecharía de ti. Por cierto, perdona que te diga que, en ese sentido, todavía no estoy convencido del todo.

—Ya. Pues no sé si lo que te tengo que contar ahora va a ponérmelo todavía más difícil, pero, de todos modos, quería que lo supieras por mí y no por las noticias.

Mierda.

—Entonces deja de darle vueltas y cuéntamelo.

—Se trata de Vannak Vann. Lo mataron ayer.

Dox se sintió mareado.

—No.

—Con un explosivo casero. No estaba ni a cincuenta metros de su despacho de Phnom Penh.

—¿Quién ha sido? Más te vale decírmelo. ¿Dillon?

—Concretamente no lo sé, pero apostaría a que ha sido la DIA. Gant fue el que te contrató a ti para eliminarlo. Lo tuyo no funcionó y esto me suena a plan B.

Dox se dio cuenta de que tenía los dientes apretados con fuerza. Y el teléfono también. Respiró hondo dos veces e intentó calmarse para poder pensar con claridad. Levantó la mirada y vio que Labi lo observaba desde la entrada del bar. Parecía preocupada. Aunque estaba muy lejos para que lo oyera, su lenguaje corporal debía de haberlo delatado.

—A plan B o quizá a algo improvisado. Contratarme a mí no fue fácil. Establecer el contacto inicial, concertar una reunión con Gant, buscar el equipo que les pedí... Además, tuvieron que procurarse también a unos cuantos matones locales, los que tenían que apuñalarme a mí después de que matase a Vann. No digo yo que fuese como organizar el desembarco de Normandía, pero sí que había una cantidad de piezas nada desdeñable.

—Sí, y todo eso para usarte de intermediario.

—Y para quitar luego de en medio al intermediario en cuanto estuviera hecho el trabajo. Todo eso en unos cuantos días. O esta gente tiene más

dispositivos de emergencia que la NASA y había preparado ya un plan B de forma meticulosa...

—No, eso no tienen ningún sentido, porque cada elemento del plan es también un punto vulnerable, alguien que sabe demasiado, una pieza que escapa a su control total.

Dox sentía aún la rabia que estaba a punto de estallar en su interior. Con todo, centrarse en los aspectos tácticos le estaba ayudando a contenerse. Al menos, por el momento.

—O sea —dijo—, que al final han tenido que improvisar para acabar con Vann, porque no había tiempo de buscar más intermediarios ni todo lo demás. Han recurrido a la acción directa, porque estaban desesperados después de que se torcieran las cosas en Phnom Penh. Eso nos lleva de nuevo a lo que te he preguntado hace un minuto. Quién... coño... ha... matado... a... Vann. Eso es lo que vas a decirme y lo que no vas a decirme es lo que tengo que hacer o lo que tengo que dejar de hacer al respecto.

—Intentaré averiguarlo. Dame unas horas.

Acabada la conversación, Dox empezó a sentir de nuevo la ira que se acumulaba en su interior.

—Ahora voy a apagar el teléfono. Te llamo más tarde.

—Sí, por favor, pero esta vez no tardes tanto.

—Tom, sé que te encuentras en una posición difícil y te lo agradezco por la parte que me toca, pero hay un momento de la vida en el que un hombre tiene que decidir de qué lado está. Esta vez no puedes jugar a dos bandas. Puedes seguir siendo un peón legal en tu «comunidad» o darme lo que necesito para dejar frito a Dillon y, ya que estoy, a Sorm.

—Verás...

—¿Te acuerdas de cuando te dije que el único modo que hay de buscarle un sentido a este mundo desquiciado es saber quiénes son tus verdaderos amigos? Pues te ha llegado el momento de tomar una decisión al respecto, de elegir, ahora mismo, entre la organización o tus amigos. Ellos o yo, decídete. Y afronta todas las consecuencias.

Con esto, colgó, apagó el teléfono y volvió a meterlo en la funda para ponerse a caminar de un lado a otro del aparcamiento levantando con las sandalias nubecillas de polvo que flotaban en el aire caliente e inmóvil. Cerró los ojos con fuerza, apretó los puños y tensó los brazos y el vientre. Quería hacerle daño a alguien, matar a alguien.

«Y lo vas a hacer. Vas a matar a unos cuantos elementos pertenecientes a la categoría de la gente a la que hay que matar y se acabó».

Hizo un par de inspiraciones más y, cuando sintió que había recuperado algo más el dominio de sí mismo, caminó hasta Labi.

—¿Qué ha pasado?

—Han matado al dalái lama. Con una bomba. No al dalái lama de verdad, sino al tío de la ONU que te conté que se parecía. Era un buen hombre. Muy buen hombre.

—Lo siento, Carl.

Él se dio cuenta de que estaba a punto de echarse a llorar.

—Le dije que cambiase de ruta a menudo, que no se ciñera a un horario y que se deshiciera de su móvil. Le dije que estaba en peligro y él va y me contesta: «En la inmensidad del universo o lo que abarca la justicia, mi vida no es gran cosa». Pues ¡espero que ahora esté contento! Me cago en...

—Lo siento —repitió ella.

—Tenía que haberme imaginado que no iba a hacerme caso. Tenía que haberme encargado de que me lo hiciera.

—Lo intentaste. Hiciste todo lo que estaba en tu mano.

Él miró la angosta carretera que corría delante del bar, gris, llena de baches y achicharrada bajo el sol.

—Eso no lo sabes, ni yo tampoco.

Fue a rebasarla para llegar a la moto, pero ella tendió una mano y apretó la palma contra la mejilla de él, lo que hizo que se detuviera. Dox se quedó un segundo mirándola antes de poner su mano sobre la de Livia, que esta vez no la apartó.

—Voy a matar a esos hijos de puta —aseveró—. Hasta que no quede ni uno.

Ella asintió mirándolo a los ojos.

—Y yo voy a ayudarte.

Capítulo 25

Livia siguió conduciendo en dirección al norte y se detuvo en una gasolinera perdida al este del aeropuerto de Suvarnabhumi, en Bangkok. Aquel era un sitio tranquilo pese a encontrarse a menos de una hora del distrito comercial del centro. El terreno era llano y estaba salpicado de chozas, acequias y modestos campos de cultivo. Livia llenó el depósito de la Kawasaki. Cuando acabó, Carl se acercó a una anciana que había sentada en un sofá hundido situado a la sombra del pequeño edificio de bloques de hormigón y que parecía ser la dueña. Sacó dos botellas de agua de un cubo con hielo y le ofreció unos *baht*, tras lo cual levantó la mano para rechazar el cambio que ella le daba.

Entraron por turnos al aseo y luego se sentaron en un par de sillas de plástico bajo una desvaída sombrilla blanca y roja de Coca-Cola clavada en la tierra al lado del edificio. Mientras bebían, Carl la puso al corriente del resto de la conversación que había mantenido con su colega.

—Dice que va a averiguar quién ha matado a Vann. Lo más seguro es que sea un antiguo miembro de los Delta llamado Franklin Dillon, el subdirector de la DIA. Va a ser un hueso duro de roer y lo más seguro es que haya que esperar represalias. Si no quieres seguir adelante, te echaré de menos, pero lo entenderé.

Livia lo miró.

—No podrías impedírmelo.

Dox soltó una risita.

—Sí, eso me parece. Tampoco es que vaya a intentarlo...

—Yo debería dar también señales de vida. Lo habría hecho antes, pero tenías razón al decir que la carretera de la costa era un embudo y no quería encender el teléfono hasta estar cerca de Bangkok.

Encendió el móvil y Little descolgó en cuanto se estableció la llamada.

—Livia —dijo—, ¿estás bien?

—Perfectamente.

—¿Por qué no me has llamado? He tenido que enterarme de lo que pasó en el club por la CNN y no sabía nada de ti.

—Lo siento. Estaba a punto de atacar cuando hubo un altercado con tres guardias que vigilaban una sala. Ahí fue cuando le dije que esperase. Los guardias empezaron a disparar y le pedí que apagase las luces. Después se armó la mundial y salí. ¿Sabe algo de lo que pasó?

—Qué va. Nada. De hecho, tengo la extraña sensación de que tú sabes más de lo que me estás contando.

—¿En serio? Pues lo que sé es que acabé metida en una galería de tiro y que la única persona que sabía que iba a estar allí era usted.

—¿Qué? No me digas que crees que yo he tenido algo que ver con eso...

—Ya no sé lo que creer.

—¿Y por qué diablos iba yo a querer tenderte una trampa?

Livia no tenía respuesta alguna para tal pregunta y, en realidad, dudaba mucho que Little hubiese tenido nada que ver, pero esa tampoco era la cuestión: se trataba de cambiar la trayectoria de la conversación, de olvidar la acusación de Little y centrarse en la contraacusación de ella.

—¡Y yo qué sé! —repuso—. Pero también es verdad que no sé casi nada de usted, aparte de que le dan recursos para hartar.

—Sabes a lo que me refería con eso. ¡Venga ya! Esto es una locura.

—¿Qué puede decirme de la gente que murió en el club?

—¿Crees que no he estado intentando averiguarlo?

—No sé lo que habrá estado haciendo, pero puedo darle la información que tengo yo para que usted siga por ahí.

—Eso estaría muy bien. De hecho, ojalá lo hubieras hecho antes.

Livia sonrió, satisfecha por haber logrado ponerlo a la defensiva.

—Los guardias eran tailandeses. Luego, cuando empezaron los tiros, se abrió una puerta y aparecieron tres tipos con uniforme de combate negro del estilo al de los SWAT y chalecos. Uno de ellos gritó «¡Granada!» en inglés y hubo una sucesión de explosiones de una granada aturdidora. Después siguió el tiroteo y ya no sé nada más.

—Sí, había seis cadáveres en total. Por lo que me cuentas, tres tailandeses y tres agentes extranjeros. No es gran cosa, pero veré qué puedo hacer con eso.

—Bien.

—Joder, Livia, tienes que dejar de verme como tu enemigo. Se supone que somos un equipo.

—No me diga lo que tengo que hacer. Y, en vez de decirme que somos un equipo, empiece a demostrarlo.

—Quisiste entrar en ese club y yo te metí allí. ¿Qué más quieres que haga?

—Que me diga lo que pasó allí dentro.

—De momento, no lo he podido averiguar, pero a lo mejor lo que tú me has contado cuando te ha parecido bien hacerlo resulte ser útil.

No se dejó afectar por la pulla. De hecho, si eso era lo máximo que se le había ocurrido a él, tenía muy claro que había ganado el pulso. Livia no había querido responder a sus preguntas y, al contraatacar con sus propias acusaciones, había hecho que las olvidase.

—Espero que sí —dijo—. Voy a apagar el teléfono, pero volveré a llamar más tarde.

—¿Por qué? ¿También crees que te estoy rastreando?

—Lo que creo es que es mi móvil es rastreable. ¿Acaso me lo va a negar?

—¿Por qué tiene que ser todo una discusión contigo?

—¿Por qué se pasa usted el día discutiendo?

—Mira, ahora mismo no tengo tiempo de montar un numerito de los Monty Python. Si tengo algo importante que contarte, me esperaré a que te parezca bien ponerte en contacto conmigo.

Livia sonrió.

—Como le he dicho, pienso llamar más tarde.

Apagó el teléfono y lo volvió a guardar en la funda de Faraday.

—¿Por qué tienen que ser todos los reclutadores un dolor de huevos? —preguntó Carl.

Livia se encogió de hombros.

—Irás con el cargo.

—¿Has averiguado algo?

—Creo que trama algo. Desde luego, mi supervisora está convencida. Sin embargo, dudo mucho que esté detrás de lo que pasó en el club. Sobre eso creo que está tan desorientado como nosotros.

—Y, entonces, ¿qué es lo que crees que está tramando?

Livia reflexionó al respecto.

—Me mandó aquí para que decidiera si quería formar parte de un cuerpo especial, algo en colaboración con los tailandeses, pero desde que he llegado aquí no me ha dado la impresión de que le preocupase demasiado nada de eso. De todos modos, parece contento de tenerme en Tailandia, aunque sigo sin estar segura de por qué.

Los dos guardaron silencio unos instantes.

—El caso —dijo ella al fin— es que, por el momento, parece que tu teoría es cierta y la DIA está detrás de lo de Pattaya. La trampa no te la ha tendido tu amigo, sino ellos.

—Espero que tengas razón. Ya veremos qué tiene él que contarme en su defensa cuando lo llame más tarde. De momento, vamos a salir de aquí. No quiero quedarme mucho rato donde hayamos estado usando los teléfonos. Esos fulanos son capaces de localizar la señal y mandarnos un puto dron. A mí esos trastos me dan un miedo... Una vez derribé uno en el aire, pero fue por los pelos y eso que yo estaba mucho mejor armado que ahora.

Capítulo 26

Siguieron avanzando hacia el norte y el noroeste, siempre por carreteras secundarias. Para Dox fue una grata sorpresa la rapidez con la que se había acostumbrado a ir detrás. De hecho, resultaba hasta relajante. Por supuesto, todo habría sido muy distinto si Labi no hubiese sido tan buena motorista, pero lo era y tenía que admitir que habría sido muy infantil insistir en conducir él viendo el talento que tenía. Si alguien se burlaba de él por eso, les diría que lo discutieran con ella, que, si estaba de humos en ese momento, probablemente les patearía el trasero. Seguro que esa escena también se disfrutaba desde el asiento de atrás.

Encontraron un hotel de ejecutivos en los alrededores del aeropuerto. Dox alquiló una habitación y los dos echaron una siesta en la cama de matrimonio. Aunque tenían la ropa puesta y no hubo arrumacos ni nada parecido, se alegró de que ella lo dejara internarse un poquito en su espacio. El sentimiento resultaba paradójico, porque, joder, la noche anterior lo había dejado internarse en su cuerpo. Aunque precisamente se trataba de eso, porque no era tanto que lo hubiese dejado como que lo había metido allí ella. En ese momento lo estaba dejando y eso era muy diferente.

Cuando se despertaron, volvió a llamar a Kanezaki.

—¿Qué tienes para mí? —preguntó, temiendo de nuevo, a pesar suyo, que la respuesta no resultase satisfactoria.

Sin embargo, podía ser que se equivocara, porque Kanezaki respondió:

—Un montón.

—Pues empieza.

—Cuando no hacía ni doce horas que habías matado a Gant, Dillon se subió a un avión. A que no sabes adónde iba.

—No me apetece jugar a las adivinanzas. Dímelo ya.

—A Phnom Penh.

—¿Y crees que hizo saltar por los aires a Vann estando allí?

—No puedo demostrarlo, pero tampoco es difícil imaginar la secuencia. Sorm se entera por sus contactos, quizá, de hecho, por la DIA, de la

imputación sellada y de que Vann está decidido a llevarlo ante los tribunales. Busca a su oficial de caso, Gant, y le dice: «Más te vale ocuparte de esto». Gant se pasa días, quizá semanas, organizándolo todo para que quites de en medio a Vann, pero tú vas y te cargas a Gant. Sorm tiene un cabreo de tres pares de narices. El procedimiento habitual exige contar con un contacto de apoyo por si, por lo que sea, pierdes la comunicación con tu oficial de caso. Supón que el apoyo de aquí es Dillon, el superior de Gant. Sorm llama a Dillon. Está ya muy nervioso, porque el reloj sigue avanzando, han perdido tiempo, han perdido a Gant, Vann sigue vivo y, lo peor de todo, también tienen campando a sus anchas a un antiguo tirador de los marines que debe de estar muy irritado y que quizá sabe demasiado. Dillon le dice entonces: «Relájate, que yo me encargo de él personalmente». Y eso hace.

Dox se paró a meditar. Encajaba con su impresión general de que la idea de ponerle una bomba a Vann no era tanto un plan alternativo como fruto de la improvisación. Eso pensaba también de Zatōichi.

En ese momento, se le ocurrió otra cosa.

—Por cierto, me dijiste que había sido con un artefacto casero. ¿Estás seguro de eso?

—Sí. El daño que produjo en el punto de la explosión y en los alrededores no tiene nada que ver con lo que cabría esperar de un misil. Se trataba de una bomba que habían colocado allí. ¿Por qué?

—Porque, si fue la DIA, ¿por qué no usaron un dron sin más? ¿Qué sentido tenía enviar a Dillon, y quizá también todo un equipo, hasta Phnom Penh?

—Creo que lo estás viendo del revés. Para construir y colocar un artefacto así no hace falta tener más que un adiestramiento rudimentario. Hasta hay instrucciones en la Red, aunque algunas de ellas no sirvan más que para hacer volar por los aires al que pruebe a hacerlas. Sin embargo, si quisieras enviar un dron, dejarías una cantidad tremenda de rastros logísticos. Eso está a punto de cambiar. Los drones de la próxima generación serán del tamaño de una libélula, llevarán una cámara casi microscópica llamada *receptor óptico de antenas en fase* y microexplosivos integrados^[15] y todo estará descentralizado, pero ahora mismo, si quieres enviar un Reaper o cualquier otro cacharro a sobrevolar a un blanco, identificarlo y volarlo con un Hellfire, tienes que coordinarlo todo desde la base aérea de Ramstein y desde otros puntos, con lo que dejas un rastro de papel visible desde el espacio exterior.

Aquello tenía sentido.

—Sí, no sería lo más adecuado para eliminar a un funcionario de la ONU.

—Exacto.

Había algo que lo incomodaba, algo sobre Vann y también sobre Zatōichi. Entonces cayó en la cuenta.

—Yo le dije a Vann que cambiase sus rutas y sus horarios. Puede que me escuchara y puede que no, pero, sea como sea, Dillon no podía estar seguro y, si tenía intención de colocar un explosivo, tenía que saber dónde ponerlo y sobre qué hora iba a pasar Vann por allí.

—Es verdad, pero también podían haber puesto dos, por ejemplo, para asegurarse de que tenían cubiertas todas las rutas posibles.

—Yo revisé aquella zona. Si hubiera tenido que colocarlo yo, habría pensado en cuatro ubicaciones distintas para usar uno u otro según la entrada o la salida que tomara él, pero entonces estaríamos hablando no solo de varios artefactos, sino también de varios observadores, y eso no me cuadra. Tenían prisa, estaban improvisando y, encima, en el edificio de la ONU hay cámaras, de modo que, aunque lo colocases lo bastante lejos, te arriesgarías al tener que contar con todos esos observadores para las labores previas de reconocimiento.

—Entonces, ¿en qué estás pensando?

—En que seguro que tenían a alguien siguiendo a Vann. Sin embargo, por lo que me acabas de contar de esos microdrones... A ver, ¿cuánto falta para que estén plenamente operativos? Puede que no sean del tamaño de libélulas y olvidémonos de los explosivos, porque no parece que sea lo que se ha usado en este caso, pero... ¿podrían ser como un pájaro pequeño? Como un colibrí, algo que pudiese volar en círculos sin parar a unos quince o treinta metros de altura, donde nadie lo viese siquiera.

—Esa clase de dron... sí lleva tiempo desarrollada.

—¡Me cago en...! Eso fue lo que hicieron con Zatōichi. No conseguía entender cómo se acercó a mí caminando en el sentido opuesto. Si sabían dónde estaba y en qué sentido iba, podían hacerlo llegar de cualquier parte. Y, por supuesto, lo sabían. Sabían que intentaría ver a Vann, de modo que no tenían que buscarme por todo Phnom Penh. Pudieron tener uno de esos cachuchos diminutos sobrevolando en círculos todo el día los alrededores del despacho de Vann. Entonces, al verme aparecer, me soltaron a Zatōichi desde donde les dio la gana.

—De manera que no tuviese que seguirte por la espalda.

—Claro. Si lo hubiera visto acercarse a mí desde atrás, yo podría haber reaccionado. Sin embargo, al verlo venir de un sitio en el que yo ni siquiera había estado no le di importancia. De hecho, me habría mandado al otro

barrio si no llego a darme cuenta de unas cuantas anomalías que me advirtieron que no era ciego.

—O sea, que no te fallaba el instinto cuando sospechaste que todo esto lo habían ido improvisando después de que mataras a Gant.

Dox se preguntó si no había dicho demasiado. Quizá debía haber dejado que Kanezaki hablase más y haberse guardado sus hipótesis. Por otra parte, dudaba estar revelando mucho al pensar en voz alta y, por otra parte más, suponía que, en gran medida, estaba intentando actuar como si Kanezaki fuera de fiar por la necesidad que tenía de creerlo.

Decidió que daba igual.

—De todos modos, que hayan mandado a Dillon en persona para solucionarlo o, más probablemente, para supervisar a un equipo... ¿Qué cojones saca de Sorm la DIA para que asuman tantos riesgos?

—O, como has dicho tú, ¿qué información comprometida tiene Sorm de ellos?

—Eso mismo... o las dos cosas.

—No conozco la respuesta, pero sí sé quién la conoce.

—Dillon, claro. En fin, si puedo preguntárselo, se lo preguntaré, pero la verdad es que no me apetece tener más charlas.

—Lo sé y no pienso convencerte de otra cosa.

—Bien.

Hubo una pausa tras la que dijo Kanezaki:

—Por cierto, tengo otra noticia. Es un poco ambigua, pero a lo mejor tú le encuentras sentido.

—Dime.

—Dillon se va a reunir con Sorm. Esta misma noche.

Dox sintió una descarga de adrenalina.

—¿Dónde?

—Esa es la parte ambigua. En «los toldos». ¿Te dice algo eso?

Dox se detuvo a pensar. En Bangkok, «los toldos» podía ser cualquiera de los mercados nocturnos, bazares caracterizados por cientos de puestos instalados bajo carpas de colores llamativos. La información de Kanezaki parecía coincidir con la pista que tenía Labi sobre Rot Fai, en Srinakarin. Tanto se alegró que, por un instante, se lo creyó a pie juntillas. Sin embargo, acto seguido se obligó a tomárselo con calma.

—¿Cómo lo sabes?

—Hombre, tengo mis fuentes y mis métodos...

—¡A la mierda con tus fuentes y tus métodos! —le espetó Dox—. No me vengas con esas. Si te pones a dar rodeos con tus fuentes y tus métodos, voy a pensar que me estás engañando y he estado todo este tiempo esforzándome, no sabes cuánto, por concederte el beneficio de la duda. Sin embargo, la última información secreta que me diste era falsa y casi me matan. Puede que no te des cuenta, pero estás a un paso, a un puñetero paso, de tener un problema gordo conmigo, así que ya me estás contando de dónde has sacado esa «noticia».

Hubo una gran pausa que sonó a rendición. Dox esperó.

—Está bien —dijo Kanezaki—. De acuerdo.

Tras otra pausa, añadió al fin:

—Tengo pinchados los cables del mismísimo director de la DIA.

Dox meneó la cabeza sin saber bien si estaba satisfecho o asqueado.

—Por Dios bendito, si pasarais espiando a los chinos y los rusos la mitad del tiempo que invertís en espiaros entre vosotros, ¿quién sabe lo que podríais descubrir?

—El caso es que ya lo sabes.

—¿Que ya sé qué? ¿Cómo sabes que la información es fiable?

—¿Estás de coña? ¡Estamos hablando de la comunicación cablegráfica del director de la DIA!

—Espera un momento. ¿Cuándo fue la última vez que sacaste por ese canal algo que de verdad te fuera útil o resultase comprometedor para ellos?

No hubo respuesta.

—Está bien. ¿Cuánto tiempo llevas haciendo eso? ¿Seis meses? ¿Seis años? ¿Cuánto?

Kanezaki soltó un suspiro.

—Poco menos de un año.

—Y, en ese año, ¿qué has conseguido en tu favor o en su contra?

—Pues... De eso hace ya mucho, pero...

—No me digas ahora que la única perla de verdad la encontraste justo al principio, que ya sé por dónde van los tiros.

Otra pausa.

—No exactamente. Quiero decir que al principio estábamos metidos en una serie de negociaciones complicadas entre la CIA y la DIA, sobre una operación delicada y muy ambiciosa y sobre quién debía encargarse de ella. Lo que supe por ese canal nos fue muy útil para que nos dieran a nosotros el contrato, por decirlo de alguna manera.

—¿Lo ves? De eso mismo estoy hablando. Los dejaste con un palmo de narices en vuestro concurso por ver quién meaba más lejos para hacerse con esa operación delicada y dijeron: «¿Y cómo coño se ha enterado el bueno de Kanezaki de cuál es exactamente nuestra situación en las negociaciones y de cómo podían adelantarnos?». Entonces, examinaron todos sus puntos flacos y toparon con algún rastro que habían dejado atrás vuestros piratas informáticos. «¡Vaya, si será listo ese Kanezaki!, —dijeron—, ¡El muy cabroncete ha pinchado los cables del director!». Y después de eso ¿qué hicieron? Dímelo tú. ¿Qué hicieron?

Silencio. Se dio cuenta de que acababa de decir el nombre de Kanezaki delante de Labi. Además de un montón de cosas más que no tenía que haber dicho.

«A la mierda».

—Cuéntame entonces —siguió diciendo—. Cuéntame. Después de eso, ¿has conseguido algo de valor? ¿Algo trascendental? ¿Algo que la DIA no quiera de verdad que tengas?

—Pues no, pero el contexto general es...

—¡A la mierda, el contexto general! Después de la primera intrusión no conseguisteis un carajo, porque ya sabían que teníais el oído puesto. Pero dime, ¿por qué no anularon ese canal? ¿No era de esperar que cerrasen un canal que había quedado expuesto? ¿Es lo normal entre los de tu comunidad de los servicios de información? ¿O lo normal sería hacer otra cosa? ¡Dímelo, cojones! ¡Quiero oírlo de ti!

—Mierda. No lo cerrarían. Seguirían usándolo...

—¡Eso es! ¡Bingo! ¡Premio para el caballero! Seguirían usándolo para poder engañarte, para darte información falsa y hacerte pensar que es real, como hicieron con Pattaya y Les Nuits, de donde estuve a punto de salir con los pies por delante por eso mismo.

Se impuso un silencio largo, tras el cual dijo Kanezaki:

—Joder, tienes razón. Lo siento. Mierda.

Dox seguía hecho una furia, pero al mismo tiempo estaba arrepentido. No había tenido intención de apabullar a su colega de ese modo. No exactamente. Pero es que... Se dio cuenta del miedo atroz que había sentido ante la posibilidad de que Kanezaki no fuese capaz de convencerlo de que seguía siendo de fiar.

—Está bien, está bien. Siento haberme puesto tan desagradable.

—No tienes nada de lo que disculparte. Han estado jugando conmigo. Debería haberme dado cuenta y no he sido capaz de verlo. Y por eso a ti casi

te matan.

—Es verdad que, por un lado, todo eso es cierto, pero, por el otro, bien está lo que bien acaba, ¿no? La vida nos da una lección detrás de cada esquina y, a fin de cuentas, esta nos ha salido barata si la comparamos con las alternativas.

—Supongo que sí.

Joder, qué lúgubre sonaba su voz.

—De todos modos —dijo Dox buscando un modo de ponerlo de nuevo en pie—, en realidad es una buena noticia, ¿no? Porque...

—Sí, sí. Lo entiendo. Porque cuando yo lo sabía, pero ellos no sabían que yo lo sabía, ganaba yo. Cuando ellos supieron que yo lo sabía y yo no sabía que ellos lo sabían, ganaban ellos. Y ahora que yo sé que ellos saben que yo lo sé y ellos no lo saben, vuelvo a ganar yo.

Aunque no era fácil seguirlo, aquel razonamiento sonaba bien.

—Algo así, sí. El caso es que la DIA ha vuelto a engañarte y creen que se van a salir con la suya, pero tú ahora has sido más listo que ellos y eso nos da ventaja. El que ríe el último ríe mejor, ¿no?

—Lo siento, Dox. No... No sé cómo me la han podido colar de esa manera.

—Eso ya tendremos tiempo de hablarlo. De momento, te diré solo que puede ser que tengas demasiada fe depositada por inercia en tu «comunidad». Para ti, las peleas que entabláis por la información son un deporte de contacto, pero para los otros no se trata de ningún juego. Tú eres un buen tipo y has atribuido tus valores a gente que no lo merece. Pero ahora sabes lo que hay. Yo también sé lo que duele que te quiten la venda de los ojos, pero, por lo menos, ahora vuelves a ver con claridad. ¿O no?

—No es que me guste el panorama que estoy viendo, pero... sí.

—El panorama es el que es, pequeñín. Y tienes que verlo con claridad si no quieres ir tropezándote con todo.

—Sí, sí. Creo que ya hemos explotado bastante la metáfora.

Dox se echó a reír al ver que el otro parecía estar recuperándose.

—Ahora cuéntame qué decía exactamente el cable. ¿Qué era, un informe de Dillon al director?

—Sí. Decía: «Voy a reunirme esta noche en los toldos con Rojo para examinar la transacción».

—¿«Con Rojo»?

—Sí, posiblemente sea por haber pertenecido Sorm a los jemeres rojos. No siempre somos tan ingeniosos como deberíamos con los nombres en

clave.

—¿Y a qué se refiere con «la transacción»?

—No lo tengo muy claro. Puede ser algún aspecto de lo que reciben de Sorm o de lo que le dan a cambio o cualquier tontería, porque, como me acabas de argumentar de forma muy convincente, saben que tengo pinchado ese canal.

—¿Decía algo más el mensaje?

—Sí. Dillon dice que le pidió a Rojo que se buscara un teléfono nuevo y que no usase por nada del mundo ninguno de los que había usado hasta ahora o pudiese estar asociado a él de un modo u otro. Le dijo que tuviese el nuevo apagado hasta llegar a los toldos y que luego lo usara para llamar a Dillon y decirle dónde debían reunirse.

—Si eso es cierto, quiere decir que Sorm tiene el número de Dillon y que podemos esperar que lo usará. A lo mejor puede servirte. Pero ¿de verdad crees que le dijo todo eso a Sorm?

—No sabría decirte. Puede que sí... o puede que lo dijera todo pensando en nosotros. A lo mejor hay un poco de todo.

—A juzgar por cómo me la jugó el bueno de Gant, creo que podemos suponer que a estos fulanos les encanta esconder sus mentiras detrás de una verdad lo más grande posible. Yo diría que, en efecto, hay un poco de todo.

—¿Qué quieres decir?

—Todavía no lo sé. Tengo que meditarlo. Esta historia de sabéis que sé que lo sabéis resulta un poco confusa.

Kanezaki dejó escapar una risita.

—¿Y cómo interpretas lo de «los toldos»? Tienes que tener una idea, porque es lo único sobre lo que no me has preguntado.

Dox vaciló. Todavía no había decidido del todo si Kanezaki podía estar jugándosela. Suponía que no, pero...

Entonces, llegó a la conclusión de que, por el momento, debía hacer como que sí confiaba en él. Si cambiaba de opinión, siempre podía cancelar el plan.

—Tengo motivos para creer que se refiere al mercado nocturno de Rot Fai, situado en Srinakarin.

—¿Qué motivos?

—Mis fuentes y mis métodos, pequeñín. Mis fuentes y mis métodos.

—Eso ha sido muy cruel, aunque supongo que me lo he ganado.

Dox soltó una risita.

—De todos modos, déjame reflexionar sobre todo lo que hemos hablado y llamarte luego.

—Estaré pendiente.

Dox colgó y devolvió el teléfono a la funda de Faraday antes de poner al tanto a Labi, quien, de todos modos, había oído la mayor parte de la conversación.

—Su información encaja con la mía —dijo ella cuando acabó.

Dox asintió con un movimiento de cabeza.

—Puede que sí.

—Pero a ti no te hace gracia.

Dox intentó reunir las piezas y ver por qué no acababan de encajar. Algunas parecían obvias, pero otras... no tanto. Decidió empezar por las primeras con la esperanza de ver así con más claridad las segundas.

—Sí, lo del mercado nocturno suena bien y casa con las pistas que tú tenías, pero, de todos modos, viene de... En fin, ya me has oído decir su nombre.

—Te has enfadado.

—Ya lo creo.

—¿Por qué no lo llamamos K? Lo de «mi colega» me ha sonado siempre un poco raro.

—Me parece bien —repuso él con una carcajada.

—Y, por cierto, el mío es B. D. Little, agente especial del servicio de Seguridad Nacional.

Dox la miró.

—No tenías por qué decírmelo.

Livia se encogió de hombros.

—Sé que me está utilizando, aunque todavía no sé exactamente cómo. Además, me ha gustado lo que le has dicho a K, lo de que la única manera de encontrarle sentido a todo esto es saber quiénes son tus amigos de verdad. Yo no he tenido muchos, pero... —Su voz se quebró y apartó la mirada.

Él quiso tomar su mano, pero pensó que quizá sería excesivo.

—Oye —dijo—, sabes que yo siento lo mismo.

Livia asintió y él siguió hablando para evitar que se sintiera más incómoda:

—De todos modos, si K ya me ha traicionado, podría estar haciéndome lo mismo ahora. Cuando le pedí ayuda al principio de todo esto, me dijo que no le hacía mucha gracia la idea de matar a un agente de la DIA, pero puede que fuera una trola. A lo mejor estaba protegiendo a Sorm por el motivo que sea. No puedo quitarme de encima la sensación de que vamos a plantarnos en el mercado nocturno para repetir lo de Pattaya.

Livia lo miró, al parecer tras recobrar la compostura.

—¿Qué te dice tu instinto?

Dox meditó la respuesta.

—Que no lo haría. No sería capaz. Él no es así.

—¿Y no has podido confiar siempre en tu instinto?

Él pensó un instante en Tiara.

—Puede que una vez me fallase, aunque en algo que no tiene nada que ver con esto.

—O sea, que la respuesta es que sí. Siempre has podido confiar en tu instinto.

Dox asintió.

—Sí, eso es verdad.

—Pues ya tienes tu respuesta. K no miente. Tu instinto no falla. Deberías confiar en él como siempre.

Dox lo pensó. Sabía que ella tenía razón. Dudaba mucho que Kanezaki le estuviera tendiendo una trampa. Sin embargo, había algo que seguía inquietándolo. Y no conseguía averiguar qué era.

—En marcha —dijo al fin—. Tanto hablar de ataques con drones me ha puesto nervioso. Además, creo que ya es hora de que tú y yo tengamos una charla con el habitante más abominable del mercado nocturno: el señor Udom Leekpai.

Capítulo 27

Dos horas después, Carl y Livia estaban sentados a la sombra de un tejadillo ondulado en un lugar llamado Best Friend Bar 10 con sendos botellines de Chang helada.

Él le había hablado de un hombre que había conocido en Bangkok a través de Kanezaki, un fulano llamado Fallon que según Carl era «un buen tío». Y aunque ella no tenía del todo claro lo que significaba aquello, estaba empezando a confiar en sus eufemismos y en el buen juicio que ocultaban. Él le había escrito un mensaje de texto que decía: «Si estás disponible, me gustaría hablar contigo cuanto antes en el mismo sitio de la última vez. *Semper fidelis*». El otro le había respondido enseguida que estaría allí dos horas después.

Apenas habían tenido tiempo de dar un trago a sus cervezas cuando dobló la esquina un hombre blanco de unos sesenta años, complexión recia y gafas de sol de aviador que los saludó con una inclinación de cabeza al verlos y luego miró a derecha y a izquierda, quizá un tanto sorprendido al ver que Carl no estaba solo.

Él lo recibió levantando una mano y pidió acto seguido al camarero:

—Una Singha para mi amigo, por favor. Gracias.

Fallon se detuvo al llegar al taburete que tenía al lado Carl, de tal modo que este quedó en el centro. Livia echó el suyo hacia atrás y Carl giró sobre sí mismo. Así todos podían verse.

El recién llegado se quitó las gafas y las dejó en la barra. Miró a Livia y luego a Dox.

—Vaya —dijo—, me alegra ver que no todas tus historias son tristes.

Carl se echó a reír y los dos se dieron la mano. El camarero puso una Singha delante del sexagenario, que dio un largo sorbo.

—Fallon, te presento a Labi. Labi, Fallon.

Se estrecharon la mano. La de él era fuerte.

—Labi y yo nos hemos metido en un lío y, para salir, teníamos planes de mantener una conversación en privado con cierto caballero tailandés que

quizá no hable inglés, razón por la que nos gustaría contratar tus servicios de intérprete y quizá alguno de los demás servicios que, espero, incluya el epígrafe general de «visitas y recorridos turísticos».

Fallon dio un sorbo a la cerveza.

—¿Tiene algo que ver con nuestro amigo mutuo?

—De forma indirecta.

—Porque en ese caso sería de esperar que hubiera sido él quien se hubiese puesto en contacto conmigo.

—Es verdad que podía haberlo hecho así, pero habríamos tardado más y no tenemos mucho tiempo. Además, como fuiste tan amable de darme tu tarjeta...

Fallon no respondió.

—Lo diré de otro modo —prosiguió Carl—. Si hubiese puesto a Kanezaki, cuyo nombre ya conoce Labi, al corriente de nuestros planes, no me cabe duda de que los habría aprobado. Sin embargo, no me ha parecido que hubiese necesidad alguna de molestarlo.

Fallon asintió, al parecer impertérrito ante la idea de que Livia conociera el nombre de Kanezaki. Quizá había supuesto que, en caso de que hubiera algún problema, la responsabilidad recaería sobre Carl.

—Me parece bien. Sin embargo, si voy a participar en esto, tengo que preguntarte qué te hace suponer que Kanezaki lo habría aprobado.

—Porque Kanezaki, como sabrás sin duda, es de los buenos y el caballero tailandés con el que pretendemos hablar es, casi seguro, de otra condición.

Livia, que empezaba a estar harta de tantos circunloquios, dijo entonces:

—Se llama Leekpai y vende niños a violadores. Si estás interesado en poner fin a sus actividades, deberías ayudarnos. Si te da igual, ni necesitamos ni queremos tu ayuda.

Le pareció que su intromisión había molestado a Carl, aunque este —y eso lo honraba— no dijo nada.

Fallon se quedó mirándola y repuso al fin:

—¿Que vende niños dices?

—Sí.

—A violadores.

—Sí.

Él movió la cabeza con gesto de asentimiento y endureció su expresión de un modo que a ella le gustó. Entonces miró a Carl.

—No nos conocemos bien, pero no te tengo por un mentiroso y Kanezaki, desde luego, tampoco.

Fallon bebió más cerveza.

—Y no os equivocáis.

—Está bien —convino Fallon—. ¿Qué queréis de mí? Y si la respuesta es simplemente mis servicios de intérprete, que sepáis que voy a sentirme muy defraudado.

Una hora más tarde, los tres estaban sentados en una furgoneta de transporte para doce pasajeros en un aparcamiento del puerto de Bangkok en Khlong Toei, una cicatriz larga y abrasadora de asfalto abierta entre las turbias aguas verdes del Chao Phraya y los laberínticos tubos de metal de algo semejante a una refinería. Livia había usado el Gossamer para seguir a Leekpai hasta allí. Estaba en algún punto del puerto, más allá de una valla de seguridad, de modo que lo único que podían hacer era rezar por que su vehículo estuviera estacionado en algún lugar de aquel gigantesco aparcamiento y no tardarse en volver a recogerlo. La idea de verse al fin a un paso de saber dónde podía encontrar a aquella chiquilla, a la pequeña que había adquirido Barbasucia de Leekpai según su propia confesión, resultaba exasperante. Trató de sacársela de la cabeza, pero no dejaba de abrirse camino a empujones hasta ella.

Al parecer, Fallon tenía varias furgonetas. Dos de ellas llevaban escrito en las puertas: VISITAS Y RECORRIDOS TURÍSTICOS, y la tercera, la que estaban usando en ese momento, no tenía letrero alguno. Además, en esa ocasión, lucía también matrículas robadas. Por si acaso. Fallon ocupaba el asiento del conductor, Carl el del copiloto y Livia iba detrás, con un plástico tendido sobre los asientos y los espacios para poner los pies. No dejaba de estudiar con detenimiento el Gossamer, no solo por no perder de vista a Leekpai, sino por no haber hallado otro modo de distraerse de cuanto la rodeaba. El olor a agua contaminada, excrementos de aves y gasóleo y la visión de las gigantescas grúas destinadas a mover contenedores que había visto de noche por primera vez y que había confundido con monstruos cuando aquellos hombres la llevaron con Nason y los demás niños al puerto... estaban resucitando aquel pavor abrumador y primitivo. La estaban empujando a sentirse otra vez como aquella cría aterrada e impotente, incapaz siquiera de entender lo que ocurría y de hacer nada para frenarlo.

Carl y Fallon habían estado hablando de la vida en el Sudeste Asiático, pero el primero debió de percibir su angustia, porque miró hacia atrás y dijo:

—¿Va todo bien?

Livia asintió sin levantar la mirada del Gossamer.

—¿Seguro?

Volvió a decir que sí con la cabeza. Estaba tan nerviosa que temió vomitar.

«Tranquila, muchacha. Olvídate de todo y respira como hacías antes de las competiciones de *judo*. Así. Respira».

—Piensa —dijo Carl— que no tenemos que hacer nada. Cuando aparezca Leekpai será el bueno de Fallon quien se encargue de traerlo. Lo único que tenemos que hacer tú y yo es esperar.

Livia volvió a asentir sin palabras.

Pese a su carácter bronco, Fallon debía de tener también un lado sensible, porque dijo:

—Sé lo que le harías si pudieses, Labi, pero ya hemos hablado de esto y sabemos que es demasiado probable que hayan alertado a ese tío sobre alguno de vosotros o sobre los dos, de modo que relajaos y dejádmelo a mí.

Diez minutos después, cuando se había convencido ya de que tendría que apearse de la furgoneta para vomitar, empezó a moverse el teléfono de Leekpai.

—Vamos allá —anunció Livia.

En ningún momento apartó los ojos del Gossamer. Segundos después había confirmado la dirección que había tomado Leekpai.

—Viene hacia aquí —dijo—, al aparcamiento.

Fallon anunció:

—Ley de Murphy.

Livia levantó la vista y vio a qué se refería. Aquel lugar, atestado de vehículos, apenas había visto un alma durante todo el tiempo que habían pasado esperando y, de pronto, se veían grupos enteros llegar desde el río. Debía de haber arribado un transbordador o quizá más.

—Joder —dijo Carl—. ¿Cuál de esos es Leekpai?

—Llámallo —pidió Livia—. Está a... cincuenta metros. Llámallo ya.

Fallon sacó un teléfono. Livia leyó en voz alta su número y él lo marcó antes de abrir la puerta del conductor y salir. Carl bajó también, abrió la puerta corredera del lado de los pasajeros y se sentó al lado de Livia. Llevaba la Supergrade en el regazo, por si oponían resistencia a Fallon.

—Todo el mundo a relajarse —dijo este—. Vuelvo enseguida. Pulsó el botón de la llamada, guardó el aparato en un bolsillo y echó a caminar hacia el río.

Livia y Carl buscaron entre la multitud que se dirigía hacia ellos. Había muchos hablando por teléfono. Sin embargo, a unos veinte metros vieron a un fulano de mediana edad con el pelo largo y grasiento y la cara redonda como

una luna llena que metió la mano en un bolsillo del pantalón para sacar un móvil y llevárselo a la oreja. Dijo algo, esperó y volvió a hablar antes de mirar el aparato con aire confundido y volver a guardarlo. Leekpai.

Había con él otros dos tailandeses, más jóvenes y atléticos, que caminaban frente a él a uno y otro lado. Los dos volvieron la vista cuando sonó el teléfono y miraron de nuevo hacia delante para inspeccionar entre el gentío. Guardaespaldas.

Carl también los vio.

—Mierda —dijo—. Ponte al volante y da la vuelta. Parece que esto no va a ser tan sutil como esperábamos.

Salió de un salto por la puerta corredera y se metió la Supergrade en la cinturilla de atrás del pantalón. A diez metros de allí vio a los guardaespaldas mirando a Fallon... con cara de pocos amigos.

Carl empezó a agitar los brazos con gesto frenético en aquella dirección.

—¡Doctor Rosen! —lo llamó con voz estentórea, tanto como si estuviera usando un megáfono, señalando a Fallon mientras caminaba—. ¡Doctor Rosen! No me puedo creer que sea usted. ¡Y aquí, en Bangkok! ¡Dios santo, esto sí que es una casualidad! Escúchenme todos. Este hombre es nada menos que el doctor Evan Rosen en persona, médico y sanador de Harvard, además de hombre apuesto, ¡y está aquí, en Bangkok, honrándonos con su eminente presencia!

Aunque lo más seguro era que nadie pudiese entenderlo siquiera, el espectáculo bastó para que todos, incluidos los guardaespaldas, mirasen a Carl y luego a Fallon, quien, sin vacilar un instante, si bien con gesto irritado, respondió también a gritos:

—¿En serio eres tú, Bob?

—¡Claro que sí!

No había acabado de decirlo cuando sacó la Supergrade. Los guardaespaldas abrieron los ojos como platos y acercaron una mano a la cintura. En el mismo instante, Carl derribó al que tenía más cerca de un disparo en la cabeza y Fallon hizo otro tanto con el otro. Livia levantó el pie del embrague, quemó rueda echando marcha atrás para zafarse de los coches que tenía aparcados a uno y otro lado, tiró del freno de mano y un segundo después pisó el freno y se detuvo con un chirrido al lado de ellos, haciendo huir a los que estaban en las inmediaciones. Carl y Fallon, que tenían ya a Leekpai asido de los brazos, lo lanzaron al interior y cayeron sobre él al instante. El primero cerró de golpe la puerta y gritó:

—¡Tira!

Y a punto estuvo de caer hacia atrás, porque antes incluso de que hubiera salido de su boca la orden, Livia había vuelto a pisar el acelerador y estaban saliendo a gran velocidad del aparcamiento.

Dos minutos después pasaron bajo la autopista, pusieron rumbo al norte un instante y giraron con un chirrido a la derecha para tomar la carretera Rama IV. Livia redujo de inmediato la marcha y se mezcló con el tráfico de la zona.

—¡Hostia, cómo conduce la moza! —exclamó Fallon desde el asiento trasero.

Carl se echó a reír.

—¡Pues tienes que verla disparar!

Cinco minutos después transitaban por carreteras secundarias. Livia aparcó de inmediato, abrió la puerta, se inclinó hacia fuera y vomitó sobre el arcén de gravilla. Mantuvo la postura unos instantes, dando bocanadas y temiendo tener más aún por arrojar. Cuando se convenció de que se le había pasado, cerró la puerta, se secó la boca y arrancó.

—Perdón —dijo—. El puerto... no es de mis lugares favoritos.

—Perdón ¿por qué? —repuso Fallon—. Alguien que conduce como tú tiene derecho a echar la pota dentro de la furgoneta si quiere.

Se pararon un poco más adelante, a la sombra de la autopista elevada de peaje. Carl y Fallon habían ligado los tobillos de Leekpai con cinta americana y le habían atado las muñecas detrás de la espalda. Lo tenían tumbado boca abajo, con el cuerpo arqueado en la elevación central del suelo y el semblante pálido y aterrado a todas luces. Livia movió hacia delante los asientos del conductor y el copiloto y fue a unirse a ellos en la parte trasera.

—Mira su teléfono —pidió a Fallon—. Hay que asegurarse de que es él.

—Ya he comprobado su documentación mientras conducías.

—Muy bien. De todos modos, quiero ver a quién ha llamado.

Fallon metió la mano en el bolsillo de su propio pantalón, sacó un móvil y pulsó el botón de encendido.

—Tiene contraseña —anunció.

—Pues dile que la necesitamos.

Fallon obedeció y Leekpai negó con la cabeza.

—Pregúntale si sabe quién soy —dijo Livia.

Fallon volvió a hacer lo que le pedía y Leekpai sacudió la cabeza de nuevo. Sin embargo, a su entrepierna asomó una mancha oscura y el interior de la furgoneta empezó de pronto a heder a orina.

—Menos mal que lo hemos forrado con plástico —comentó Carl—, por muy agradable que te resulte la idea de ver potar a los buenos conductores en tus vehículos.

—Mientes —dijo Livia a Leekpai con traducción simultánea de Fallon—. Sí sabes quién soy. Vivavapit, Sakda, Juntasa... Esa soy yo.

Leekpai se echó a lloriquear antes incluso de que Fallon empezase a traducir.

—Sss... —dijo Livia con dulzura—. Sss... Fueron ellos los que nos raptaron a mí y a mi hermana, no tú. Lo que quiere decir que tú tienes posibilidades y ellos no las tuvieron. Ahora, dinos la contraseña. Que no te lo tenga que volver a pedir.

Fallon tradujo y Leekpai masculló un número de cuatro dígitos. Fallon lo introdujo.

—Bingo —dijo.

Livia asintió.

—Mira si tiene a Rithisak Sorm en sus contactos.

—No tiene contactos. Este teléfono es desechable.

Livia, con los ojos siempre fijos en Leekpai, preguntó:

—¿Y en las llamadas recientes?

Fallon buscó en el móvil.

—Media docena de números. Sin nombres. La mayoría de las llamadas son de hoy, aunque de ayer hay también unas cuantas. Las de ayer son todas al mismo número, al que ha llamado también hoy, justo antes de encontrarse con nosotros.

—Dime el número.

Fallon hizo lo que le pedía y Livia lo introdujo en el Gossamer. Nada. El número al que había llamado Leekpai pertenecía a un teléfono que estaba apagado en ese momento.

—¿Crees que es Sorm? —preguntó Carl.

Los ojos de Leekpai se desencajaron de terror y desesperación al oír aquel nombre. Livia lo miró y a continuación hizo una señal a Carl con la cabeza.

—Parece que Sorm apagó el teléfono en cuanto acabó esa última conversación. Probablemente para imponer el silencio de radio antes de la reunión con Dillon. Fallon, pregúntaselo.

Fallon le hizo la pregunta y él respondió:

—Sí. Sorm le dijo que apagase el teléfono hasta las nueve. Iba a hacerlo, pero nosotros llegamos antes.

—¿Por qué a las nueve?

Fallon tradujo y Leekpai agitó la cabeza sin decir palabra. Livia lo miró.

—¿Qué va a pasar esta noche en el mercado nocturno de Srinakarin? ¿Qué te ha dicho Sorm?

Fallon tradujo y Leekpai volvió a negar con la cabeza.

—Sabemos lo de la reunión —dijo ella—. Si lo que nos cuentas encaja con la información que tenemos, puede que salgas con vida. Si no nos dices nada o si nos mientes, te haré lo que a los otros.

Después de oír la traducción, Leekpai dejó de sacudir la cabeza y empezó a hablar... o a farfullar. Aunque Fallon tuvo que interrumpirlo varias veces, pedirle que hablase con más lentitud o hacerle preguntas para que se aclarase, en resumidas cuentas supieron que Sorm iba a reunirse con una visita importante en el mercado nocturno, una visita que quería echar un ojo en persona a la transacción.

—¿Te refieres a Dillon? —preguntó Livia, pero Leekpai se limitó a menear la cabeza cuando Fallon tradujo.

Todo apuntaba a que Sorm no le había revelado el nombre de la visita. En realidad, Livia no esperaba otra cosa.

—¿A quién llamaste antes de que llegáramos nosotros?

Al oír la traducción de Fallon, Leekpai se deshizo en ruegos.

—Ya sé la respuesta —aseveró ella—, pero quiero oírtela a ti.

Fallon tradujo. Leekpai dijo:

—A Sorm. —Y acto seguido se puso otra vez a implorar.

Livia sintió una corazonada.

—¿Hoy lleváis niños del puerto al mercado? ¿O es al revés?

Fallon tradujo. Leekpai habló con atropello y Fallon, después de escucharlo, dijo:

—Los niños están en el mercado. Tenían que haberlos llevado al puerto hacía dos días, pero Sorm quería enseñárselos a su visita. Leekpai estaba en el puerto para pagar al patrón del barco por esperar.

Livia trató de dominar su entusiasmo. Y su ira. Miró al tipo que tenía a sus pies.

—Hace dos meses le llevaste una niña a Krit Juntasa para que pudiera violarla el senador americano. ¿Quién era? ¿Dónde está ahora?

Fallon tradujo la pregunta y escuchó la respuesta.

—Dice que no lo sabe.

Livia respiró hondo por tratar de contener al dragón.

—¿Que no sabe quién era o que no sabe dónde está ahora?

Fallon le trasladó la pregunta.

—Dice que ni una ni otra.

Livia miró fijamente a Leekpai y sintió que, pese a sus empeños, el dragón empezaba a escaparse.

—Dile que le voy a hacer lo que le hice a Sakda si no deja de mentir.

Fallon tradujo. Leekpai volvió a lloriquear y a hablar con atropello. Fallon fue haciendo la traducción simultánea.

—Sakda vino a por una niña, pero yo no sabía quién era la niña ni para qué la quería. Ni tampoco lo que fue de ella después. Esas cosas las sabe Sorm y solo Sorm.

El dragón se soltó entonces.

—¡Mentiroso de mierda! —le espetó antes de agarrarlo por el pelo, sacar la Infidel y desnudar la hoja.

Carl le sostuvo el brazo al instante para retenerla diciendo:

—Labi, dudo que lo sepa.

«Rájale la cara rájale los ojos haz que pague haz que pague HAZ QUE TODOS ESOS MIERDAS PAGUEN».

El brazo le temblaba.

—Lo estás haciendo muy bien con él —aseveró Carl—. Necesitamos la información. Sigue así. Lo estás haciendo muy bien.

Livia inspiró y espiró con fuerza y de un modo u otro se las compuso para refrenar al dragón. Cerró la Infidel. Leekpai la observaba con los ojos desorbitados por el miedo. Livia reparó en que, de haberlo ensayado, no habrían conseguido una representación mejor de poli malo y poli bueno. Exhaló de nuevo antes de decir:

—¿En qué lugar del mercado nocturno los tienen? Eso más te vale saberlo.

Fallon tradujo, escuchó la respuesta y dijo:

—Dice que están en un contenedor de transporte.

El corazón de Livia se aceleró de pronto mientras la cabeza se le inundaba con imágenes del contenedor en el que las habían retenido a Nason y a ella. La oscuridad. El eco. El olor. Intentó apartarlas de su mente y le fue imposible.

—¿Con este calor? —preguntó alzando la voz—. ¿Los habéis dejado en un contenedor sellado con este calor?

Fallon tradujo, escuchó y miró a Livia.

—Dice que tiene agujeros para respirar. Y que les han puesto hielo seco.

Sí, eso ya lo suponía. Ningún agricultor quiere que sus verduras se pudran de camino al mercado.

Aunque eso no quería decir que, pese a todo, no ocurriera a veces.

—¿En qué contenedor? —preguntó—. ¿Dónde está? Dile que sea más concreto.

Fallon y Leekpai volvieron a hablar.

—Dice que está en el callejón de Sanam Golf. Eso no sé dónde está.

—Espera —dijo Carl. Sacó el teléfono, lo encendió y, tras un minuto, dijo —: En realidad, no es un callejón, sino el nombre de una carretera. Hay un campo de golf en el lado oriental del mercado y el «callejón» recorre ese lado. Lo que hay entre medias parece... el aparcamiento del campo de golf. Puede que de noche esté desierto. Al sur hay una gasolinera y... no sé si un vertedero. Ese también podría ser el sitio. De todos modos, ya sabemos la localización general.

Livia clavó la mirada en Leekpai.

—¿Cuánto tiempo van a estar allí los críos?

Fallon estuvo hablando un buen rato con Leekpai antes de decir:

—Si no están en el puerto a medianoche, el barco zarpará sin ellos. El patrón está enfadado y los compradores, furiosos. El hombre que ha venido a ver a Sorm tiene intención de desembolsar una cantidad de dinero considerable al patrón y los compradores para compensar la espera. Sorm se va a encargar de llevársela personalmente para evitar problemas.

—¿Está con ellos la niña? —preguntó ella—. La niña que le diste a Sakda.

Con el rabillo del ojo pudo ver que la miraba Carl preocupado. Livia sabía que la pregunta no tenía sentido. ¿Qué iba a hacer esa chiquilla en aquel envío? Sin embargo, podía ser que estuviera allí. Tal vez. Tenía que estar en alguna parte.

Fallon tradujo:

—Jura que no lo sabe, que el que lo sabe es Sorm.

«Por favor —pensó—. Por favor, que sea verdad».

—¿Quiénes son los compradores?

Fallon tradujo. Leekpai habló. Fallon dijo:

—Una banda criminal ucraniana, cree. El que lo sabe es Sorm.

—¿Y por qué piensa que es ucraniana?

De nuevo hablaron los dos.

—Dice que Sorm está nervioso por el retraso y que los ucranianos son los únicos capaces de hacer que se ponga nervioso, porque son despiadados y están locos.

Livia conocía bien la reputación de las bandas ucranianas que se dedicaban a la trata. Miró a Leekpai.

—¿Tenías que reunirte con Sorm en el contenedor de transporte?

Fallon tradujo. Leekpai asintió.

—¿A qué hora?

Fallon volvió a traducir, escuchó la respuesta, hizo un par de preguntas más y respondió:

—No sabe la hora exacta. Lo tiene que llamar Sorm.

—Pero una idea sí tendrá.

Fallon hizo más preguntas y dijo:

—Tiene instrucciones de ir al mercado nocturno antes de las nueve y de encender el teléfono al llegar.

—Entonces —dijo Carl—, Sorm tampoco espera a Dillon hasta entonces.

—Pero tampoco puede ser mucho más tarde —añadió Livia—, porque Sorm necesita tiempo para llevar a los críos al puerto. No puede llegar tarde.

Carl asintió.

—Eso nos deja un margen razonable.

Livia reflexionó un instante. Sorm iba a llamar a Leekpai y ellos tenían su teléfono, pero la conversación sería en tailandés. Ni siquiera mediante mensajes de texto podría ella hacer gran cosa.

Fallon debió de suponer lo que estaba pensando, porque preguntó:

—¿En qué puedo ayudar?

Livia lo miró.

—¿Puedes encargarte tú de su teléfono?

—¿Eso es lo único que me vais a dejar hacer? ¿De verdad?

—¿Te parece poco? Sin eso estamos perdidos.

Fallon sonrió.

—Mujer, dicho así...

—Levántalo un segundo. Quiero sacar una foto del historial de llamadas recientes. Luego volveremos a apagarlo. Hasta las nueve, tal y como le habían pedido a Leekpai.

Fallon sostuvo el aparato y Livia tomó la imagen usando el suyo propio.

—Vuelve a decir la contraseña —pidió a continuación—. Para asegurarnos de que no se nos olvida.

Fallon la dijo al instante y acto seguido añadió:

—Que sepas, de todos modos, que no me ha molestado la insinuación. Además, ha sido un detalle que digas «se nos olvida» y no «se te olvida».

Livia miró a Leekpai, quien la miró a ella, luego a Fallon, a Carl y de nuevo a ella en busca de algún signo de esperanza. Livia le sostuvo la mirada.

—¿Alguien tiene más preguntas?

Nadie dijo nada.

Entonces, ella, sin apartar los ojos de Leekpai, pidió:

—¿Nos podéis dejar un minuto a solas?

Con el rabillo del ojo los vio mirarse. A continuación, se retiraron. Livia oyó abrirse la puerta corredera y después cerrarse.

Transcurrió un instante. El interior de la furgoneta estaba en silencio. Entonces Leekpai empezó a gritar.

En el asiento había una porción extra de plástico. Livia se puso en cuclillas al lado de aquel hombre y levantó el plástico. Leekpai la observó y empezó a balbucir algo en tailandés, cada vez más rápido.

—Sss... —dijo Livia sintiendo que el dragón la henchía, la empapaba, se transformaba en ella.

Siguió siseándole hasta que el otro dejó de farfullar. Solo se oía su respiración aterrada.

Livia apretó la mandíbula y empezó a llorar.

—Tenía solo once años —dijo en tailandés—. Once.

Leekpai sacudió la cabeza con gesto frenético y chilló:

—*Mai! Mai! Maiii!* —Empezó a patalear y a retorcerse mientras forcejeaba con la cinta americana.

Livia le puso una rodilla en el pecho y el plástico sobre la cara para envolverle la cabeza una y otra vez hasta convertirlo en una momia que lanzaba gritos enmudecidos e indistinguibles. Aún estuvo un rato girando y agitándose, hasta que dejaron de oírse sus chillidos ahogados y sus movimientos quedaron convertidos en poco menos que una convulsión periódica. Tampoco esta tardó en desaparecer y Leekpai quedó totalmente inmóvil.

El dragón recogió las alas, pero Livia sentía aún su fuego en los pulmones. Permaneció todavía unos instantes con la mirada puesta en él y moviendo la cabeza con aire de asentimiento. Se alegraba de verlo muerto. Por todo lo que había hecho y por todo lo que no podría volver a hacer. Sin embargo, a fin de cuentas, se sentía... cansada sin más. Y vagamente vacía.

Tal cosa podía deberse a que, en el fondo, Leekpai era un don nadie. El que quería, el que deseaba atrapar, era Sorm.

Y estaban ya muy cerca de él.

Capítulo 28

Entre los tres arrojaron el cuerpo sin vida de Leekpai a un canal de drenaje, se deshicieron del plástico en otro sitio cualquiera e hicieron una parada en un comercio de veinticuatro horas para comprar lejía y papel de cocina y limpiar el interior de la furgoneta. Dox se alegró de que Fallon no dijera nada de lo de Leekpai. Era evidente que para Labi se trataba de algo personal y él debía de respetarlo o quizá simplemente comprendía que tenían que matar al prisionero por el bien de la misión, aunque lo más seguro es que pesaran ambos motivos.

Una vez limpio el vehículo, Fallon los llevó de nuevo a Best Friend Bar 10, donde habían dejado la Kawasaki. Él llevaba el teléfono de Leekpai y Dox se había quedado con su cartera, si bien no tardaría en tirarla a una alcantarilla. Lo habían registrado y no habían dado con nada más que pudiera facilitar la identificación del cadáver.

Fallon paró junto al bordillo y dejó encendido el motor.

—No os preocupéis —les dijo—. Dejaré el teléfono apagado hasta las nueve y me aseguraré de estar cerca del mercado nocturno cuando lo encienda por si lo están rastreando. —Sonrió a Labi—. Seguro que ni se te había pasado por la cabeza recordármelo.

Livia le devolvió el gesto y le estrechó la mano.

—No olvides tener también apagado el tuyo hasta entonces. Y gracias.

—Te debemos una, *amigo* —dijo Dox mezclando inglés y español.

Fallon negó con la cabeza.

—¡Qué va! Si ya estaba un poco aburrido de hacer los trabajitos raros que me manda Kanezaki. Con que me invitéis de cuando en cuando a una Singha me conformo. *Semper fidelis*.

Se dieron la mano. Dox y Labi salieron de la furgoneta y Fallon arrancó.

Los dos dejaron el centro de la ciudad para dirigirse al este hasta dar con carreteras más tranquilas. Tras un rato, llegaron a un restaurante modesto al aire libre, donde pidieron un tentempié de sopa agripicante y pollo salteado con rodajas de jengibre y base de arroz. No hablaron de Leekpai. De hecho,

Dox apenas pensó en él. Seguía dándole vueltas a lo que no acababa de encajarle sobre la información que les habían dado.

Labi debió de ver algo en su expresión, porque preguntó:

—¿Qué te pasa?

Carl la miró.

—¿Te fías de mí?

Labi dio la impresión de ir a decir algo, pero al momento siguiente se limitó a asentir sin palabras.

—Quiero que me hables de esas pistas tuyas.

Labi echó hacia atrás la cabeza como si él le hubiera levantado la mano.

—No te entiendo.

—No es que dude de ti. Tampoco te estoy pidiendo que demuestres nada ni nada por el estilo. Sabes que confío en ti, Labi. Ya te lo he dicho.

—¿Entonces?

—Dices que mi instinto no me ha fallado nunca y a lo mejor tienes razón, pero aquí hay algo que no encaja. Me lo están diciendo las entrañas y no acabo de ver de qué se trata. Pensé que era K, pero no. Ya me convenciste de que es un tío legal. Sin embargo, todavía hay algo que se me escapa y necesito dominar toda la situación para descubrir qué es. Sin saber cuáles eran tus planes antes de que nos encontráramos, cómo conseguiste esa Glock, cómo averiguaste que Sorm estaba supuestamente en Les Nuits, cómo conociste la conexión que había entre Sorm, Leekpai y el mercado nocturno... Sin toda esa información, es imposible que vea el campo de batalla como lo ve el enemigo. Lo que quiere decir que no voy a poder anticiparme a él. Él, sin embargo, sí puede conocer mis intenciones. Nuestras intenciones.

Aguardó. Lo único que podía esperar era que Labi se aviniera a confiar en él lo suficiente como para contarle lo que quería saber.

Cuando al fin habló Labi, fue evitando mirarlo a los ojos.

—Hay cosas sobre mí —dijo— que no quiero que sepas.

¡Dios! Aquella sencilla frase parecía haberle costado horrores. ¡Y cuánta confianza había necesitado para poder decir tan poco!

—Oye —dijo él, pero Labi siguió evitando su mirada—. Ya sé que no te hace gracia que te toquen, pero ¿te importa si pongo una mano sobre la tuya un minuto solamente?

Ella no respondió, pero, como tenía la mano sobre la mesa y no la movió, él supuso que podía. Carl tendió la suya y envolvió ligeramente con sus dedos los de ella.

—Nunca voy a juzgarte por nada —dijo Dox—. Por nada. Me puedo hacer una idea de lo que has tenido que soportar en tu vida y no tengo ninguna intención de hurgar en tu pasado. Lo único que quiero en este momento es matar a todo el que te haya hecho daño.

Labi seguía sin mirarlo, pero apretó los dedos alrededor de los de él.

—Nunca te pediría que me contases nada de esto —insistió él—, entre otras cosas porque ya sé todo lo que necesito saber sobre ti.

En ese momento, vio que no lo miraba porque tenía los ojos anegados en lágrimas. Ojalá pudiese rodearla con sus brazos. Sin embargo, se trataba de reconfortarla a ella, no a él.

—Pero sabes por qué te lo pregunto en este momento. En la información que nos han dado hay algo que no encaja y estoy convencido de que no voy a poder averiguar qué es si no sé cómo descubriste el rastro que te llevó a Pattaya.

Labi retiró los dedos tras unos segundos. Apartó más aún la cabeza y bajó la cara y Carl pudo ver que estaba pestañeando para despejar las lágrimas. Entonces, sin mirarlo en ningún momento, le contó una historia horrible y desgarradora de cómo las raptaron a su hermana y a ella cuando solo tenían trece y once años después de que las vendieran sus padres y de cómo las llevaron de Bangkok a Portland a bordo de un carguero tres de los secuestradores a los que ella llamó Calavera, Cabeza Cuadrada y Barbasucia, que era, evidentemente, como los había visto ella de pequeña. Le dijo que los hombres habían amenazado con violar a Nason y que Labi había intentado evitarlo «haciendo lo que ellos querían» en lugar de su hermana. No dio detalles sobre qué era eso que querían. Tampoco necesitaba darlos.

Le contó que, por supuesto, los hombres le habían mentido y que, cuando se cansaron de ella, intentaron hacer lo mismo con la pequeña. Labi los había atacado y le había rajado un ojo al cabecilla, Calavera. Aquellos hombres se habían desquitado violando a Nason de un modo tan salvaje que la habían dejado catatónica, por lo que los empeños de Labi en proteger a su hermana provocaron precisamente su perdición.

Le contó todo esto apartando la mirada, llorando en silencio y de manera ininterrumpida sin hacer patente emoción alguna sino a través de aquellas lágrimas.

Le contó que había pasado dieciséis años sin saber siquiera si su hermana estaba viva o muerta. Recibió el nombre de Livia por un hombre que fingió «rescatarla» y que, en realidad, estaba detrás de la desaparición de su hermana. Ella lo mató y huyó de su casa. Se hizo policía. Siguió el rastro de

los hombres que las habían raptado y resultó que todos trabajaban en la policía real de Tailandia. Supo que habían matado a Nason hacía años. En una habitación de hotel de Bangkok mató a Calavera y a otros dos que habían formado parte de la conspiración: un senador de Estados Unidos, hermano del hombre que la había «rescatado», y su guardaespaldas, que era también quien se ensuciaba las manos por él.

Había usado la oferta que le había hecho el agente especial Little de unirse al cuerpo conjunto destinado a luchar contra la trata como excusa para volver a Tailandia y acabar con el resto. Había asfixiado a Cabeza Cuadrada con una almohada, aunque no sin antes hacerse con los números que guardaba en el móvil y que le habían permitido dar con Barbasucia. Este pensaba que le había tendido una emboscada al presentarse con otros dos polis, armados todos con Glock y equipados con dispositivos de visión nocturna, pero ella los había desarmado y los había matado a todos. Barbasucia le había contado lo de Les Nuits, lo del mercado nocturno y lo de Leekpai, un contacto que tenía allí y que vendía niños.

También le había dicho otra cosa. En la habitación de hotel del senador había una cría, la misma por la que le había preguntado a Leekpai en la furgoneta, una chiquilla que debía de tener la misma edad que Nason en el momento de su secuestro. El senador la estaba violando cuando se presentó Labi e hizo que aquel hombre se la llevara por considerar que Labi, un tesoro del pasado, era más interesante. A ella la retuvieron a punta de pistola y tuvo que limitarse a mirar impotente mientras se llevaban a la niña, que la había mirado con ojos llorosos, implorantes y agónicos. Labi no la había ayudado. No había podido, porque en aquel momento también ella estaba indefensa. Desde entonces, no había podido dejar de pensar en aquella chiquilla. Tenía que encontrarla. Protegerla. Tenía que hacerlo. Lo necesitaba.

Cuando acabó, Carl también tenía lágrimas en los ojos. No solo por lo que había pasado ella, sino por lo que, evidentemente, le había costado revelárselo.

Los dos quedaron sentados en silencio, Labi con la mirada perdida en la distancia.

—Nunca le había contado nada de esto a nadie —dijo al rato en tono neutro—. Nunca.

—Siento haberte empujado a hacerlo.

Ella no respondió.

—Labi, perdóname otra vez, pero tengo que hacerte otra pregunta.

Ella siguió callada.

—Dices que les quitaste las pistolas a Barbasucia y sus dos compañeros y los mataste a los tres, pero... seguro que primero los interrogaste, por lo menos a Barbasucia.

Labi se volvió a mirarlo.

—Te he hecho llorar —dijo, de nuevo sin revelar emoción alguna.

—No es tanto como parece, pero sí.

Labi volvió a hablar tras una pausa.

—Maté a los dos compinches y a Barbasucia lo esposé y lo llevé a una cantera con los cadáveres de los otros dos. Allí fue donde lo interrogué antes de meterles fuego a todos.

Dox no pudo evitar pensar: «Recuérdame que no me ponga nunca a malas contigo», pero, por supuesto, ni se le ocurrió decirlo en voz alta.

—Ahora ya sabes quién soy —dijo—. Lo que soy.

Eso casi la hizo echarse de nuevo a llorar.

—Lo que eres es la persona más valiente que he conocido nunca. Siento si suena condescendiente, pero te lo digo de corazón.

Labi apartó la mirada.

—Estoy cansada.

—No me extraña.

—¿Ves ya el campo de batalla?

—Mejor que antes. Deja que piense un momento. Los dos que mataste... En fin, Sorm, la DIA o quien sea debió de pensar que había sido yo. Darían por hecho que usé la información que me dio K para abrirme paso hasta la red de Sorm e ir descubriendo el rastro que me llevó hasta Pattaya. Sin embargo, el tercer fulano, ese Barbasucia. Quemarlo vivo... A ver, quiero que sepas que, si hubiese estado allí, lo habría rociado yo mismo con gasolina, pero no se trata de eso, sino de otra cosa. Creo que no me equivoco si digo que, en todos los años que llevo en este mundillo, me han dado más fama las balas que las cerillas, por decirlo de algún modo, conque es normal que lo de Barbasucia no pareciese obra mía. Es algo muy personal y, según quién más esté en el ajo, pueden haber pensado que habías sido tú.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Pues que... No lo tengo muy claro, pero ¿sabes?, empiezo a tener la sensación de que al bueno de Dillon se le da de maravilla averiguar lo que saben otros y luego darles información nueva que encaje con lo que tienen para que piensen que están sacando sus propias conclusiones cuando, en realidad, todo lo que creen estar descubriendo es lo que él ha querido poner allí. Eso fue lo que le hizo a Kanezaki con la emboscada de Pattaya y tengo la

impresión de que ahora está haciendo algo parecido. Quiero decir que está usando un canal de comunicación que sabe que no es seguro para anunciar que se va a reunir con Sorm en el mercado nocturno. ¿Para qué iba a hacer algo así? Está claro que quiere que nos lo traguemos y actuemos en consecuencia, pero... eso tampoco parece casar con su estilo. Tengo la impresión de que si nos quiere llevar al mercado nocturno es porque sabe que nosotros ya teníamos algo que apuntaba en esa dirección. Sí, se ha puesto misterioso al hablar de «los toldos» y todo eso, pero no era más que teatro. Sabía que si ya teníamos puesta la mira en el mercado nocturno, correríamos a sumar dos y dos y a felicitarnos por ser tan endiabladamente listos, que seguiríamos adelante pensando que ya lo habíamos supuesto y nos lo han confirmado los datos que hemos conseguido después cuando, en realidad, todo es una puta invención.

Livia asintió con un movimiento lento de cabeza. Parecía extenuada, aturdida. Le repateaba haberla obligado a contárselo todo, pero sabía que no había otra manera posible.

—Entiendo lo que dices —aseveró—, pero depende todo de que Sorm sepa, o crea, que quien mató a Cabeza Cuadrada, a Barbasucia y a sus compinches fui yo.

—Míralo de este modo. Sorm los conoce a todos, porque trabaja con ellos. Me has dicho que usaste el teléfono de Barbasucia para seguirlo hasta Pattaya, donde iba a llevarle dinero a Sorm, ¿no?

—Eso es.

—Perfecto. Y, según ese tal Cabeza Cuadrada, Barbasucia intentó avisarlo de tu llegada y advertirle que tenías que haber sido tú la que había matado a Calavera y a los otros hace dos meses en Bangkok, ¿no?

Aunque no le había dado detalles sobre el método que había usado para matar a Calavera y al resto, teniendo en cuenta que había quemado vivo al bueno de Barbasucia, podía imaginárselo. Además, cuando había pronunciado sus nombres en la furgoneta de Fallon para presentarse ante Leekpai, este había sabido perfectamente a quién y a qué se refería y aquello lo había aterrado a ojos vista. Con todo, suponía que debía de ser la manera, personal en extremo, en que habían muerto Calavera y compañía lo que había llevado a pensar al resto de la banda que su verdugo era Labi.

—Sí —respondió ella—. Es verdad.

—Entonces muere Barbasucia, quemado. Sorm se entera por los amiguetes que tiene en el cuerpo. ¿Cómo no va a conectar una cosa con otra? ¿Cómo no va a imaginar que Barbasucia lo tuvo que delatar mucho antes de

morir, darte información sobre el mercado nocturno y sobre su colega Leekpai, que vende críos allí? Posiblemente por eso llevaba guardaespaldas cuando lo encontramos. Ojalá hubiese caído antes, aunque es verdad que bien está lo que bien acaba.

Se hizo una pausa.

—Tienes razón —dijo ella—. Tenía que haberlo hecho yo... Lo que pasa es que estoy demasiado cerca. Estoy demasiado... cansada.

—Sí que estás cerca, pero el problema es que hasta ahora no habíamos trabajado codo a codo. Tampoco nos había hecho falta, pero ahora sí lo estamos haciendo.

Livia se mostró de acuerdo.

—Así que Sorm sabe que estoy aquí. Avisa a Leekpai y le dice a Dillon que tú y yo estamos trabajando juntos o, por lo menos, en paralelo. Posiblemente lo primero, porque...

—Porque ¿cómo cojones pude yo escapar de la emboscada de Pattaya sin una socia como tú?

Ella lo miró y dijo:

—Los dispositivos de visión nocturna.

—¿Cómo?

—Barbasucia y sus hombres llevaban equipos duales con amplificador de imagen y sensor de infrarrojos. Última tecnología. En aquel momento me pregunté de dónde podían sacar semejante equipo. Ni las comisarías de policía de Estados Unidos tienen algo así. Por lo que sé, solo los tiene el ejército. De hecho, se necesita licencia para exportarlos.

—Desde luego, no debe de ser difícil conseguirlos de la DIA. Siempre que se tengan los medios para que te los den bajo cuerda, claro.

—En efecto.

—¿Y qué coño estará suministrando a cambio de un equipo así?

Los dos estuvieron un rato en silencio. Solo se oía el ruido de los insectos y el movimiento de la vegetación de los alrededores. Dox acabó su sopa. Labi tenía la mirada puesta en la distancia. Pasaron zumbando un par de motos con dos y tres ocupantes cada una. Las mujeres viajaban detrás, a sentadillas. Dox agitó la cabeza y pensó: «Por ahí sí que no pienso pasar».

Labi se volvió hacia él y le dedicó una de aquellas sonrisas breves y tristes suyas.

—Entonces, ¿somos socios?

Carl le tendió la mano.

—Claro, joder. Somos socios. Y amigos.

Labi vaciló y, al fin, aceptó la mano de él para estrecharla con fuerza un momento y soltarla a continuación.

—Tienes razón —dijo—, sobre lo que sabía Sorm y, por lo tanto, sobre lo que sabía Dillon. Ahora lo entiendo todo. Serías un poli de la leche.

Carl negó con la cabeza.

—Ni la mitad que tú. —Se quedó pensativo unos instantes—. Ahora que tenemos más información, me doy cuenta de que podría haber un problema sobre el asunto del mercado nocturno.

—¿Cuál?

—¿Y si la policía se entera de que ha desaparecido Leekpai? Sorm tiene a la mitad en nómina. Seguro que lo ponen sobre aviso.

—Eso no me preocupa tanto.

—Pues dime por qué, porque yo también prefiero no estar preocupado.

—Por un montón de razones. Las primeras horas de una investigación son casi siempre caóticas. Las declaraciones de los testigos suelen ser confusas y contradictorias. Como, además, todo pasó en el puerto, podría haber sido un asunto de drogas o de cualquier otra cosa. ¿Crees que los agentes asociarán a las víctimas con Leekpai? Y, aunque lo conectaran todo tan rápido, Sorm tiene el teléfono apagado y no pueden avisarlo. Tampoco creo que sepan dónde encontrarlo, porque, por más que conspiran con él, dudo que él comparta con ellos los detalles de sus actividades. Y, aunque se dieran cuenta con una velocidad increíble, encontrasen una manera de avisar a Sorm y, de hecho, le dijeran lo de Leekpai, lo peor que nos puede pasar es que cancele la operación.

—Pero ¿y si no la cancela? Entonces, volvemos a lo de que saben que sabemos que saben... Ya sabes. ¿Cómo vamos a abordar lo del mercado nocturno?

—Mira, Sorm no cancelará la operación, por el simple hecho de que no va a saber lo de Leekpai. Tienen los teléfonos apagados y no espera que lo llame hasta las nueve. Pero, si me equivoco y sí que se entera, dudo que quiera tendernos una trampa. Echará a correr. Piénsalo. Entre los dos hemos matado a Gant, a esos jemerres, a Calavera, al senador y a su guardaespaldas, a Cabeza Cuadrada, a Barbasucia, al tío de la espada, a los tres gorilas de Pattaya, a los tres contratistas de la DIA y, ahora, a Leekpai y sus guardaespaldas.

Carl sonrió.

—Sí que es una lista impresionante. Además, la mitad fue antes de empezar a trabajar juntos. Imagínate lo que podemos conseguir ahora.

—A eso me refiero. ¿De verdad crees que, después de todo lo que ha pasado, Sorm va a preferir enfrentarse a nosotros en lugar de salir por piernas? Dillon puede que sí, pero él... Así que lo peor que puede pasarnos es que Sorm cancele la operación, pero, en ese caso, ¿qué podemos perder? ¿Quieres que nos apostemos en el puerto? Si se nos escapa allí, sí que estamos perdidos. Tomará un barco hacia vete tú a saber dónde y nos quedaremos sin nadie que nos pueda dar pistas. Y Dillon sigue suelto y la tiene tomada con nosotros.

Posiblemente tenía razón, pero a Dox seguía sin gustarle la incertidumbre. Entonces, ella dijo:

—Espera. ¿Y si yo puedo confirmarlo?

—¿Cómo?

—Little, mi reclutador, tiene un archivo enorme sobre la policía real tailandesa. Él podría tener alguna idea de lo que piensan que ha ocurrido hoy en el puerto.

—Eso sería tranquilizador, para qué voy a negarlo.

—Pero tenemos que ir pase lo que pase. Por esos niños.

Carl asintió.

—Por eso no te preocupes. No estoy intentando decidir si actuamos o no, sino cómo lo hacemos.

Capítulo 29

Se detuvieron en una tienda de electrónica en la que Carl compró una tableta de gran tamaño. Livia llamó a Little mientras él estaba dentro.

—¿Llegó a averiguar algo sobre los tres guardias de Pattaya que hablaban inglés? —preguntó.

—Nada —repuso él—. Ni siquiera ha reclamado nadie los cadáveres. Fueran quienes fueran, su identidad era más secreta aún de lo habitual. Tanto que ni siquiera tenían remitente.

Si, como suponía, estaban a las órdenes directas de Dillon, eso tenía mucho sentido.

—¿Eso es todo? —quiso saber él.

—No, hay algo más.

—Estupendo. Dime en qué puedo ayudarte.

Ella vaciló antes de decir.

—Los archivos que tiene sobre la policía real tailandesa son... impresionantes.

—Es verdad.

—Tengo curiosidad por saber si se actualizan a tiempo real.

—No sé muy bien adónde quieres llegar.

—En el puerto de Bangkok hubo un tiroteo hace unas horas y me gustaría saber qué opina al respecto la policía.

—¿Qué está pasando ahí, Livia?

Ya sabía que lo iba a preguntar.

—Pues la verdad es que mi estancia aquí ha tomado un rumbo inesperado y he acabado por encontrar pistas que no había previsto. Le haré un informe completo cuando vuelva, pero ahora mismo necesito ese dato.

—Te estoy preguntando para qué lo necesitas.

Ella pensó en los niños de aquel contenedor. En el calor que debía de hacer allí dentro pese a los agujeros y el hielo seco.

—Siempre dice que somos un equipo —replicó ella tratando de sobreponerse a su frustración—. ¿No puede limitarse a responder mis

preguntas? ¿Por qué tiene que ser todo una negociación con usted?

—No es una negociación. Tú me has hecho una pregunta y yo te estoy haciendo otra.

Aquello colmó el vaso de su paciencia.

—Escúcheme, Little o B. D. Si cree que puede intimidarme, está muy equivocado. Lo único que va a conseguir es que recuerde siempre que, cuando le pedí ayuda, prefirió joderme. Eso no lo voy a olvidar en la vida y, de hecho, ya puede despedirse de toda la información que estoy recabando aquí. Y buscarse a otro agente para lo que sea que está tramando hacer conmigo. Que le den.

A esto siguió una pausa prolongada, tras lo cual dijo Little:

—Lláname de aquí a treinta minutos.

Livia colgó y apagó el teléfono. Aún furiosa, puso al día a Carl cuando salió de la tienda. Reemprendieron la marcha, volvieron a aparcar en una calle más tranquila y esperaron. Media hora después, volvieron a llamar. El corazón le latía con fuerza.

—Están trabajando con la teoría de que se trata de un asunto de drogas —dijo Little—. Se sabe que los dos muertos estaban metidos en cosas de narcóticos.

Livia se sintió tan aliviada que estuvo a punto de marearse. En ningún momento había llegado a creer que la policía pudiera averiguar tan pronto que el motivo del tiroteo fuese Leekpai, pero, en caso contrario, todo lo del mercado nocturno se habría ido al garete. Jamás encontraría a aquella chiquilla.

—Gracias —consiguió decir.

—De nada. Espero que empieces a creerme cuando te digo que somos un equipo.

—Tengo que irme. Volveré a llamarlo.

—Livia...

Ella cortó la llamada y apagó el aparato.

Volvió a informar a Carl. Luego encontraron otro hotel de ejecutivos. Livia apenas podía mantener los ojos abiertos. No era solo por lo del puerto, por la muerte de Leekpai ni tampoco siquiera por la angustia que le provocaba pensar en los niños de aquel contenedor. La revelación de cuanto le había contado a Carl... Había intentado no sentir lo que estaba diciendo, desprenderse de los recuerdos mientras fluían las palabras de su interior... Puede que en parte lo hubiera logrado, porque los contornos de la conversación habían empezado a desdibujarse y a fragmentarse como restos de un sueño. Se lo

había contado, ¿no? De un modo u otro, lo había conseguido, aunque el esfuerzo la había dejado consumida. Lo único que quería era dormir. Dormir, joder. Quería olvidar.

Pero solo un rato, porque lo que deseaba, por encima de todo, era matar a Sorm. Salvar a aquellos críos.

Y encontrar a aquella chiquilla.

Cuando se despertó, no recordaba haber dormido. Más bien tenía la impresión de haber estado inconsciente. Esperó un instante mientras volvía a establecer conexión con sus extremidades y tomaba conciencia del colchón que tenía bajo su cuerpo, de la sensación de estar en una habitación.

Abrió los ojos. Las luces estaban apagadas, pero por las ventanas abiertas entraba la luz del sol poniente. Carl estaba estudiando con atención la tableta. Su expresión le resultó interesante, relajada hasta la placidez y, al mismo tiempo, concentrada en extremo. Se preguntó si sería aquella actitud la que tenía tras la mirilla de un fusil de precisión. En tal caso, desde luego, no querría estar al otro lado, con independencia de la distancia.

Tenía que haber hecho algún movimiento, porque él alzó la vista.

—Hola —dijo.

—Hola.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor.

—No hay nada como una cabezadita, ¿verdad? Cuando acabemos con esta mierda, pienso echar una a diario durante un mes.

Livia se frotó los ojos antes de levantarse y caminar hasta él.

—¿Qué estás haciendo?

—Aprendiendo todo lo que puedo por Google Earth y demás acerca del mundialmente famoso mercado nocturno de Rot Fai.

—¿Alguna conclusión?

—Unas cuantas. La primera es que, teniendo en cuenta que el bueno de Dillon también es tirador de precisión, y, de hecho, uno de los mejores, es de suponer que no usará la entrada principal pase lo que pase. En general, el mercado no es muy buen sitio para apostar a un francotirador. Supongo que estará atestado de gente y, con todas esas tiendas, no hay un campo claro de tiro; pero la entrada sí daría el apaño. Y todo ese aparcamiento del callejón de Sanam Golf, que por el momento parece ser el dato más fiable que tenemos, también ofrece posibilidades. Sin embargo, dudo que ni siquiera Kanezaki y Fallon puedan conseguirme con tanta rapidez un fusil con mira de visión

nocturna. Además, necesitaría tiempo para afinar la puntería. De todos modos, ojalá pudiera ver con antelación el terreno real.

—Yo he estado allí.

—¿En serio? ¿Por qué no me lo habías dicho? Lo de no poder conocer de primera mano el sitio me ha estado mortificando, porque fue así como me soltaron a Zatōichi, porque sabían que iría a reconocer los alrededores del despacho de Vann y pusieron posiblemente uno de esos drones enanos a sobrevolar la zona. No pienso arriesgarme otra vez.

—Tenía que haber caído en mencionarlo. Es que hemos tenido... tanta mierda en la que pensar...

—No te preocupes. No se ha perdido nada. Guíame ahora. Serás mis ojos y mis oídos. También deberíamos mirar fotos de Dillon. Hay un montón en la Red, porque hace tiempo se hizo medio famoso y ahora, de subdirector de la DIA, ni te cuento.

Empezaron con esto último y, a continuación, se centraron en el mercado nocturno. Livia le dijo cuanto podía recordar, usando como guía diversos mapas, fotografías y vídeos que encontraron en línea. Las preguntas de él resultaron muy útiles. Todas ellas estaban centradas, claro, en modos de infiltración, emboscada, evasión y huida.

—¿Qué piensas? —preguntó ella cuando acabaron de repasarlo todo.

—Evitar la entrada debería ser bastante sencillo. Aunque el lugar está cercado, dudo que sea para tanto. Las vallas parecen estar destinadas a marcar el perímetro del mercado y evitar desbordamientos más que a proporcionar seguridad. ¿Quién iba a querer asaltar un mercado nocturno o salir de él a la fuerza?

—Yo pensaba lo mismo. Lo peliagudo será lo que ocurra dentro, porque...

—Sí, porque no sabemos qué es lo que tienen en mente Dillon y Sorm. De todos modos, deberíamos averiguarlo, porque así abordaríamos con confianza nuestras conclusiones, porque es Dillon quien pone las reglas del juego.

Labi meditó unos segundos.

—Sabemos que es probable que Sorm tenga otro teléfono desechable. Si no, tenemos el número que usó para comunicarse con Leekpai.

Carl asintió.

—Espero, desde luego, que sea lo segundo.

—Pero ¿y si no? ¿Podría hacer algo Kanezaki si sabemos que hay un móvil desechable que va a encenderse en un momento y un lugar concretos?

Él la miró.

—¿Sabes qué? Que lo vamos a averiguar. Tú y yo dimos un paso enorme cuando empezamos a colaborar y creo que va siendo hora de que hagamos lo mismo con Kanezaki. ¿Te parece bien?

—A mí sí, pero ¿y a él?

Carl sonrió.

—La gente de la CIA dice siempre que es mejor pedir perdón que permiso, así que no creo que tenga nada razonable que objetar.

Se sentaron en la cama. Carl hizo la llamada, activó el manos libres y lanzó el aparato al colchón, de forma que quedó entre los dos.

Tras un solo tono se oyó:

—Buenas. Estaba esperando tu llamada. Me pone histérico no poder localizarte cuando...

—Antes de que sigamos —dijo Carl—, te he puesto el manos libres para poder presentarte a mi socia, a la que llamaré L de «linda como ninguna».

Hubo un silencio, tras el cual preguntó Kanezaki:

—¿Qué?

Livia miró a Carl y luego al teléfono.

—Hola, tengo entendido que tú eres K.

Hubo otro silencio.

—¿Qué está pasando?

—Algún día te pondré al corriente con un par de cervezas de por medio —prometió Carl—. De momento, baste decir que L quiere lo mismo que nosotros y que buscándolo me salvó el pellejo durante aquella emboscada de Pattaya. Imagínate la culpa que te estaría consumiendo ahora mismo si llego a morir allí y piensa que L es el motivo por el que sigo vivo. Creo que merece cierta gratitud.

Hubo un silencio más antes de que dijera Kanezaki:

—La mitad de las veces me resulta imposible saber si se está quedando conmigo, pero, si lo dice en serio..., gracias, L.

—De nada.

—Entonces, los dos estáis colaborando.

Carl sonrió.

—Y tengo que decir que con mucha eficacia. Nos pusimos a pensar juntos y nos dimos cuenta de que los malos tienen que saber que ahora somos un equipo y actuarán en consecuencia. Luego, caímos en que, si unir dos cabezas es bueno, tres tiene que ser la leche. Y aquí estamos. He informado a L de todo lo que me has contado.

—¿De todo?

—Lo siento, *amigo*, pero tanta compartimentación no es buena. ¿No llegasteis todos a la conclusión de que fue precisamente lo de almacenar la información de manera aislada lo que nos llevó al 11-S?

—Sí, ese fue uno de los motivos.

—Pues vamos a intentar no cometer el mismo error. El caso es que L y yo hemos estado pensando en tu información. Dillon pidió a Sorm que comprase un teléfono desechable y no lo encendiese hasta llegar al mercado nocturno. ¿Tú puedes hacer uso operativo de esa clase de cosas en tiempo real?

—¿Estás de broma? Pues claro.

—¿Cómo?

—¿Cuántos teléfonos crees que va a dejar la gente apagados y quizá hasta metidos en fundas de Faraday para después encenderlos al llegar al mercado nocturno? Puede que... ¿uno?

—Coño —dijo Carl—. Visto así...

—Y, aunque hubiese más de uno, solo se usará uno para llamar a Dillon.

—Pero ¿y si...?

—Mis chicos pueden determinar al instante si los números que establecen una conexión han llamado en algún momento a algún otro número. Si la respuesta es negativa, lo que aquí parece muy probable, será porque tenemos dos desechables nuevecitos que se están usando para una operación clandestina.

—Más concretamente, esta noche, los de Sorm y Dillon.

—En efecto.

—Dillon sabe lo que puedes hacer, ¿verdad? —preguntó Livia.

—Lo sabe muy bien —repuso Kanezaki—. No me hace mucha gracia reconocerlo, pero parte de los avances tecnológicos que usamos nosotros se debe a la DIA.

Labi miró a Carl.

—Entonces, eso es lo que Dillon sabe que sabemos. Van a reunirse en el mercado nocturno. Cada uno de ellos tendrá un teléfono desechable que podremos identificar y seguir. Por supuesto, tenemos el otro número que podría usar Sorm para llamar a Leekpai.

Carl asintió.

—Por cierto, envíame la foto. K, voy a mandarte la foto de un historial de llamadas recientes. Tenemos motivos para creer que el último número es el que podría usar Sorm.

—Perfecto.

Todos guardaron silencio un instante, hasta que Carl dijo:

—¿Llegaste a saber algo de esos tres guardias que eliminamos L y yo en Les Nuits? Los que hablaban inglés.

—Nada. Fantasmas totales.

—Ya. —Carl hizo un gesto de afirmación a Livia ante la coincidencia con la información que les había dado Little—. Me lo imaginaba. Está claro que tenían que ser hombres de Dillon. Y ahora que tiene el banquillo vacío, supongo que será el señor Dillon quien salga al terreno de juego en persona. Por lo que sé de él, tiene que echar mucho de menos la acción. ¿Tiene sentido?

—Más de lo que te imaginas —repuso Kanezaki—. Tenemos todo un perfil psicológico de Dillon.

—¿Y por qué será que eso no me sorprende?

—Estoy cansado de discutir sobre fuentes y métodos. L, confío en este hombre más que en mí mismo y, dado que me está diciendo que debo confiar en ti, voy a hacerlo.

—Yo voy a intentar confiar en ti también —dijo Livia.

Tras una pausa, provocada quizá por ese ligero desequilibrio en su respectiva confianza, dijo Kanezaki:

—El caso es que sí, la CIA tiene informes de personalidad de todos los políticos, hombres de negocios y personalidades de los medios de comunicación que tienen algún peso en Estados Unidos. La explicación que se da es que Rusia está haciendo lo mismo y que tenemos que ser tan capaces como el enemigo de detectar los puntos flacos de nuestra propia gente, pero en realidad, claro...

—En realidad —dijo Carl—, la CIA saca partido de esos puntos flacos para sus propios fines.

—Yo, desde luego —repuso Kanezaki—, no te he dicho eso.

—De hecho, seguro que todos olvidamos haber tenido siquiera esta conversación. De momento, lo único que quiero es que me digas qué sabes de Dillon. Ya te he dicho que es un tipo duro con mucho cerebro. ¿Qué más?

—La personalidad de Dillon tiene tres elementos fundamentales. Uno, es un controlador obsesivo que odia delegar en nadie; dos, no se cansa de buscar en todo momento una solución más eficiente, algo elegante que le permita matar dos pájaros de un tiro, y tres, cuando las cosas no van como él piensa que deberían ir, no duda en intervenir y hacer él mismo el trabajo.

—El invento ese suyo con los vehículos de transporte...

—En efecto, eso sí que fue una cosa fina que dobló el número efectivo de vehículos blindados de cualquier campo de batalla.

—Joder —dijo Carl—, si es tan controlador y odia tanto delegar, no quiero imaginar el daño psíquico que le tuvo que suponer usar a alguien como el bueno de Zatōichi. Espero que vuestro seguro de salud gubernamental sea generoso a la hora de cubrir los costes de la terapia.

Livia lo miró.

—En este caso, no nos las vemos con uno de los aspectos de su personalidad, sino con los tres. Piensa lo que podría costarle todo este desastre. Primero es Gant el que mete la pata y paga con su vida, y lo mismo les pasa a esos jemerres que te esperaban en un callejón oscuro. Sorm se pone histérico y Dillon manda al tío de la espada.

—Sí —dijo Carl—, aunque, de todos modos, tenía que saber que Zatōichi no tenía muchas posibilidades.

—Seguro que sí, pero era la única pieza que tenía Dillon desplegada en ese momento en este lado del tablero. El caso es que también le matan a Zatōichi. Como es un controlador obsesivo que odia delegar en nadie, se presenta aquí con un equipo de tres hombres selectos. Matan a Vann, de modo que las cosas parecen por fin tomar el rumbo que él ha trazado y eso, además, no hace sino confirmar su convencimiento de que, si quieres que se haga algo bien, te tienes que encargar tú mismo. Luego, los tres hombres que ha escogido te tienden una emboscada en Pattaya y, de nuevo, tú escapas ileso y el equipo de Dillon se queda en el sitio.

—Por cierto —apuntó Carl—, gracias de nuevo.

Livia asintió.

—Por lo tanto, aunque Dillon dispusiera de más gente a la que acudir aquí, cosa poco probable, porque, de lo contrario, no habría buscado a alguien como el tío de la espada, ¿qué cabe esperar, que confiase en ellos un antiguo tipo duro de los Delta o que dijera: «¡A tomar por saco! Yo me encargo»?

Todos guardaron silencio unos instantes.

—¿No te había dicho yo —preguntó al fin Carl— que lo único que teníamos que hacer era pensar juntos? Lo que hay que averiguar ahora es qué tiene planeado Dillon y cómo lo abordamos.

Callaron de nuevo. Livia estaba convencida de que tenía delante todas las piezas y no era capaz de ver el conjunto. Aun así, tenía esa sensación, propia de un policía, de estar a un paso de la revelación.

—Y si... —Tras un instante dijo—: Estoy pensando en la imputación que promovió Vann. Sorm tuvo que echarse a temblar. Por eso exigió a Gant que matase a Vann. Y Gant aceptó. La DIA corría un riesgo tremendo, pero también lo asumió.

—Y siguió adelante —señaló Carl— aun después de que se torcieran las cosas.

—Lo que nos lleva otra vez a la misma pregunta —intervino Kanezaki—. La transacción. ¿Qué les está dando Sorm o qué calla de ellos a cambio de semejante protección, de semejante riesgo?

—Ahí es donde quiero llegar —dijo Livia—. Vamos a suponer que son las dos cosas. Para que la DIA, o cualquier otro organismo, por cierto, se acueste con Sorm y corra el peligro de que se desvele su relación, tiene que estar sacando un beneficio tremendo. Y, teniendo en cuenta la naturaleza de Sorm, también es muy probable que tenga algo importante sobre ellos. Tú dirás, que eres el experto en espionaje.

—Tienes razón —convino Kanezaki—. Ese es, en parte, el motivo por el que la CIA cortó la relación. De vez en cuando nos proporcionaba información sobre Abū Sayyāf y la Ŷamā‘a al-Islāmīya y sobre otros grupos terroristas y separatistas del Sudeste Asiático, pero lo que nos daba no compensaba el escándalo que podía generar la noticia de nuestra colaboración.

Dox sonrió.

—K está convencido de que la Agencia tiene más escrúpulos que otros integrantes de su comunidad.

Livia asintió. Estaba muy cerca y, sin embargo, no acababa de verlo.

—Pero ¿tiene sentido de verdad —preguntó, más para sí que para los otros dos— que alguien, la CIA^[16], la DIA o cualquier otro de tu «comunidad», se arriesgue a seguir relacionándose con un tipo como Sorm por una información de interés marginal?

Silencio.

De pronto lo vio claro. ¿Cómo no se habían dado cuenta? Tenía razón George Orwell cuando dijo: «Ver lo que tenemos delante de las narices requiere una lucha constante».

—Eso es —dijo en voz alta—. Tiene que ser eso.

Carl la miraba expectante y Kanezaki preguntó:

—¿Qué?

—¿Qué es Sorm? —respondió ella—. ¿Qué es en esencia, en lo más fundamental?

—No te sigo —reconoció Kanezaki.

—Sorm trafica con gente, con esclavos. Lleva casi cuarenta años haciéndolo. Si quieres acostarte con él no será por la información que pueda ofrecerte de vez en cuando sobre Abū Sayyāf, la Ŷamā‘a al-Islāmīya o lo que

sea, sino porque es uno de los traficantes de seres humanos más execrables del planeta.

—Pero ¿para qué iba a querer la DIA...?

—Joder, ¿de verdad necesitáis que una poli os diga que sigáis el rastro de las miguitas de pan?

—Depende. ¿De cuánto pan estamos hablando?

—Las estimaciones varían, aunque hasta las más modestas son escalofriantes. La Organización Internacional del Trabajo de la ONU calcula que, en todo el mundo, la esclavitud moderna genera ciento cincuenta mil millones de dólares al año.

—¿Ciento cincuenta mil?

—Exacto. El número de personas que se compran y se venden al año supera los veinte millones. Una cuarta parte son niños. Si queréis hacerle algún bien al mundo, los de la comunidad de los servicios de información deberíais dejar de meteros en la cama con gente como Sorm e intentar pararles los pies.

Silencio.

—Lo que quiero decir —prosiguió— es que vosotros estáis más al tanto que yo de los chanchullos de Air America y la heroína, la Contra y la cocaína, los muyahidines y el opio... Si a vuestra «comunidad» no le importó colaborar con el tráfico de heroína, cocaína y opio, ¿por qué le iba a hacer ascos a algo más lucrativo, que, además, no necesita campos de amapolas ni de coca, porque se renueva siempre de forma automática?

Silencio de nuevo.

—Dame un segundo —pidió Kanezaki—. Solo... —Tras una pausa añadió—: Eso es lo que han estado haciendo. Tienes razón. ¡Dios! Tienes razón.

—¿Sobre qué? —dijo Carl—. Dejad ya el suspense, que me vais a matar. Decidlo y ya está.

—Perdón, es que... L, tienes razón. ¿Cómo no lo he visto? En los últimos diez años, la DIA ha estado metiendo mano en media docena de elecciones del Sudeste Asiático, Latinoamérica y Europa oriental. Ha sido la agencia de referencia en toda clase de operaciones de influencia. Tanto es así que me cuesta que los del Consejo de Seguridad Nacional me devuelvan siquiera las llamadas. Saben que si de veras quieren resultados, sin incómodas solicitudes presupuestarias y de tal modo que nadie se atreva a preguntar cómo los han conseguido o de dónde viene el dinero, hoy hay que recurrir a la DIA. Y de ahí es de donde ha estado viniendo todo el dinero de los operativos. De la

trata de esclavos. ¡Dios santo! No lo... No había sido capaz de verlo. No quería creer que nada así pudiera ser verdad. De hecho, me sigue costando creerlo.

—No sé —dijo Livia—. Puede que tus colegas de la CIA tengan de verdad más escrúpulos que vuestros rivales de la DIA, aunque lo dudo. De todos modos, si cortasteis con Sorm fue porque no queríais que se descubriera vuestra asociación con un cerebro de la trata. Luego hicisteis extensivo... Disteis por hecho que a la DIA le debía preocupar lo mismo. Pero ¿y si el miedo que tiene la DIA es mil veces peor que el que tenía la CIA? ¿Y si la DIA teme que se descubra no que ha estado asociándose con un cerebro de la trata, sino haciendo negocios con él^[17]?

Carl miró al suelo y meneó la cabeza.

—Joder.

—Dime, K—dijo ella—. Si tengo razón y si sale a la luz, ¿qué proporción podría tener el escándalo?

Kanezaki respondió tras una pausa:

—Sería algo... sin precedentes. Ni me lo puedo imaginar. Como mínimo, los directores irían a la cárcel y se desmantelaría toda la organización.

—¡Qué panorama tan hermoso! —comentó Carl—. Pero sí, se montaría una de cojones.

—El caso es —dijo ella— que Sorm es para la DIA un arma de doble filo. Si se vuelve contra ellos, están jodidos. Por eso necesitan tenerlo contento.

—Sí —convino Carl—, y por eso cuando se enteró de que Vann lo estaba investigando y de que había una imputación sellada contra él y le dijo a Gant que matase para él a un alto funcionario de la ONU, Gant corrió a obedecer.

Livia asintió.

—Porque la DIA no puede arriesgarse a que lleven a Sorm ante los tribunales y él desvele sus relaciones para obtener un mejor trato.

—Pero, entonces, ¿por qué no matar sin más a Sorm?

—Ahora estamos llegando adonde queríamos —prosiguió Livia—. En primer lugar, doy por hecho que Sorm debe de ser un fantasma. No parece que sea fácil dar con él. ¿Es así?

—Sí, por lo menos cuando lo manejábamos nosotros.

Carl se echó a reír.

—Una manera muy generosa de entender quién manejaba a quién. Dicen que, cuando debes un millón al banco, tienes un problema, pero cuando debes mil millones, el problema es del banco.

—Da igual —dijo Livia—. Lo importante es que Sorm es un tío desconfiado, un superviviente, un hombre al que ni siquiera Dillon ni la DIA pueden echar mano con facilidad, de modo que, aun cuando en determinado momento te hayas dado cuenta de que es más una carga que una adquisición, no te va a resultar fácil librarte de él. Y Sorm no es tonto. ¿Cómo iba a seguir vivo si no es poniéndose en el lugar de cualquiera que lo considere una inversión?

—Lo que significa... —preguntó Kanezaki.

—Lo que significa que, si fueses Sorm y temieras, en el menor de los casos, que la DIA decidiese de pronto pensárselo mejor y cortar su relación contigo, ¿cómo te sentirías si supieras que un fiscal federal de Nueva York se ha propuesto obtener una imputación sellada de un tribunal de instrucción? ¿Cómo creerías que le va a sentar a la DIA la posibilidad de que, al verte detenido, extraditado y expuesto a pasar el resto de tus días entre rejas, quieras pedir una reducción de condena a cambio de la sensacional historia de que la DIA y tú sois socios en la trata moderna de esclavos?

—Me volvería más paranoico todavía —dijo Kanezaki—. Y me andaré todavía con más cuidado.

—Exacto. Hemos estado dando por hecho que Sorm puso pies en polvorosa por la imputación promovida por Vann y, aunque puede que eso tenga también algo que ver, lo más probable...

—... Es que, en realidad —concluyó Kanezaki—, esté huyendo de la DIA

—Joder —dijo Carl—. O sea, que Sorm no quería ver muerto a Vann solo por eliminar la amenaza que suponía, sino porque sabía que era el único modo de eliminar la amenaza que le suponía la DIA. Mierda, mira que se lo dije. Le dije al bendito dalái lama que tenía que guardarse las espaldas. Joder.

—Lo siento, pero... parece que hemos dado en el clavo. Y creo que hay algo más. No estoy segura, pero...

Se detuvo para pensarlo bien antes de proseguir:

—Poneos en el lugar de Dillon. Más nos vale, porque esto es lo que ha estado haciendo él con nosotros. Habéis hecho negocios con Sorm y habéis amasado Dios sabe cuántas ganancias. Creáis un fondo colosal con fines ilícitos, manejaís con dinero los designios de una docena de Gobiernos, dejáis a vuestros rivales de la CIA al margen de un proyecto de relieve tras otro... Sois como un inversor que no deja de llenarse los bolsillos en un mercado alcista. Sin embargo, el mercado se ha vuelto cada vez más voluble

últimamente. De pronto han surgido riesgos enormes. Vuestras acciones no dejan de bajar y lo que queréis es venderlas. ¿Vais a dejar pasar la ocasión?

Silencio.

—Quiero que me lo digáis vosotros, que conocéis a Dillon.

—Si Sorm le pidió que matase a Vann —dijo Kanezaki—, tuvo que sentirse muy aliviado ante su muerte. Aquello lo tranquilizó seguro, porque ¿por qué se iba a arriesgar Dillon a matar a un alto funcionario de la ONU cuando podía haber resuelto el problema de los mercados volubles matando sin más a Sorm?

—¿Estás diciendo —preguntó Carl— que lo de matar a Vann fue para Dillon una forma de demostrar a Sorm su buena fe?

—Puede que sí. De hecho, es probable de Dillon hubiera preferido no matar a Vann. Muerto Sorm, Vann no supondría peligro alguno, de modo que ¿para qué arriesgarse?

—Sí. —Carl meneó la cabeza—. Sin embargo, decidió matarlo de todos modos, solo para acercarse a Sorm. Me cago en...

—Lo que significaría —dijo Kanezaki— que si Dillon quiere de verdad salirse de ese mercado, tiene ante sí una ocasión de oro.

Su amigo movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Sí. Y lo más seguro es que le haya dicho a Sorm algo así como: «Problema resuelto. Ahora, vamos a repasar tus operaciones, porque ya me conoces y soy todo eficiencia y elegancia y me gusta matar dos pájaros de un tiro, y tengo un par de ideas sobre cómo disminuir riesgos y doblar nuestros beneficios. ¡Ah! Y asegúrate de apagar tu nuevo desechable y todo eso, porque, en adelante, lo único que quiero es protegerte». Sorm huele todo ese dinero y se convence de que puede confiar en ese tío, conque se aviene a reunirse con él.

Livia lo miró.

—Ya casi estamos. Un paso más.

Carl le dedicó una sonrisa lánguida.

—Ilumínenos, hermana. Podría estar todo el día escuchándola.

—De acuerdo. Los polis buscamos siempre un móvil, unos medios y una ocasión.

—Muy bien.

—Tú eres Dillon y quieres salirte del mercado. Ahí está el móvil. Consigues que Sorm confíe de pronto en ti. Ya tienes la ocasión. Pero ¿cuál es el medio que utilizas, sobre todo si lo que quieres es matar dos pájaros de un tiro?

Carl la miró. Durante un segundo adoptó la misma mirada que le había visto antes, la que supuso que pondría detrás de la mira telescópica de un fusil.

—Sus medios —respondió— somos tú y yo.

—Eso creo yo también. Desde luego, hay que reconocer que sería una solución elegante.

—Oye, L—dijo Kanezaki—. ¿Te han dicho alguna vez que serías un oficial de información de la leche?

—No, gracias.

—Era solo un cumplido —advirtió Carl.

Kanezaki se echó a reír.

—No he dicho nada. Lo importante es que tiene mucho sentido. Dillon quiere abandonar un mercado que ha empezado a presentar riesgos inaceptables. Quiere cerrar todas sus cuentas, lo que incluye no solo a Sorm, sino también a vosotros dos. ¿Y qué mejor modo, qué manera más elegante puede haber de hacerlo que dejar que «deduzcáis» que Dillon y Sorm van a encontrarse en el mercado nocturno y que, por lo tanto, podéis abordarlos a ambos allí?

—Dillon se quedará atrás como sea —dijo Carl—. Nos ofrecerá a Sorm y luego se encargará de nosotros. Por lo menos ese es su plan. Si lo que busca es elegancia, claro.

—¿Sabes por qué sé que tienes razón? —preguntó Kanezaki.

—¿Por la experiencia larga y fructuosa que tienes con mi sensato juicio?

Kanezaki volvió a reír.

—Eso también. Pero, además, ¿no es precisamente eso lo que intentó hacer Gant en Phnom Penh, conseguir que mataras al objetivo para después mandar que acabaran contigo?

—Ya decía yo que esta película la había visto antes —dijo Carl—. Ahora lo que queda es asegurarse de que no cambian el final en la adaptación.

Capítulo 30

Acababa de ponerse el sol y el rosa se teñía ya de rojo en el cielo del oeste cuando llegaron Dox y Labi al mercado nocturno.

Él habría querido seguir hasta pasar el aparcamiento de Sanam Golf y el vertedero de al lado de la gasolinera, pero sabía que tenía que evitar inspeccionar la zona como había hecho en los alrededores del despacho del dalái lama, porque Dillon sabía que él lo sabía.

Pero no sabía que él sabía que Dillon lo sabía.

Así que hizo algo distinto. Labi condujo hasta un lugar apartado del mercado y llegó a él desde el noroeste antes de poner rumbo al este por una carretera estrecha y llena de baches rodeada de vegetación invasora. El camino se volvía cada vez más accidentado y lleno de hierbas, hasta cortarse más allá del mercado, en el extremo nordeste del campo de golf. Este se encontraba separado de los restos de la carretera y rodeado por un perímetro de follaje alto y espeso que tenía detrás una valla rematada en una malla metálica de algo menos de diez metros de alto. Una estructura que parecía no estar cumpliendo muy bien su cometido, ya que en la tierra de alrededor se pudrían numerosas pelotas de golf.

Se apearon y se quitaron los cascos. Dox se limpió el sudor de la cara con el faldón de la camisa. El olor de aquel lugar recordaba al de una selva y, aunque los sonidos del mercado llegaban hasta allí, el zumbido de los insectos que los rodeaban tenía mucha más intensidad.

Dox metió la motocicleta entre el follaje, abrazó con la cadena una rueda y los dos cascos y volvió al lado de Labi.

—¿Listos?

Ella asintió sin palabras y él miró el reloj.

—Las ocho y media. Hay tiempo.

Se colocaron sendas gorras de béisbol (mejor que nada frente a un posible dron en miniatura) y echaron a andar hacia el oeste hasta llegar al extremo nordeste del mercado. Dox había imaginado que tendrían que saltar la valla de

chapa corrugada o abrirla, pero tuvieron suerte y, entre la vegetación, distinguió un agujero al lado de la del campo de golf.

Se internaron en la maleza, atravesaron el hueco y se encontraron en una explanada pavimentada con hileras de luces incandescentes sobre sus cabezas y docenas de coches y camiones antiguos en exposición. A su alrededor paseaban docenas de personas que contemplaban boquiabiertos los vehículos, tomaban fotos y entraban y salían de los edificios alargados y descubiertos de ladrillo y planchas onduladas dispuestos a uno y otro lado, todo ello como salido de una máquina del tiempo automovilística de estilo americano: surtidores antiguos de gasolina, señales de época y, por supuesto, filas de coches y camiones clásicos. Se trataba de una zona relativamente tranquila, aunque el ruido procedente de más al sur, que incluía, a juzgar por el sonido, los de una banda de tambores, resultaba inconfundible.

—Esta es la sección de los anticuarios —lo informó Labi—, la menos concurrida.

Dox asintió.

—Igualito que en Internet, aunque me alegro de estar por fin aquí en persona.

Se encaminaron al sur y el gentío se hizo enseguida más denso y ruidoso. Había camionetas de comida con mesas y sillas dispuestas de forma ordenada ante ellas; una barbería de las de antaño a la que no faltaba el cilindro de colores dando vueltas en el exterior, y cualquier artículo clásico que cupiera imaginar, desde discos de vinilo hasta chaquetas de cuero, pasando por gramolas y máquinas expendedoras de chicles.

Siguieron caminando hasta que, minutos después, llegaron al límite del mercado principal. Ante ellos había miles de tenderetes y puestos y un número incontable de comerciantes y gentes que comían y festejaban, familias con bebés en carritos, adolescentes errantes y pensionistas que probablemente habían salido a la caza de alguna ganga. Las risas de las conversaciones se mezclaban con el martilleo machacón de un grupo de *taiko*^[18] y el aire estaba preñado de una docena de olores deliciosos: mariscos de toda clase a la plancha, carnes asadas, fideos fritos, tortitas de coco y creps con natillas.

Aquel sitio era de los que apasionaban a Dox, quien cualquier otra noche habría estado disfrutándolo al máximo. Sin embargo, aquella, a los nervios habituales de una operación había ido a sumársele la terca sensación de que estaban pasando algo por alto. Quizá la posibilidad de que hubiera un dron en

miniatura sobre sus cabezas o la de que Dillon se las hubiese compuesto para adelantárseles un paso.

Labi lo miró.

—¿Qué pasa?

—Que sigo dándole vueltas a algo y no sé que es. Vamos a meternos en esa tienda de ahí.

Se trataba de una de las estructuras de ladrillo situadas en los confines del mercado. Entraron y caminaron hacia la parte de atrás, rodeados por colecciones desordenadas de juguetes antiguos de *anime* japonés, animalitos de peluche, muñecas de Hello Kitty y disfraces de pastorcita que transitaban por la delicada línea que separaba lo adorable del fetiche.

—A veces me pongo un poco paranoico con los posibles escondites de francotiradores —le explicó—. Deformación profesional. Cuando has estado en el lado bueno de unas cuantas muertes efectuadas desde mil metros, empiezas a imaginar lo que puede ser estar en el lado malo.

—¿Y crees que Dillon tendrá un fusil de precisión?

—No, no es eso. Este no es el mejor terreno para un tirador. Tampoco creo que sea muy propicio para uno de sus microdrones. La iluminación es malísima, hay demasiada gente y habría que cubrir una zona muy amplia, pero... No sé. Entre otras cosas, al ir juntos no le estamos complicando las cosas precisamente.

—¿Crees que deberíamos separarnos?

—Prefiero que no, sobre todo porque están apagados los teléfonos. Por lo menos durante... —miró el reloj— quince minutos más.

Se paró a pensar. Los teléfonos. El método que iba a emplear Kanezaki para localizar a Sorm y a Dillon. En ese instante se dio cuenta de cuál era la sensación que había estado importunándolo.

—Oye —dijo—, ¿tú crees que el bueno de Dillon podría tener acceso a la clase de localización de móviles en tiempo real que está a punto de poner en marcha Kanezaki para nosotros? Yo supongo que sí, ¿no?

—Pues parece muy probable.

—Entonces, en cuanto encendamos los teléfonos, suponiendo que no haya podido seguirles el rastro todavía, ¿no es fácil que uno de los del pelotón de frikis de la DIA encuentre los dos aparatos que acaban de activarse en medio del mercado nocturno?

Livia asintió.

—Tienes razón.

—Ya sé que puede que me equivoque, pero, si hay algo que sé sin duda de Dillon es que es un hijo de puta muy listo.

—Pero, si no usamos los móviles, ¿cómo nos va a avisar Fallon cuando Sorm intente llamar a Leekpai?

Dox volvió a comprobar la hora.

—Tendríamos que comprar teléfonos nuevos, pero no he visto ninguno por aquí. Además, si hubiese, tampoco resolveríamos nada, porque seguirían pudiendo rastrear un aparato nuevecito que se enciende en medio del mercado. Además, no tenemos tiempo de activar un teléfono nuevo.

En ese momento entró en el establecimiento media docena de muchachas en edad de estar aún en el instituto o haberlo dejado hacía poco. Las observó un instante y recibió un golpe de inspiración.

—Espera —dijo—. Creo que he encontrado una solución a nuestro problema. No es perfecta, pero seguro que tampoco tiene nada que ver con lo que esperan los malos que hagamos.

Se acercó a las jóvenes.

—Perdonadme —dijo—. Perdonad mi intrusión. ¿Alguna de vosotras habla inglés?

Una de ellas hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y dijo con un marcado acento tailandés:

—Yo hablo inglés.

—¡Perfecto! Jovencita, quisiera comprar dos de vuestros teléfonos.

—¿Perdón?

Él se preguntó si de veras hablaría su lengua tan bien como aseguraba. Claro, que también podía ser que lo que la había desconcertado fuese la naturaleza de la proposición.

—Sé que estoy pidiéndoos algo muy poco corriente, pero necesito con urgencia dos móviles para esta noche y estoy más que dispuesto a pagar por ellos. —Sacó un rollo de billetes—. ¿Qué os parecen quinientos dólares por teléfono? —Contó diez retratos de Franklin—. ¡Qué leche! Que sean seiscientos. No tengo tiempo de regatear. —Contó dos más.

La chica miró a sus amigas y luego volvió a mirarlo a él.

—¿En serio?

—Claro que es en serio. Y aquí hay otros doscientos para demostrarlo. Setecientos dólares por teléfono —remató sacando otros dos billetes.

La joven volvió a consultar con sus acompañantes. Hablaron entre ellas, cada vez más emocionadas, hasta que varias de ellas corrieron a meter la

mano en el bolso. Una sacó un teléfono y la siguió al instante una de sus amigas.

—Lo siento, señoritas, pero creo que ya tenemos dos ganadores. —Aceptó los dos aparatos y dio setecientos dólares a cada una de las vendedoras. Vio que se trataba de dos modelos antiguos de iPhone. Todo el mundo había salido ganando.

—Perdón, ¿están protegidos con contraseña?

Antes de que pudiera traducir la intérprete lo que acababa de decir, las jóvenes habían recuperado sus móviles para desbloquearlos y desactivar la protección. Vio también que estaban borrando todos sus mensajes de texto, pues era obvio que no querían que los leyese un extraño. Lo entendió perfectamente, aunque ni tenía el menor interés en hacerlo ni sabía descifrar una palabra en tailandés. Cuando se los dieron de nuevo, cambió al inglés el idioma de los dos.

Las saludó a todas haciendo un *wai* con los dos teléfonos sujetos entre las palmas de las manos.

—Gracias, jovencitas, y espero que no penséis que exagero cuando digo que puede ser que me hayáis salvado la vida.

Las dos exclamaron en inglés:

—¡Gracias! —Y echaron a correr, probablemente para comprar toda clase de artículos del mercado nocturno que habían dado por hecho que no podían permitirse.

—Muy bien hecho —aseveró Labi—. Yo una vez compré una furgoneta de una forma muy parecida.

Dox le dio uno de los móviles. Los dos comprobaron sus números, se llamaron para confirmarlos y volvieron a la entrada. Dox volvió a mirar al cielo. Había algo que seguía sin gustarle.

—¿Sabes? Vamos a quedarnos aquí quietos un momento. Tengo una idea.

Descargó Signal en el teléfono de la chica y luego lo usó para llamar a Kanezaki. Tras confirmar con él el número de identificación, dijo:

—¿Cómo va la cosa por ahí?

—Todavía no hay nada.

—Pues yo lo que tengo es un móvil nuevo. Signal está funcionando perfectamente ahora, pero, de todos modos, te daré el número por si me quedo sin señal wifi y tienes que llamarme directamente. —Le leyó el número.

Kanezaki quiso saber:

—Pero ¿qué ha pasado?

—Nada, solo estoy siendo precavido. No me llames más al número antiguo. Usa este en su lugar. —Colgó y dijo a Livia—: Vamos.

Siguieron andando y un minuto después encontraron una carretilla en la que vendían insectos fritos. Sacó el teléfono desechable que había estado usando hasta entonces y lo encendió. Labi, claro, sabía perfectamente lo que tenía en mente. Sin decir palabra, hizo lo mismo, le dio el aparato y empezó a pedir varios productos a la anciana que empujaba del carro. Mientras hablaba con ella, Dox se agachó como si fuera a ajustarse las sandalias de senderismo y echó los dos móviles a una caja que había apoyada en un estante de la parte baja de la carretilla. Cuando volvió a ponerse en pie, Labi tenía en las manos dos bolsas de insectos fritos. La anciana los saludó con un *wai* y siguió adelante.

Dox la observó alejarse.

—No le hará nada Dillon, ¿verdad?

Labi negó con la cabeza.

—Aunque estén siguiendo los teléfonos, en cuanto la vean se darán cuenta de inmediato de lo que hemos hecho.

—Espero que tengas razón, porque ya tengo suficientes motivos para arder en el infierno. —Volcó la bolsa para echarse a la boca un puñado de lo que hubiese dentro—. ¡Joder! ¡Mira que están buenos!

Labi le dio la suya.

—¿No te gustan los insectos?

Ella respondió tras una pausa:

—De niña, había veces que no encontraba otra cosa que comer.

Él se sintió de pronto como una mierda.

—Lo siento, Labi. No se me...

—No pasa nada. Es solo que no me trae muy buenos recuerdos. —Le regaló una sonrisa breve—. De todos modos, son peores los del puerto, así que no te preocupes por que vomitase.

Le gustaba verla bromear con él, aunque no estaba seguro de si se trataba de un signo de que se encontraba más cómoda con él o estaría, sin más, haciendo frente así a las tensiones propias de una misión como aquella. Tal vez hubiera un poco de todo.

Miró el reloj.

—Las nueve. Hora de contarle a Fallon que tenemos móviles nuevos. —Sacó su tarjeta, marcó el número y esperó mientras se establecía la llamada.

—¿Hola? —dijo aquella voz grave que conocía ya tan bien.

—Soy yo. Tengo móvil nuevo.

—Pues llegas justo a tiempo. Adivina quién acaba de llamar.

Miró a Labi y asintió con la cabeza.

—¿Sorm?

—Sí, señor. No he descolgado. Le he escrito diciéndole que no podía hablar y le he preguntado: «¿A qué hora?». He sido breve por motivos de seguridad y porque suponía que él esperaría algo así de Leekpai si ya habían acordado antes el lugar de encuentro. Él me ha contestado enseguida. A las diez en punto.

Dox sintió una agradable descarga de adrenalina.

—Mejor, imposible. Señor mío, cuando acabe todo esto, tengo que invitarlo a esa Singha que tenemos pendiente, aunque no le extrañará que le diga que yo pienso pedirle una Chang.

—Pues que sepas que no eres el único filisteo que tengo por amigo. Estaré por aquí en caso de que me necesitéis, al sur mismo de donde se supone que se va a celebrar la reunión.

—Te lo agradezco. Es de esperar que todo vaya sobre ruedas, pero alegra saber que tenemos apoyo en caso de necesitarlo. —Colgó—. ¿Lo has oído?

Labi asintió.

—A las diez, ahora solo necesitamos...

El teléfono de Dox vibró. Era Signal. Respondió.

—Lo tengo —anunció Kanezaki.

Dox hizo una señal afirmativa a Labi.

—Dime.

—En primer lugar, el número que me dijiste que puede ser el de Sorm se encendió hace cinco minutos en el aparcamiento que hay al oeste del mercado. Hizo una llamada y recibió un mensaje de texto.

—Eso lo sabía. ¿Algo más?

—Sí. Como suponíamos, hemos detectado dos desechables sin usar que se han encendido casi a la vez. El primero, en la misma posición del de la llamada del aparcamiento.

—Sorm.

—Sí. El segundo, desde el centro mismo del mercado.

—Dillon.

—Sí.

Mierda. Eso no estaba a mucho más de cincuenta metros de donde se encontraban ellos en ese instante. Por suerte, no habían topado con él. O quizá por desgracia.

—¿Se están moviendo?

—No lo sé. Ya han apagado los teléfonos. Sin embargo, he conseguido una traducción automática de la llamada.

Dox sonrió.

—Cuando te dije que hacías milagros no estaba exagerando.

—Dillon quería saber dónde estaba Sorm. Sorm anda ahora con mucha cautela. Le ha dicho que vaya a un sitio llamado Soul Garage, que está en el lado noroeste del mercado. ¿Lo conoces?

Dox había memorizado casi todo lo que había visto en línea.

—Lo conozco perfectamente. Es un sitio donde venden y personalizan motos clásicas en una de las zonas más tranquilas del mercado.

—Dillon estaba intentando sonsacar a Sorm y le ha preguntado si estaba ya allí. Sorm le ha dicho que todavía no y que lo espere delante. A Dillon eso no le ha hecho mucha gracia, porque esperaba tenerlo ya en posición, para que vosotros pudierais matar a Sorm y él pudiera mataros a vosotros. Ahora es él el que se ha convertido en un blanco fácil.

—Dudo mucho que Dillon vaya a permitir que pase eso, pero sí, lo más seguro es que vaya en esa dirección. Llámame si cambia algo. Voy hacia allí.

Colgó con el pulso acelerado al ver lo cerca que estaba de aquel hombre y de acabar con él.

—Lo más seguro es que Dillon se dirija al Soul Garage desde el sur. Sorm no sé qué hará. Puede que vaya hacia allí desde el aparcamiento del oeste, pero quiere que Dillon se presente antes que él, de modo que quizá vaya primero a verificar el camión con la mercancía.

—Deberíamos ir primero a por Dillon, que es...

—Escúchame. Ve tú al camión. Sorm podría estar yendo hacia allí. Así te podrás encargar de él mientras yo persigo a Dillon. Por la hora de la conversación, creo que ya voy tarde, pero, si me doy prisa, puedo llegar a tiempo.

—No quiero que...

—No, Labi. Sabes que te dejo conducir cuando quieras, pero esta noche, yo me encargo de Dillon. Él fue quien mató al dalái lama. Así tienes a Sorm para ti solita. Ese es el trato. Lo tomas o lo dejas.

No había querido ser tan duro, pero tampoco era el momento de andarse con gilipolleces.

Labi lo miró y dijo:

—Creía que éramos socios.

Joder, aquella mirada afligida lo mataba. Sin embargo, no podía permitirse semejante distracción.

—Sí, somos socios y nos hemos dividido el trabajo. Ve al puto camión. Si aparece Sorm, es tuyo. Si no, ve al Soul Garage, porque puede que esté allí. Venga, cagando leches, que no tenemos tiempo.

Dicho esto, se volvió antes de que la expresión de ella pudiera hacerlo cambiar de opinión y cruzó el mercado en dirección noroeste sin dejar de mirar a un lado y a otro. La gente, los toldos y la actividad convertían aquel lugar en el peor entorno que pudiera imaginarse para la contravigilancia, de modo que Dillon no lo tendría nada fácil para guardarse las espaldas. El problema era que los mismos factores que iban a hacer difícil que Dillon lo encontrara dificultaban también la operación de dar con Dillon.

Salió de la zona de los toldos y subió con rapidez por una calle delimitada por edificios bajos y alargados de ladrillo, cada uno de los cuales albergaba media docena de tiendas en las que se ofrecía cualquier cosa que pudiese haber inventado alguien en algún momento y fuera clásico y de mal gusto. A diferencia de lo que ocurría en la sección de antigüedades de la otra punta del mercado, allí reinaba la penumbra, pues no había más iluminación que unas cuantas bombillas incandescentes tendidas sobre su cabeza y la que salía del interior de los comercios. Y aunque a los dos lados de la calle se exponían camiones y microbuses antiguos, los ejemplares de más calidad y la multitud a la que atraían se encontraban en la otra zona.

La calle se hizo más oscura y quedó desierta. Aquello no le hizo ninguna gracia. Se mantuvo pegado a la hilera de vehículos que tenía a la derecha sin dejar de examinar los tejados largos y bajos y empuñando en todo momento la Supergrade que llevaba bajo la camisa.

«¿Dónde estás, hijo de puta? ¿Dónde...?».

Entonces oyó una voz a sus espaldas, procedente de unos dos metros y medio.

—No te muevas, Dox.

Quedó paralizado, con el torso invadido por un hongo nuclear de adrenalina. El muy cabrón había aparecido sigilosamente por entre los camiones aparcados.

Sin mover la cabeza, inspeccionó con la mirada la zona que tenía delante. No vio nada que resultase amenazador ni, por desgracia, de utilidad.

—¿Cómo le va, Dillon? —Oír tan calmada su propia voz le produjo una grata sorpresa.

—¿A mí? Muy bien. Quiero que saques muy lentamente la mano de debajo de la camisa. Sin nada, claro.

Dox obedeció.

—Perfecto. Y ahora dime: ¿dónde está la mujer?

—¡Vaya! *Cherchez la femme*. Un cliché tal vez, pero no por ello menos memorable ni cierto.

Transcurrió un segundo. A continuación, sintió una conmoción y una explosión de color blanco tras los ojos. Se tambaleó y por un instante pensó que había recibido un balazo. Sin embargo, acto seguido entendió que Dillon le había dado un culatazo en la cabeza.

—Muy gracioso —contestó el otro, desde una distancia que ya no era tanta como hacía un momento. Quizá dos metros o un metro y medio—. ¿Quieres oír algo serio? ¿Te ha dolido el golpe? Pues todavía tengo muchos más guardados para ti. Los tres tipos de Pattaya eran mis mejores hombres.

Dox sintió que le caía sangre por el cuello. Debía de tener un corte en el cuero cabelludo, pero no le importó. Más bien se alegró de tener una prueba de que seguía con vida. Además, le habían golpeado la cabeza más veces de las que podía contar, con puños, con sillas y, en cierta ocasión memorable, con un mazo de goma, sin demasiado efecto. Era duro de mollera, en un sentido figurado, por supuesto, pero también en uno literal.

Dillon, no obstante, lo ignoraba. Debía de pensar que el culatazo le había hecho un daño mayor. Además, aquel tipo se lo estaba tomando como algo muy personal. Si podía enfadarlo más —y, desde luego, Dox podía exasperar al más pintado; en eso no había nadie que lo superase—, podría hacer que olvidara de forma momentánea la norma que asevera que si puedes tocarlo puedes tomarlo y acercarse más de lo prudente por la satisfacción de infligirle un daño mayor.

Aquello era mucho suponer, claro, pero representaba una perspectiva mucho más esperanzadora que el resto de opciones que se le ofrecían.

—Entiendo que le doliera —dijo, imprimiendo cierto atolondramiento al tono de su voz y tambaleándose para dar a entender que el golpe había hecho mella en su equilibrio y su coordinación—. Escuece mucho darse cuenta de que lo mejor que tiene uno no es tan bueno como querría.

—Yo he combatido con esos hombres, gilipollas —repuso él. Más cerca. A menos de un metro y medio ya—. He sangrado con ellos.

—Pues no quiero pecar de optimista en exceso, pero la buena noticia es que creo que ellos ya no sangrarán más.

—Está bien —dijo Dillon. Como mucho estaba ya a un metro de él—. Voy a preguntártelo otra vez y, si oigo algo que no sea una respuesta directa, te encajo una bala en la cabeza. Dónde... está... la mujer.

En fin, no estaba tan cerca como Dox habría deseado, pero sí quizá lo suficiente. Y, de todos modos, tenía la impresión de que no le quedaba otra.

Se relajó, porque la tensión solo iba a conseguir frenar sus movimientos y hacerlos predecibles. Diría cualquier cosa incongruente que le acudiera a la cabeza por si podía crear con ello un segundo de distracción y se volvería de golpe para tratar de desarmarlo. Lo más seguro era que no funcionase, pero tampoco tenía mucho más que considerar. Simplemente era la única opción.

—Le voy a decir algo sobre las mujeres... —empezó a decir.

Lo interrumpió la voz de Labi.

—Si se te ocurre siquiera apretar el gatillo, será lo penúltimo que te pase por la sesera.

Sin pensarlo un instante, Dox giró en el sentido de las agujas del reloj a la vez que extendía el brazo derecho y arrebató la pistola de la mano de Dillon. Labi dio un paso atrás sin dejar de apuntarle desde atrás.

—Coño —dijo Dox—, pues sí que funcionan estas técnicas de desarme o, por lo menos, pueden funcionar. Siempre había albergado la esperanza de no tener que usarlas. —Miró maravillado la pistola y vio una preciosa SIG P229.

Lo invadió una oleada de alivio tan violenta que casi se le aflojaron las piernas.

—¡Guau! —añadió—. Para ser sincero, si me llegas a preguntar hace unos segundos, nunca habría dicho que seguiría de pie ahora mismo. Labi, no vuelvas a dejarme que te diga lo que tienes que hacer. De hecho, a partir de ahora, quiero que seas tú la que me lo diga a mí.

Dillon lo miró.

—No he venido por vosotros dos, capullo. Estoy aquí por Sorm.

Dox soltó una carcajada funesta.

—Usted y yo sabemos que eso es una verdad a medias.

Labi seguía en silencio y sin moverse. Sabía que Dillon era de Dox. Y que Sorm era suyo.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Dox apuntándolo con la SIG—. En otros tiempos era usted un puto héroe.

Dillon dejó escapar un suspiro, consciente a todas luces de que podía despedirse de su última treta.

—Cuanto más subes, más distinto se ve todo.

—¿Ah, sí? —espetó ella, incapaz al parecer de contenerse—. ¿Y cómo se ve desde su posición eminente la venta de niños al mercado de esclavos sexuales? Porque yo podría contarle mucho de cómo se ve desde el mío.

Dillon miró a Dox.

—Supongo que no hay ningún modo de que podamos empezar de cero...

Parecía más divertido por lo absurdo de la idea que ilusionado por la posibilidad de una respuesta positiva. Dox no pudo menos de admirar la calma de aquel hombre.

—Si lo hubiese habido —respondió—, lo mandó usted a hacer puñetas cuando mató al dalái lama.

—El dalái la...

Dox dio un paso a la derecha para que Labi no estuviera en la trayectoria de la bala en caso de que atravesase el objetivo y disparó a Dillon en la frente.

La cabeza de Dillon cayó hacia atrás y sus brazos se agitaron espasmódicos. Dobló las piernas y se desplomó de espaldas, golpeando el pavimento con un ruido sordo.

—Sí —repuso Dox—, el dalái lama. Eso va por él, hijo de puta. Y creo que hasta él lo habría aprobado.

—Busca su teléfono —dijo Labi—. Sorm.

Dox se arrodilló y se puso a registrarlo. Vestía pantalones cortos como todo buen turista y era un milagro que no lo hubiese oído tintinear al acercarse a él por la espalda, porque llevaba en sus numerosos bolsillos dos teléfonos móviles, uno de conexión por satélite y un rastreador de móviles, por no hablar de la SIG, dos cargadores de repuesto y una hermosa navaja Emerson CQC-10 de la que no dudó en apoderarse a modo de trofeo, costumbre que Rain no entendía por más que hubiera intentado explicárselo.

—No tenías que haberme seguido —aseveró mientras despojaba a Dillon de su equipo—. No es por ser ingrato, Dios me libre, sino porque en el camión habrías tenido muchas más probabilidades de matar a Sorm. Más nos vale rezar por que venga hacia aquí...

Por suerte, la pistolera de faja tenía más compartimentos y era extensible, porque a esas alturas tenía material para llenar una mochila entera. Se quitó la camisa, sacó la pistolera y empezó a meter cosas. Entonces miró a Labi, que estaba inspeccionando la zona con el arma bajada pero lista.

—¿Me estás escuchando?

Ella acabó su examen de los alrededores y lo miró.

—No vamos a separarnos.

Se trataba de un aserto sencillo, no tanto un argumento como una conclusión. Él, viendo que, de todos modos, no tenía respuesta alguna, asintió diciendo:

—Está bien.

De los teléfonos de Dillon solo estaba encendido uno de los móviles, de modo que ese tenía que haber sido el que estaba usando para comunicarse con Sorm. Dox lo dejó fuera. Cuando acabó de llenar la pistolera, tuvo que reconocer que no iba a ser fácil correr con todo aquello encima. Por lo tanto, se la echó a la espalda, en bandolera, y se volvió a poner la camisa sin abrochar. Tenía una pinta un poco rara, pero lo importante era que pudiera acceder con facilidad a la Supergrade.

Aunque no sabían de dónde podía llegar Sorm, era casi seguro que aún tendría intención de reunirse con Dillon en el Soul Garage, conque apretaron el paso en aquella dirección. Más adelante, la calle estaba más iluminada, aunque seguía sin haber mucho público. Al fondo había un taller abierto con el suelo de losas blancas y negras ante la fachada y un cartel en lo alto en el que se leía: Soul Garage. Frente a ella había una hilera de media docena de escúteres clásicas y, entre medias, en la acera, unas cuantas mesas con sillas ocupadas por un puñado de clientes que bebían café y fumaban cigarrillos. Daba la impresión de ser un club amén de una tienda.

Redujeron el paso y se agacharon entre dos camiones de bomberos antiguos estacionados a unos quince metros de allí. Labi estudió el tramo de calle que habían dejado atrás mientras Dox, de espaldas a ella, miraba en el otro sentido.

—¿Ves algo? —preguntó él.

—No.

En ese momento vibró el teléfono de Dillon. Dox miró a Labi y, al verla asentir, pulsó el botón de respuesta y se llevó el aparato al oído.

—Sí —dijo tratando de imitar el tono suave de Dillon y su acento de Nueva Inglaterra y hablando en voz baja como quien quiere evitar que lo oigan.

—¿Dónde estás? —El acento era extraño. Del Sudeste Asiático, quizá de Francia... Indescriptible.

—En el Soul Garage. ¿Y tú?

—Mirando al Soul Garage. ¿Quién eres tú?

Y colgó.

—Mierda. Nos ha descubierto, pero está cerca.

Los dos miraron a su alrededor con desesperación y no vieron nada.

—Tiene que estar enfrente —dijo Labi—. Si va al sur, hacia el contenedor, estará detrás de esos edificios. ¡Vamos!

Sacó la Glock y echó a correr. Dox la siguió empuñando la Supergrade. Al llegar al primero de los huecos que quedaban entre uno y otro de aquellos

edificios alargados giró a la izquierda y de nuevo a la derecha. Delante, a treinta metros, tenían las carpas, las luces y el gentío.

—Más despacio —dijo Dox—. Más despacio. Así es como me sorprendió Dillon. Iba demasiado deprisa y no vi el lugar en que se había apostado.

Labi, sin embargo, no lo escuchó. Joder, sí que era rápida. Le estaba costando no quedarse atrás.

Al lado de las tiendas y hacia el sur había un hombre bajito con pantalón de vestir beis y camisa blanca. La clase de atuendo destinada a no llamar la atención. Tenía el pelo gris y llevaba un teléfono pegado a la oreja mientras se movía de un lado a otro con tanta rapidez como le era posible sin hacerse notar.

—Más despacio, coño —dijo Dox, que logró alcanzar a Labi y sujetarla por el brazo—. Creo que es él.

El hombre debía de tener poderes psíquicos o una suerte tremenda, porque en ese instante volvió la vista hacia ellos. Abrió los ojos de par en par al reconocerlos y abrió la boca con gesto aterrado antes de dar la vuelta y salir pitando para meterse en el mercado.

Dox y Labi corrieron tras él. Ella iba un poco por delante. A Sorm lo engulló enseguida la multitud, pero podía decirse con claridad cuál era su recorrido por la gente que gritaba, se veía empujada o caía al suelo. Alguien lanzó un chillido en el instante en que se volcaba un carro con freidoras que cubrió la acera de aceite hirviendo. Labi saltó para evitarlo, pero delante tenía más obstáculos. Era evidente que Sorm había ido derribando cuanto había a su paso y estaba consiguiendo su objetivo, porque había dejado tras de sí a docenas de personas tumbadas en el suelo o agitándose furiosas que estaban frenando su avance. Un tailandés iracundo espetó algo a Dox y trató de agarrarlo. Alguien más lo empujó, pero él siguió corriendo en zaga de Labi, más rápida y flexible que él.

Entonces acudió a su mente un pensamiento, claro como el agua entre tanta confusión:

«¿Por qué iba a ir sin compañía un cerebro de la trata como aquel?».

Habían cometido un error tremendo al no caer antes en ello y, en ese momento, Labi estaba centrada totalmente en Sorm. Su campo visual se había reducido en extremo.

Dox aminoró el paso, miró a su alrededor... y vio a un tailandés que salía de detrás de un tenderete y levantaba un arma.

—¡Labi! ¡Abajo!

Ella se agachó al instante. Dox disparó tres veces al pecho del hombre, que retrocedió tambaleante. Labi descargó dos balas más y el desconocido cayó al suelo.

La gente se dispersó entre gritos. Sorm siguió corriendo. Labi se puso en pie de un salto y corrió tras él. Dox la siguió. «A hacer puñetas nuestra intención de ser sutiles». Empuñaba la Supergrade con dos manos a la altura de la barbilla mientras avanzaba con toda la rapidez que le era posible e intentaba no pasar por alto a ningún otro...

Un segundo hombre apareció de un salto desde detrás de un puesto cuando pasó Labi y le apuntó a la espalda. Dox le encajó una bala en la columna y siguió adelante sin dejar de dispararle. El otro se derrumbó y él saltó por encima de él. Oyó más disparos y más gritos delante y pensó: «¡Oh, no! No, por favor».

Apretó el paso sin pensar ya en que pudiera escapársele alguno más. Con todo, no necesitaba preocuparse. Los tiros tenían que haber sido de Labi, porque había otro hombre tendido sobre el pavimento y rodeado de gente que chillaba y corría a alejarse.

En ese momento dejaron atrás la multitud y volvió a ver a Sorm. Estaba a poco menos de cuarenta metros de él y Labi corría justo entre los dos. Del aparcamiento situado al sur del campo de golf estaba saliendo un camión articulado que había cobrado ya velocidad. Sorm pasó delante de él y desapareció al otro lado cuando el vehículo lo rebasó.

El camión aceleró más aún. Labi se plantó delante, apuntó al conductor...

El hombre debió de sufrir un ataque de pánico, porque echó el volante hacia la izquierda. Labi disparó y el vehículo se salió de la carretera. Las ruedas de la izquierda fueron a meterse en el canal de drenaje que había en la cuneta. El camión dio una sacudida, se inclinó...

El conductor tiró el volante a la derecha y consiguió evitar volcar, pero corrigió más de la cuenta su trayectoria y giró hacia la gasolinera. Las ruedas derechas se metieron en el canal del otro lado de la carretera, más hondo que el primero, y, aunque intentó cambiar de nuevo de dirección, las ruedas estaban ya en el aire y el camión escoró, volvió a dar en el suelo y se fue hacia los surtidores.

Dox volvió a ver a Sorm, corriendo por el vertedero que había al lado de la gasolinera. Debía de haber salido de la cabina y saltado desde el estribo al ver que se volcaba el camión.

El vehículo cayó sobre un costado, arrancó los surtidores y se detuvo con un temblor violento. Las luces de la gasolinera se apagaron y por un instante

todo quedó sumido en las tinieblas. Entonces surgieron llamas anaranjadas del suelo que había bajo el contenedor.

—¡Saca a los niños! —le gritó Dox—. Yo persigo a Sorm.

Capítulo 31

Tal era la fijación de Livia con Sorm que por un instante obvió a Carl y echó a correr hacia el fugitivo. Entonces se recordó a sí misma y recordó a aquella chiquilla.

Apretó el paso hacia el camión. La gasolina incendiada se estaba extendiendo con rapidez, tanto en el suelo como sobre el costado del remolque. Del interior salían chillidos agudos y aterrados.

Se dio prisa en llegar a la parte trasera. El calor empezaba a ser insoportable. No había más luz que la de las llamas y entre las sombras que bailaban al son de estas no lograba ver con claridad. Buscó la manivela...

Y vio que estaba asegurada con cadena y candado.

Los gritos del interior habían cobrado intensidad. El terror que los impulsaba, también. Oyó manos que golpeaban los costados de metal y se puso a gimotear horrorizada, luchando contra el recuerdo de haber estado de niña en el interior de un contenedor como aquel y haber golpeado de aquel modo la pared con la intención de conseguir que alguien lo oyera y las ayudase a Nason y a ella.

Las llamas habían ido avanzando hacia la parte trasera del camión. Miró frenética a su alrededor. A sus espaldas, a diez metros de allí, separado de ella por otro canal de drenaje, estaba el vertedero del que había hablado Carl en la furgoneta de Fallon, cuando tenían a Leekpai. Corrió hacia él y buscó algo, lo que fuera. Vio una barra larga de acero que tal vez fuese una pieza descartada del mecanismo de cierre de un contenedor. Se hizo con ella y se alegró al verla tan sólida y pesada. Volvió enseguida al camión, envuelto ya en llamas. Los niños imploraban en el interior.

El conductor salió por una de las ventanillas y se plantó en el suelo de un salto. Al verla, sacó un cuchillo de debajo de la camisa y se abalanzó hacia ella dando gritos. Sin tiempo de sacar la Glock, ella respondió con otro alarido y fue a clavarle en la cara el extremo de la barra. Él se las compuso para esquivarla, pero ella hizo un movimiento rápido con las muñecas y le asestó un golpe en el cuello que lo hizo tambalearse. Repitió el movimiento

con más fuerza, ayudándose también con los brazos y la cintura, y acertó a darle en la mandíbula. El hombre cayó sobre una rodilla y, antes de que pudiera levantarse, ella cambió de posición las manos y usó la barra como un bate de béisbol para golpearlo sobre una oreja y derribarlo sobre un costado.

«Las llaves. ¿Dónde están las llaves?».

Dio un paso hacia el conductor y retrocedió en el acto. Podía tenerlas en uno de los bolsillos o en un compartimento del camión. De hecho, hasta cabía la posibilidad de que se hubieran caído con el accidente. De cualquier modo, si sus cálculos no fallaban, era tarde ya para probar otra cosa.

Volvió a la parte de atrás del camión y metió un extremo de la barra en la cadena, lo giró para crear tensión y puso todo su peso en el otro extremo. Se oyó el gruñido del roce del metal al tensarse, pero entonces el extremo de la barra tocó el suelo y le fue imposible seguir haciendo palanca.

Lanzó un grito, presa de la frustración, mientras pensaba: «Tenías que haber intentado buscar las llaves». Ya daba igual, porque, aunque hubiera podido equivocarse, la barra era su única esperanza en ese momento. Volvió a la puerta. El calor era ya infernal. Metió de nuevo la barra en la cadena y se aseguró de dejar esta vez más espacio mientras trataba de no pensar en el estado en que debía de encontrarse el interior del contenedor ni en cuánto combustible podía haber bajo el suelo. El metal rechinó y pensó que iba a partirse, pero no fue así. Su peso no bastaba.

Volvió a gritar. Las llamas estaban ya por todas partes y hacía mucho más calor. Mucho más. Plantó los pies en las bisagras de la puerta y usó la barra para caminar por una de las paredes como un saltador de altura que ascendiese a cámara lenta. La cadena crujió y gruñó, pero sin ceder. Labi acabó arriba, boca abajo y con los talones encajados en el lateral de la puerta. La cadena estaba totalmente tensa, ella tenía todo su peso puesto en la barra y cada hebra de los músculos de sus muslos tirante al máximo a fin de mover el acero un par de centímetros más, solo un par de centímetros más...

Había empezado a jadear. No iba a funcionar. Le ardía la piel y alcanzaba a oler su propio pelo chamuscado.

Entonces se partió la cadena y se soltó. Labi se desplomó. El extremo de la barra la golpeó en el torso y le provocó una explosión de náusea y dolor. Perdió el aliento al estrellarse contra el suelo.

Aterrada, vio que se le había prendido la camisa. Rodó y recordó el canal de drenaje, que no estaba lejos. Corrió hacia él y se lanzó al interior. El golpe con el agua le despejó la mente. Salió de un salto y volvió al camión a toda prisa. Agarró la palanca, casi sin sentir siquiera el metal que le achicharraba

las palmas de las manos, y la empujó hacia arriba. Las barras de cierre se soltaron. Abrió las puertas tirando con violencia y empezaron a salir docenas de críos que gritaban y lloraban tambaleantes, atropellándose unos a otros por el pánico y corriendo hasta internarse en la noche. Intentó ayudarlos, poniendo en pie a los que habían caído y empujándolos con suavidad mientras buscaba entre aquellos rostros aterrados la carita de aquella chiquilla a la que, sin embargo, no encontró por ninguna parte a la luz de las llamas.

Segundos después habían desaparecido todos. Se habían dispersado y el contenedor estaba vacío. Se apartó del calor dando un traspiés, con la mano puesta en el costado dolorido y llorando. Entonces oyó a su derecha la voz de Carl:

—¡Labi!

Alzó la mirada y vio al francotirador grandullón caminar hacia ella mientras arrastraba por el pelo a Sorm, que trataba de resistirse entre tropezones.

Se retiró un tanto más. Carl llegó hasta ella y arrojó a Sorm a sus pies. Este miró al fuego y se echó hacia atrás ante el calor.

—¿Has sacado a los críos? —preguntó Carl.

Labi asintió con la mirada puesta en Sorm mientras sentía que se desplegaba el dragón y el odio de su interior alcanzaba una temperatura mayor que el fuego.

—Te lo dije —aseveró él—. Es tuyo. Pero piensa que esos surtidores pueden estallar de un momento a otro y que la policía no tardará en llegar, así que acaba con él y nos damos el piro.

Labi sacó la Glock del bolsillo de sus pantalones y apuntó a la cara de Sorm.

—¿Dónde está? —quiso saber.

Él meneó la cabeza, petrificado sin duda. Sus ojos fueron del fuego al arma y del arma al fuego.

—¿Dónde está? —gritó ella escupiendo gotas de sudor que fueron a darle a él en la cara. Le apoyó el cañón de la Glock en la frente—. ¿Dónde está? ¿Dónde la tienes? ¡Dímelo! ¡Dímelo! ¡Dime dónde está!

Sorm se echó a temblar y agitó la cabeza mudo de espanto.

Carl posó una mano en el brazo de ella.

—No está aquí, Labi, y él tampoco lo sabe. Para él son todos lo mismo. Son todos lo mismo.

Labi volvió a gritar, esta vez de forma incoherente, sin palabras, un simple grito de dolor, rabia y desesperación. Agarró el pelo a Sorm y lo arrastró

hacia el camión. Sintió el calor como un objeto tangible, una fuerza que palpitaba, se arrastraba y la envolvía.

—¡Labi, no! —gritó Carl—. ¡Los surtidores!

Ella no lo escuchó. Apenas lo oyó. Fue a las puertas traseras, recogió la cadena y la puso alrededor del cuello de Sorm. Él se llevó las manos a la garganta, pero Labi había metido el otro extremo en una de las barras del cierre y tirado con fuerza hasta estrellarlo contra el camión. Envolvió el exceso como nudo de ahorcado y le dio una vuelta y otra y otra y otra y otra en torno al cuello. Los ojos de Sorm se desencajaron mientras manoteaba impotente contra los eslabones y sus pies ejecutaban un número de claqué sobre el suelo.

De debajo de los surtidores brotó otro torrente de gasolina en llamas que corrió hacia ellos por el suelo. A Labi le dio igual. Le daba igual arder siempre que Sorm ardiese con ella.

Entonces sintió un brazo forzado que le rodeaba la cintura y tiraba de ella hacia atrás. Gritó de dolor, pues la barra debía de haberle provocado alguna lesión grave, y forcejeó. Sin embargo, el brazo y el hombre al que pertenecía eran implacables. Carl.

Él siguió apartándola.

—¿Dónde está? —volvió a gritar ella.

Sorm, sin embargo, no estaba ya para oírla. Tenía las piernas envueltas en llamas que ascendían hacia sus costados. El charco en llamas se había vuelto ya un estanque en cuyo centro gritaba Sorm con la camisa incendiada, el pelo humeante, la piel derretida y la boca abierta de par en par en un rictus de perfecta agonía.

—¿Dónde está? —volvió a preguntar Livia a voz en cuello, aunque Carl no dejaba de alejarla del camión, de las llamas, de...

Uno de los surtidores hizo erupción y el camión quedó envuelto en una bola de fuego que engulló también a Sorm. Carl la lanzó al suelo y se arrojó sobre ella para cubrirla con el cuerpo. Labi sintió el dolor brotar de su interior y lanzó un alarido.

Hubo otra explosión y una tercera. A su alrededor llovían restos en llamas. Estaban a quince metros, pero el aire ardía como el de un horno.

Carl volvió a ponerla en pie. Labi se tambaleó y él le rodeó de nuevo la cintura y siguió adelante con ella, que apenas fue consciente de que él hurgaba en un bolsillo para sacar un teléfono.

—Al final vamos a necesitar que nos recojan —estaba diciendo con voz tranquila, casi sobrenatural, mientras la llevaba casi en volandas— y rapidito.

«Fallon». Sin embargo, la idea parecía lejana, inconexa.

—Sí, donde las explosiones, el humo y el fuego. Eso me temo. Tú, sigue las llamas naranjas, que seguro que nos encuentras.

Un minuto después frenó al lado de los dos la furgoneta blanca. Carl abrió la puerta de inmediato, la subió al interior y la cerró con ímpetu tras ellos. Fallon había arrancado antes de que acabara de cerrarse.

—Necesitamos un médico —oyó decir a Carl, que la tumbó a lo largo del asiento corrido—. Tiene quemaduras y creo que también daños internos. —La miró a los ojos—. Labi, sigue con nosotros. Estamos con el bueno de Fallon. Seguro que conduce tan bien como tú o que, por lo menos, lo va a intentar. Ya verás como te pones bien.

Apenas llegó a escucharlo. No podía dejar de llorar.

—¿Dónde está? —seguía diciendo—. ¿Dónde?

Carl se arrodilló a su lado y le tocó la mejilla.

—No lo sé, cariño. No lo sé.

—No he podido salvarla —aseveró. El cuerpo se le estremeció con un gemido—. No he podido. ¡Dios! No he podido salvarla.

Carl le acarició el pelo chamuscado.

—Pero has salvado a los otros, cariño. A todos. Sin excepción. —Se le quebró la voz. Luego siguió diciendo—: Y vas a salvar a más. Ya te lo he dicho, sé todo lo que necesito saber de ti y no me cabe la menor duda.

Entonces Labi se deshizo en sollozos y el dolor y la pena lo borraron todo y la arrastraron hasta la orilla más negra y desoladora. Apretó la mano de Carl y lo atrajo hacia sí. Él la envolvió con sus brazos y ella se aferró a él y hundió el rostro en su hombro mientras su cuerpo se echaba a temblar con la fuerza de las lágrimas. Él la mantuvo abrazada mientras susurraba su nombre. Labi, Labi, Labi, una vez y otra y otra vez.

Entonces el mundo se apagó y ella con él.

Capítulo 32

Una semana más tarde, Livia había vuelto a Seattle. Todo el mundo se mostró horrorizado al ver las quemaduras que le había provocado el sol. Ella reconoció que había cometido una estupidez, que se había dejado llevar y que con el sol tropical no se juega. Encima, un estúpido accidente de tuk-tuk la había dejado con un par de costillas rotas y el hígado magullado. Nada que pudiera poner en riesgo su vida, aunque sí un tanto vergonzoso después de toda la mierda a la que había sobrevivido en sus años de servicio.

Little llegó de dondequiera que tuviese la sede para oír su informe. Volvieron a sentarse en la cafetería, ella con su agua mineral y él con su café. Él le hizo saber que había estallado una guerra entre las bandas tailandesas y ucranianas que se dedicaban a la trata y ella le hizo saber que se alegraba y esperaba que se matasen todos mutuamente.

—¿Sabes? —dijo él—. Yo también.

Estuvieron un momento en un silencio que resultó extrañamente cómodo.

—¿Y bien? —prosiguió Little—. Ahora que has conocido aquello en persona y has tenido ocasión de considerar mi oferta, ¿qué me dices?

Livia dio un sorbo a su botella.

—Tengo que decirle, B. D., que después de pasar diez días allí dudo que haya mucho más que pueda hacer.

—Sí. Es casi como si estuviese hecho ya todo el trabajo.

Livia lo miró. ¿Lo sabía o estaba tanteándola?

—Sí, sí —dijo él y durante un segundo extraño dio la impresión de que le hubiera leído la mente y estuviera respondiendo a sus pensamientos—. Lo sé.

Esperó desconcertada.

—Vivavapit —añadió el agente especial—, Sakda, Sorm y, antes que eso, Juntasa y el senador. Sé lo que has hecho, Livia.

Ella intentó poner cara de póquer, pero fue consciente de que el miedo y la sorpresa la hacían palidecer. Él se llevó un puño al pecho y aseveró:

—Te lo digo de corazón como padre: gracias.

Livia lo miró, preocupada aún, pero también confundida.

—Ya lo sé —añadió él—. Pensabas que ocultaba algo. Pues tenías razón, pero lo que ocultaba, lo que oculto, no es lo que tú piensas.

Sacó la cartera de uno de los bolsillos de su pantalón y sacó de ella una fotografía. Era él, diez años más joven quizá, con una adolescente que sonreía a su lado mientras le envolvía el cuello con los brazos y apretaba su mejilla contra la de él. El Little de aquel retrato no podía tener un aspecto más feliz, más orgulloso. Se preguntó distraída por qué no la llevaba en su móvil y se dio cuenta de que deseaba tener algo tangible.

—Presley —dijo él—. Se lo pusimos porque era el cantante favorito de su madre. En la foto tiene quince años. Ahora tiene veinticuatro o... —Se encogió de hombros con gesto impotente, se detuvo y apartó la mirada—. Salió a comprar al supermercado una tarde de verano. Quería palomitas para una película que íbamos a ver. *Ratatouille*. Le encantaban las de animación. Todavía no la he visto. Sigo esperando —añadió con voz tomada—, por si un día podemos verla juntos. ¿Crees que podremos?

Livia lo miró. Recordó aquella expresión extraña que le había notado la primera vez que hablaron de su clase de defensa personal para mujeres y entendió de pronto qué había significado. Sintió una mezcla extraña de recelo y empatía.

—No lo sé.

Él negó con la cabeza.

—No, claro que no. Nadie lo sabe. Eso es lo peor. No saber nada. ¿Te imaginas lo que es tener los recursos que tengo yo... y no saber nada, no haber encontrado nada, ni una... sola... respuesta? Es como el dolor del miembro fantasma de un alma amputada.

Ojalá pudiera decirle que no, pero conocía muy bien ese dolor y sabía como él que la metáfora se quedaba corta.

—Me suicidaría si supiera con certeza que está muerta —siguió diciendo él—. Esa es la verdad. Llevo mucho tiempo queriendo hacerlo. —La miró entre lágrimas—. Pero no puedes, porque puede que esa chiquilla esté por ahí. Puede que te necesite. Así que tienes que estar aquí por ella. Tienes que seguir adelante. Pase lo que pase.

Livia sintió que sus ojos se llenaban también de lágrimas.

Él se quitó las gafas y se pellizcó el caballete de la nariz.

—Su madre encontró otro camino. La heroína. Cuando, al final, se pasó de la raya, estoy convencido de que se dijo a sí misma que había sido un accidente. Quizá lo fue. El caso es que ahora estoy solo vigilando. Solo o con gente como yo. Porque dime, Livia, ¿cuánta gente podría mirarte a los ojos

como estoy haciendo yo ahora y decirte: «Sé por lo que has pasado, por lo que estás pasando»? Pues bien, yo puedo. Y te lo digo.

Tras aquello guardaron silencio. Dos policías que conocía Livia se acercaron a ellos, pero, al notar la tensión que imperaba en aquella mesa, buscaron otro sitio.

Little le contó más cosas. Había estado buscando a alguien como Livia, alguien que tuviera la misma motivación que él, pero fuese más joven, más capaz y conociese las calles. Hacía dos meses, había leído la noticia de la muerte del senador Ezra Lone de un ataque al corazón en un hotel de Bangkok. Él tenía contactos en la ciudad y quiso investigar más a fondo. La causa de la muerte empezó a parecerle un cuento chino. Supo que Ezra Lone era hermano de Fred Lone, lo que lo llevó hasta Livia. Buscó en los archivos del Servicio de Inmigración y Control de Aduanas y supo que Livia se encontraba casualmente en Tailandia cuando murió Ezra Lone.

—El FBI mandó un equipo allí a investigar. ¿Lo sabías? —preguntó.

Ella se receló de nuevo, pero no dijo nada.

—Vaya que sí. Hay muchos que saben que no fue un ataque al corazón. Lo que no saben, ni sabrán nunca, es quién lo hizo, porque cierto agente federal experto en grupos criminales y corrupción policial en Tailandia les dio información falsa y los puso en la senda equivocada.

Ella lo miró.

—Y ahora estoy en deuda con usted por eso.

—Tú no me debes nada. Soy yo el que está en deuda contigo.

—¿Conmigo? Si me ha utilizado.

—Si te he utilizado ha sido poniéndote en bandeja lo que más querías en este mundo.

—Pero podía haber...

—No, Livia, porque no me habrías creído. No había otro modo de hacerlo. Si no hubieses querido hacerlo, no lo habrías hecho. Ahora tampoco tienes por qué hacer nada. De todos modos, pienso guardarte el secreto. Ya te lo he dicho: estoy en deuda contigo.

Livia se preguntó si aquello no la hipotecaba más bien a ella. Sin embargo, no daba la impresión de ser así.

—Lo único que te pido —prosiguió él— es que lo pienses, que pienses en lo que podríamos hacer juntos, con mis recursos y el conocimiento que tienes tú de la calle. Que pienses en las personas a las que podríamos castigar. Y a los niños que podríamos salvar.

—Eso es mucho.

—Lo sé.

—Quiero que me deje tranquila un tiempo. No sé cuánto será «un tiempo», pero necesito que me lo respete.

Little le ofreció aquella sonrisa enorme suya, la misma que al conocerlo había pensado que debía de usar para engatusar a la gente.

—Dura de pelar hasta el final. Sí, lo respetaré. Eso sí, siempre con la esperanza de recibir tu llamada.

De regreso a su escritorio, Livia pasó por el despacho de Strangeland. La teniente debía de saber que Little estaba en el edificio, porque parecía estar al tanto de todo lo importante, y prefería ser ella quien empezase aquella conversación a que se lo requiriese su superior.

Llamó a la ventanilla de la puerta y, cuando Strangeland levantó la mirada de los papeles que tenía delante y la invitó a pasar con un movimiento de cabeza, entró, cerró la puerta y permaneció de pie.

—¿Qué quería? —preguntó la teniente.

Livia sonrió sin sorprenderse un ápice.

—Sigue empeñado en que forme parte de su cuerpo especial.

—¿Y qué le has dicho?

—Pues... que no me convence. —Lo cierto, sin embargo, es que no estaba del todo segura de lo que le había contestado, ni de lo que quería Little.

Strangeland asintió.

—Parece que te ha venido bien enfrentarte a tus fantasmas.

—Sí.

—¿Has conseguido exorcizarlos?

Por un instante, recordó sus últimos días de Bangkok. El momento en que se despertó en el piso de Fallon con Carl a su lado y una vía intravenosa en el brazo. Resultó que Fallon había servido de médico en los marines y tenía cierta obsesión por estar preparado ante cualquier contingencia. Mientras ella había estado inconsciente, Carl y Fallon habían metido la Kawasaki en la parte trasera de la furgoneta, la habían puesto a salvo y le habían curado las heridas.

Había pasado dos días en la cama, durmiendo mucho, pero sin estar cruzada de brazos. Con los archivos de Little y los datos nuevos que había proporcionado Kanezaki, no resultó difícil dar caza a los dos últimos hombres que habían participado en su secuestro y el de su hermana: el de la furgoneta y el que había azotado a aquel crío, Kai, en el campo. Y, aunque le repateaba tener que pedir ayuda, en su estado sabía que iba a necesitarla, de modo que recurrió a Carl, quien le dijo que vería lo que podía hacerse.

A la mañana siguiente apareció con una bolsa de lona, se acercó a su cama y la abrió para enseñarle un fusil de precisión.

—No hay nada como que Kanezaki te deba una —anunció—. ¿Quién si no iba poder agenciarme un RPA Rangemaster de doce milímetros con mirilla táctica Schmidt & Bender PMII? Solo le ha faltado ponerle un lacito rojo. Siempre he dicho que este hombre hace milagros.

Los dos eran, como los demás, policías. Trabajaban en el campo, en Chang Rai. Carl la llevó allí en una de las furgonetas de Fallon y mató a uno de ellos desde el tejado de una obra abandonada y al otro desde una elevación situada en un arrozal. Efectuó los dos disparos desde mil metros de distancia. Aunque para Livia fue una sensación agridulce dejar que fuese otro quien apretara el gatillo, se alegró de poder ver su expresión mientras se encontraba tras la mira telescópica: relajada y, sin embargo, concentrada, como había supuesto. Y ver estallar la cabeza de aquellos dos a través de unos binoculares también había resultado satisfactorio.

En el momento de la despedida, estrechó la mano de Fallon al despedirse y le dio las gracias. Él le restó importancia agitando la mano libre.

—Ya os dije que me estaba aburriendo —respondió él—. Soy yo quien está agradecido. Vuelve cuando quieras, que todavía podemos liarla más.

Carl la llevó al aeropuerto. Aparcaron y salió con ella para despedirse en la acera. Un agente de tráfico hizo un gesto a Carl para que circulara y él lo saludó y gritó:

—Sí, señor. Ahora mismo me voy. Muchas gracias.

Miró al equipaje que había dejado Livia en el suelo.

—¿Seguro que te irá bien con eso? —preguntó.

Ella frunció el ceño. Solo llevaba un bolso. Con las costillas como las tenía y la lesión de hígado que le había diagnosticado Fallon no podía llevar mucho peso, pero tampoco necesitaba gran cosa.

—Creo que me las arreglaré —repuso.

—Porque si buscas maletero, sabes que estoy disponible.

Livia sonrió al oírlo.

—Tú eres mucho más que un maletero.

—Se hace lo que se puede.

Livia quería acabar con la despedida, pero deseaba preguntar algo.

—Oye —dijo—, ¿qué era lo que ibas a decir cuando te estaba apuntando Dillon? Algo sobre las mujeres.

Carl se echó a reír.

—Tenía tanto miedo que casi no me acuerdo, pero imagino que sería algo así como: «Si alguna vez encuentro a la adecuada, no pienso dejarla escapar».

Se sorprendió de lo mucho que dolía oírlo.

—Ya verás como la encuentras, Carl.

Él la miró como si le estuviera costando dar con las palabras que buscaba y dijo a continuación:

—¿Sabes, Labi? Creo que eres preciosa. En todos los sentidos.

Dicho esto, la abrazó. Y ella lo abrazó a él.

—¿Livia?

Ella agitó la cabeza. Tenía delante a Strangeland, que la estaba mirando fijamente.

—Diga, teniente.

—Tus fantasmas. Que si los has exorcizado.

—Perdón. Sí, creo.

La teniente asintió con un gesto lento, tal vez desconcertada por cómo se había abstraído su inspectora durante un segundo.

—Eso está bien. Te necesitamos aquí, Livia. Seattle te necesita. Hay mucha escoria que meter entre rejas.

Livia convino con un movimiento de cabeza.

—El caso es que me alegro de que hayas vuelto.

—Gracias, teniente. —Con esto, dio media vuelta y se marchó.

Tenía que reconocer que se alegraba de haber vuelto. Lo importante era que había hecho frente a sus fantasmas, como había dicho a Strangeland, y los había matado. Todos estaban ya muertos.

Capítulo 33

Dox viajó a Nueva York. Kanezaki le había hablado del funeral que se iba a celebrar en la sede de la ONU. Por Vann.

Había allí mucha gente que parecía importante y algunos de los asistentes hasta pronunciaron discursos que no estuvieron mal, pero él tuvo la impresión de que ninguno había conocido de veras al difunto ni lo había apreciado como se merecía. Hablaron de su compasión, pero dudaba mucho que la hubiesen entendido. Acabados los panegíricos, volverían a hacer lo que quiera que hubiesen estado haciendo hasta entonces y del mismo modo exactamente.

«¿Igual que tú?».

En eso tenía razón. Iba a tener que reflexionar al respecto. Desde luego, no quería acabar como esos quemados de Pattaya. Ojalá estuviera allí Vann para que pudieran charlar del tema. Le habría encantado de veras mantener la conversación filosófica que habían dejado pendiente.

Tras la ceremonia, Kanezaki y él dieron un paseo. Había mucha humedad en el ambiente, el cielo estaba gris y lloviznaba.

—Me gusta esto de pasear contigo debajo del paraguas en Nueva York —dijo Dox—. Satisface mi necesidad latente de una vida de intriga y misterio.

Kanezaki soltó una risotada.

—Creo que podrías tomarte un descansito de todo eso. Si quieres.

—¿Qué quieres decir?

—Se está tratando con mucha discreción la muerte de Dillon y, ahora que habéis borrado del mapa a Sorm y a su red, no tienes a nadie más que te persiga. Por lo menos, desde esa dirección.

—Me alegro.

—Encima, la DIA se ha salido del negocio de la trata.

—Al menos, de momento.

Kanezaki asintió.

—De momento. Con todo ese dinero en juego, intentarán volver. Y no serán los únicos.

—A lo mejor tú puedes hacerlo un poco más difícil, ahora que te has quitado la venda de los ojos y todo eso.

Su amigo le dedicó una sonrisa enigmática.

Dox arrugó el entrecejo.

—¿Qué?

—Vann. Es verdad que era un buen hombre.

—Y que lo digas. Por cierto, ¿cómo lo conociste?

—Era amigo de mi padre.

—Suen a que hay una historia interesante tras esa respuesta.

—Quizá en otra ocasión.

—Pero, entonces, lo conocías bien.

Esta vez, la sonrisa de Kanezaki tenía un aire más astuto que enigmático.

—Sí.

Dox se detuvo.

—Oye, tío. ¿Qué es lo que no me estás contando con esos aires de suficiencia?

Kanezaki no dijo nada. Siguió sonriendo sin más, aunque también tenía los ojos teñidos de cierta tristeza.

De pronto, Dox cayó en la cuenta.

—Tú colaborabas con él. Por eso al principio no querías que matase a Sorm. No porque fuese agente de la DIA. Eso te importaba un carajo. Lo que pasa es que Vann lo quería vivo y entre rejas.

Kanezaki asintió.

—De hecho, estaba convencido de que lo ibas a averiguar mucho antes.

—Pero ¡si serás canalla!

—Puede que un poco. Pero, para ser justos, hay que reconocer que teníamos montada una muy gorda. Supongo que eso podrá valerte como excusa.

Dox dejó escapar una carcajada.

—Vaya, te lo agradezco mucho. Me alegro de saber que lo estabas ayudando, por más que tuviera que haberme dado cuenta antes. Me alegro mucho, de verdad. Pero ¿cómo?

—¿De dónde crees que sacaba Vann toda la información secreta que le iba a permitir llevarlo ante los tribunales?

Dox sonrió y le dio una palmada en el hombro.

—Pues del hijo de perra sabiondo de Kanezaki. De verdad que tenía que haberme dado cuenta.

—Por suerte, no lo viste, porque eso habría querido decir que podrían haberlo visto también otros. En realidad, quizá hubiese sido mejor así, porque eso habría evitado que todas las miradas estuvieran puestas en Vann. A lo mejor no habrían ido a por él o quizá podría yo haber...

—Tú no tienes la culpa, pequeñín. Yo intenté ponerlo sobre aviso.

Kanezaki asintió.

—En fin. En realidad, nunca lo sabremos. Habrá que vivir siempre con esa duda, aunque sí, yo le di a Vann todo lo que tenía la CIA sobre Sorm. Era mucho. Hazme un favor, no le cuentes los detalles a L. Eso sí, podrías hacerle ver que no todos los de la comunidad hacemos tratos con gente como Sorm. Algunos, de hecho, trabajamos para ponerles freno, aunque para hacerlo tengamos que saltarnos alguna que otra norma de la comunidad.

Era todo un detalle que Kanezaki siguiera llamándola L. Labi le había revelado a Dox quién era en realidad y él sabía que su amigo debía de haber estudiado el expediente de Livia Lone, inspectora del departamento de delitos sexuales de la policía de Seattle, pero Dox era el único que la conocía como Labi.

—Deja que te diga, pequeñín, que la nuestra es una ocupación muy indecorosa y eso no cambiará nunca, pero puedo sentirme orgulloso de conocer a uno de los pocos hombres buenos de verdad que hay en ella.

—Lo mismo digo.

Echaron a andar de nuevo.

—De verdad siento mucho haber dudado de ti después del disgusto de Pattaya —dijo Dox.

—Y yo que la facilidad con que me creí todas las mentiras de Dillon estuviese a punto de provocar tu muerte.

—Metiste la pata sin malicia y, además, todo salió bien al final. No tenía que haber sido tan duro contigo.

Kanezaki se detuvo.

—¿Quieres compensármelo?

—Sabía que no tenía que haber dicho nada.

—Tengo algo nuevo para ti.

Dox se echó a reír.

—Socio, voy a tomarme unas vacaciones. No me llames, ya te llamaré yo.

—Pues no tardes mucho, porque no hay mucha gente en la que pueda confiar de veras.

Dox sonrió y le tendió la mano.

—Ahora que lo dices, a mí me pasa lo mismo.

Capítulo 34

Había tantas cosas de las que ponerse al día en la comisaría central que Livia no volvió a su altillo hasta después de anochecer. Se dio una ducha, aunque esta vez tuvo que ser fría, porque seguía teniendo la piel en carne viva.

Se sentó delante de su escritorio y revisó algunos papeles mientras comía el arroz con verduras que había comprado en la calle. La ducha, la cena y el desfase horario hicieron que de pronto se sintiera agotada.

Se dirigió al altar, se arrodilló y encendió la vela y el incienso. Tras unos instantes de silencio, dijo en lahu:

—He conocido a un buen hombre, Nason, a un hombre bueno de verdad. Me ha ayudado. Es... amigo mío.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y tardó un instante en añadir:

—He intentado salvarte, pajarito. Lo he intentado con todas mis fuerzas.

Estuvo un buen rato sollozando mientras dejaba que se le pasara, porque sabía que, al final, ocurriría.

Cuando acabó, recobró el aliento y dijo:

—Los he matado, pajarito. A todos. A Cabeza Cuadrada, a Barbasucia, a los otros dos que los ayudaron y a un hombre llamado Sorm, que estaba detrás de todo lo nuestro y de muchos más asuntos del estilo. Ya no están. Están muertos. Todos los que nos hicieron daño. Muertos. Ya no van a poder hacerle daño a nadie más. Nunca más. Se acabó.

Estaba extenuada. Vacía. Tenía que dormir. Sí, dormir solamente. Dormir.

Se secó los ojos y apagó la vela.

Y en la oscuridad tuvo clara la verdad.

No se había acabado.

Y por más que pudiese hacer ella, jamás se acabaría.

Nota del autor

Aparte de los cambios que he introducido en los alrededores del mercado nocturno de Rot Fai, en Srinakarin —sobre todo al colocar una gasolinera y un vertedero en el solar vacío que se extiende al sur del callejón de Sanam Golf—, los lugares que aparecen en esta novela se presentan, como siempre, tal como los conocí.

Agradecimientos

Gracias a Bill Moore, más conocido como Bmaz, de Emptywheel, por la información sobre tribunales de instrucción y cuestiones afines.

Gracias a Randy Sutton por contestar siempre mis preguntas sobre policías.

Gracias a Richard Lee y Christian Montiel, de J&M Motorsports, por el tiempo que han dedicado a resolver mis dudas, vergonzosamente básicas, sobre cómo distinguir a un motociclista competente.

El grado de veracidad que puedan tener mis novelas en lo tocante a la violencia se debe a los muchos instructores de calidad que he tenido, entre los que destacan Massad Ayoob, Tony Blauer, Wim Demeere, Dave Grossman, Tim Larkin, Marc MacYoung, Rory Miller y Peyton Quinn. Recomendando encarecidamente sus libros y sus cursos para todo aquel que quiera sentirse más seguro en este mundo o crear escenas de violencia más realistas sobre el papel:

<http://www.massadayoobgroup.com>

<https://blauerspear.com>

<http://www.wimsblog.com>

<http://www.killology.com>

<http://www.chirontraining.com>

Gracias, como siempre, al grupo extraordinariamente ecléctico de «comidistas con problemas de violencia» que se reúne en el No Nonsense Self-Defense de Marc Mac Young (Animal) y Dianna Gordon MacYoung por su buen humor, su amistad y su monumental perspicacia, sobre todo en lo que se refiere a los costes reales de la violencia.

Gracias a Naomi Andrews, Jacque Ben-Zekry, Wim Demeere, Gracie Doyle, Alan Eisler, Emma Eisler, Meredith Jacobson, Mike Killman, Phyllis DeBlanche, Lori Kupfer, Dan Levin, Maya Levin, Genevieve Nine, Laura Rennert y Ted Schlein por los valiosos comentarios que hicieron a la

redacción original y, sobre todo, a Mike Killman, que nunca deja que me duerma en los laureles a la hora de crear escenas de acción espectaculares y correctas desde el punto de vista táctico y, en general, por sus comentarios editoriales fascinantes y prolijos.

Gracias sobre todo a mi esposa y agente literaria, Laura Rennert, por sus alucinantes aportaciones diarias y por hacer tanto por mejorar estos libros en todos los aspectos. Sepan todos los que se alegran de la rapidez con la que he podido escribir los cuatro últimos (Mercado nocturno se completó seis meses después de Zero Sum) que se lo debemos precisamente a ella. Gracias, nena, por todo.



BARRY EISLER nació en 1964 en Nueva Jersey, Estados Unidos. Licenciado en Derecho por la Cornell Law School, trabajó para la CIA durante tres años y posteriormente ejerció como abogado especializado en tecnología antes de dedicarse exclusivamente a escribir.

Eisler saltó a la fama de la mano de su peculiar personaje John Rain, un asesino a sueldo de padre japonés y madre americana, protagonista de sus cuatro primeras novelas: *Rain Fall* (2003), *Hard Rain* (2004), *Rain Storm* (con la que ganó el Premio a la Mejor Novela de Suspense del Año 2005) y *Killing Rain* (2006). Fiel al género policiaco y de espionaje, en 2007 publicó *The Last Assassin* y en 2008 *Requiem For an Assassin*.

De su personaje John Rain, en España se han publicado las tres novelas previas a *Un último asesinato*: *Sicario*, *Sicario: La venganza* y *Contrato para matar*.

Su última novela, *Fault Line*, publicada en España bajo el título *El agravio*, ha vuelto a situarlo en la lista de los más vendidos en EE. UU.

Sus novelas han sido traducidas a cerca de veinte idiomas y han sido escogidas para ser llevadas a la pantalla por Barrie Osborne, el oscarizado productor de la trilogía *El Señor de los anillos*. Sus novelas de intriga figuran en numerosas listas de éxitos, se han traducido a veinte idiomas e incluyen el

número uno de ventas *The Detachment*, así como la primera entrega protagonizada por Livia Lone (publicada en español en 2016).

Actualmente Eisler vive y trabaja entre la bahía de San Francisco y Tokio, desde donde también escribe cuadernos de bitácora digitales sobre tortura, libertades civiles y el Estado de Derecho.

Notas

[1] La idea de que si uno se acerca a una persona diciendo tres veces su nombre, esta no puede evitar sonreír procede, si mal no recuerdo, del libro *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*, de Dale Carnegie. Mi experiencia me dice que Carnegie tenía razón. <<

[2] *uke*: En los entrenamientos de artes marciales, la persona que recibe la técnica que se está practicando. <<

[3] Para ampliar información sobre el concepto de «agrupación forzosa», recomiendo *El valor del miedo*, de Gavin de Becker (https://en.wikipedia.org/wiki/The_Gift_of_Fear).

«Cuando uno no pregunta, la respuesta es siempre “no”», es un dicho que debo a Madeline Duva. <<

^[4] *gi*: Uniforme para practicar artes marciales. <<

[5] *sampeah*: Saludo camboyano que se efectúa uniendo las palmas de las manos y humillando la cabeza. <<

[6] Es posible que el uso del rastreador portátil de teléfonos móviles que hace Livia en Tailandia no sea técnicamente viable. Resulta difícil saberlo, ya que la Harris Corporation insiste en imponer cláusulas de confidencialidad draconianas en los acuerdos que firma con los cuerpos de seguridad que compran dichos productos. De cualquier manera, si no es factible hoy, lo será mañana. Véanse Alex Emmons, «Maryland Appellate Court Rebukes Police for Concealing Use of Stingrays» (<https://theintercept.com/2016/03/31/maryland-appellate-court-rebukes-police-for-concealing-use-of-stingrays/>), y Ryan Gallagher, «Meet the Machines that Steal Your Phone's Data» (<http://arstechnica.com/tech-policy/2013/09/meet-the-machines-that-steal-your-phones-data/1/>). <<

[7] *baht*: Moneda oficial de Tailandia. <<

[8] «El trabajo es amor hecho visible» procede de un poema de Khalil Gibran (véase el original inglés en <http://www.katsandogz.com/onwork.xhtml>). <<

[9] Livia hace bien en preocuparse por la posibilidad de que el agente especial Little esté rastreando su teléfono móvil. Véanse John Kelly, «Cellphone Data Spying: It's Not Just the NSA» (<https://www.usatoday.com/story/news/nation/2013/12/08/cellphone-data-spying-nsa-police/3902809/>); Kashmir Hill, «This Is How Often Your Phone Company Hands Data Over to Law Enforcement» (<https://www.forbes.com/sites/kashmirhill/2013/12/10/this-is-how-often-your-phone-company-hands-data-over-to-law-enforcement>), y Electronic Frontier Foundation, «The Problem with Mobile Phones» (<https://ssd.eff.org/en/module/problem-mobile-phones>). <<

[10] Topé con el cementerio de aviones en un sitio web maravilloso llamado Renegade Travels (<https://www.renegadetravels.com/abandoned-747-airplane-bangkok-suburb/>). Aunque también resultaban tentadores como escenario de la acción el santuario fálico de Chao Mae Tuptim o el cementerio chino, al final ganaron los aviones. <<

[11] *soi*: Vía secundaria, perpendicular a una principal. <<

[12] Burlar los detectores térmicos es difícil, pero no imposible, y tengo que dar las gracias a David Rosa y a Luisito Sugatan, dos antiguos marines, por haber enseñado a Livia cómo hacerlo (aunque tampoco puedo negar que también necesitó un poco de suerte). Véanse <http://www.askaprepper.com/how-to-hide-from-thermal-vision/> y <https://www.oathkeepers.org/defeating-drones-how-to-build-a-thermal-evasion-suit/>. <<

[13] La integración de amplificador de imagen y sensor de infrarrojos no está generalizada, pero lo estará en breve (<https://www.foxnews.com/tech/high-tech-military-goggles-combine-night-vision-thermal-imaging>). <<

[14] Para hacerse una idea de la naturaleza del Destacamento Naval Especial de Guerra en Clima Frío de la isla de Kodiak (Alaska) que menciona Dox y de por qué le resulta tan atractivo, véase <https://gizmodo.com/how-the-navy-seals-prepare-for-extreme-cold-weather-sur-1737644998>. <<

[15] Todo lo que quiso saber sobre los receptores ópticos de antenas en fase y la futura miniaturización de las cámaras y nunca se atrevió a preguntar: <https://www.economist.com/news/science-and-technology/21724796-future-photography-flat-cameras-are-about-get-lot-smaller>. <<

[16] Para quien piense que la complicidad de la CIA en el tráfico de drogas es una teoría conspiracionista, pueden resultar muy reveladores este documental del History Channel: <https://theintercept.com/2017/06/18/the-history-channel-is-finally-telling-the-stunning-secret-story-of-the-war-on-drugs/>, y la entrevista de Jeremy Scahill al historiador Alfred McCoy, autor de *The Politics of Heroin: CIA Complicity in the Global Drug Trade* (<https://theintercept.com/2017/07/22/donald-trump-and-the-coming-fall-of-american-empire/>). <<

[17] La Organización Internacional del Trabajo de la ONU estima que la trata genera 150 000 000 000 de dólares anuales (http://www.ilo.org/global/about-the-ilo/newsroom/news/WCMS_243201/lang--en/index.htm). <<

[18] *taiko*: Tambor japonés. <<